

AÚN ESTÁ OSCURO

SILVIA COMA



Tres mujeres unidas por el arte de contar historias
y las trampas de la memoria.
La sombra de un pasado que vuelve

Lectulandia

*A mi madre, Conxi, y en memoria
de mi padre, Javier, quienes me regalaron
mi primera máquina de escribir y me
contaron mil y una historias.
Y a Ángel, por la historia
que ahora empieza a contarse.*

«[...] da la vuelta y nada hacia tu hogar, hacia mí, a tu refugio para siempre jamás —aunque a veces pueda parecer una cueva oscura e iluminada por las antorchas de la furia—; gira suavemente sobre las aguas en las que navegas y regresa».

SCOTT FITZGERALD a Zelda Fitzgerald,
Querido Scott, querida Zelda, 26 de abril de 1934

Nighthill, 1846

Después de treinta años, anoche el viento sopló con fuerza y, durante unas horas, regresé a Nighthill. Recuerdo aquel largo invierno como si fuera ayer.

En octubre de 1846, el otoño dio paso a uno de los inviernos más fríos en ese rincón de Inglaterra. Un lunes, a primera hora de la mañana, el viento azotó los muros de la casa y me despertó. Aparté la manta y me acerqué a la ventana. La ciudad se extendía bajo mis pies. Desde lo más alto de la colina, con el bullicio que hervía a lo lejos, contemplaba las figuras que iban y venían de un lado a otro. No podía verlas con claridad desde la distancia, pero siempre me quedaba imaginar quiénes eran y qué hacían: madres que arrastraban a sus hijos de la mano; jóvenes con el cabello alborotado que se confiaban las aventuras de la noche anterior y muchachas que paseaban con sus institutrices, simulando no sentirse atraídas por los chicos que les guiñaban el ojo en las esquinas. Pensé en las distintas vidas que llevábamos los habitantes de aquella ciudad. Resulta curioso cómo en un mismo lugar pueden convivir ciudadanos de ídoles, existencias y orígenes tan diversos.

Hay quien nace en un hospicio y hay quien nace en un castillo. Algunos se crían en el campo labrando la tierra; otros lo hacen bajo la protección de una familia bien acomodada. Yo llegué a este mundo sola y así me quedé. Según me contaron, mi padre falleció de tuberculosis antes de que yo naciera, y unos meses más tarde, mi madre murió al dar a luz. Así que podría decirse que ya vine a la vida abandonada. Con tales inicios, el futuro no podía depararme grandes esperanzas. La línea de mi vida era recta, y más me valía aceptarlo desde el principio, pues no es fácil enfrentarse a las costumbres y menos aún a las que se han asentado en una localidad que no entiende del progreso.

Nací en las buhardillas de una noche lluviosa. En la mansión de los Blackburn, los patrones dormían. El ama de llaves, que se encontraba cerca de la habitación de mi madre, oyó sus gemidos. Cuando entró en el dormitorio, había un charco de agua en el suelo. Mi madre la miró a los ojos, con los párpados enrojecidos, y le dijo: «Ya viene». Unas horas después, mi madre había muerto. Huérfana desde mi nacimiento, sin haber conocido a mis padres, me resigné a vivir y a construir mi historia en base a lo que decían sobre mi pasado.

Nighthill, el lugar que me vio nacer, era una ciudad portuaria, al oeste de Cornualles, situada a más de doscientas millas de Londres. Podría definirse como un lugar tranquilo, donde apenas asomaba el sol y el viento soplaba con fuerza. Si se aguzaba el oído, se oían las olas al romper contra los acantilados que la flanqueaban. Aunque a principios de siglo había sido uno de los principales enclaves para todo tipo de comerciantes, en los últimos años, con la reciente industrialización, muchos se habían trasladado a la capital en busca de trabajo y, así, los barcos mercantes comenzaron a alejarse de aquel puerto que les había brindado cobijo durante décadas.

Nuestra casa se elevaba sobre una colina que constituía el punto más alto de la ciudad. A medida que uno ascendía por el sendero, el camino serpenteaba entre matorrales y malas hierbas.

Aquel lunes de octubre, en el puerto, algunos barcos desplegaron sus velas y se disponían para partir a tierras lejanas. Asomada en la ventana de mi dormitorio, me quedé observando cómo la ciudad despertaba, hasta que la niebla empezó a cubrir el cielo.

Cuando el reloj tocó las seis y media, no tardé en oír la voz de la señora Hall, el ama de llaves. Era una mujer delgada, cuyo carácter variaba al compás de una veleta. De constitución menuda, tenía el rostro enjuto y las piernas torcidas hacia adentro. Servía a lady Blackburn desde hacía más de dos décadas, y se había convertido en una pieza esencial de la casa. Como ama de llaves, dirigía las tareas más relevantes.

Al fallecer mi madre, según me había contado la señora Hall, lady Blackburn se quedó sin doncella y con un bebé recién nacido a su cargo. Podría haberme enviado a un orfanato o abandonarme, que era lo más frecuente en estas situaciones. No obstante, había decidido acogerme bajo su techo como una de sus criadas y, en consecuencia, había traspasado mi cuidado y mi educación al ama de llaves. La señora Hall me había criado, con el propósito de que, a los dieciséis años, cuando hubiera concluido mi instrucción, pasara a ser la doncella de lady Blackburn, como fuera mi madre antes. La señora Hall me confesó que lady Blackburn había sentido un especial cariño por mi madre. Cumpliendo con su deber de doncella personal, la había asistido día y noche; la había ayudado a vestirse y a desvestirse, se había encargado de sus mejores joyas... La había visto en todos los estados: al amanecer, sin maquillaje, al volver de las fiestas a las dos de la madrugada, o recién levantada de la siesta. Cuando lady Blackburn regresaba de los bailes al anochecer, ambas se encerraban en la habitación de nuestra patrona y hablaban durante horas. En aquellos años, lady Blackburn asistía a todas las recepciones que se celebraban en los alrededores. Era una de las beldades de la época y los caballeros la veneraban.

Aunque intentó disimularlo, la muerte de mi madre le causó una gran tristeza a nuestra patrona. Según me había contado el ama de llaves, a lady Blackburn solo se la oía reír cuando compartía confidencias con su doncella; habían construido una relación de cariño y respeto, sustentada en la complicidad. En presencia de su marido, lord Blackburn, mi señora era seria y discreta, y en pocas ocasiones se dirigían la palabra. Había sido un matrimonio desprovisto de amor y de hijos.

En comparación con otras hijas de sirvientas, desde pequeña gocé de una situación privilegiada: me dejaban asistir a la escuela unas horas diarias. Mis compañeras eran descendientes de criadas o comerciantes que habían ahorrado lo suficiente para proporcionarles a sus hijos una educación elemental. Aprendí a leer y a escribir, a sumar y a restar, y a interiorizar una serie de normas de conducta para manejarme ante mis superiores.

Terminadas las clases, cuando regresaba a casa, la señora Hall ya me había preparado una lista de tareas. Inicialmente, la mayoría de mis quehaceres se restringían a ayudarla en la antecocina; con el tiempo, fui ascendiendo a los pisos superiores. A los dieciséis, una vez finalizada la escuela, como estaba previsto, conseguí convertirme en la doncella de lady Blackburn. A diferencia de lo que sucedía en otras casas del vecindario, lady Blackburn quería que su doncella estuviera bien instruida. Por esta razón, aunque no era algo normal en la época y menos aún para una persona del servicio, limitó mis horarios de trabajo para que pudiera seguir

aprendiendo. Mis jornadas laborales se iniciaban a la seis y media de la mañana pero concluían un poco antes de lo que era habitual.

Cuando acababa mi turno, lady Blackburn nunca reclamaba mi presencia. Se había establecido que, durante mis ausencias, la señora Hall la atendiera. Aunque estas no fueran las competencias de un ama de llaves, lo hacía sin quejarse, confiando en que, en unos años, lady Blackburn diera mi instrucción por finalizada y pudiera alargar mis horarios. Durante mis ratos libres, debía leer y educarme en historia y filosofía. Nuestra patrona era una ávida lectora y quería disponer de una doncella con quien pudiera conversar de literatura y de los libros que leía. Nunca fue una mujer muy convencional.

En todo aquel tiempo, a pesar de servir en la casa, apenas tuve contacto con lord Blackburn. Falleció cuando era una niña —yo acababa de cumplir seis años—, y casi no conservé recuerdos de él. Nos habíamos visto en escasas ocasiones y, cuando eso sucedía, lord Blackburn jamás me prestó atención, ni tan siquiera se volvió ni una sola vez para mirarme. Cuando bajaba la escalinata, lo hacía con la cabeza alta y seguía su camino, sin detenerse.

Los criados contaban que, en vida del señor, la casa ya se regía por unas normas estrictas e inalterables. A las seis de la mañana, mientras la señora aún dormía, el patrón solía pedir el desayuno en el salón. Antes de que ella despertara, bebía un café solo y, vestido con su ropa de montar, salía a cabalgar. Fue en una de esas mañanas cuando, en un desafortunado accidente, el caballo lo tiró. La caída fue nefasta; su cabeza chocó contra una roca que bordeaba el camino, matándolo en el acto. Tras su muerte, mi existencia no sufrió alteraciones; yo era una niña y, para mí, todo siguió igual.

Como doncella de lady Blackburn, por las mañanas me despertaba y me aseguraba de que llevaba el uniforme impoluto. La noche anterior lo extendía sobre un trozo de madera para que se arrugara lo menos posible; debía estar impecable. Como decía lady Blackburn, una mujercita se distinguía por el dinero y, si carecía de él, solo podía servirse de sus modales, de la apariencia y de la elegancia en sus andares. Si además de pobre era insuficiente en cualquiera de estos aspectos, no podía aspirar a nada. Era, sencillamente, un caso perdido. Desaprobaba mis movimientos alegando que no mantenía una buena postura: «Pareces una jorobada, ¿quién demonios te enseñó a caminar así?». Los andares de lady Blackburn recordaban a una gacela; su mirada, en cambio, era la de un reptil.

El reloj volvió a dar la hora y oí la voz estridente de la señora Hall. Eché un último vistazo a la ciudad antes de cerrar los postigos de la ventana. Durante años, había oído al viento cantar todo tipo de melodías. Pero aquella mañana de 1846, la canción era diferente. Por primera vez, tuve miedo. Algo se acercaba y no podía detenerlo. El viento nos habla, decía la señora Hall. Solo debemos escucharle y dejar que nos acune con su canción.

Nighthill, 1846

En la cocina, la mezcla de olores envolvía la estancia. Era un aroma dulzón, de la primera hora de la mañana. Todo estaba en marcha; la cocinera corría de un lado a otro, y su ayudante seleccionaba los ingredientes para preparar el almuerzo.

Mister Ackerman, el mayordomo, ya había terminado su desayuno y se disponía a empezar sus tareas en los pisos superiores. Era un hombre robusto, y siempre vestía el uniforme con pulcritud. Se peinaba el cabello blanco hacia atrás, con un toque de distinción. Decían que había sido un hombre atractivo y que, en su juventud, había mantenido bastantes idilios con criadas de otras casas vecinas. Era afable y educado, pero se aseguraba de guardar una cierta distancia con el resto de nosotros. Si un sirviente le hablaba con demasiada familiaridad, se erguía y adquiría aires de autosuficiencia. Al igual que la señora Hall, servía en la casa desde hacía años y la antigüedad le confería un trato especial.

Antes de subir a los pisos superiores, apartó el plato a un lado y, tras comprobar que no hubiera nadie que pudiera oírnos, me dijo:

—Date prisa, Alice. La señora Hall estará a punto de bajar, y créeme, hoy no está de buen humor. —Tras guiñarme un ojo, ascendió por las escaleras.

Cogí un panecillo de la cesta que habían dejado en el centro de la mesa y lo unté con un poco de mermelada. Debía empezar con mis obligaciones antes de que al ama de llaves se le ocurriera añadirme más tareas. Cuando estaba malhumorada, la señora Hall podía convertirse en una pesadilla. Sufría de la espalda, y cargaba sus pesares sobre cualquiera que tuviera cerca. Por si eso fuera poco, encontraba fallos por todas partes. Sería mejor mantenerme alejada de ella. Tras llevarme el último trozo de pan a la boca, mastiqué lo más rápido que pude y bebí un sorbo de té para ayudarme a tragar. Me anudé bien la cofia alrededor del cuello, me alisé la falda y cogí la bandeja con el desayuno para lady Blackburn.

Como cada mañana, subí a la habitación de nuestra patrona. Cuando entré, dejé la bandeja encima de la mesita de noche y descorrí las cortinas para que entrara la luz. Lady Blackburn hundió el rostro en la almohada y estiró los brazos, desperezándose. Tendida en la cama, se la veía frágil. Me miró de soslayo, aún medio adormilada, y me pidió que la ayudara a incorporarse. Le coloqué otro cojín en la espalda para que estuviera más cómoda y le acerqué la bandeja con el desayuno. Repetí el mismo ritual de siempre: dos terrones de azúcar en el té, un poco de leche caliente, y un platito con seis galletas de mantequilla. Lady Blackburn se peinó unos mechones rebeldes que le caían por detrás de las orejas antes de coger la taza. Bebió un sorbo y arrugó los labios con disgusto.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Llévate el té, está helado —se quejó, agitando la mano para que lo retirase.

En compañía de mi señora, debía ser delicada en los detalles y en los movimientos. Pero, sobre todo, tenía que ser eficiente y, como nunca se cansaba de repetir, mantener la boca bien cerrada.

—Disculpe, ahora mismo le preparo otro.

—Déjalo, ya me has arruinado el desayuno. ¡Qué desperdicio! —dijo con un tono dramático.

Lady Blackburn era una amante del teatro. Y cada gesto era el resultado de una de las obras que había visto últimamente. Cuando acudía a la ópera, los días siguientes, adquiría un aire de fatalidad. Golpes en las mesas, tazas de té derramadas en el suelo, desmayos sobre el sofá... Si, en cambio, asistía a comedias, pasaba las horas chismorreando sobre los vecinos y riendo a carcajadas.

Parte de mi rutina matinal consistía en servirle el desayuno y ayudarla a arreglarse, y parte de la suya se basaba en representar bien su papel. Sentada en la cama, curvaba los labios y daba rienda suelta a uno de sus discursos diarios: «Si una doncella es bella podrá seducir a la mayoría de los hombres de esta ciudad. Como bien sabes, querida, solo piensan en una cosa. Y eso es sabido por las mujeres, aunque no esté bien decirlo en público».

Sus ojos amarillos brillaban en la oscuridad. Escuchaba sus discursos hasta que terminaba el desayuno. A continuación, dejaba la bandeja a un lado y la ayudaba a vestirse. Nuestra patrona lucía la última moda, con vestidos largos de muselina y sombreros a juego. La noche anterior, antes de que se retirara a sus aposentos, repasaba la agenda de lady Blackburn y, según sus planes, escogía uno u otro vestido. Si salía a montar, le dejaba su traje de amazona; si prefería quedarse en casa, optaba por algo más cómodo; y si tenía algún evento social, sacábamos sus mejores galas.

Sentada ante el tocador de su dormitorio, mi señora contemplaba su rostro y, con las manos, se estiraba las mejillas hacia fuera. Luego suspiraba y me indicaba que la peinara. En aquellos ratos, lady Blackburn callaba y solo me dirigía la palabra para criticar a los vecinos o bien para darme órdenes. Tras cepillarle el cabello, se lo recogía en un moño. Una vez la había peinado, me obligaba a apartarme para que ella pudiera admirarse en el espejo. Ladeaba la cara, primero aprobaba un lado y luego el otro. Y tras comprobar que no se me hubiera escapado ningún mechón, asentía con la cabeza.

Por las mañanas, siempre revisábamos las tareas que habíamos comentado la noche anterior, para cerciorarnos de que no había quedado ningún cabo suelto.



Llevaba veinticinco años viviendo a su servicio, bajo el mismo techo. No obstante, sentía que no la conocía. A pesar de lo evidente, de los rasgos que nos eran familiares a los criados, no sabía nada de ella. Ninguno de nosotros conocía su pasado, ni de dónde procedía, ni qué había sido de ella antes de casarse con lord Blackburn. La temía y, a la vez, la admiraba. Era arisca y le satisfacía demostrar su autoridad ante nosotros. Nada estaba suficientemente reluciente, la comida estaba demasiado fría o demasiado caliente. Y, aun así, por otro lado, me había demostrado una faceta mucho más permisiva: me había permitido estudiar y mejorar mi educación. Lady Blackburn era una mujer desconcertante.

Cuando caía la tarde y llegaban mis horas de instrucción, me encerraba en la biblioteca de la señora —a la que me dejaba acceder—, acariciaba los lomos de los

libros y me deleitaba escogiendo mis próximas lecturas. ¡Cuánto esperaba aquellos ratos en los que podía perderme en las vidas de los otros! Durante años, devoré las novelas que poblaban las estanterías. Cuando las hube leído, volví a empezar desde el principio. Cada vez que releía un libro, las frases adquirían un significado distinto y aspectos que antes no me habían parecido relevantes resultaban esenciales para entender la historia. Me sentía como una aventurera que descubriría los secretos entre las palabras de los escritores; vivía en sus mundos y quería a sus personajes como si formaran parte de mi realidad.

Entre aquellas cuatro paredes, me olvidaba de lo que me esperaba al otro lado de la puerta. Dejaba de pensar en polvo, cortinas y bandejas de plata, y mi imaginación volaba hacia lugares desconocidos y personajes que solo habitaban en la ficción. Me apasionaba Jane Austen. Después de leer *Orgullo y prejuicio*, y de adentrarme en la vida de la excéntrica y divertida familia Bennet, había soñado cientos de veces con ese enigmático mister Darcy, cuyos verdaderos sentimientos y razones permanecían ocultos hasta el final. Vivía los pensamientos de Elizabeth Bennet como si fueran los míos. Cuando un libro me subyugaba, era como si mi existencia desapareciera, y solo hubiera lugar para los personajes que protagonizaban las historias.

Leer me daba una nueva vida, más allá de los gritos del ama de llaves y de las órdenes de lady Blackburn. Entre mis novelas preferidas también figuraban *Emma* o *Sentido y sensibilidad*. Deseaba ser como Emma para enfrentarme a los hombres con su elocuencia; responderles con inteligencia, y confundirles con bromas de doble sentido, haciendo que cayeran rendidos a mis pies.

Otro de mis escritores favoritos era Charles Dickens. Entre su obra, quizás me decantaría por su conmovedora fábula titulada *Canción de Navidad*; leerla me reconfortaba y me decía que había lugar para la esperanza. Siempre me emocionaba cuando, tras las visitas de los tres fantasmas, Ebenezer Scrooge recapacitaba y el egoísmo que lo corroía daba paso a una expiación final. Me encantaba leerla acurrucada en la cama, mientras oía cómo caía la nieve y los fantasmas *dickensianos* planeaban por la casa.



Aquella mañana de octubre, anhelé que el día pasara rápido para poder encerrarme en la biblioteca. Nuestra patrona estaba ensimismada en su reflejo, sin prestarme ningún tipo de atención. Solo tenía tiempo para pensar en sí misma, observarse con detenimiento y deleitarse con la imagen que le devolvía el espejo. Aproveché que estaba distraída para extender sobre la cama el conjunto que habíamos elegido la noche anterior.

En el tocador, todo tenía una disposición asignada. A la derecha, lady Blackburn guardaba el perfume, que pulverizaba a ambos lados del cuello y en el centro del escote. Un poco más alejado, pero lo suficientemente cerca para que no tuviera que mover demasiado la mano, tenía el cepillo para peinarse. Si alguno de sus utensilios se desplazaba o cambiaba de lugar, ella lo notaba al instante. Las pinturas se colocaban a su izquierda, manteniendo un perfecto equilibrio entre un lado y el otro.

Cuando creía que nadie podía verla, lady Blackburn solía pasarse horas frente al espejo, probando distintas combinaciones de maquillaje. Envejecer la aterraba; era una obsesión que la perseguía día y noche. Se paseaba de un lado a otro de su dormitorio y contemplaba su reflejo desde la distancia.

Recuerdo que, en una ocasión, se había dejado la puerta entreabierta; oí unos gemidos y, viendo que no había nadie más a mi alrededor, me asomé. Medio desnuda, lady Blackburn observaba su cuerpo en el espejo y se acariciaba las costillas. Se tapó la cara con las manos, y sollozó muy bajito, para que no pudiéramos oírla.

Quitó las sábanas de la cama y las dejó encima de una de las butacas del dormitorio para enviarlas a lavar. Lady Blackburn también había dejado varias prendas de ropa amontonadas.

—Alice, deberías revisar mejor la ropa. Ayer vi dos agujeros inadmisibles. Es horripilante. Totalmente grotesco —añadió, seria, sin apartar la vista de su reflejo—. No puedo ir así vestida. Haz el favor de remendarlas, y no me las traigas hasta que estén perfectas. ¿Entendido?

Lo dijo con desdén, pero estaba demasiado concentrada en su cara para volverse hacia mí. Me acerqué a la butaca y recogí las prendas. Tendría que examinarlas a conciencia si no quería otra regañina. Me fijé en cada una de las telas y aparté a un lado las que tenían taras. De uno de los vestidos, se habían soltado los adornos de los bajos de la falda. Estos se habían deshilachado, y haría falta una buena mano para arreglarlos y dejarlos como los cosieron originalmente.

En una libreta que llevaba conmigo a todas horas, para asegurarme de que no se me olvidaba nada, apunté las piezas que enviaríamos al taller. Había otras dos que estaban intactas y solo necesitarían plancharse.

—Horribles —volvió a repetir lady Blackburn, para acentuar la gravedad del asunto, mientras movía la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación—. A veces no sé qué te ronda por la cabeza, Alice. Haces cosas muy raras. Estos descuidos no pueden suceder.

Hizo un mohín, paladeando cada una de sus palabras. Pasados unos segundos, como si se hubiera hartado de quejarse, se irguió y me pidió que la ayudara a vestirse. Cogí el vestido que había dejado encima de la cama y se lo abotoné por la espalda. Era de color negro y le daba un aspecto sofisticado.

Ya perfectamente vestida, y con el recogido y el maquillaje, estaba lista para bajar. Se volvió y me indicó que me marchara.

—Llévate ese montón de ropa de una vez. No quiero verlo —me ordenó y sacudió la mano en el aire, con menosprecio.



El día transcurrió tranquilo hasta que el reloj dio las tres y media de la tarde: la hora del té. Esta formaba parte de su rutina y, como sucedía con el resto de sus reglas, era sagrada. Lady Blackburn estaría esperándome en el salón. Solía sentarse a leer junto a la chimenea y solo paraba para merendar. Era el único momento en que podía ser molestada.

En la antecocina, Annie, una de las criadas, me ayudó a preparar la bandeja; un plato con seis galletas de mantequilla —siguiendo la misma receta de siempre— y una taza de té. Desde que la conocía, lady Blackburn nunca había cambiado sus hábitos, ni tan siquiera cuando se trataba de la merienda. Recuerdo una vez que la cocinera se había quedado sin galletas y, como no disponía de tiempo para hornearlas antes de la hora, le sirvió un trozo de pastel. Yo estaba en mi dormitorio, en las buhardillas, y me sobresalté al oír los gritos que procedían del salón. Tras aquel incidente, nunca faltaron galletas en la casa. La señora Hall y nuestra cocinera, por el bien de todos, se encargaron de recordárselo mutuamente.

Antes de subir, examiné por última vez la bandeja: teníamos el té, las galletas, los terrones de azúcar, la leche y la taza. Annie y yo nos aseguramos de que la colocación del servicio de té fuese la adecuada y subí al piso superior.

Encontré a lady Blackburn en el vestíbulo. Al verme, se volvió y dijo que se marchaba.

—Tengo cosas que hacer, querida. Ya le he dicho a George que me lleve a la ciudad. Volveré para cenar.

Algo importante habría sucedido. Me quedé inmóvil, sosteniendo la bandeja. Aquella era una de las pocas veces en las que lady Blackburn se saltaba la hora del té. Mi señora me miró, como si esperara que dijera algo, pero me había quedado atónita. No supe qué responder. Pasados unos segundos, negó con la cabeza, se ajustó los guantes y, tras abrigarse con su capa, se despidió. Salió al jardín y le ordenó a George que le abriera la puerta del carruaje.

George, a quien nosotros llamábamos mister Griffiths, era el cochero de lady Blackburn. Como el ama de llaves, llevaba tantos años a su servicio que ya podía considerarse un engranaje más de la casa. A diferencia de mister Ackerman, mister Griffiths era un hombre reservado; solo hablaba cuando era estrictamente necesario o cuando alguien se dirigía a él con una pregunta concreta que precisaba de una respuesta. Desde que entró a formar parte del servicio, no se le conocía ningún idilio. Nunca se había prometido, ni había contraído matrimonio. Convivía con nosotros como si fuera una pared más.



Aguardé hasta que el carruaje desapareció colina abajo. ¿A qué se debía aquella marcha tan repentina? Estaba dándole vueltas, cuando reparé en que me había quedado sola. El ama de llaves también se había marchado a buscar una serie de encargos para nuestra patrona. En la casa reinaba el silencio; la cocinera estaba ocupada preparando la cena y las criadas estarían limpiando los salones del segundo y tercer piso. Si me daba prisa, podía ir a la librería y volver antes de que nadie se diera cuenta de mi ausencia. Dejé la bandeja en la mesa del salón. Ya pensaría más tarde en lady Blackburn, me dije a mí misma. Raras veces surgía una oportunidad como aquella y más me valía aprovecharla.

Subí a mi dormitorio, me abrigué con una capa, un sombrero y cogí la bolsita donde guardaba mis ahorros. Bajé las escaleras y salí al exterior. Hacía frío, y el aire

calaba en los huesos. Sentí que se me enrojecían la nariz y las mejillas. Con la llovizna que caía, me sujetaba el vestido y vigilaba para no resbalar. Seguí avanzando y olvidé que los pies me dolían. La ciudad se desplegaba ante mí; el humo de las chimeneas se elevaba en el aire, los transeúntes caminaban de aquí para allá y los chicos repartían los últimos periódicos de la edición del día.

Tras descender la colina, doblé a la izquierda, luego a la derecha, en dirección a Dolphin Street. Recorrí la calle hasta que divisé la librería. Era un lugar acogedor, cuya fachada llamaba la atención. Tenía dos ventanales y, si uno se acercaba, podía ver los interiores del local. Desde afuera, observé que habían recogido las cortinas.

La regentaba el señor Breen, un irlandés que había dejado su país para contraer matrimonio con una inglesa. Treinta años atrás, habían abierto el negocio y, desde entonces, habían creado un lugar de referencia. En homenaje a su tierra natal, había pintado la puerta de un verde esmeralda que contrastaba con las viviendas contiguas y sorprendía a cualquiera que pasara por allí. El señor Breen conseguía tratados políticos, panfletos y novelas que no llegaban por los circuitos convencionales. Cada mes, recibía novedades de Francia y América.

Aunque disponía de la biblioteca de casa de los Blackburn, mi patrona se limitaba a releer sus obras favoritas y hacía años que no compraba libros. A pesar de que disfrutaba releendo los clásicos, quería descubrir nuevas historias, así como las ficciones que estaban triunfando en aquel momento en otros países del mundo. Ahondar en otras mentes y concepciones, y perderme en paisajes lejanos y exóticos.

La librería de Breen era el lugar donde nacían los sueños que me acompañarían durante meses de lecturas. Antes de entrar, me sacudí el agua del sombrero y de las botas. Cuando se abría la puerta, un ruiseñor de cuerda avisaba de la llegada de los clientes. Era un pájaro de madera, cuyas alas habían sido pintadas de un marrón rojizo. En el instante en que las bisagras chirriaban, este alzaba sus patas y quedaba suspendido en el aire, como si volara. El señor Breen me saludó con un leve movimiento de cabeza y las gafas le resbalaron por la nariz.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —se inclinó hacia delante, expectante.

Me fascinaba cómo analizaba las elecciones de sus clientes. Adivinaba la personalidad de cada uno de nosotros mientras juzgaba los títulos que nos llevábamos a casa. Ahora, echando la vista atrás, veo que su existencia consistía en eso. Desde la muerte de su esposa, decían que se había vuelto huraño e introvertido y que había perdido la ilusión. Su día a día se basaba en observar y su principal diversión consistía en anticiparse a nuestros deseos.

—No, gracias, señor Breen. Si no le importa, prefiero curiosear sola.

Encogió las manos bajo las mangas de la camisa.

—Como guste, señorita, como guste. —Se colocó bien las gafas—. Si viene a buscar el último libro que hojeó, puedo recordarle dónde lo escondió: sótano, segunda estantería a la derecha, fila dos —dijo, sin apartar la vista de la hoja de cuentas que manejaba entre las manos.

Como eran pocas las ocasiones en que disponía de tiempo y dinero, escondía mis favoritos detrás de otros tomos para que no quedaran a la vista. Los ocultaba tras volúmenes de filosofía o ensayos antiguos de política cuya probabilidad de atraer la

atención de un comprador era casi inexistente. Me sentía como una niña atrapada en medio de un secreto, a punto de cometer una travesura.

Sin decir nada más, le sonreí agradecida y descendí al sótano. Allí estaban ubicados los volúmenes que versaban sobre política, filosofía, ensayos de historia, además de mi sección favorita, a la que siempre recurría: un apartado dedicado a los libros de segunda mano.

En uno de los estantes, detrás de *Utopía*, de Thomas Moro, acaricié la cubierta de la novela que había escondido: *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe. Podía oler el aroma de la nostalgia, de las manos que lo habían sujetado; pensé en los lectores que habían recorrido sus páginas y se habían enamorado, como me sucedería a mí, de sus personajes. Lo abrí; en algunas de las páginas había pequeñas manchas. Quizás uno de sus anteriores lectores lo había leído en su jardín, mientras sorbía el café a primera hora de la mañana. También era posible que una anciana, sentada en su salón, una de esas tardes en las que los maridos se ausentan para jugar al bridge, se hubiese sumergido en él, olvidándose de que a su izquierda reposaba una taza de café. Un gesto de asombro, provocado por la emoción de la lectura, habría volcado la taza. Eso explicaría los círculos marrones. Momentos que nunca llegaría a conocer. Sin embargo, siempre me quedaba imaginar de dónde procedían. Cada vez que empezaba a leer una novela sentía la misma sensación. El misterio que escondería, los secretos que me revelaría hacía que se me entumecieran los dedos. Es curioso que, hoy en día, siga ocurriéndome lo mismo.

Acaricié la portada de *Los misterios de Udolfo*. En varias páginas, alguien había doblado las esquinas y había subrayado frases. Revisé una a una, esperando encontrar alguna pista del último lector, pero aparte de dos o tres anotaciones ilegibles, no hallé nada. Me divertía hacer conjeturas sobre qué tipo de lector había disfrutado, antes que yo, del libro que sujetaba. ¿Habría sido un hombre, o acaso una mujer? ¿Sería un anciano o bien una chica como yo? Hacía tiempo que deseaba leerlo y, por fin, lo tenía en mis manos. Conocía de su existencia gracias a Jane Austen. En *La abadía de Northanger*, Austen hacía alusión a la novela de Radcliffe y parodiaba la gran influencia que tuvo *Los misterios de Udolfo* en el siglo XVIII, tras su publicación. Catherine Morland, la protagonista de *La abadía de Northanger*, influida por la lectura de Radcliffe, en la novela, empieza a confundir la ficción con la realidad. Desde el principio, esa alusión me había llamado la atención y me interesaba leer la novela de Radcliffe para comprender el revuelo que su publicación había causado en la época, así como el rechazo que quedaba patente en el libro de Jane Austen.

En casa no podía compartir con nadie mis lecturas. Aunque lady Blackburn me había obligado a leer los títulos de su biblioteca, alegando que quería a una doncella con quien pudiera conversar de literatura, a la hora de la verdad, nunca mostró ningún interés en hablar conmigo, sino todo lo contrario. Ella solo me dirigía la palabra para darme órdenes o para organizar las tareas del día. En varias ocasiones, intenté hablarle de algunos libros, pero ella me miró con despecho y, con absoluta indiferencia, hizo caso omiso a mis comentarios. Tras diversos intentos, decidí dejarlo estar. En aquel entonces, me hubiera gustado tener a alguien con quien intercambiar opiniones. No cesaba de preguntarme qué sentirían los otros que hubieran leído aquellas páginas, qué habrían pensado al terminarlas y qué habría

significado para ellos. Algunas historias simplemente se leían, mientras que otras se vivían como una existencia paralela; como si, de repente, flotaras en un mundo diferente pero real.



Al tomar entre mis manos *Los misterios de Udolfo*, sentí un cosquilleo en el estómago. Antes de comprarla, leería las primeras páginas para asegurarme de que me gustaba. Debía invertir bien mis ahorros, pensé. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera adquirir otra.

La abrí por el principio y empecé a leer cuando una voz me interrumpió.

—Dígame una cosa. ¿Por qué la gente tiene tanto interés en leer este...? —Se detuvo, buscando la palabra adecuada—... Mmm... novelón. No es nada extraordinario, la verdad.

Detrás de mí, un joven me contemplaba fijamente. Sus ojos eran de un verde gris intenso. Mantenía la vista fija, sin pestañear. Vestía una larga capa negra y llevaba un sombrero de ala ancha, más propio de otros lares. En Nighthill nunca había visto nada igual. Alzó el labio superior en una sonrisa. Tenía una barbilla muy angulosa, que acababa en punta, y se le marcaba el hoyuelo cuando sonreía.

Esperé a que añadiera algo más, pero se limitó a reír, como si la situación le divirtiera. Tras un incómodo silencio, el extraño ladeó la cabeza y rio de nuevo.

—Disculpe, ¿no me he ni presentado...! —dijo en un tono jocoso—. Tyrone, encantado de conocerla, señorita... —Me pareció detectar su acento irlandés. Permanecí callada—. ¿Qué tiene ese libro que le llama tanto la atención? —insistió él—. ¿Tan fascinante es? —Se aproximó más a mí, sin guardar las distancias.

—No lo sé, señor... —repliqué, desconcertada ante su atrevimiento—. Aún no lo he leído.

—¡Asombroso! —rio y dio una palmada en el aire—. ¡Verdaderamente asombroso!

—¿Cómo dice, señor? Me temo que no le comprendo...

Dio un paso adelante y posó la mano encima del libro.

—Llevo un buen rato contemplándola desde esa esquina —dijo, señalando un rincón del sótano—, pero estaba tan concentrada, que ni se ha dado cuenta de que no estaba sola.

Noté que se me enrojecían las mejillas y que me temblaban las manos. Con la mirada, me repasó de arriba abajo. Su rostro adoptó una expresión seria. De repente, alargó el brazo y me rozó el mentón. Había algo en él que me resultaba familiar. Era como si ya le hubiera visto antes, en alguna otra ocasión, aunque no conseguía acordarme dónde podríamos habernos conocido. Cuanto más me observaba, más me intrigaba. Iba a cogerme del brazo, cuando el reloj de la iglesia dio la hora. El sonido de las campanadas se extendió por la ciudad. Ya eran casi las cinco y debía estar de vuelta antes de que lady Blackburn regresara. Agarré con fuerza *Los misterios de Udolfo* y me aparté a un lado.

—Debo irme.

El joven me asió por el codo y me obligó a mirarle de nuevo. Una pausa. Separó los labios, como si quisiera contradecirme pero, antes de que pudiera hablar, le empujé de un tirón y enfilé las escaleras. Cuando llegué al último escalón y alcancé la planta principal de la librería, Breen se colocó detrás del mostrador, dispuesto a cobrarme el ejemplar que traía bajo el brazo. Metí la mano en los bolsillos, saqué unas cuantas monedas y se las tendí.

—¿Será suficiente? —dije, mostrándole el libro de Radcliffe.

Miré en dirección a las escaleras para asegurarme de que el desconocido no me alcanzara, pero no había rastro de él. Pensé en lady Blackburn; no podía demorarme.

El señor Breen comprobó las monedas y asintió.

—Debo irme ya. Gracias, señor Breen —me despedí y me precipité hacia la salida.



No quería reencontrarme con aquel joven. Estaba abotonándome la capa, cuando un golpe de viento hizo que me tambaleara. Me alejé de la librería, apoyándome en las fachadas de los edificios contiguos, hasta que doblé la esquina hacia Season Street. El viento rugía y los pocos transeúntes que había en las aceras se resguardaban en los portales o avanzaban a paso rápido, con la esperanza de llegar a casa antes de que se desatara una tormenta. Se me habían helado los pies y empezaba a dolerme la garganta. Me ajusté el sombrero y me re Coloqué la bufanda antes de emprender el camino de vuelta. Había dejado de llover, pero las calles estaban encharcadas.

Cuando alcé la cabeza, de repente la vi. En la otra acera, mecida por la niebla, estaba lady Blackburn. De pie, inclinada hacia delante, tenía la mirada fija en algún punto de la calle que no conseguía distinguir. ¿Pero qué hacía allí a aquellas horas?

Por las mañanas, cuando le entregaba *The Nighthill Gazette*, lo abría por las páginas de sociedad. No le interesaba la política; decía que había visto y vivido demasiado, y nada podía sorprenderla. Deslizaba los dedos por las distintas secciones y se detenía en los titulares que hablaban de enlaces matrimoniales o escándalos. Tenía una extraña predilección por las historias de jóvenes que, en medio de la noche, desafiaban a sus familias y se fugaban con doncellas. Cuando una noticia le llamaba la atención, se colocaba bien las gafas, inclinaba la cabeza hacia delante y callaba. Continuaba en silencio hasta que leía una crónica de hurtos y secuestros. Estas la asustaban y daban pie a un discurso agotador: «Ya no se puede salir de noche, querida. Vivimos en un mundo de locos. Sí, de locos».

¿Qué pretendía lady Blackburn, tan tarde, recorriendo las calles de Nighthill?

Aguardé y me tapé el rostro con la capa, para que no pudiera reconocerme. Mi señora avanzó tres pasos y se detuvo ante alguien. La niebla era espesa y me obstruía la visión. Por la baja estatura de su interlocutor, intuí que se trataba de un niño. Curioso, pensé. Por lo que yo sabía, lady Blackburn odiaba a los críos. Una de las reglas de la casa era que los niños no eran bienvenidos.

Esperé y el viento volvió a jugar en mi favor, disipando la niebla. El chico tendría unos diez años. Llevaba un abrigo viejo y agujereado. Lady Blackburn se

agachó y, por el tintineo que me llegó desde la lejanía, me pareció que le entregaba unas monedas. El niño asintió, se guardó el premio en los bolsillos y cruzó la calle. Me oculté en un portal y me asomé.

A unos cincuenta metros de mi posición, con la espalda apoyada en la pared de la fachada, había un vagabundo tirado en el suelo. Hecho un ovillo, llevaba las ropas sucias y raídas. Junto a él, había una cajita que se alimentaba de las monedas que le lanzaban los transeúntes al pasar, una petaca y un bastón. El niño se le acercó y le tendió una nota. El vagabundo la leyó con calma, deteniéndose en cada una de las palabras. Murmuró algo que no conseguí entender, escupió y rompió la nota en pedazos. El chico se encogió de hombros y se marchó por donde había venido.

La decisión más acertada hubiera sido emprender el camino de vuelta a casa, pero quería descubrir su historia. ¿Qué hacía lady Blackburn a esas horas de la tarde? ¿Y por qué se enviaba notas con un mendigo? Mi señora cruzó en dirección al vagabundo. Oculta entre las sombras, podía divisar ambos rostros. Seguí la mirada de mi patrona hacia él, y vi que en un brazo la manta le caía, holgada, sobre la nada. El hombre era manco.

—Creo que tenemos que hablar —dijo ella, apretando los labios. El vagabundo resopló y bebió un trago de la petaca—. Vamos, Aleck. No tengo todo el tiempo.

—Veo que has perdido esa dulzura tan encantadora. Bien. Así nos entenderemos mejor —contestó él, y bebió otro trago.

—Levántate de una vez y ven conmigo. Ya me encargaré de que te llenen esa cosa que arrastras por todas partes... —dijo ella, en un tono autoritario—. ¡He dicho que te levantes!

Entre divertido y resignado, el hombre cogió su petaca y se la guardó en uno de los bolsillos. Acto seguido, se apoyó en el bastón y, con dificultad, se puso en pie. El mendigo cojeaba.

—Un placer volver a verte, querida.

Nighthill, 1846

Cuando los vi alejarse con el carruaje de lady Blackburn, salí de mi escondite y ascendí lo más rápido que pude la colina de Nighthill. Las imágenes de la escena que acababa de presenciar se aglomeraban en mi mente como las piezas de un rompecabezas. A pesar de las vueltas que le daba a cada gesto, sonrisa y mirada intercambiada, no conseguía encontrar el nexo que unía a una de las mujeres más elegantes de la ciudad con el hombre que deambulaba por las aceras. ¿De dónde había salido? ¿Qué historia podía relacionar las vidas de dos individuos tan diferentes?

La cuesta de la colina era una subida empinada y me veía obligada a detenerme en varios tramos para no resbalar. Bastaba un mal paso para que me rompiera una pierna.

Al final del camino, se divisaba la casa. Para entrar en la propiedad de los Blackburn, se debía traspasar una verja de hierro y adentrarse en un sendero de grava, flanqueado por olmos y matorrales. Junto a la casa, había una pequeña cabaña independiente, un poco más alejada, donde vivía el jardinero que hacía a su vez de vigilante. De la fachada del edificio principal caían enredaderas que enroscaban sus hojas en los ventanales, fundiéndose con la hiedra que trepaba por los muros. Cuando llegué, el lacayo se disponía a devolver los caballos a la cuadra. Lady Blackburn y su acompañante ya habían entrado. Me detuve unos instantes para coger aire. Exhalé un suspiro y, con el libro entre mis brazos, crucé el jardín. Una de las ventanas del piso superior estaba iluminada. Las conté: primer piso, ventana número cuatro, subiendo las escaleras a la derecha. Era el cuarto reservado para los invitados. Hacía años que nadie lo utilizaba.

El rostro del ama de llaves apareció en la ventana. Su silueta azabache contrastaba con la luminosidad de las velas de la estancia. Ya podía predecir su sermón: «¿Sabes qué sucederá a la próxima? Te echará. Eso es. Te largará y tendrás que vivir en las calles. ¿Acaso es eso lo que quieres?».

Apresuré el paso y vi a mister Ackerman, el mayordomo, apoyado en la puerta.

—Te está esperando en el salón. Y no está precisamente contenta... —dijo, casi sin mover los labios, por miedo a que alguien pudiera escucharle.

Entré en la casa y me dirigí al salón. Ya era demasiado tarde cuando me di cuenta de que los bajos del vestido se me habían manchado de barro y que estaba mojando el suelo del vestíbulo. Lady Blackburn estaba de espaldas a mí y la única luz de la estancia procedía del fuego que crepitaba en la chimenea.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—Disculpe, señora. Me he entretenido en la librería. No volverá a suceder.

Temía que me regañara, pero tenía otras preocupaciones más importantes. Pasó por alto mi demora, para poder centrarse en lo que la inquietaba.

—Tenemos un invitado... El señor Bartholomew se quedará aquí unas semanas. Como no estabas, la señora Hall ya se ha encargado de dirigir los preparativos para acomodarle. Asegúrate de que nos traigan la cena aquí, por favor. Esas criadas son

insufribles.

—¿No prefiere que le prepare el comedor, señora?

—No, si te he dicho aquí, es aquí. Y por favor, cámbiate este vestido. Vas a dejar la casa llena de barro.

Asentí y bajé a avisar a las criadas para que se apresuraran a subir con la cena.

Luego me retiré para quitarme el vestido. Una vez me hube cambiado de uniforme, bajé a la planta principal. Aquella fue la segunda vez que lo vi. El vagabundo, a quien debíamos dirigirnos como señor Bartholomew, levantó la cabeza y se enderezó, satisfecho. Estaba en lo alto de la escalinata que conducía al vestíbulo; su cabello mugriento era ahora de un gris brillante. Se había bañado y acicalado, y llevaba un traje que, años atrás, había pertenecido a lord Blackburn. Si no lo hubiera visto media hora antes en las calles, no lo hubiera reconocido. Era un hombre completamente distinto al mendigo que se arrastraba para conseguir unos chelines.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —exclamó ella.

Lady Blackburn apareció en el umbral del salón. Había algo cómico en ese reencuentro que solo ellos comprendían, pues ambos estallaron en carcajadas. Pero se trataba de una risa malévola, repleta de reproches y antiguos secretos que, por el momento, ninguno de ellos se disponía a revelar.

Nuestro huésped pasó junto a mí y me rozó el brazo. Se detuvo un momento y giró ligeramente la cabeza. Tuve que reprimir una sonrisa cuando reparé en que me estaba guiñando el ojo. Lady Blackburn me dedicó una mirada de desaprobación y, tras señalarme las escaleras que conducían a la antecocina, me indicó que me retirase. Resignada, asentí y dejé que continuaran con su reunión.



Abajo, la cocinera me había guardado un plato. El resto de los criados se habían adelantado con la cena y, exceptuando a Annie, ya se habían retirado a sus aposentos. En aquel momento, lo agradecí. La cena sería más tranquila y no tendría que oírlos a todos quejarse, uno detrás de otro, de sus quehaceres. Annie era una joven afable y dulce, y su compañía era placentera. Conversamos de la jornada, de nuestras asignaciones y de los encargos que deberíamos llevar a cabo al día siguiente. Después, le di las buenas noches y subí a las buhardillas.

En mi habitación, abrí el libro de Ann Radcliffe, pero no conseguía concentrarme. No podía dejar de pensar en el joven de la librería y en la pareja que, en esos momentos, estaba encerrada en el piso de abajo. Debía de ser importante si lady Blackburn renunciaba a sus rutinas para conversar con un vagabundo que había rescatado de la calle y a quien, además, le había ofrecido la ropa de su difunto marido.

Apoyé la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos. Desde pequeña, cuando no conseguía quedarme dormida, pensaba en mis novelas favoritas y evocaba lugares lejanos a los que anhelaba viajar. Pero aquella noche, por mucho que lo intentara, no había forma de conciliar el sueño.

Desvelada, me puse en pie y me envolví con la capa. Sin hacer ruido, a

medianoche, crucé el pasillo de puntillas. Al otro lado de la pared, podía oír los ronquidos de mister Ackerman y mister Griffiths, así como la respiración acompasada de la señora Hall. Más adelante, en la cuarta puerta, la cocinera se movía de un lado a otro del camastro, haciendo chirriar los muelles. Para pasar desapercibida, aguanté la respiración hasta que llegué a las escaleras que conducían a los pisos inferiores. Intenté guiarme por la luz que procedía del salón. No me atrevía a encender ningún candelabro por miedo a que alguien me viera. A medida que me acercaba, las voces se volvían más claras. La puerta del salón estaba entreabierta. Me descalcé y asomé la cabeza. El señor Bartholomew se había sentado en una de las butacas y bebía un sorbo de un vaso que, por el color, parecía ron. Enfrente de él, lady Blackburn se llevó la taza de té a los labios, pero en su rostro apareció una mueca y volvió a dejarla encima de la mesa.

—¿Has vuelto alguna vez...? —De repente, su voz se detuvo en un titubeo—. Lo que quiero decir es si has vuelto alguna vez allí, donde empezó todo.

El señor Bartholomew se tomó unos segundos para responder.

—Todo era un teatro y nosotros, sus sombras.

Aquello no era una respuesta... ¿O sí? La mirada de nuestra patrona, siempre alerta, se había relajado, y advertí cierta tristeza.

—¿Se puede saber a quién te refieres? Creo que hay algo que no me estás contando...

Él se inclinó hacia delante para beber un poco más de ron cuando el vaso resbaló entre sus dedos y cayó al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó el señor Bartholomew.

Lady Blackburn se levantó y le tendió un pañuelo para que se secara.

—Está bien, solucionado. ¿Ves?

Cuando la oyó, él se tranquilizó y se secó con el pañuelo. Iba a devolvérselo, pero se había quedado absorto en él. Estaba viejo y desgastado, y me sorprendió que lady Blackburn, con lo escrupulosa que era con sus vestidos y complementos, guardara algo tan maltrecho entre sus pertenencias.

—Puedes quedártelo si quieres —masculló ella, mientras saboreaba un pedacito de la tarta que les habíamos servido para acompañar la bebida.

—Gracias.

—Con una condición, claro.

Bartholomew agarró el pañuelo.

—¿Y cuál es?

Tras limpiarse los labios con una servilleta, se volvió hacia él.

—Que me cuentes tú la historia, Aleck. Cuéntame qué nos sucedió. Llevo toda mi vida leyendo e intentando comprender las historias de otros. He leído a Shakespeare, Dickens, Moro, Esopo... ¡Tengo una biblioteca destinada a ello! Pero ahora, necesito escuchar y entender la mía. —Se detuvo un instante para coger aire y prosiguió—: Este tiempo he intentado olvidar lo que pasó. Pero, de una manera u otra, aquello me persigue día y noche. Ayúdame, Aleck. Recuérdate por qué somos quienes somos y cómo llegamos hasta aquí. Cuéntame tú nuestra historia, recuérdate quién fui una vez. A cambio, te daré el pañuelo.

Había algo indefenso en él. Se había apoyado en el alfeizar de la ventana, de

espaldas a ella.

—No sé por dónde empezar —respondió, sin volverse.

Lady Blackburn le cogió del brazo. Era un gesto tierno y consiguió que él se girara para mirarla.

—Oh, cariño, eso es fácil —dijo ella—. Las grandes historias siempre empiezan con las mismas palabras: «Érase una vez...».

Bartholomew se dirigió a la mesa donde reposaba la botella de ron y se sirvió un poco más. Se llevó el vaso a los labios y se lo bebió de golpe.

—Ya deberías saber que no se me da bien... hablar y mucho menos contar historias... —dijo él, mientras contemplaba su única mano. Lady Blackburn se levantó y en el aire agitó el pañuelo que antes le había ofrecido para secarse—. Está bien, lo haré —claudicó él—. Pero luego, cuando llegue al final, tendrás que darme una respuesta. He recorrido un largo camino y no pienso irme sin saberlo.

Ella frunció el entrecejo y suspiró, resignada.

—Trato hecho —contestó.

—Y la respuesta que me des no será solo ese pañuelo.

El señor Bartholomew paseó por la habitación, balanceando el vaso de un lado a otro. Aguardé a que añadieran algún detalle más, pero permanecieron en silencio, sopesando el trato que ambos acababan de sellar. Había una parte del acuerdo que no se había anunciado en voz alta y que, sin embargo, los dos habían entendido. ¿Pero de qué se trataba?

Aunque, por alguna razón, ya no le interesaba compartir sus lecturas conmigo, cuando era una niña y quería instruirme, lady Blackburn me recomendaba sus novelas favoritas de la biblioteca. Gracias a ella, descubrí la importancia que tenían las palabras, así como su significado. El peligro de acercarse a otro a través de la escritura, decía, implica descifrarlas, entender por qué un escritor utiliza unas palabras mientras que, en otros momentos, opta por otras o incluso las sustituye por silencios. Aquel atardecer, recordé lo que me dijo en una ocasión, y que siempre guardaría en la memoria: «Pequeña, los escritores dejan algo de sí mismos en su obra. Por ese motivo, nunca dos novelas podrán ser iguales, porque nadie ha experimentado ni ha vivido lo mismo que el otro. Siempre me han gustado las historias con narradores que no participan en la narración. No me gustan las primeras personas, ¿y sabes por qué? Porque quiero pensar que solo yo, yo como lectora, estoy viviendo esa historia. Soy celosa de los personajes que pueblan las novelas. Al leerlas, quiero ser la única que experimente esa sensación. ¿Es absurdo, verdad? Y aun así, ¡es terriblemente cierto! No cuentes tus secretos, Alice. Cuéntalos, sin que sepan que eres tú. Cuéntalos como si fuera la historia de otro... y entonces, lo habrás conseguido».

El momento había llegado; la historia había entrado en mí, y yo en ella. Me agarré con fuerza al pomo de la puerta. Una historia y una pregunta que esperaba una respuesta. Y un silencio que, con el tiempo, se revelaría.

Con la vista fija en las llamas, Bartholomew pronunció las primeras palabras:

«Érase una vez...».

Porthgathleh, otoño de 1820

Zarparían con los primeros rayos de sol. Bañado por los reflejos de la mañana, el mar era de un azul intenso y apacible. Los habitantes del pueblo pesquero de Porthgathleh aún dormían. En la proa del navío, Doug, el contramaestre, revisaba la lista de los tripulantes: ¡Jones, Richardson, Pruitt...! Uno a uno, los llamaba por sus apellidos, y se presentaban ante él. Tras asegurarse de que estaban a bordo, Doug tachaba los nombres de su listado.

En el extremo opuesto, subiendo por los escalones que daban a cubierta, apareció el capitán, Aleck Bartholomew. Con veinticinco años había recorrido el mundo. Hijo de un contrabandista, y oriundo de Porthgathleh, varias leyendas contaban que su padre, James Bartholomew, en su juventud, había surcado los mares al servicio del rey George III, para luego acabar malográndose como un traidor a la Corona. Otras decían que se había educado en la piratería y que se había mantenido así hasta el fin de sus días. El apellido Bartholomew era célebre desde el puerto más pequeño de Inglaterra hasta las tierras que se extendían más allá de Australia.

Aleck había heredado el negocio familiar de su progenitor y hasta entonces, no se había planteado la posibilidad de un cambio de rumbo. Le habían enseñado que la vida venía sellada de nacimiento. Sin embargo, en los últimos años, la situación había cambiado. En 1820, la piratería estaba prácticamente erradicada. Sabía que solo era cuestión de tiempo para que desapareciera. No obstante, no había nada que supiera hacer mejor. Se había criado entre los peñascos de los acantilados, oculto tras las rocas, aguardando a las embarcaciones que anclaban en la orilla. Por las noches, cuando los niños de su edad dormían, Aleck esperaba entre la hierba y, a oscuras, vigilaba la llegada de cualquier navío. Con cinco años, ya sabía distinguir las embarcaciones que se acercaban a puerto: si eran mercantiles, si procedían de un puerto cercano o si, por el contrario, eran contrabandistas.

No había asistido nunca al colegio del pueblo, como hacían los otros chicos, ni tampoco había tenido una institutriz. Fue su madre quien, antes de morir, le transmitió el amor por la lectura. Cuando era niño, le leía en voz alta cuentos populares, le recitaba poesías y, en ocasiones, le había leído incluso alguna novela. Tras la muerte de su madre, el pequeño Aleck se aferró a los conocimientos que ella le había inculcado, como si así pudiera mantenerla con vida, y se prometió a sí mismo que siempre le acompañarían, allá donde fuera. Atesoró los libros que ella le dejó, y se hizo construir una estancia particular en su navío a modo de biblioteca. Desde entonces, no iba a ningún lugar sin ellos.

Había viajado tanto, que su cuerpo y su mente se habían mimetizado con el océano. Cuando permanecía demasiado tiempo en tierra, empezaba a sentir un cosquilleo en las piernas que se extendía por todo el cuerpo. Notaba que los brazos se le reblandecían y que los dedos de las manos se le adormecían. Su padre había fallecido, y no le quedaba ningún hogar al que volver. Apoyado en la barandilla, echó un vistazo a Doug y al resto de la tripulación. Luego cerró los ojos e inspiró.

Doug repasó, por última vez, que no se le hubiera escapado nada: los hombres

ya habían arriado el bote de popa; los barriles de ron, de aceite y las cajas con las provisiones para el viaje estaban guardadas en el camarote bajo cubierta. Habían limpiado los cañones y se habían esmerado en dejar el navío reluciente. Estaban listos.

El capitán se volvió hacia su segundo de abordo.

—¿Todo en orden D.? —preguntó, y le dio una palmada cómplice en la espalda.

El contraмаestre asintió. Se conocían desde la infancia. Mientras sus padres jugaban en la posada Jamaica unas partidas de cartas y conversaban de los barcos que estaban por llegar, ellos correteaban por los acantilados y leían historias de marinos y piratas de la región. Dos adolescentes que se habían alimentado de leyendas se escondían tras las sombras y aguardaban, impacientes, la aparición de un navío. A la mañana siguiente, cuando despertaban después de una noche en la posada, los navegantes contemplaban cómo habían robado sus mercancías.

Aleck y Doug se aproximaron a la barandilla y se asomaron para ver cómo se alzaba el ancla. Esta se elevó, las velas se abrieron y empezaron a ondear con la fuerza del viento. Cuando el barco partía, Aleck solía despedirse de los acantilados que lo habían visto crecer. Mientras agitaba la mano derecha, alzaba la pistola con la izquierda y disparaba. Esto se había convertido en una tradición y en un gesto que sus marineros consideraban de buen augurio para el inicio de sus viajes. Respetaban al capitán y le obedecían. Era un hombre justo. Se dirigía a ellos por igual e intentaba no mostrar privilegios. Sin embargo, no convenía hacerle enfadar; había normas estrictas y si no se acataban, no dudaba en castigar a sus hombres con la muerte. Los robos a bordo, las peleas y las rebeliones estaban prohibidos, y cualquiera que incumpliera las reglas se arriesgaba a morir de un disparo o a recibir una puñalada y a caminar por la tabla hacia las profundidades del océano.

Como si danzaran, sus hombres se desplegaron de un lado a otro de la cubierta, bailando con los cabos y soltando las velas que volaban con el viento del norte. Las colinas del pueblo costero se fueron alejando.

Les esperaba un viaje largo y arduo. Sídney, en Nueva Gales del Sur, se encontraba a miles de millas de distancia, lo que suponía meses de travesía. Había cerrado un trato, según el cual se comprometía a llevar un cargamento a una de las plantaciones de la ciudad australiana. Aleck sentía que la piratería y la vida que conocía se estaban derrumbando y como capitán debía poner rumbo a algún lugar, antes de que fuera demasiado tarde. Su tripulación era su responsabilidad y se veía incapaz de abandonar a sus hombres. Era posible que todo debiera cambiar si quería que todo continuara igual, se dijo a sí mismo. Hurgó en el bolsillo del gabán y sacó un trozo de papel. Lo desdobló y contempló el mapa que se mostraba ante él. El viento soplaba a su favor.

Después de dos meses en Porthgathleh, Aleck necesitaba volver a la mar. Añoraba las épocas en que, solo ante el océano, su barco avanzaba contra las olas hacia lugares desconocidos. ¿Qué tierras le aguardaban al otro lado del mundo? El mar le calmaba y conseguía relajarle. Cuanto más lo observaba, más le recordaba a las llanuras desérticas que había visto en América; ambas eran solitarias e infinitas. Ningún ser humano podía abarcarlas en su plenitud. Pero el mar era honesto; su intensidad no le atemorizaba como el desierto. Era uno de los pocos lugares en los

que se sentía a salvo. Levantó la cabeza hacia la dirección del viento. Era frío y algunas gotas le salpicaron sobre la piel. Se pasó la lengua por los labios y degustó el sabor del agua. Rememoró la última noche que habían pasado en Porthgathleh, y las piernas desnudas de la mujer que lo había arropado entre sus senos. Intentó visualizar su mirada, su sonrisa, o incluso su nombre, pero solo conseguía evocar la forma borrosa de un cuerpo blanco y rechoncho.

El viento soplaba plácidamente. Si no se volvía en su contra, tendrían un viaje tranquilo. Con suerte, evitarían toparse con otro buque. Para una travesía tan larga, cuantos menos encuentros con otros navíos y menos bajas de la tripulación se produjeran, mejor.

En las próximas noches, los hombres ya se habían organizado por turnos para la tarea de vigía. Aleck recordó cuando, de niño, se mantenía despierto bajo las órdenes de su padre. Era un trabajo más difícil de lo que parecía. La luz de la luna, con el vaivén de las olas, le provocaba sueño. Sonrió al pensar cómo se hacía un ovillo para resguardarse del frío y se contaba historias en voz alta. Con tal de no quedarse dormido y de no decepcionar a su padre, caminaba en círculos, hacía cualquier cosa que le mantuviera despierto. Echaba de menos la voz ronca de su progenitor bramando a todas horas. Sus gritos se habían perdido en el fondo del mar, años atrás.



Las primeras semanas del viaje a Sídney todo se desarrolló con normalidad. Cada mañana, al despertar, Doug se aseguraba de racionar la comida. Él mismo la repartía y, tras distribuirla entre los hombres, cerraba el camarote de las provisiones con llave. Para evitar los robos, siempre había un encargado de guardar los alimentos bajo cubierta. Aleck fue marcando los días que transcurrían en la pared del camarote.

Llevaban casi tres meses y apenas habían sufrido contratiempos, exceptuando algunas lluvias que les habían obligado a virar la dirección. Sus hombres estaban vivos; no se había producido ninguna pelea a bordo, ni nadie había desobedecido las normas. En los viajes de larga distancia, era frecuente que algunos perdieran la paciencia. El salvajismo del mar acentuaba la sensación de soledad, y el aislamiento podía convertirse en su enemigo más peligroso. Aleck había presenciado muchas pérdidas en sus travesías; los hombres alucinaban, se quitaban la vida o se mataban los unos a los otros cuando llegaban a los límites de la cordura. Sin embargo, hasta entonces, se había mantenido el orden y ninguno había mostrado rasgos o cambios de comportamiento preocupantes. El capitán deseó que la situación se mantuviera así, y que alcanzaran pronto su destino.

No obstante, esa misma noche, las nubes se concentraron en lo alto del cielo. La luna y las estrellas quedaron escondidas tras ellas. La marea había subido. Guardaron silencio. El vigía aguzó la vista, pero no podía ver nada.

—Esto no me gusta, capitán... —dijo Doug—. Tengo un mal presentimiento.

Pasaron dos horas; cada vez estaban más nerviosos. Había una quietud extraña, como la calma que precede a la tormenta. Aleck sintió que la dirección del viento cambiaba y supo que algo no andaba bien. Se dirigió a la baranda cuando, a medio

camino, se quedó paralizado. Miró a babor y estribor; una sombra se dirigía a la embarcación. El vigía intentó avisar a la tripulación pero, antes de que pudiera reaccionar, una sacudida hizo temblar el barco. Una ola gigante se abalanzó sobre ellos, haciendo saltar los tablones del navío.

En lo alto del cielo, un relámpago iluminó la noche. Una nube grande y negra se concentraba encima de sus cabezas; la tormenta iba a descargar de un momento a otro y causaría un turbión del que debían escapar antes de que los engullera. Aleck sabía que si se adentraban y se dejaban arrastrar por el viento, el navío acabaría hecho astillas. No podrían sobrevivir.

—¡A estribor! ¡Virad a estribor! —gritó.

Pero una ola cayó sobre él. El barco se balanceaba sobre el oleaje, y los hombres trataban de mantener el control. El capitán intentó arrastrarse por el suelo en dirección al timón. Tenían que alejarse del viento, antes de que la tempestad hiciera pedazos la embarcación. De repente, vio que Doug se apoderaba de este y empezaba a girarlo.

—¡Ciento ochenta! —gritó—. ¡Vira a ciento ochenta!

Cada vez estaban más cerca del turbión.

La corriente hacía zozobrar el barco de un lado a otro, y la lluvia los había dejado sin visibilidad. Se movían sin pensar, buscando cualquier objeto al que agarrarse. Enmudecieron cuando una nueva ola arremetió contra el bergantín. El impacto hizo correr la escota y el bauprés barrió todo lo que encontraba a su paso. El barco crujió. Aterrorizados, intentaban atrapar el mástil para inmovilizarlo, pero les costaba mantenerse en pie. Otra ola los embistió; el bauprés se hizo en mil pedazos y varios de la tripulación fueron arrastrados al agua. Doug chilló cuando un trozo afilado de madera se le clavó en la entrepierna y se tiró al suelo.

Nunca antes habían presenciado una tempestad como aquella. Los hombres morían, uno tras otro; sus cuerpos chocaban contra las paredes del barco y salían volando por los costados. Aleck se arrastró hacia la popa, para intentar controlar el timón, cuando algo le golpeó en la cabeza. El bergantín se inclinaba cada vez más. Antes de perder el conocimiento, oyó los gritos de su padre en la lejanía.

En la isla, 1820

Abrió los ojos. Intentó enfocar y distinguir el entorno, pero la sal le escocía en los párpados. Una voz le hablaba en susurros.

—Se está despertando. Eddie, trae un poco de agua. —Una mano le rozó el pecho—. Está bien, tranquilo.

Se esforzó por incorporarse; aún se sentía demasiado débil. Dos figuras se movían. Aleck pestañeó varias veces, pero la cabeza le daba vueltas. Una mancha borrosa se acercaba en dirección a él. Cada vez se hacía más grande y, a medida que se aproximaba, tomaba el cuerpo de una mujer. Esta se arrodilló. Notó cómo le entreabría los labios y le obligaba a beberse el líquido de un recipiente. Aleck retrocedió, asustado, pero la sombra lo sujetó.

—Beba, no le hará daño —dijo en un tono apaciguador, y añadió—: Eddie, sujétale por los hombros.

Mientras ella le inclinaba el cuenco, alguien le agarró por detrás para inmovilizarlo. Quería levantarse, pero estaba exhausto y sabía que, si se erguía, se desplomaría al instante. Abrió la boca y tragó el agua con dificultad.

Trató de respirar profundamente, se inclinó hacia delante y comenzó a escupir. Ella se incorporó y le mojó la frente con un paño empapado de agua, hasta que consiguió echar la acidez de la sal.

—¿D-dónde es... toy? —balbuceó el capitán.

Alzó la mirada hacia la voz.

—Está a salvo —dijo ella, y le tendió un recipiente ovalado—. Coma, le ayudará a reponer fuerzas.

—¿Dónde estoy? —repitió, con la voz entrecortada.

La voz seguía moviéndose, difusa.

—Su barco naufragó. Por suerte, ha conseguido llegar a la orilla.

El mástil cayendo, la madera hundiéndose bajo sus pies, los gritos de la tripulación... Cuanto más intentaba reconstruir los hechos, más insoportable se volvía el dolor. Un pinchazo a la derecha, otro a la izquierda. Cuando llegaba al punto álgido, apretaba la mandíbula y gruñía, como si así consiguiera amortiguarlo.

—Debe descansar —dijo ella, exigiéndole que reposara la cabeza sobre el camastro.

—No, no puedo, debo... —Su voz se fue apagando—. Tengo que llevar el cargamento, me están esper... —Hizo un esfuerzo para moverse, pero las piernas le flaqueaban.

—Quieto. No va a ir a ninguna parte.

La bruma había empezado a disiparse. A su lado, la mujer le sonreía. Se encontró mirándola fijamente a los ojos. Eran de un color gris perla, y le recordaron a los acantilados de Porthgathleh después de la lluvia. La melena, castaña y ondulada, le llegaba hasta la cintura. Le había colocado una mano sobre el pecho, para impedir que se levantara. La imagen del mar rompiendo contra la orilla, el cabello de la mujer ondeando en el aire... Entre vaivenes y una voz que oía a la lejanía, abatido por el

naufragio, se desmayó.



Parecía inofensivo, pensó ella. Lo examinó atentamente, con cuidado de no despertarle. Fruncía los labios como si se encontrara alerta, como si intentara mantener el control de lo que sucedía a su alrededor. Pero su respiración era acompasada y apenas se movía. Con la cabeza ladeada, le apartó un mechón de cabello que le caía sobre los párpados. En algunas partes de la cara, sobre todo en las mejillas y la frente, tenía una tonalidad más tostada, un color que solo se conseguía exponiéndose al sol durante horas. Acarició el flequillo con los dedos y rozó las patillas que le caían a ambos lados. De la oreja izquierda le colgaba un pendiente. En la mano derecha, lucía un anillo; en los otros dedos tenía marcas, pero no había ni rastro de las joyas. Los habría perdido durante el naufragio. Tocó la plata; en el centro, llevaban incrustadas piedras de colores. ¿De dónde podía proceder algo así? Nunca había visto nada tan hermoso.

Estaba observándolo, cuando el extraño gimoteó y reparó en que las heridas del pecho se le habían infectado. Dos de ellas supuraban, y las otras dos le habían inflamado la piel. Vertió un poco de agua encima y, ayudándose de un trozo de tela, se las limpió. Luego se las secó y, para reducir la infección, utilizó hojas de manuka. Las presionó contra la piel, asegurándose de que se adhirieran bien.

Lo había encontrado en la orilla, inconsciente. La corriente debía de haberle arrastrado hasta allí. Era un rincón apartado, una cala contigua a la playa más grande de la isla que quedaba oculta por una pared de rocas. Cada mañana, al despertarse, ella acudía allí para bañarse. Al amanecer, vio que había un hombre apesado entre dos rocas. Estaba herido, pero aún respiraba. Cuando lo tocó, el hombre gruñó. Algunas de las heridas eran profundas y había tragado mucha agua.

A lo lejos, vio el mástil partido del navío. Era posible que hubiera más supervivientes. Sin embargo, el extraño no dejaba de gemir. Si quería salvarle, debía atenderlo cuanto antes. No tenía tiempo para inspeccionar el terreno. Lo cogió por los hombros y lo arrastró como pudo en dirección a las cuevas. Por suerte, a mitad del camino, se encontró con Eddie, que había ido en su busca, y la ayudó a trasladarlo al interior de la cueva. Eddie era uno de los muchachos que habitaba con ella en la isla. Sabía que podía confiar en él.

El náufrago estaba helado y tenía los labios amoratados. Lo recubrieron con una manta y, para que entrara en calor, encendieron una pequeña hoguera. Tras haberle acomodado, le había encargado a Eddie que inspeccionara la playa, y que la avisara si daba con más supervivientes.

Cuando Eddie regresó, el náufrago continuaba inconsciente. Le confirmó a la joven que había visto a más hombres en la playa. No se había atrevido a acercarse a ellos, pero estaban allí. Por primera vez en meses, había llegado gente a la isla.

Sentada junto a él, se fijó en que el extraño tenía un tatuaje en la muñeca. Era un ancla de color negro que le recorría la mitad del brazo y terminaba donde se iniciaba la palma de la mano.

Desde su llegada, se había acostumbrado a la soledad y a la paz que brindaba la intimidad, a la unión con la naturaleza. Pero ahora, un barco había llegado a tierra. Hombres que desconocía. ¿De dónde habían salido? Se alteró al pensar que pudieran tratarse de contrabandistas. Si querían hacerle daño, nadie podría protegerla. Los hombres que navegaban con bandera negra vivían bajo sus propias reglas.

El náufrago estaba soñando. Sus mejillas, recubiertas por una barba incipiente, habían ganado un poco de color. Ella le tocó la frente y advirtió que tenía fiebre. Lo tapó con la manta para que no cogiera frío y le depositó un trozo de tela húmeda encima de las cejas, para que le bajara la temperatura corporal.

Sabía que no tardaría en despertar y, cuando lo hiciera, tendría que darle explicaciones. Lo primero que le preguntaría era dónde se encontraban, cómo podían salir y cómo había llegado ella allí. Tenía que pensar bien las respuestas. Empezó a caminar en círculos por la cueva. Para justificar su paradero, volvería a recordarlo todo, desde el principio. Aunque le doliera revivir cada instante, tenía que volver al pasado.

Afuera, los árboles que anunciaban la entrada del bosque se balanceaban con el viento. Saldría a pasear. El aire de la isla la ayudaría a aclarar la mente.

En la isla, otoño de 1820

Cuando el capitán despertó, estaba solo. Con cuidado, trató de incorporarse. En el brazo le habían untado un peculiar unguento y se lo habían vendado con una hoja de manuka. Lentamente, Aleck levantó la hoja. Tenía el brazo inflamado y si lo movía, le escocía. Como la herida era reciente, prefirió dejarla como estaba y aguardar a que las plantas hicieran su efecto curativo.

Echó un vistazo a su alrededor. Se encontraba en el interior de una cueva. En una de las paredes habían grabado unas líneas verticales que posteriormente habían tachado con otras horizontales. Alguien trataba de llevar la cuenta de los días transcurridos. Sin hacer movimientos bruscos, bordeó cada una de las líneas. Era un trazo torpe, de alguien que desconocía cómo se tallaba la piedra. Un poco más alejados, había un lecho, construido con ramas y hojas, y un baúl. Aunque estaba recubierto de moho, el arcón aún conservaba algunos destellos de su color original. Se aproximó, intentando que las hojas no se le desengancharan de la piel, y lo abrió. El cierre estaba oxidado y pudo levantar la tapa sin dificultad. De su interior salieron dos mantas y una capa deteriorada que desprendían un fuerte olor a mar. Sin duda, aquello eran los restos de un naufragio.

La silueta de la mujer apareció en la entrada; a contraluz, solo veía su figura.

—¿Dónde estoy? —dijo él.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

A medida que avanzaba, la luz del fuego revelaba sus facciones.

—Hace unos meses, el barco en el que iba zarpó de Londres rumbo a Australia, a las colonias —explicó ella—. Todo iba bien hasta que, tres meses después de nuestra partida, nos alcanzó una tormenta. Nunca había visto unas olas tan grandes como aquellas. —Se detuvo unos instantes. Tenía la mirada enrojecida y el labio inferior le temblaba—. A veces, aún puedo oír los aullidos del capitán y el murmullo del agua abalanzándose sobre nosotros.

—¿Y el resto de la tripulación?

—Murieron. La mayoría falleció. —Se mordió el labio con fuerza—. Solo quedamos cinco. Cuatro chicos y yo. Busqué por toda la isla, pero no había más supervivientes. —Viendo que él no iba a darse por satisfecho hasta que se lo contara todo, prosiguió con el resto de la historia—: Nuestro navío se hundió en el naufragio. Estábamos solos. Los pocos que conseguimos sobrevivir cruzamos el bosque que se extendía hasta el extremo más septentrional de la isla. Nos encontramos con un claro y dos cuevas donde podríamos refugiarnos. Nos resguardamos allí y nos vimos obligados a aprender las tareas básicas para sobrevivir. Por las noches, cuando refrescaba, encendíamos una hoguera, nos sentábamos a su alrededor y contábamos historias para distraernos y olvidar, aunque fuera durante unos instantes, que nunca más podríamos volver a nuestros hogares.

»Inspeccionamos la isla, de un extremo a otro, pero nunca vimos ninguna señal de un ser humano. Estábamos solos y, si queríamos sobrevivir, debíamos aceptarlo y

aprender a convivir con ello.

»Después de varios días, nos fabricamos unas lanzas con madera y puntas de piedras. Nos sirven para cazar y pescar en la orilla. Cada uno tenemos la nuestra e intentamos traer, cada día, algún alimento, y lo compartimos.

»Para dormir, nos servimos de ramas y hojas y construimos dos lechos: uno para mí, y otro más grande para los chicos. Yo duermo en esta cueva, y ellos duermen en la segunda, que está justo unos metros más allá. Así, cuerpo con cuerpo, se dan calor entre ellos y no pasan frío.

Iluminada por las llamas, parecía una ensoñación. Rondaría los diecisiete o dieciocho años, pensó Aleck. ¿Y si estaba soñando? ¿Y si nada de aquello era real? Había algo misterioso en ella, una especie de ferocidad latente mezclada con una inocencia interrumpida. Le rehuía la mirada.

—¿Cómo te llamas?

Ella retrocedió un paso, como si la pregunta la hubiera asustado.

—Está bien —prosiguió él. En su mirada se percibía el agotamiento. Levantó la mano y con un gesto amable, que intentaba tranquilizarla, añadió—: Primero yo; puedes llamarme Aleck. Aleck Bartholomew.

Pero la extraña no dijo nada. Su cuerpo se había tensado y cerraba los puños. El náufrago hacía esfuerzos para mantenerse despierto; se sentía muy débil. Le invadió el cansancio y, esperando una respuesta, desfalleció.

En la isla, otoño de 1820

De afuera le llegaban los cánticos de los pájaros que sobrevolaban aquella parte del bosque. La brisa le pellizcó la cara. A la luz de la mañana, el capitán encontró el refugio acogedor. Se sentía más fuerte. Podía levantar las piernas casi con normalidad y el brazo ya no le dolía tanto. El enrojecimiento había empezado a menguar. Las hojas estaban haciendo su efecto.

La extraña se había marchado mientras él dormía, pero le había dejado dos plátanos para que desayunara. Aleck les quitó la piel y los devoró. No recordaba cómo podía haberse quedado dormido. Habría perdido el conocimiento. Seguramente, la joven estaría con los muchachos de los que le había hablado, intentando encontrar algo de comer para el almuerzo. No sabía si eran los efectos del naufragio que le nublaban la cabeza, pero su mirada, dulce y atenta, y aquella voz pausada lo habían dejado anonadado.

Sus fantasías se desvanecieron cuando el viento penetró en la cueva y le devolvió a la realidad. Le llegó el olor del mar y los recuerdos del naufragio le asaltaron la mente. Las heridas le escocían y se dobló hacia delante. Rememoró los cuerpos de sus hombres cayendo, chocando unos contra otros y el rostro desencajado de Doug pidiéndole ayuda.

Poco a poco, la nebulosa y la fiebre que lo habían mantenido aturdido durante las últimas horas fueron desapareciendo y Aleck recobró la conciencia de lo que había sucedido. Comprendió que debía regresar a la playa e inspeccionar la isla en busca de sus hombres, si había alguien con quien volver. Aunque las heridas aún eran demasiado recientes y le dolían cuando se movía, hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

La cueva se hallaba en un claro en el centro de la isla, que constituía un círculo. Si no le fallaba la memoria, cuando despertó tras el naufragio, juraría que alguien le había sujetado los hombros y había ayudado a la muchacha a limpiarle las heridas, pero no estaba seguro.

Frente a él, se extendía un bosque. Los árboles se erguían y, en lo alto, formaban cúpulas espesas que no dejaban entrar la luz. Del otro lado, le llegaba el olor a sal. A causa de las tormentas de los últimos días, se vio obligado a zigzaguear y a sortear el camino. Aquel bosque era extremadamente oscuro y en algunos recodos se cerraba sobre sí mismo. El terreno estaba constituido por matorrales y malas hierbas que se retorcían entre ellos, conformando un paisaje espeluznante. Se convertía casi en una frondosa selva; tenía algo mágico e incluso aterrador.

Giró a la derecha por una zona llena de ortigas, luego a la izquierda, hasta que empezó a clarear. Siguió avanzando, guiándose por la luz. Más adelante, la tierra dio paso a la arena de la playa y no tardó en ver el mar. Las aguas relucían bajo el sol de la mañana. Se detuvo un instante para descansar. Aún le dolían las heridas y los pulmones a raíz del agua que había tragado con el naufragio.

Un sonido familiar lo alertó. Aleck alzó la cabeza y aguzó el oído. Alguien estaba tosiendo. Se adelantó y siguió caminando en dirección a los ecos. Cada vez

estaba más cerca de la costa.

A diez pasos, vio a Doug hecho un ovillo en la arena. Junto a él, aparecieron cuatro hombres más, cargados de ramas y fruta. Andaban con pesadez, con las miradas hundidas por el cansancio y ávidos de llevarse algo al estómago. Cuando vieron la silueta del capitán, se pararon en seco, contemplándose los unos a los otros. Aleck sintió que su cuerpo temblaba, aunque intentó disimular. Algunos de sus hombres habían conseguido sobrevivir.



Al caer la noche, empezó a refrescar. En la cueva, ella se abrigó con una manta y recogió las dos pieles de plátano que yacían en el suelo. El extraño había huido en su ausencia.

Apoyada en la entrada, contempló a los chicos y al muchacho que formaban un círculo alrededor del fuego. Hambrientos, masticaban el pescado que habían capturado, mientras se entretenían con relatos de aventuras. Sentado en el centro, Eddie lideraba el grupo. Alzaba la voz, y cuando narraba, para ganarse el respeto y la atención de los otros, intentaba imitar un sonido gutural y sacaba pecho. No pudo evitar sonreír; ella y Eddie eran de la misma edad y resultaba más fácil dialogar con él que con el resto. Los otros aún eran niños y estaban más interesados en jugar a explorar la isla, que en mantener cualquier tipo de conversación. Físicamente, se notaba que todavía estaban desarrollándose; sus cuerpos eran desgarrados y menudos. En cambio, Eddie, a sus diecisiete años, era alto y delgado. Su cabello era dorado y ondulado; tenía unos ojos verdes que contemplaban con curiosidad y que conseguían hechizar a cualquiera.

El eco de la voz de Eddie la aisló del presente y la hizo volver al pasado. Con la atemporalidad de la vida en la isla, la falta de rutinas, de leyes y relojes que la ayudaran a marcar unos hábitos, a veces necesitaba regresar a la memoria de la civilización para encontrar un equilibrio. La naturaleza, sin ninguna norma que la controlase, podía resultar demasiado salvaje para el cerebro humano. Si querían aprender a convivir, debían cumplirse unas normas mínimas. Si no, imperaría la ley del entorno; ajenos a cualquier convención, los peligros se acentuaban con cada día que pasaba.

Se concentró y, durante unos instantes, regresó a su vida antes de la isla. Después de haber perdido a su madre cuando era una niña y de que, unos años después, la echaran del orfanato en el que había vivido la mayor parte de su desdichada infancia, buscó refugio en las aceras de la ciudad. Cuando llovía o hacía demasiado frío para dormir a la intemperie, se resguardaba en las alcantarillas y, junto a otros vagabundos o huérfanos que se encontraban en las mismas circunstancias, hacía lo posible por subsistir. Con el tiempo, sin recursos, se había visto obligada a engañar, mentir y robar a inocentes para seguir adelante. No se sentía satisfecha consigo misma, pero no tenía otra opción si quería continuar viviendo.

Fue una noche de un viernes, cuando los acontecimientos se precipitaron. Estaba hambrienta y sentía que estaba a punto de desfallecer. Pronto llegaría el otoño y sin

dinero ni alimentos, en las calles, la muerte acechaba en cada rincón. Exhausta y desesperada, se preparó para asaltar a una pareja de ancianos. Eran una presa fácil; los asustaría y no les haría daño. Lo más probable era que le entregaran las joyas y el dinero de inmediato. Escogía a personas endebles, enfermos o viejos porque se atemorizaban rápidamente y así resultaba más sencillo. No obstante, esa noche no fue como ella esperaba y dos policías la interceptaron. Cuando se percató, ya era demasiado tarde.

El siguiente recuerdo que conservaba era enfilando la rampa de una embarcación que la llevaría a Australia, escoltada por dos hombres. La cubierta del navío estaba repleta de jóvenes y niños desnutridos. Al igual que ella, la mayoría procedía de las calles u orfanatos, e iban maniatados o encadenados con grilletes para que no pudieran huir antes de que el barco zarpara. Todos compartían un destino común: estaban sentenciados a viajar al otro lado del mundo para trabajar en las colonias.

El navío, según le contó otro de los muchachos, partiría en unas horas. Este, a su vez, se lo había oído decir a uno de los hombres de la tripulación. Abatida y sin poder escapar, se dejó caer en la cubierta. Le rugía el estómago y la falta de alimentación hacía que las náuseas se acrecentaran. No tenía fuerzas ni para mantenerse en pie.

De pronto, subiendo por la rampa, apareció un joven de una belleza extraordinaria. Iba enfundado en una capa negra y brillante y, al andar, alzaba la cabeza con distinción. Sus movimientos eran elegantes y concienzudos. Era la primera vez que podía contemplar, tan de cerca, a alguien tan bello y perfecto. En cuanto lo vio, supo que se había quedado prendada de él. No podía dejar de sonreír ni de mirar a aquel chico cuyo cabello dorado centelleaba en la noche. Aguardó, con la vista fija en él, hasta que este se volvió. Cuando advirtió la atenta mirada de ella, molesto por su impertinente escrutinio, hizo una mueca de disgusto y, tras negar con la cabeza, él desvió la mirada.

Acostumbrada a relacionarse con gente de las calles, a pesar del desdén que acababa de hacerle, su belleza era asombrosa. Por sus vestimentas y su comportamiento altivo, cualquiera podría adivinar que procedía de la nobleza. El origen se reflejaba en sus andares distinguidos y pausados. Le acompañaba su tutor, un hombre larguirucho y serio, que hablaba en susurros. Ella se fijó en que, cuando él se dirigía al chico, lo llamaba con un apodo afectuoso: «Eddie».

Durante la travesía, esperó a que el tutor se ausentara para acercarse al muchacho, pero su supervisor no se separaba ni un centímetro de su alumno. Lo seguía de cerca, vigilante, cerciorándose de que ninguno de los harapientos tripulantes que viajaban rumbo a las colonias tuviera contacto con su pupilo. No acertaba a comprender qué hacía alguien cómo Eddie compartiendo pasaje con ellos.

Un atardecer, aprovechando que un marinero había bebido más de la cuenta, le interrogó acerca de los viajeros: ¿quiénes eran? ¿Qué hacían allí dos hombres como aquellos? Animado, y con una jarra rebosante de ron en la mano, el marinero le contó todo lo que sabía. Según le dijo, Eddie era hijo de uno de los aristócratas y lugartenientes más célebres de Inglaterra, así como también de Australia. Su padre regentaba una plantación en el lejano continente y él se disponía a viajar a la otra punta del mundo para aprender el oficio y seguir los pasos de su progenitor. Aquel era el último barco que zarpaba, le contó el marinero, y desconocían cuándo llegaría

el siguiente. Así que se habían visto obligados a subirse al navío, dijo, sonriente.

Al final del trayecto, si hubiera salido como estaba previsto, Eddie se habría reunido con su padre; pero con el naufragio, sus vidas se habían abocado a un camino sin retorno.

Arrojada por las llamas del fuego y por los suspiros de los chicos, en la isla, pensó en el Eddie que había dejado atrás y en el joven que, unos metros más allá, se sacudía el polvo que se le adhería a las piernas, y echaba ramas al fuego para mantenerlo vivo. Con la distancia que le brindaban los meses transcurridos desde el naufragio, todavía se sorprendía cuando pensaba en todo lo que había sucedido y en cómo dos realidades tan distintas y contradictorias podían haber coincidido en las mismas circunstancias, en el mismo tiempo y lugar. No era frecuente que dos clases tan diferenciadas se mezclaran. La alta sociedad no se relacionaba con gente de su calaña; era una regla social inquebrantable. Y, sin embargo, allí estaban los dos, en una isla perdida en mitad del océano.

En el centro del grupo, Eddie gesticulaba y alzaba la voz, embravecido por el cariz que estaba tomando la historia. Los otros tres niños le escuchaban con los ojos muy abiertos. Se trataba de un relato sobre corsarios en los mares del Caribe. Normalmente, era ella quien contaba los cuentos; pero aquella noche dejó que él tomara las riendas. Verlos a los cuatro, junto a la hoguera, contándose historias, era una escena tierna y extremadamente inusual.

Aunque a los chicos les gustaba oír nuevas historias noche tras noche, Eddie se aburría con facilidad. A su edad, los relatos le parecían una estupidez y convivir con niños pobres y huérfanos le asqueaba. Su vida anterior aún era muy reciente, y ella sabía que tardaría tiempo en aceptar la pérdida. Se había visto forzado a dejar atrás un futuro repleto de lujos y riquezas para vivir con una pandilla de chicos de la calle. Había cambiado sus amistades, las muchachas bellas y ricas, por ella: una joven sucia y flaca que apenas podía alimentarse por sí sola. Podía entender que Eddie los desdeñara cuando se ponía nervioso. Ella había vivido cosas mucho peores durante los meses que pasó en las calles, y justificaba los ataques de Eddie como actos comprensibles de rebeldía; estaba haciendo un duelo y, como en cualquier proceso de cambio, debía adaptarse a las nuevas circunstancias.

Tras haber sufrido y aguantado sus desaires, el episodio que estaba sucediendo era peculiar y, a la vez, reconfortante. Verlos juntos significaba que solo era cuestión de tiempo para que Eddie se acostumbrara a ellos.

Para protegerse de la brisa helada que comenzaba a soplar, se rodeó el pecho con los brazos, y se fijó en los niños que lo escuchaban extasiados. Tommy apoyaba la cabeza sobre la rodilla y miraba a Eddie con la boca abierta. Era el menor de los cuatro. Tenía siete años, era regordete, con las mejillas llenas y sonrosadas, y su rostro estaba surcado de pecas. Luego estaba Daniel, un niño escuálido de nueve años que veía menos que un topo. En la isla era incapaz de cazar nada, y solo distinguía la fruta de los árboles si la tenía a menos de un metro de distancia. Por todos los medios, trató de enseñarle a olfatear y a desarrollar sus otros sentidos para que pudiera defenderse y valerse por sí mismo. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles.

En tercer lugar, estaba Oliver, un niño que había tenido la desgracia de nacer pobre y sin voz. No obstante, a pesar de sus carencias, era cariñoso y discreto.

Siempre sonreía y nunca pedía nada. En sus ratos libres, se divertía jugando a los jeroglíficos y creaba, para sí mismo, lenguajes con símbolos que nadie más conseguía entender. Aunque ella se lo permitía, también creía que era una triste forma de crearse ilusiones. ¿Qué sentido tenía pasarse horas inventando palabras que no podría pronunciar?

Cuanto más tiempo pasaba junto a ellos, aunque les había cogido afecto y cariño, más convencida estaba de que Tommy, Oliver y Daniel formaban un trío desesperanzador. En cuestiones prácticas de supervivencia, no servían para nada. La responsabilidad recaía sobre ella y Eddie; eran los únicos que podían hacer algo de provecho.



Durante las primeras semanas, marcó, en la pared de la cueva, una raya por día transcurrido. Así se aseguraba de que no perdía la noción del tiempo. Siguió con la misma rutina, hasta que una mañana se le olvidó. A partir de entonces, dejó de pensar en los días y en las noches. Lo mejor era hacerse a la idea, olvidar el mundo anterior y enfrentarse a la nueva vida que la esperaba. Poco a poco, se había ido mimetizando con la isla y cada vez estaba más segura de que las casualidades no existían. Si Dios había permitido que eso sucediera, sería por alguna razón.

Enfrente de la hoguera, Eddie llegó al clímax de la historia. Estaba emocionado con el relato y elevaba más el tono. Ella apoyó la cabeza sobre la entrada de la cueva. Rememorar su vida anterior la dejaba extenuada. Acunada por la brisa y los ecos de los niños, se quedó medio dormida.

En su mente, las voces se transformaron en los chillidos alegres de una niña que aguardaba abrir su regalo de cumpleaños. La estancia estaba prácticamente a oscuras; era gris y apagada, y en las paredes había manchas de moho. Una mujer, vestida con una vieja bata, se aproximaba a la niña que giraba de un lado a otro, ansiosa. La madre tenía una tez pálida y el rostro enjuto por la desnutrición. Evocó el olor de la madre. Era agrio y afrutado, la mezcla de la pobreza y la nostalgia. En su sueño, creyó tocar el regalo con las manos. Estaba envuelto con un papel que habían rescatado de las calles, pero la niña lo miraba maravillada, anhelando descubrir qué se escondía en su interior. Este se abrió y en sus manos apareció una marioneta. El títere era un hombrecito de pelo rojo; llevaba las ropas desgastadas por el uso y tenía el labio inferior torcido. Uno de los hilos que pendían de él estaba a punto de romperse. Pero a la niña no le importaba. Tenía una marioneta y era exclusivamente suya. Feliz, se volvió hacia su madre y la abrazó con fuerza. El aroma impregnó las paredes de la cueva.

Despertó empapada. Se había quedado sin respiración. Hacía frío, mucho frío. Imágenes que creía recordar se confundían unas con otras. Se arrodilló en el suelo y antes de que los niños pudieran verla, se adentró en la cueva y se tumbó en el lecho. El hedor del pasado la había alcanzado. Podía sentirlo en cada parte de su cuerpo, en cada rincón de la cueva. Abrió la boca para coger aire. Quería que se marchara de una vez por todas.

Se oyó un crujido a sus espaldas. Inspiró varias veces, hasta que recuperó la compostura, y se giró. El capitán la contemplaba desde la entrada. Tenía la cabeza ladeada y le sonreía desde la distancia.

—He venido a darle las gracias... —se detuvo y rio—. ¿Ve? Ahora sería un buen momento para decirme su nombre.

Pero ella no se inmutó. Rehuyó su mirada y dirigió su atención a los chicos que, distraídos, seguían contándose historias junto al fuego. Si algo sucedía, seguramente no lo oirían. Intentó ahuyentar los pensamientos que le venían a la cabeza.

—¿Y bien? —continuó él—. Se está haciendo mucho de rogar por un simple nombre...

Recuperado, el extraño había ganado confianza en sí mismo. Se le veía aún cansado, pero hablaba con seguridad.

—Supongo que habrá ido en busca de sus hombres —respondió ella, ignorando la petición de él—. ¿Los ha encontrado?

—Sí, seis fallecieron... —dijo, a media voz—. Pero el resto ha conseguido sobrevivir. Han tenido suerte.

—Habría podido ser mucho peor —añadió ella, pensativa—. ¿Y el barco? ¿Han podido rescatar provisiones?

Él bajó la mirada hacia ella; hablaba con un pragmatismo sorprendente.

—Algo hemos podido recuperar. El barco quedó atascado en las rocas, y solo se ha destruido una parte. Con un poco de paciencia y tiempo, lo repararemos.

—Eso son buenas noticias —dijo ella.

—Sí... Ahora mis hombres lo están celebrando —sonrió con satisfacción.

Ella sabía lo que estaba pensando. Podía adivinarlo a través de su sonrisa sesgada y de su mirada. Cada vez se encontraba más cerca. Casi podía tocarle. Vio que alrededor de la cintura llevaba una especie de cartuchera de la que colgaban una pistola y un cuchillo. Las habría recuperado de los baúles que habían hallado tras el naufragio. La navaja se balanceaba al ritmo de sus pasos.

Afuera, Eddie se había incorporado para atizar la lumbre. Los otros lo escuchaban absortos; el relato estaba a punto de llegar a su fin. La joven sintió un frío helado detrás de la nuca. «No pienses —se repetía a sí misma—. No grites». El hombre dio un paso adelante. De su cuerpo emanaba una mezcla de sal y sudor. Alargó el brazo y le acarició la mejilla. Sus manos eran rugosas. La navaja cada vez estaba más cerca. Quizás podría alcanzarla. Se arrió un poco más, hasta que sus caras se rozaron. Solo tenía que disimular. De reojo, controlaba la cartuchera. Apoyó la cabeza en la inflexión del hombro de él para ver mejor el cinturón, y dejó que le besara el cuello. Ella languideció y alargó la mano hacia la navaja. Tratando de mostrarse segura de sí misma, aparentaría que se dejaba llevar. Se aproximó a él, haciendo acopio de todo el coraje del que se veía capaz en aquel momento, cuando vio algo extraño que la asustó. Una sombra se arrastraba por el suelo. Avanzaba rápida en dirección a los chicos.

Intentó zafarse de Aleck, pero él la agarró por los brazos. Cada vez estaba más y más cerca. El capitán tenía la vista fija en la muchacha y no se había percatado de lo que estaba sucediendo en el exterior.

—¡Apártate, Eddie! —gritó ella. Camuflada en la oscuridad, acechaba a su presa

—. ¡Suélteme! ¡He dicho que me suelte!

Era demasiado tarde para esquivarlo. La chica inclinó el cuerpo hacia delante. El monstruo mediría más de cinco metros. Se irguió, enseñando sus afilados colmillos, y se precipitó hacia los chicos. La joven se llevó las manos a la boca. Cerró los ojos y sintió un golpe en el brazo que la hizo caer al suelo.

La isla se sumió en un disparo limpio y fugaz.

Nighthill, 1846

Pasada la medianoche, lady Blackburn y el señor Bartholomew se retiraron a sus aposentos.

Caminar por la casa a aquellas horas me daba miedo. Los tapices que revestían las paredes se veían desgastados. En ocasiones, tenía el aura de una casa embrujada, y se asemejaba a las que aparecían en las novelas por entregas que se publicaban en los periódicos. Anhelaba que llegara la noche para refugiarme en mi cuarto y perderme en aquellas historias repletas de fantasmas. Pero una cosa era leerlas, arrojada en mi dormitorio; y otra muy distinta era hallarse entre sus paredes, sentir el miedo colándose en los huesos.

Con la emoción de la historia, no podía conciliar el sueño. Me habían dejado a medias y no cesaba de preguntarme qué había pasado con Eddie, Tommy, Daniel y Oliver. ¿Los habría mordido el monstruo? ¿Alguno de ellos habría muerto? Harta de dar vueltas en la cama, decidí abrigarme y salir a dar un paseo por el jardín. Cuando no conseguía dormir, caminar por los alrededores de la casa solía calmarme y, al cabo de un rato, el ejercicio hacía que me entrara el sueño.

Hacía una noche tranquila y agradable. En lo alto del cielo se estaban concentrando algunas nubes. Rodeé las cuatro paredes de la casa. Las enredaderas que recorrían los muros se enroscaban sobre sí mismas. En algunas partes, ya no se veía la piedra de la fachada; las plantas la habían recubierto prácticamente toda.

El sendero de grava que rodeaba el edificio se dividía en dos; si seguías recto, acababas descendiendo por la pendiente en dirección a la ciudad. Si, por el contrario, escogías la bifurcación, te adentrabas en las casas del vecindario. Me desvié y me topé con la cabaña del jardinero. Estaba cerrada y no se percibía ningún movimiento ni ninguna luz procedente del interior.

Continué avanzando hasta que llegué al muro que separaba nuestra propiedad de la casa vecina. Hacía años que estaba abandonada. Según decían, su propietario, lord Price, se marchó repentinamente, sin avisar a ninguno de sus conocidos ni dar noticias de su nuevo paradero. De eso ya hacía más de dos décadas y, desde entonces, nunca se le había vuelto a ver por esos lares. Conocido en la alta sociedad, su fama de bebedor y mujeriego le precedía. Lord Price frecuentaba los peores tugurios y le gustaba disfrazarse con otros ropajes. Existían diversas teorías e historias de su carácter voluble, así como de su inesperada partida.

A pesar de este lado turbio que contaban las malas lenguas, otros también decían que era un devoto de la religión: nunca se perdía una misa y en casa rezaba durante horas para expiar sus pecados. Nuestra ama de llaves insistía en que era uno de los hombres más fervorosos que había conocido. Un hombre dividido entre dos realidades que, día a día, se desdoblaba en personalidades distintas, amaba y quería a mujeres diferentes.

Algunos decían que, en una de las tabernas que visitaba, se enamoró de una prostituta pelirroja, procedente de Dublín, y que, antes de morir, dio a luz un hijo; otros lo acusaban de sodomita, mientras que un tercer grupo iba más allá y lo

incriminaba con haber conspirado contra la Corona. También existía una corriente más amable que afirmaba que, a pesar de sus divertimentos, fue un hombre bueno y que partió con su hijo rumbo a Irlanda, su tierra natal, para inculcarle la cultura con la que él había crecido. Nadie se ponía de acuerdo. Y así, su nombre quedó como una leyenda del pasado de la ciudad.

El caserón tenía un tejado empinado, del cual sobresalían dos torreones que terminaban en puntas. Su presencia era inquietante. De niña, imaginaba que sus paredes hablaban. Cuando terminaba mis tareas y disponía de unas horas para «mi tiempo de instrucción en la biblioteca», a veces, si estaba cansada de leer, y sabía que lady Blackburn estaba ocupada, me escapaba al jardín, escalaba el muro y me sentaba en lo alto, abrazada a mis rodillas. En algunas ocasiones, creía que las ventanas se iluminaban y veía las sombras de los fantasmas de los antiguos dueños paseándose arriba y abajo.

En la primera planta, como solían tener el resto de las mansiones, se encontraba el salón de baile. Danzaría un vals tras otro sin parar, con un joven diferente cada vez, hasta que uno me convenciera. Hasta que me sucediera lo mismo que a las protagonistas de los libros que leía; hasta que percibiera esos ojos profundos, mirándome a través de la sala, como le había sucedido a Elizabeth Bennet en *Orgullo y prejuicio*.

Una vez más, me había quedado embobada cuando el reloj de la iglesia tocó la una de la madrugada. Me cubrí con el chal y me dispuse a reemprender el camino de vuelta, cuando una luz me detuvo. Una de las ventanas de la casa vecina estaba iluminada. Cada sombra adquiriría vida propia. Di un paso adelante, pero el muro que separaba ambas propiedades me impedía ver más allá. Lo adecuado y lo más sensato era volver a casa e intentar dormir. No obstante, aquella luz constituía un hecho insólito. Hacía años que nadie vivía allí y, sin embargo, en aquel instante, alguien estaba recorriendo los pasillos de la casa. Había oído tantas leyendas... Y ahora, alguien había penetrado en sus paredes. Intenté resistirme pero no conseguía despegarme del muro. No podía dejar de hacer conjeturas sobre quién estaría allí, en la casa del legendario lord Price.

Después de recogerme el faldón en la cintura con un nudo, y de atarme bien el chal alrededor de los hombros, me agarré con fuerza a los huecos que había entre piedra y piedra. Sin pensar, subí y salté al otro lado. Durante la escalada, se me rasgó el chal y un trozo de tela se quedó enganchado en alguno de los huecos. Cuando aterricé en el suelo, algo se movía cerca de mí. A unos metros de distancia, un hombre me observaba atentamente, pero las sombras le ocultaban el rostro.

—Vaya, vaya. No esperaba tan pronto su visita —dijo con un tono de voz que me resultó familiar.

La figura rio. Aguardé, inmóvil junto al muro, a que revelara su identidad. Me apoyé en la piedra y me aferré a uno de los pedruscos por si me veía obligada a huir.

El extraño extendió la mano, a modo de saludo, y cuando levantó el rostro hacia la luz, reconocí al hombre que me había abordado en la librería del señor Breen. Esa seguridad en sí mismo, esa altivez... Como la primera vez que nos encontramos, volvió a repasarme con la mirada, estudiando cada parte de mi cuerpo. Luego posó sus ojos en mis labios y, a continuación, cruzó los brazos en el pecho. No dejaba de

sonreír, y lo hacía de una forma desafiante, como si quisiera retarme. Como si haberme hallado allí, fisgoneando, le divirtiera. Un cosquilleo me recorrió la espalda. Una sensación que nunca antes había experimentado. Me asusté y di un paso atrás.

Él se paró en seco y dejó escapar una risotada:

—Tyrone Price, de nuevo a su servicio. Encantado de saludarla señorita... —se presentó con un tono burlón.

Esperé en silencio. No sabía cómo proceder. Nunca había experimentado nada semejante, y aquella situación era más propia de una novela que de la vida real. ¿Estaba realmente ante el hijo de lord Price? También podría tratarse de un farsante. Quería contestarle, pero me había quedado paralizada. Por mucho que lo intentara, no conseguía articular palabra.

—¿Acaso le ha comido la lengua el gato? —preguntó él. Despreocupado, y satisfecho de sí mismo, me cogió por el brazo. Al hacerlo, me tocó la piel de la muñeca—. ¡Pero si está helada! —añadió. Negó con la cabeza y adoptó un aire más serio—. Entremos antes de que le dé una neumonía. He encendido la chimenea y podrá entrar en calor.

Tiró de mí, obligándome a seguirle y a resguardarme con él en la casa.

Alcé la mirada hacia el cielo; entre dos nubes, asomaba la luna llena. Había oído supersticiones de sus poderes y del efecto que tenía sobre los animales y los mortales, y aunque nunca creí en los mitos, aquella noche me parecieron tan reales como la hierba húmeda que me acariciaba los tobillos. A pesar de mis reticencias, me agarraba del brazo e insistía en que lo acompañase. Aquel comportamiento estaba fuera de lugar y cuanto más nos acercábamos a la casa, más se exaltaba él.

Aunque solo le conocía a través de las leyendas, en sus ojos vi el rostro de su padre, lord Price. Recreé al hombre que frecuentaba las tabernas y compartía el lecho con una mujer tras otra. Creí oír su risa, maliciosa, dibujada en el rostro de su hijo. Su fantasma se estaba materializando. Noté cómo una mano me tocaba la espalda; pero no era una mano humana, sino que estaba fría, como si viniera desde muy lejos. No es posible, me dije a mí misma. «Los fantasmas no existen, Alice. Recuérdalo. Entra en razón». El viento continuaba gimiendo y, cada vez, estaba más aterrorizada.

Antes de doblar la última curva del camino que conducía a la entrada del caserón, él se volvió para observarme. Aquel era mi momento. Con las fuerzas que conseguí reunir, me abalancé sobre él y le empujé.

—¿Pero qué demonios...? —dijo, desconcertado por el golpe.

Conseguí desprenderme de él y, sin mirar atrás, corrí de vuelta a la mansión de los Blackburn. Salté el muro y crucé el jardín lo más rápido que pude. No paré hasta que llegué a la puerta principal, entré y me aseguré de que esta quedaba bien cerrada.

A salvo, me dejé caer sobre el lecho y hundí la cabeza debajo de la almohada. Con las manos a ambos lados del cojín, lo presioné contra mis oídos. Cerré los ojos, como si así consiguiera ahuyentar el viento que repiqueteaba contra la ventana. Permanecí acostada unos minutos hasta que los ruidos menguaron y conseguí calmarme y quedarme dormida.



La campanilla del servicio me despertó por la mañana. Como lady Blackburn y el señor Bartholomew se habían retirado bien entrada la noche, seguramente se levantarían tarde. Aquello me daba margen para prepararme y desayunar algo antes de subir con la bandeja a los aposentos de mi señora. Tras alisarme el uniforme y anudarme la cofia, bajé a la cocina.

Cuando llegué, la cocinera ya llevaba un rato despierta y se había adelantado con la comida. Al verme, me tendió un plato que contenía una hogaza de pan y un huevo recién hecho. Las vivencias de la noche anterior me habían dejado hambrienta. Lo engullí antes de que se enfriara y me serví una taza de café. La cocina era un hervidero de olores y humaredas, y los criados bajaban las escaleras de tres en tres, en busca de algo que llevarse a la boca antes de comenzar la jornada. Las campanillas que colgaban de la pared no tardaron en sonar.

Tras terminar mi desayuno, me disponía a subir la escalinata que conducía al primer piso cuando, al llegar al vestíbulo, a través de una de las ventanas que daba al jardín, reparé en que la verja estaba abierta. A ningún criado se le hubiera ocurrido dejarla así. Lady Blackburn no podía soportar que no quedara bien ajustada. Alguien debía de haber venido a visitar a la señora. ¿Pero quién? Entonces pensé en nuestro huésped, el señor Bartholomew; lo más seguro era que hubiera salido a dar un paseo y, al volver, se hubiera olvidado de cerrarla.

Con la bandeja a cuestas, me apresuré hacia la habitación de mi señora. En el pasillo, se oían voces que procedían del interior de la estancia. Cuando abrí la puerta del dormitorio, lady Blackburn y el ama de llaves dieron un respingo. Me miraron estupefactas, como si hubieran visto un espectro. Lady Blackburn acababa de levantarse; llevaba el cabello despeinado y las ojeras se le marcaban.

—¿Se puede saber qué crees que estás haciendo? —se indignó la señora Hall—. ¡Asustándonos de esta manera!

Lady Blackburn me devolvió una mirada fría y le indicó a la señora Hall que se retirase.

—Ayúdame a vestirme, Alice. Deprisa. Nos espera nuestro invitado. Hoy desayunaremos en el salón —dijo y, ante mi asombro, añadió—: ¡Aprisa! No te quedes ahí plantada como un pasmarote. ¡Va!

Lady Blackburn parecía preocupada. La ayudé a vestirse y la peiné. Cuando terminamos con las rutinas de belleza, me ordenó que bajara a la antecocina y que supervisara el desayuno para nuestro huésped, antes de que las criadas lo sirvieran en el salón: debía asegurarme de que le llevaran una taza de café.

—Date prisa, niña. Tenemos a un invitado abajo; no podemos hacerle esperar.

Bajé a la cocina. La noche anterior, el ama de llaves me había comentado que, a petición del señor Bartholomew, le sirviéramos un poco de ron en las comidas (ya fuera con el té o un sorbito en el café, incluidos los de primera hora de la mañana). Junto a la cocinera, Annie estaba preparando la bandeja para que una de las criadas pudiera subirla al salón. Se lo indiqué y le echamos un poco de ron en la taza,

mezclado con el café, para que nuestra patrona no lo descubriera.

Me emocioné al pensar que, en el piso de arriba, entre sorbo y sorbo, lady Blackburn y el señor Bartholomew retomarían la historia que habían dejado en el aire. Aguardé a que la criada subiera con la bandeja y volviera, para colarme detrás de las cortinas del vestíbulo. Me entretuve yendo de aquí para allá. Revisé seis veces la lista de las tareas y comprobé que el menú del día fuera el último que había aprobado nuestra patrona. Aunque creo que la cocinera vio que estaba nerviosa, no dijo nada. Se limitó a contemplarme y a negar con la cabeza, como si fuera un caso perdido. Cuando la criada regresó, salí disparada escaleras arriba.

En el vestíbulo, habían cerrado la puerta del salón. Defraudada, me dispuse a regresar a la antecocina cuando me crucé con el señor Bartholomew. Bajaba las escaleras y, tras saludarme con una inclinación de cabeza, salió por la puerta principal en dirección al jardín. ¿A quién estaba atendiendo mi señora? Retrocedí cuando oí una voz que provenía del salón. Era joven y alegre, y ya la había oído en dos ocasiones. De repente, me di cuenta. Ese tono autocomplaciente y soberbio... El invitado era el hijo de lord Price. ¿Pero qué hacía él en la casa? Las escenas de la noche anterior me vinieron a la mente. Cuanto más pensaba en ello, más me sonrojaba. Me llevé las manos a las mejillas para ocultar el estupor, por miedo a que algún criado que pasara por allí pudiera reparar en mi turbación.

Deseé que no le contara nada a nuestra patrona. ¿Y si había venido para humillarme y que me echaran? Recordé cómo le había rechazado y empujado, haciéndole tambalear. ¡Estaría furioso! Si se enteraba, lady Blackburn me despediría. Debería encontrar otra casa donde vivir. Oculté el rostro entre las manos y recé para que eso no sucediera. Recé por que hubiera venido por otro motivo. ¿Pero qué razón justificaría su visita? Me acerqué a la puerta e intenté escuchar la conversación.

—He venido aquí para pedirle ayuda —dijo él, al otro lado de la puerta—. Como comprenderá, tras la muerte de mi padre, me ha sido imposible encargarme de nada. Llegué hace unos días y la casa se encuentra en pésimas condiciones. —Hizo una pausa y continuó—: En breve procederé a su reparación, pero necesitaría también disponer de servicio. Y estoy convencido de que no hay nadie mejor que usted para indicarme dónde debo acudir. Le estaré enormemente agradecido. De momento, solo cuento con mister Ahearn, mi mayordomo.

Suspiré, aliviada.

—Por supuesto, no se preocupe por eso —farfulló ella—. Yo tenía en gran aprecio a su padre, ¿sabe? —admitió.

Por su tono, creí que lady Blackburn se enternecía.

—¿Le importa si tomo un poco de café? —oí que decía él, con la voz entrecortada, obviando la mención a su padre.

El ron me vino a la mente. ¿Pero qué podía hacer a esas alturas? Lady Blackburn se enojaría. No podía detenerlo. No podía entrar y arrebatarse la taza de café. Solo me quedaba esperar y escuchar.

Aguardé, envuelta en el silencio, hasta que una tos inundó el salón.

—¡Lord Price! ¿Qué le sucede? ¿Ha cogido un resfriado?

Siguió tosiendo, durante unos segundos que se me hicieron eternos. Antes de responder, se aclaró la garganta. Acongojada, me adherí más a la puerta.

—Sí, no se preocupe. Ayer me cogió la lluvia en mitad de la noche, y me he resfriado un poco. Nada grave... Pero este café me ha curado por completo —dijo él.

—¿No le ha gustado? ¡Maldita niña! —bramó ella—. Ya es el colmo que los criados sean incapaces de preparar un simple café.

—Me ha malinterpretado, señora —la interrumpió él—. Es el mejor que he probado nunca. —En su tono había un toque de picardía. Tosió una vez más.

Aproveché aquel *impasse* para retirarme, cuando oí que lady Blackburn hacía bailar su campanilla de servicio y me llamaba. Antes de entrar, me coloqué bien los mechones rebeldes que se me habían soltado de las horquillas y llamé. Tenía las manos heladas.

—Adelante —dijo ella.

Cuando nos cruzamos las miradas, lord Price ni se inmutó. Me observó con indiferencia, como si mi presencia no tuviera la menor importancia. Luego esbozó un mohín que se asemejaba a una sonrisa. Esa actitud provocadora otra vez, pensé. Bajé la cabeza y desvié la vista.

—Alice, presta atención, por favor. Tendrás que preparar un anuncio para lord Price. Necesitamos sirvientes cualificados. Habla también con la señora Hall si precisas de ayuda. Cuando lo tengas, ven enseguida a enseñármelo. Es muy importante que salga lo antes posible en los periódicos. —Dejó de mirarme para dirigirse al joven—: No se preocupe, querido. Yo me encargaré. —Se volvió hacia mí y ordenó—: Ahora, ya puedes irte.

—Aguarde —dijo él. Se aproximó y me tendió un trozo de papel—. Aquí he escrito las cualidades que espero de cada sirviente. Así nos aseguramos de que no haya equivocaciones. Es urgente que este anuncio se publique cuanto antes, ¿lo ha entendido? —lo dijo con desprecio, pero me dedicó una mirada cómplice que me confundió.

Sentí que volvía a encogerme bajo su seguridad. Sin devolverle la mirada, asentí, cogí el papel garabateado y salí de la estancia.

—Hoy en día no saben hacer nada. ¡Qué desperdicio! —masculló lady Blackburn.

Subí corriendo a las buhardillas. Cuando llegué a mi dormitorio, me apoyé en la pared y respiré hondo. Por segunda vez, volví a experimentar ese extraño cosquilleo. Tras tomarme unos momentos para serenarme, me senté y, con los dedos entumecidos por los nervios, desdoblé el papel.

En la isla, 1820

—¿Cómo aprendió a disparar? —preguntó Eddie, impresionado.

Con la cabeza ensangrentada, la serpiente yacía inerte sobre la arena. Emocionados por el espectáculo, los chicos se juntaron en torno al extraño.

—Cuéntenos. ¿No tenía miedo de errar el disparo? —dijo Daniel, agrandando los ojos.

—¡Queremos que nos enseñe a disparar! —pidió Tommy.

Alzando las manos y pateando contra el suelo, los niños cantaban y gritaban. Sirviéndose de unas moras que habían recogido en el bosque, Tommy se dibujó dos rayas oscuras con su jugo, de un lado a otro de las mejillas. Como un auténtico comanche, movía las piernas con ritmo, y bajaba y levantaba la cabeza mientras cantaba. Daniel lo seguía, muy de cerca, y Oliver los imitaba en silencio. Animados por la hazaña, daban vueltas y vueltas sin parar alrededor de la hoguera.

En la tierra, Oliver había dibujado una circunferencia que contenía ocho triángulos y que, a su vez, se juntaban en otro círculo más pequeño en el centro de esta. Mediante signos, el niño intentó explicarles a sus compañeros de juegos en qué consistía, pero estaban demasiado ocupados en bailar alrededor de la serpiente. Oliver se encogió de hombros y se limitó a danzar con Tommy y Daniel. Tras girar en torno al círculo, los tres se juntaron y decidieron que el capitán pasaría a formar parte de su tribu. Se lo había ganado.

Entretanto, Eddie examinó a la serpiente. En sus ojos asomó una curiosidad furtiva, como si la sangre que emanaba del reptil lo embrujara. Era de color negro y a juzgar por la piel de su cuerpo, viscosa y resbaladiza. Sus colmillos blancos refulgían con la luz de la noche; en comparación con el tronco, su cabeza era considerablemente grande.

La muchacha no podía apartar la vista de ella. Aunque sabía que estaba muerta, y la había visto contorsionándose hasta fallecer, temía que reviviera y los atacara por sorpresa. La isla estaría plagada de ellas. ¿Cómo podría controlar que no les acecharan por la noche mientras dormían? Se abrazó a sí misma para ahuyentar aquellos pensamientos.

Tommy y Daniel estaban enfrascados conversando con el capitán. Ninguno prestaba atención a la chica. Él acaparaba toda la atención. Lo miraban como si fuera la gran novedad y ella y Eddie hubieran perdido el interés. El hombre era el gran misterio; la figura en la que anhelaban convertirse. Ese hombre fuerte y alto, de hombros anchos, con la mirada desafiante, que portaba armas en una cartuchera, y vivía su existencia asaltando barcos por los mares del mundo, sin leyes a las que responder.

Molesto, Eddie se irguió. Ella se fijó en que su rostro se ensombrecía de repente. Por su expresión, sabía que la situación lo estaba incomodando. Observaba al capitán fijamente, con la misma intensidad con la que había analizado al animal muerto.

La llegada del capitán empezaba a trastocar demasiados aspectos de la cotidianidad. No podía permitir que todo cambiara. Durante aquel tiempo, ella había

conseguido imponer unas normas de vida y de conducta. Las reglas hicieron posible la convivencia, asegurando que se mantuviera el orden. Hasta entonces, los niños actuaban bajo su supervisión y la de Eddie, y acataban sus órdenes sin cuestionárselas. Los necesitaban para salir adelante. Precisaban de ellos para alimentarse y resguardarse del frío en las noches más oscuras. Por fin, la joven sentía que se estaba acercando más a Eddie; en las últimas semanas, pasaba más horas con ella, a veces incluso le hacía algunas confidencias de su pasado en Inglaterra. Habían comenzado a conversar y a dejar de lado los prejuicios sociales. No dejaría que la llegada de un extraño lo trastocara todo.

En lo alto del cielo, las nubes empezaron a congregarse. Pronto sería la hora de acostarse.

—Chicos, es hora de irse a la cama —dijo la joven al incorporarse y sacudirse la tierra del vestido—. Dadle las buenas noches al señor...

—Aleck. Puede llamarme Aleck, Aleck Bartholomew —la interrumpió él, sin apartar los ojos de ella.

—Noooo.... Aquí siempre es muy aburrido. Queremos quedarnos con el señor Bartholomew y que nos cuente cómo ha matado a la serpiente. ¡Convénczala, señor, hágalo, por favor...! —se quejó Tommy, tirándole de la camisa.

Cuando el capitán la contempló, ella parpadeó y en su mirada percibió una especie de titubeo. Eddie continuaba impertérrito, en la misma postura. Su cara mostraba una expresión de frustración, como la de alguien a quien le están robando su lugar. Pero el capitán no se daba cuenta, o bien lo disimulaba a la perfección.

—Si os cuento la historia de cómo aprendí a disparar, ¿me prometéis que luego os largáis a la cama? ¿Trato hecho?

Los niños asintieron y se volvieron hacia ella, buscando su aprobación. Eddie, en cambio, se apartó a un lado, malhumorado. Molesto, dio una patada al suelo, y empezó a caminar en círculos por el claro. Ella sabía que, cuando adoptaba esa actitud y se encerraba en sí mismo, era mejor no decirle nada. Si se enfadaba o algo lo incomodaba, podía volverse insoportable; perdía los papeles con facilidad. Deseó que el capitán terminara rápido con su historia, antes de que el muchacho se desestabilizara.

El capitán la miró y le dedicó una sonrisa. Ella apartó la vista y tras darle la espalda, se alejó unos pasos. Los niños aguardaban atentos. Aleck cogió una rama que había en el suelo y, en la arena, dibujó unas montañas y unas rayas onduladas que simulaban las olas del mar. Empezó su historia en el pueblo de Porthgathleh, un rincón de Cornualles frecuentado por hombres cuyos pasados habían quedado olvidados en el océano, mujeres de reputaciones dudosas y contrabandistas que traficaban con todo tipo de mercancías.

De pequeño, Aleck acompañaba a su padre a los acantilados, y ambos aguardaban a que un barco se aproximara para hacerle señas y conseguir que naufragara. En aquellos tiempos, fantaseaba con navíos cargados de tesoros y arcas llenas de coronas y monedas de oro. En su noveno cumpleaños, su padre, en vez de regalarle una tarta —como hacían la mayoría de las familias del pueblo— lo condujo al bosque y, tras depositarle un arma en las manos, le dijo una palabra que nunca olvidaría. Un sonido seco y vibrante: «Dispara».

—¿Y a qué le disparó, señor Bartholomew? —preguntó Daniel.

—¿Nos enseñará a disparar? —añadió Tommy.

A la chica se le removieron las tripas. Mientras los otros lo escuchaban, Oliver observaba los trazos que el capitán había grabado en la arena, como si tratara de descubrir los significados que escondían. De repente, la expresión en el rostro de Eddie cambió. El enojo había dado paso a la duda, y luego a un interés creciente. Se fijó en que el muchacho sonreía, pero era una mueca peculiar, distinta a los rostros eufóricos de los otros niños. Los labios se le habían torcido en una curva arisca, hacia abajo, como si se estuviera deleitando en sus tribulaciones. Una sonrisa cruel que la perturbó.

Antes de que la situación empeorara y asustada por los cambios que había apreciado en Eddie, la chica decidió dar el tema por zanjado. Cogió a Oliver de la mano y le obligó a levantarse.

—Ya está bien, chicos. Despedíos del señor Bartholomew, y a la cama. Y no me hagáis volver a repetirlo.

Molestos, empezaron a golpear el suelo con los pies. Ella insistió, pero ninguno atendía a lo que decía, ni tan siquiera Eddie. Se aferraban a la tierra, sin moverse ni un ápice.

—Chicos, por favor, levantaos. Es tarde.

—¡No, no y no! ¡Queremos oír más historias! —respondió Daniel, dando patadas al suelo.

—¡Eso, eso! —se sumó Tommy.

Eddie permanecía quieto a su lado, evaluando la situación. Ninguno de ellos estaba dispuesto a incorporarse para retirarse a las cuevas. Estaban demasiado emocionados; anhelaban oír más historias, conocer con mayor profundidad a aquel hombre que había aparecido de la nada y que había dado un vuelco a su aburrida existencia.

Para acallar los gritos, el capitán alzó las manos y dio una fuerte palmada en el aire. Esta resonó con contundencia y los niños se volvieron hacia él. Con los ojos grandes como platos y la boca entreabierta, lo observaban con miedo y admiración. El alboroto había cesado y solo se oían los cantos de los pájaros extendiéndose por la isla.

—Chicos, tiene razón, un trato es un trato, ¿no? —dijo Aleck.

Tenía una mirada penetrante que hizo que se ruborizaran. Los niños asintieron a regañadientes. Satisfecho, tras conseguir que accedieran a su petición y se resignaran a volver a sus cuevas, el capitán cogió un trozo de tabaco humedecido que guardaba en uno de los bolsillos del gabán, se lo llevó a la boca y lo mascó durante unos segundos.

—Ahora, largaos.

Nadie se atrevió a rebatirle. Con los hombros encogidos, los niños se incorporaron y se dirigieron a su cueva. Como hacía siempre, ella les dio un beso en la frente de buenas noches y les acarició la mata de pelo. Sin embargo, aquella noche, ninguno se percató de su muestra de afecto. Estaban demasiado lejos, surcando los mares con espadas, hombres sanguinarios y mapas del tesoro.

Eddie se demoró unos segundos, observando al capitán con indiferencia. El

tiempo se detuvo, y solo se oían los graznidos de un pájaro que sobrevolaba aquella parte de la isla. Temía que los dos hombres se enfrentaran. Para romper el silencio, ella se dispuso a darles las buenas noches, cuando Eddie rio de forma burlona, se levantó y, sin mirarla, se internó en su cueva. Cansada, alargó los brazos para calentarse en el fuego. Suspiró. Los acontecimientos del día la habían dejado abatida.

—Esos niños crecerán —dijo Aleck—. Todos crecemos algún día, y es mejor que estén preparados para enfrentarse al mundo.

La joven sabía que estaba en lo cierto. Por mucho que intentara detenerlo, él tenía razón; un día u otro, acabarían creciendo y ella quedaría relegada a un segundo plano.

—Incluso el chico. Algún día tendrá que adaptarse a esto y dejarse de necedades —añadió, serio.

La miró inquisitivamente, pero no contestó. Junto a ellos, en la tierra húmeda, la piel viscosa del reptil resplandecía bajo las llamas. Jamás podría olvidar cómo el miedo se había apoderado de ella, y cómo le había subido por las entrañas cuando el monstruo se abalanzaba sobre los niños.

—Gracias —susurró ella—. Por salvar a Eddie.

Solo hizo referencia a Eddie, eludiendo a los otros tres. ¿Qué tenía aquel chico que resultaba tan fascinante? ¿Y si la serpiente hubiera atacado a uno de los niños? ¿Acaso el resto no importaba? Desconcertado, el capitán la contempló. Se había sentado junto al reptil, y no podía apartar la vista del animal. En su mirada, advirtió el terror mezclado con la curiosidad. Por un lado, intentaba rehuir la mancha de sangre que se extendía alrededor de la serpiente. Y, por otro, cuando posaba su atención en ella, sus ojos brillaban. Entre sus hombres, había visto esa mirada contradictoria en muchas ocasiones, y sabía que la mejor solución era quitar al animal de en medio. El capitán se puso en pie, y arrastró a la serpiente lejos, hasta esconderla detrás de un matorral. Tras asegurarse de que la joven ya no podía verla, se volvió hacia ella y se frotó las manos, a modo triunfal.

—Creo que, a cambio de haberle salvado la vida, merezco una recompensa. —Aleck escupió un trozo de tabaco y añadió—: Su nombre.

En realidad, era una muchacha como las demás. No tenía ningún rasgo especial ni sorprendente en ella que pudiera justificar aquel interés que lo invadía. Había conocido a mujeres mucho más bellas en las posadas que frecuentaba durante sus viajes. Incluso en Porthgathleh, su hogar, podía encontrar a jóvenes más hermosas. No obstante, cuanto más la observaba, más se hundía en aquellos ojos grises. Emanaba una frialdad y una expresión indescifrable que, si no vigilaba, podrían conducirlo a la obsesión. Sin responderle, ella se incorporó y tras sacudirse la arena del vestido, se dirigió hacia su cueva.

El capitán se quedó quieto, con la vista clavada en el agujero que se encontraba a tan solo unos metros. En otros tiempos, no habría permitido aquella actitud. Cuando se trataba de una de las mujeres de las posadas, su respuesta era muy diferente. Podía tomarla, hacerla suya cuando quisiera, obligarla a que se subyugara. Pero había algo en la chica que le impedía actuar. Algo extraño que no conseguía entender. Cerró los ojos e inspiró la brisa que le trajo el olor del mar. Era hora de volver. Reanudó la marcha hacia su barco.

Desde aquel punto de la isla, se veía el mástil a la lejanía. Medio torcido, ondeaba en el horizonte. Hacía una noche tranquila, y por las estrellas que se habían concentrado en lo alto, no era probable que fuera a llover. Se adentró en el bosque y sorteó dos raíces que obstruían una parte del sendero.

Acababa de dejar el círculo tras de sí y había avanzado tan solo unos pasos, cuando la voz le habló. Un susurro que se coló como un fantasma, a través de la arboleda.

«Elizabeth».

Nighthill, 1846

Cuando el señor Bartholomew lo pronunció en voz alta, el nombre quedó suspendido en el aire. Cada una de las letras que lo conformaban me planteaban una cuestión diferente. Algo me decía que aquel nombre albergaba un secreto; pero como sucede con los mejores secretos, este no se revelaría hasta su debido tiempo.

Imaginé a la serpiente arrastrándose e incluso oí el roce de su piel contra el suelo. La voz del señor Bartholomew se repetía en mi cabeza: la tormenta perfecta, los niños perdidos que habitaban como vagabundos, y la misteriosa mujer que aparecía y desaparecía entre la maleza. Era como en un largo sueño, donde las imágenes y las palabras se mezclaban. Nombres que entonces no me decían gran cosa, pero que encerraban más de lo que nunca podría haber llegado a sospechar.

Es inquietante cómo las vidas de los otros, a través de voces tan distintas a las nuestras, pueden apoderarse de nuestra integridad. ¿Cuántas horas llevaba escuchando y pensando en todo aquello? Mis percepciones del tiempo se habían perdido, al igual que los niños, en un lugar de la mente donde nada tenía sentido, donde el pasado y el presente encontraban un punto que los acercaba y los alejaba y en el que, sin embargo, todo encajaba.

Había dejado de oír el péndulo del reloj y las pisadas de los criados corriendo arriba y abajo de la antecocina. Solo podía escuchar las voces de lady Blackburn y el señor Bartholomew. Pero por mucho que intentara unir las piezas, había una pregunta que me agitaba día y noche: ¿qué papel jugaba en esto mi señora? ¿Qué relación guardaba aquella mujer distante con los niños y la chica que deambulaba por la isla?

*En la isla, 1820*

Al atardecer, el mar se desplegaba en un manto azulado que se confundía con el horizonte, en una visión mágica de distintas tonalidades. La isla ofrecía una imagen idílica.

En uno de los acantilados que la flanqueaban, Aleck se sentó sobre la hierba. Recordaba haber visto magníficas puestas de sol en América, cuando los desiertos quedaban convertidos en explanadas áridas. Nunca creyó que llegaría a presenciar un paisaje aún más hermoso que el sol cerrándose tras los desfiladeros del oeste. Podría quedarse allí para siempre. Pasaría los días bañándose en la orilla, jugando con las olas como hacía cuando era niño; recorrería los bosques, cazaría para sobrevivir, despellejaría a cualquier animal cuya piel le sirviera para protegerse del frío. Se cuestionó cómo sería cambiar el rumbo; cómo sería caminar, día tras día, junto a la chica de la cueva. La vida podría transcurrir entre roces, excesos en las partes más oscuras del bosque, ron y el ruido del océano. Aquella podía ser la oportunidad de dejar atrás todo lo que había conocido, de ahuyentar al fantasma de su padre.

Había pasado las últimas noches en vela, mirando a través de la ventana ovalada

del camarote, repitiéndose ese nombre que se había quedado suspendido en el aire. «Elizabeth». Solo, en su camastro, fantaseaba con ella; con su mirada, con las piernas asomando bajo el vestido y su melena ondeando al viento. Había luchado contra sus instintos; incluso se mantuvo alejado del claro durante algunas jornadas, ocupándose en la reconstrucción del navío. Pero aquello solo lo había empeorado. El deseo se transformó en una sensación aún más acuciante; un sentimiento de posesión, un anhelo que lo consumía y lo retorció por dentro. Se frotó los ojos con las manos, medio embriagado, cuando oyó unos pasos.

Detrás de él, Eddie llevaba unos minutos observándole. Ensimismado con el recuerdo de la muchacha y el paisaje, había dejado de prestar atención a los ruidos y al entorno. Al verle, se incorporó de inmediato. La noche anterior, ambos quedaron en secreto e hicieron un trato. Aleck le enseñaría a disparar y, a cambio, él le ayudaría a ganarse el fervor de Elizabeth. Desde que lo vio en el círculo de las cuevas, el capitán supo que era el mejor aliado que podía buscarse en la isla. Cualquiera podía ver la predilección que Elizabeth sentía por el muchacho. El favoritismo era indudable. Cuando se dirigía a Eddie, su voz adoptaba un tono más cálido y entrañable. Le profesaba una admiración absoluta. Aleck no podía quitarse de la cabeza cómo Elizabeth le agradeció que salvara a Eddie de la serpiente y se olvidó de los niños.

El capitán debía actuar con inteligencia y, sobre todo, darse prisa si quería conseguirlo como aliado. No se caían bien; ambos lo sabían. La rivalidad entre los dos se hizo patente la noche de la serpiente, y se intensificaba cuanto más tiempo transcurría en la isla. Pero no podía dejarse llevar por su orgullo, se dijo el capitán. No; tenía que ganárselo, aprender a dominarle, como hacía con sus hombres. La noche de la hoguera, a Aleck no le pasaron por alto los celos que se apoderaron del chico, cuando los niños se congregaron en torno al capitán para vitorearlo. Eddie lo había mirado fríamente, desde la distancia. Ocultaba una rebeldía que, si estallaba, podía resultar peligrosa. Había visto esa misma expresión en muchos hombres; los celos enmascarados de insubordinación.

Aleck agradecía que los acontecimientos hubieran seguido ese curso. Eddie le había mostrado su parte vulnerable; había captado cómo sus ojos se agrandaban tras el disparo, y cómo no podía dejar de mirar al animal muerto, con una ansiedad y una expectación que dejaban al descubierto sus anhelos más primitivos. El capitán estaba dispuesto a aprovecharse de ello.

A medianoche, Aleck le indicó que lo siguiera campo a través hasta que llegaron a un recodo, cerca de un árbol, donde ambos se detuvieron. Estaban preparados para empezar con la instrucción. Tras sacarla de su cartuchera, levantó la pistola en el aire y se la mostró. El viento soplaba y hacía temblar los árboles.

—Ahora escúchame —dijo el capitán—. Antes de disparar, hay dos cosas que debes saber. Primero: nunca dudes. Si titubeas, tu rival lo notará y serás hombre muerto. ¿Lo has entendido? —continuó, mientras apuntaba a la rama seca de un árbol.

El muchacho asintió, flexionó las rodillas y se colocó en la misma posición. Imitándole, cogió una rama del suelo a modo de pistola y siguió sus indicaciones. Al ver el arma suspendida en lo alto, sintió una mezcla de emociones, el terror

confundido con una nueva excitación. Por las patillas le empezaron a resbalar gotas de sudor. Aleck advirtió la misma mezcla de ambición y nerviosismo en el rostro del chico que pudo apreciar la noche de la serpiente.

—Bien, segundo punto: siempre debes desenfundar más rápido que tu adversario. No dejes que te vea. Ten —dijo, y le entregó el arma.

Eddie creyó ver la sombra del reptil, convulsionándose. Tomó la pistola entre sus manos. Era perfecta. Con un solo movimiento del dedo, podía matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Aquella era la primera vez que entraba en contacto con un arma de fuego. Era un momento intenso, digno de saborear. Tenía el poder de quitar la vida. Estaba acariciándola cuando sintió que los dedos le sudaban.

—Eso es, cógela y siéntelo —le indicó Aleck, pasando la punta de la lengua por el labio. Le agarró la mano, obligándole a sujetar bien el arma.

Algo se movió ante ellos. Fue rápido y se detuvo en el árbol que tenían enfrente.

—¿Ves esa ardilla que está junto al arbusto? —Hambriento, el animalito estaba concentrado en la nuez que acababa de encontrar. Era una ardilla pequeña, que ignoraba los peligros que la acechaban—. ¿Sabes por qué estoy presionando mi mano contra la tuya para que aprietes el gatillo? —continuó Aleck—. Los humanos podemos ser terriblemente complejos. Pero al igual que les pasa a los animales, nuestras vidas se sustentan en unas necesidades básicas.

Eddie tragó saliva. El primer contacto con un arma de fuego lo estaba haciendo temblar como una hoja. Un temblor mezclado con un cosquilleo inquietante. La emoción del antes y el después de la muerte.

—Fíjate. Mira cómo su cola se mueve de un lado a otro, contenta, ajena a nosotros. ¿Lo ves? —Eddie asintió—. Ahora, dispárale —le ordenó.

El joven acarició el metal, flexionó el dedo y apuntó. Iba a disparar cuando se detuvo en seco. El capitán notó el miedo en él, esa inocencia que le arrebataron años atrás.

Aún quedaba un resquicio de ella, y se debatía entre abandonarla para siempre o aferrarse un poco más a esa niñez que guardaba en algún lugar de sus recuerdos. Una vez disparabas, ya no había retorno posible.

Se fijó en Eddie; vio cómo la aprensión y el entusiasmo se juntaban en una especie de rictus. Había angustia en su mirada, y el arma estaba empapada de la agitación que precede al peligro.

—Adelante. Dispar...

Alzó la pistola. Se había decidido. El capitán retrocedió para dejarle espacio. Ambos se prepararon, cuando, de pronto, la figura de Elizabeth los interrumpió. Se acercaba por el sendero.

Absorto en el punto al que quería disparar, Eddie estaba en trance. Se le había adherido la piel de la mano al metal, y no parecía dispuesto a devolver el arma. Aleck insistió en que se la entregara antes de que ella lo viera, pero Eddie no respondía. Seguía con la mirada clavada en el horizonte, en silencio. Elizabeth se hallaba cada vez más cerca. Tratando de que la pistola no se disparase, lo zarandeó y le obligó a abrir la mano; le clavó las uñas en la muñeca y, tras dejar escapar un grito, el chico se hizo a un lado. Mientras Eddie tomaba conciencia y se incorporaba, el capitán aprovechó para recoger el arma y guardársela en su cartuchera. Cuando ella estuvo lo

suficientemente cerca para oírles, Aleck se incorporó y trató de tranquilizarse. El chico tenía la vista fija en su mano. A causa de los nervios y del forcejeo, se le había enrojecido y le vibraba. Se ayudó de la izquierda para sostenerse la muñeca derecha e intentar aplacar y disimular el temblor. No quería que nadie lo viera así. Sería intolerable. El capitán le dio una palmada a Eddie en la espalda, en un gesto que intentaba apaciguarle. Aturdido, el joven ladeó la cabeza para mirarle. Estaba furioso consigo mismo. Concentrado, apretaba la mandíbula con fuerza. Le castañeteaban los dientes y su mirada refulgía de impotencia.

Elizabeth levantó la mano a modo de saludo. Al ver a Eddie, se le encendió la expresión y desplegó los brazos a ambos lados. Corrió hacia él, en un gesto excesivamente cariñoso que solo sirvió para empeorar el ambiente.

—La cena está servida. Los demás ya han empezado —dijo ella, alegre—. Anda, ve antes de que se lo hayan comido todo. No tardaré.

Avergonzado, Eddie le dio un empujón, apartándola a un lado, y echó a correr hacia el claro. La chica se tocó el codo con aprensión y durante unos momentos se quedó ausente.

—¿Elizabeth? —preguntó el capitán.

Su nombre flotó en el aire. Había perdido la cuenta de los meses que llevaba encerrada en aquel lugar. Incluso llegó a creer que nunca crecería, hasta que oyó su nombre saliendo de los labios de aquel desconocido. «Elizabeth... Elizabeth...». Cuando los niños lo pronunciaban, eran gritos porque tenían hambre o sueño, convirtiéndolo en un mote vulgar. Eddie apenas la llamaba por su nombre. Todavía no se había acostumbrado a las nuevas circunstancias y, a veces, cuando le dirigía la palabra, aún procuraba marcar las distancias y la diferencia de clases que los separaba.

Pronunciadas por Aleck, aquellas letras salían a la superficie con un aire nuevo. Elizabeth se olvidó del mundo que la rodeaba; de los niños, de la isla perdida, del moho que crecía en las paredes de la cueva, de los mosquitos que los devoraban por la noche, de los barcos que naufragaban y del estómago vacío que anticipaba el hambre.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó él.

Quería disfrutar de la existencia de su identidad. Era una sensación agradable. Como si estuviera hechizada, sin dignarse a contestarle, Elizabeth dio media vuelta y retomó el sendero que conducía al círculo de las cuevas. El capitán la miraba sin comprender: ella continuó caminando, mientras la brisa le soplaba en la cara. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. Aún después de todo, podía sentir placer. Sonrió de nuevo y se deleitó con aquel momento.

Nighthill, 1846

—Será mejor que nos retiremos y sigamos mañana. Han sido demasiadas emociones. Ya es suficiente por hoy —dijo lady Blackburn, cansada.

—Claro, como deseas... —Bartholomew alzó el vaso y bebió otro trago.

Oí cómo se levantaban y se dirigían hacia el vestíbulo. Sus pasos, acompañados del traqueteo del bastón, resonaron en la moqueta. Escondida tras la cortina, recé para que no me vieran. Si me descubrían, nunca volvería a saber nada de aquella historia. La puerta del salón se abrió de par en par y lady Blackburn apareció en el centro de la estancia.

—Buenas noches, Aleck —dijo ella, volviéndose hacia nuestro huésped y, tras despedirse, enfiló los escalones que conducían a los dormitorios del primer piso.

Él hizo una reverencia, mientras ella ascendía; un gesto de admiración que, aunque resultaba exageradamente teatral, me enterneció.

Aguardé en mi escondite hasta que Bartholomew regresó al salón. Saldría de allí antes de que me descubrieran. El resto de los sirvientes estarían en la antecocina, si no se habían acostado ya. Con cuidado, corrí la cortina a un lado y me deslicé. El suelo estaba frío. Sin embargo, aún no podía calzarme. Por muy pequeño que fuera el tacón de los zapatos, el roce con la moqueta me delataría y el señor Bartholomew me oiría.

Alargué el brazo y cogí los zapatos que había dejado apartados a un lado para reemprender el camino hacia la planta inferior. Aguantando la respiración, avancé un paso, luego otro. Solo me quedaban tres metros para llegar a las escaleras. Agarré bien el calzado y seguí avanzando cuando, a mis espaldas, un carraspeo me detuvo. Una mano se posó sobre mi hombro. El señor Bartholomew estaba justo detrás de mí. Con aire pensativo, se acariciaba la barba y, a la vez, movía el bastón dibujando círculos en el suelo.

—¿Desea algo? —traté de mantener la voz firme—. Estaba haciendo la última ronda antes de acostarme.

Sus ojos azules me escrutaron con paciencia. Dio una vuelta a mi alrededor, sopesando su respuesta.

—Sí, creo que podría ayudarme. No tengo sueño y me vendría bien leer. Supongo que Ceinwen tendrá una sala con libros o algo por el estilo.

—Lady Blackburn —incidí, sorprendida por el uso común que había hecho del nombre de nuestra señora. Desde la muerte de lord Blackburn, no recordaba que nadie se hubiera dirigido a ella con su nombre— posee una amplia colección en su biblioteca. Si desea acompañarme, le mostraré el camino.

Cuando intentaba leer una novela a medianoche, las agujas del reloj solían precipitarse en una carrera en contra de mis horas de sueño. Solo conseguía quedarme dormida con libros que me aburrían o bien novelas cuyo desenlace podía adivinar antes de llegar a la página cincuenta. En esos casos no me importaba en absoluto, significaba que el libro en cuestión no tenía ningún tipo de interés y el descanso era preferible a malgastar el tiempo.

—¿Sabe cuál es mi antídoto? Cuando no puedo dormir —dijo el señor Bartholomew—, escojo un libro al azar de la sección de historia o filosofía. Así, sé que no me gustará. Hojeo las páginas del medio y, como no entiendo nada en absoluto, me quedo dormido en el acto —dijo, satisfecho, y concluyó—: No falla, señorita. Créame, debería probarlo.

Vestido con las ropas de lord Blackburn, había adquirido un aire sofisticado y, en las últimas horas, su sonrisa había ganado un tono travieso que le confería cierto atractivo. Por un momento, creí percibir esa gallardía de su juventud.

—Ya casi es medianoche —dije.

—¿Acaso tiene prisa?

Él me miró de nuevo, expectante.

—No, señor —mentí, y cogí una vela para que nos alumbrara el paseo hasta la biblioteca—. Sígame, es por aquí.

¿Cómo lo sabía? Había acertado, pero no podía dejar que se me notaran los nervios. La nota de lord Price me aguardaba arriba, en las buhardillas. Intenté no pensar en ello. A mis espaldas, nuestro huésped farfullaba y gruñía. Vi que andaba con dificultad por la cojera. Los párpados se le caían y luchaba por mantenerse despierto. Sus ojos no podrían soportar, ni siquiera, leer una frase. Mientras avanzábamos por el pasillo, le miraba de reojo para asegurarme de que estaba bien.

Al llegar a la sala de lectura, giré el pomo de la puerta a la izquierda. Cuatro paredes color caoba, revestidas de estanterías llenas de libros, se alzaban ante nosotros. El olor de sus páginas me envolvió con su abrazo. Antes de fallecer, lord Blackburn le regaló a su mujer la biblioteca de sus sueños. Cuando llegaban invitados, los conducía a la estancia para que la admiraran. Escogió una madera especial para el mobiliario que, según la iluminación, variaba de tonalidad. En el centro había una mesita para tomar el té y dos butacas de terciopelo, que las criadas se encargaban de limpiar a diario.

En un rincón, se alzaba un reloj de pie que había sido fabricado por uno de los relojeros más conocidos de Inglaterra, aunque los adornos de su estructura eran originales de China. Bañados en oro, decoraban las esquinas del reloj. En la parte superior resaltaba una fuente de la cual brotaban flores y, a ambos lados, había dos figuras humanas; un hombre y una mujer intentaban alcanzarse a pesar de la fuente que los distanciaba. Los laterales, más sencillos, reproducían unas líneas rectas que terminaban en remates florales. Entre los adornos, un pequeño dragón abría la boca y lamía uno de los pétalos. Era un grabado simpático, que le daba cierta ironía al decorado. Encima de la mesita reposaba un candelabro con varias velas medio consumidas. Sentí envidia al contemplarlas. Sus días transcurrían admirando los lomos de los libros.

Entre las sombras, la biblioteca nos daba la bienvenida con su aroma de libros viejos y nuevos. Allí se encontraban pasado y presente. Los volúmenes habían sido ordenados alfabéticamente por el apellido del autor, bajo la supervisión de lady Blackburn. Cada noche, antes de retirarnos, nos asegurábamos de que no faltaba ningún volumen y que nadie había alterado el orden.

En la colección de lady Blackburn predominaban las novelas de romances, las tragedias griegas y, por supuesto, las obras de Shakespeare. Cualquiera que prestara

atención podía adivinar cuáles eran sus favoritas; como las leía mientras tomaba el té, en la mayoría había pequeñas manchas en las esquinas o en las portadillas. Le apasionaba el teatro; con *Sueño de una noche de verano*, la había oído reírse a carcajadas, y en cuanto a novela, su preferida era *Robinson Crusoe*. Casi nunca podías encontrarla en la estantería. La trataba como una joya, como un objeto que debía ser cuidado y admirado.

Aquella noche, yo también podía sentir el aroma del mar en mis entrañas. Contemplé el hueco decepcionada y deseé que estuviera allí.

—Alice, ¿podría alumbrar más la biblioteca? —Bartholomew se interrumpió un momento, como si pensara en algo, y luego declaró—: Estos ojos ya no son lo que eran.

Me sonrió con tristeza. Los nudillos de la mano se le habían tensado, y se agarraba con fuerza al bastón para no caerse.

Acerqué la vela al candelabro que reposaba encima de la mesita de centro y alumbré las mechas. Bartholomew me sonrió de nuevo, tratando de enmascarar el cansancio que le invadía. Callados, esperamos que el otro dijera algo, pero ninguno de los dos añadió nada. Aguardamos, hasta que el silencio se hizo insoportable.

—Si no necesita nada más, me retiraré ahora, señor.

—Eso es todo, gracias, Alice —repuso, aliviado, como si deseara que me fuera de allí cuanto antes.

Tras darle las buenas noches, salí y dejé la puerta entreabierta. Algo turbio se escondía en su voz y estaba dispuesta a descubrirlo. Aún me quedaban unos minutos de margen.

Sigilosamente, miré por la rendija. Las luces del candelabro proyectaban sombras en las estanterías. Él se detuvo ante las obras de poesía. Esperé a que escogiera un libro al azar, como me había dicho que haría. Si tan solo quería una lectura para dormir, no necesitaba demasiado tiempo. Guiándose con el dedo, acarició varios lomos hasta detenerse en la letra M. Sus caricias se volvieron lentas y concienzudas; estudiaba cada volumen con atención, como si estuviera buscando uno en concreto. Las letras se arremolinaban entre sus manos. Un paso más, un lomo más... De repente, se paró en seco. Escogió un libro y lo sostuvo en alto. Tenía las cubiertas azules, pero la piel se veía desgastada por los años. Intenté asomarme lo que pude. El señor Bartholomew lo contempló durante unos instantes.

Desde mi rincón, me imaginaba las expresiones que podía estar albergando su rostro. ¿Alegría al haber encontrado un objeto valioso que había extraviado? ¿Tristeza tras haberse reencontrado con el pasado?

Me hubiera gustado enterarme de lo que sucedió a continuación, pero el ruido de sus pasos me asustó. Se inclinó hacia atrás y rozó una campanilla que había en la mesa. Esta cayó al suelo. El estruendo me hizo tambalear y el suelo crujió bajo mis pies. Retrocedí y crucé el pasillo en dirección a las buhardillas. Subí las escaleras a grandes zancadas, temiendo que el señor Bartholomew me agarrara por la espalda.

La melodía se tornó más nítida. Alguien la estaba agitando. *Tin-tin-tin*. La campanilla estaba bailando.



Cuando llegué a mi habitación, me eché un rápido vistazo en el espejo. Ya era pasada la medianoche. Estaba nerviosa. Cuanto más me fijaba, más defectos me encontraba. Tenía demasiadas pecas, mi nariz era respingona en exceso y mi cara un tanto redondeada.

La nota de lord Price me aguardaba encima de mi escritorio. Su caligrafía parecía escrutarme y apresurarme a salir. Volví a leerla. Nos encontraríamos en su jardín, al otro lado del muro, a las doce y cuarto. Me pellizqué las mejillas hasta que conseguí darles un toque de color. También me peiné los mechones rebeldes que se me habían soltado y me coloqué de nuevo las horquillas.

Sabía que aquello no estaba bien. Una sirvienta no debía involucrarse ni enviarse notas con un aristócrata, y menos aún con el vecino más cercano. No era prudente y era la mayor falta que podía cometer una criada. No obstante, la emoción era demasiado tentadora para rechazarla; era la primera vez que un joven que me atraía me hacía una proposición, y esa simple ilusión me empujaba hacia él como si hubiera caído bajo un conjuro. Si en las novelas a veces se rompían las reglas, ¿por qué no podía suceder en la realidad? Al fin y al cabo, la ficción se basaba en hechos reales, ¿no?

Cogí la capa para protegerme del frío. Bajé corriendo las escaleras y, asegurándome de que nadie me veía, salí al exterior. Para infundirme valor y convencerme de que estaba haciendo lo correcto, repetí una y otra vez sus palabras.

Reúnete conmigo, reúnete conmigo al otro lado del muro, pasada la medianoche.

A las doce y cuarto, te estaré esperando.

Eso decía su nota.

Empezaba a helar, pero casi no notaba el frío. Los árboles tenían un aspecto encantador, como un hechizo de invierno. Llegué al muro que separaba ambas propiedades. Ayudándome de los huecos que había entre las piedras que lo conformaban, lo escalé, intentando no resbalarme. Cuando llegué a lo alto, me paré un segundo para coger aire. La casa de lord Price se erguía, imponente, con las ventanas alumbradas.

Una sombra se aproximaba entre los olmos. Lord Price me sonrió y me ofreció su mano para que descendiera y no me lastimara al saltar. Se la cogí, agradecida, y, con cautela, me apoyé en su hombro. Me agarró por la cintura y, antes de que pudiera reparar en lo que estaba sucediendo, me atrajo hacia él. Nos separaban unos centímetros y podía notar su aliento sobre mi piel.

Él sonreía, y dejó escapar una risita, como si la situación le divirtiera. Me ruboricé y sentí que se me enrojecían las mejillas. Experimenté el mismo hormigueo que había notado en la librería. Se me concentraba en el estómago y me quedaba paralizada. Asustada, me aparté ligeramente de él para salvaguardar las distancias. Él continuó observándome, sin inmutarse.

Desde que nos habíamos conocido en la librería del señor Breen, aunque intentaba disimularlo, su presencia me confundía y desataba en mí pensamientos que nunca antes se me hubieran pasado por la cabeza. Cuando posaba sus ojos en mí, era

incapaz de reaccionar. Si quería responderle, se me trababan las palabras; si quería devolverle la mirada, me veía obligada a desviarla hacia otro punto fijo de nuestro entorno. Nunca antes un muchacho me había tocado, ni agarrado por la cintura con avidez. Aquellos roces eran un primer contacto que me espantaba y a la vez me incitaba a más. Lo había soñado mientras leía, pero nunca creí que la ficción pudiera traspasar las fronteras de la realidad. Inquieta, me separé. Él respetó mi decisión y asintió, sonriendo.

—Me alegra que hayas venido —repuso con franqueza—. Hay algo que quiero enseñarte.

Al dirigirse a mí, había empleado un tono más familiar que me sorprendió, y lo había hecho con absoluta naturalidad. Sin darle la más mínima importancia, me cogió de la mano y me indicó que le siguiera a través del jardín. Entrelazó sus dedos con los míos y continuó avanzando, arrastrándome consigo.

Si me hubieran preguntado, habría dicho que esa noche hacía una temperatura apacible, a pesar de que tuviéramos que ir con cuidado de no resbalar con el hielo. Flotaba, volaba como en un sueño.

Al caminar, nuestras caderas se rozaban. Mientras andábamos por el jardín, lord Price me habló de su vuelta a casa, de las reparaciones que estaba llevando a cabo, así como de los preparativos. Tal y como me encargó lady Blackburn, le conté que ya había entregado el anuncio al periódico local sobre la búsqueda de servicio y este aparecería en la edición matinal del día siguiente. Se lo dije orgullosa, para demostrarle cuán eficiente podía ser. Él me miró de soslayo, contrariado, y asintió, como si lo que acabara de decir fuera una solemne tontería y careciera de interés.

Después de mi poco acertada intervención, lord Price reanudó la conversación hablando de sí mismo. Antes de regresar a Nighthill, según me contó, se había dedicado a viajar por el mundo. Aunque pasó la mayor parte de la infancia en Irlanda con su padre, el difunto lord Price, cuando Tyrone cumplió los quince años de edad, los dos iniciaron una travesía por Europa que posteriormente se extendió a América.

Con veinte años, había viajado a algunas de las ciudades más bellas del mundo, entre ellas, Londres, París, Roma, Venecia y Madrid, y había visto las cosas más asombrosas. Cuando me contaba las historias de sus viajes y las costumbres de los diferentes países, lo hacía con una alegría y una seguridad contagiosas. Oyéndole, resultaba imposible dejar de sonreír o no desear viajar a aquellos rincones de los que hablaba. Recuerdo que me contó que, durante un tiempo, se planteó estudiar en la universidad de Oxford, para especializarse en derecho. Sin embargo, la muerte de su padre precipitó su vuelta a Nighthill y se vio obligado a posponer sus planes. Le pregunté si pensaba retomarlos más adelante, pero se limitó a negar con la cabeza como si el asunto hubiera quedado descartado.

Lo contemplé atónita. Poder estudiar en la universidad era el sueño que, en secreto, siempre había anhelado. Era consciente de que las mujeres, y más aún una simple criada como yo, no podían acceder a ese tipo de conocimientos. No obstante, nadie me impedía soñar y le pregunté acerca del papel de las mujeres en las universidades. Cuando lo hice, frunció el ceño y, tras ver que seguía insistiendo, se encogió de hombros y me confesó que en los últimos meses se habían abierto diversos debates en torno al acceso del sexo femenino, aunque de momento no había

ningún avance.

—Es realmente triste. No entiendo cómo no se dan cuenta de lo que podría beneficiar a las mujeres. Y no solo a ellas, sino a la sociedad —le dije—. Si tuviéramos el mismo acceso al conocimiento que los hombres, el mundo sería muy diferente de lo que es ahora.

Lord Price me observó atentamente, como si me viera por primera vez, y soltó una carcajada. Cuando traté de reconducir el tema, me cogió de la mano y cambió la conversación.

—¿Qué opinas del libro de Ann Radcliffe? Ese que te llevaste de la librería. ¿Lo has podido leer? —preguntó, con un tono cariñoso que denotaba su afecto.

Al principio, me molestó que diera el asunto por zanjado y que virara la conversación. No obstante, me conmovió tanto que se acordara del libro de Radcliffe, que no volví a insistir y me entregué al nuevo tema que había introducido.

—¿Lo recuerdas? Creí que ese tipo de novelas no te interesaban... —contesté, adoptando una voz más dulce.

Viendo que yo había respondido a su acercamiento, esbozó una sonrisa un tanto achispada. Conversamos sobre *Los misterios de Udolfo* y el mundo que Radcliffe había conseguido crear. Él guardó silencio, dejándome hablar a mis anchas. Podía expresar mis opiniones sin que nadie me censurara. Lord Price se mostraba atento y amable, y me contemplaba con interés. Cada cierto rato, asentía con la cabeza, de acuerdo con lo que decía. Le conté cómo, por las noches, cuando podía entregarme a la lectura, me tapaba con la manta. Radcliffe me aterraba y conseguía llevarme al límite de mis emociones. Un cúmulo de experiencias que me mantenían viva y alerta. Quizás era esa mezcla lo que más me gustaba de ella. Nunca sabía lo que me depararía.

Cada vez me sentía más cómoda con él y no tardamos en hablar de los intereses que compartíamos y de nuestra afición por la poesía. Me confesó su predilección por Coleridge y Bacon, y me recitó uno de sus poemas favoritos de William Wordsworth, titulado «Esplendor en la hierba». Siempre que regreso a ese instante, recuerdo un verso en particular. Si me concentro, casi puedo oír cómo lo recitó: «Porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo».

En aquellas horas que compartimos, a veces nos quedábamos en silencio, contemplándonos fijamente en la noche. Por todos los medios, trataba de mantener la calma. Cuando la situación se volvía tensa, intentaba ceñirme a nuestras conversaciones literarias para no dar rienda suelta a mis emociones.

Repasando nuestros poetas predilectos, cité a Elizabeth Barrett Browning. Como sucedía en los círculos literarios de ciudades como Londres, donde se conocían todos, lord Price me contó que, en una de sus estancias en la capital, años atrás, le habían presentado a Robert Browning, el escritor que se casaría con la poetisa y con quien Tyrone entablaría una amistad. Hablaba de él con orgullo, resaltando su inteligencia. En la cena en que se conocieron, charlaron de poesía y literatura. En un momento de la conversación, Robert Browning le contó su fascinación por Elizabeth Barrett y sus poemas. Tyrone me dijo que Elizabeth era una joven físicamente vulnerable. Sin embargo, cuando uno se sumergía en sus versos, se convertía en una mente brillante.

—A una mujer así no le hace falta ninguna universidad —afirmó—. Si tuviera

acceso a más conocimientos, ¡sería la perdición de los hombres! —Rio de forma escandalosa.

Pasé por alto su observación y aproveché aquella ocasión para preguntarle sobre ella y Robert Browning, de sus gustos e intereses. Era una oportunidad única en la vida.

—¿Quieres saber cómo se conocieron? Es una historia curiosa.

Según me contó lord Price, como solo podría suceder en las mejores historias — las que merecen ser narradas—, se enamoraron a través de las palabras. Tras leer varios poemas de ella, Robert Browning inició una correspondencia que duraría meses. Durante un tiempo, sus cartas se limitaron a dialogar de sus intereses literarios. Él expresaba su admiración y esta fue creciendo hasta que Elizabeth comenzó a entrever algo más entre líneas.

—Créeme, no fue nada fácil —dijo él—. Elizabeth vivía bajo la protección de su padre, y este se resistía a dejarla marchar —remarcó—. Robert Browning removió cielo y tierra para sacarla de allí. Es un tipo admirable.

Tras realzarlo, su rostro se transmutó en una expresión taciturna. Lord Price se quedó pensativo. Luego movió la cabeza a un lado, como si quisiera apartar alguna idea que le obnubilaba la mente, me sonrió y reanudamos la conversación.

Él no dejaba de hablar y yo le escuchaba hipnotizada. A medida que avanzábamos, sentí la calidez de su brazo junto al mío. Me sorprendí al comprobar que, cuanto más se acercaba, más me complacía.

—¿Te gustaría conocerla? —me preguntó.

—¿A quién?

Entreabrió los ojos y me miró.

—¿A quién va a ser? ¡A Elizabeth Barrett Browning, por supuesto!

—¡Pero eso es imposible! —reí.

Noté cómo su mano se cerraba sobre la mía.

—Deja de pensar en lo que es y lo que no es posible. Si pudieras... ¿te gustaría?

Me miró con una expresión divertida.

Sin responderle, continuamos avanzando hasta que llegamos a un rincón alejado de la casa. Caminamos por un sendero rodeado de árboles que se adentraba en un recodo, donde las plantas se disponían en un rectángulo, como en un lugar secreto.

La campana de la iglesia de Nighthill tocó las dos de la madrugada. Su tintineo se propagaba por la ciudad y ascendía hasta lo más alto de la colina. Solo me quedaban cuatro horas de sueño antes de que empezara a trabajar.

—Te he traído un regalo —dijo él—. Pero quería dártelo a solas, en un lugar resguardado.

Lord Price se agachó y rebuscó en uno de los arbustos, a nuestras espaldas, y sacó una caja que habría ocultado antes de que yo llegara.

—Esto es para ti.

Con excepción de los dulces con los que la señora Hall me obsequiaba en mi cumpleaños, aquel era el primer regalo que recibía en años. La cajita había sido tallada en oro y en las esquinas resaltaban unos relieves con motivos primaverales.

—Adelante, ábrela —me alentó.

Por dentro era casi aún más bella. El interior estaba forrado con un terciopelo de

color borgoña. Envuelto en un trozo de tela, había un libro. En letras plateadas, se leía el título *Las relaciones peligrosas*. El párroco de nuestra iglesia, en uno de sus sermones, lo censuró por su grado de inmoralidad. Sentí una mezcla de deseo y desconfianza. Siempre había querido leerlo, pero en Nighthill era imposible encontrarlo. Ni tan siquiera en la librería del señor Breen, donde se podían hallar algunos de los libros «prohibidos», tampoco podía adquirirse.

Tyrone lo había conseguido en uno de sus viajes a Francia. Tras ver mi elección de Radcliffe la primera vez que nos vimos en el sótano, pensó que me gustaría y, como ya lo había leído, no le importaba desprenderse de él. Era una literatura distinta a lo que yo estaba acostumbrada, me comentó y, por ello, era interesante que la probara.

El campanario tocó el primer cuarto. Intenté despedirme, pero él me interrumpió. Me sujetó y, sin previo aviso, me rodeó el cuello con los brazos. La luna bañaba el jardín con una luz plateada y había dejado de sentir el frío. Había empezado a confundir las emociones que me subían y bajaban por la garganta, y continuaba oyendo la melodía de la campana.

Me incorporé y volví a agradecerle el libro que me había regalado. Él rio y me atrajo más hacia él.

—No tienes que darme más las gracias por el regalo. Era solo... una simple excusa.

—¿Una excusa?

El viento se aquietó.

Cuando traté de girarme para marcharme, sus manos se enredaron en mi cabello, luego bajaron hasta mi cintura. Sentí el calor de su cuerpo sobre el mío. Había dejado de pensar y mis extremidades actuaban por sí solas. No podía creer lo que estaba sucediendo. Sin embargo, cerré los ojos y, poco a poco, relajé los brazos. Lord Price colocó sus manos alrededor de mi cara y me besó.

Al despedirnos, eran altas horas de la madrugada y por el horizonte empezaba a clarear. Después de besarme por última vez, meneó la cabeza y sonrió.



De vuelta en las buhardillas, no podía dejar de pensar en él y en los límites que había traspasado. Lord Price había resultado ser muy diferente del joven que había imaginado al verlo por primera vez en la librería. Lo que entonces no sabía era que el sentimiento que experimentamos ante las cosas nuevas suele enmascarar la realidad. Lo real difumina las ilusiones y, si creemos demasiado en ello, corremos el riesgo de que nuestros sueños desaparezcan.

Al día siguiente, para ocultar las ojeras y bajar la hinchazón, sumergí la cara en un cuenco de agua fría. Tenía tanto sueño que caminaba a trompicones y, cuando me encontraba sola en una estancia, arrastraba los pies para no cansarme más de la cuenta. Aunque por la mañana conseguí apañarme, a partir del mediodía desmejoré. En cualquier cosa que hiciera me equivocaba. Si ayudaba a la señora Hall con el inventario, contaba el azúcar en vez de la sal; si revisaba el vestido verde para lady

Blackburn, miraba el azul en su lugar. En dos ocasiones, la señora Hall me contempló extrañada; arrugó los labios y me preguntó si me encontraba bien. Para evitar un interrogatorio, me limité a asentir y otorgué mis descuidos a un desvelo que me había mantenido despierta toda la noche. Como sabía que el ama de llaves tampoco dormía bien y sufría de insomnio, lo entendió. O, al menos, aquella excusa sirvió para que dejara de cuestionarme. No obstante, mi aspecto no le pasó desapercibido a nuestra patrona.

—Alice, ¡tienes una cara horrible! ¿Te encuentras bien? —dijo lady Blackburn en cuanto me vio.

—Sí, señora.

Resopló y me miró de arriba abajo. Apoyada en el umbral del salón, la luz que proyectaban las llamas de la chimenea contrastaba con su silueta negra y delgada. En los últimos días había perdido peso; el vestido le quedaba holgado en la cintura.

Se oyó un carraspeo a nuestras espaldas. El señor Bartholomew descendía del primer piso, apoyándose en la barandilla. Al verme, me saludó y se adentró en el salón. Cojeaba y aferrando su bastón, se dirigió a la butaca más cercana. Antes de sentarse, se paró en seco. Sus ojos me atravesaron, como si intentara decirme algo desde la distancia.

—Alice, puedes retirarte. Ya te llamaré si te necesito —dijo lady Blackburn, agitando la mano en el aire, su gesto preferido para despacharme.

Salí y me aseguré de no cerrar la puerta. Anduve hacia las escaleras haciendo ruido, bajé dos escalones y me detuve. Pasados unos minutos, me descalcé y retrocedí. En breve estarían demasiado enfrascados en la historia como para pensar en si la doncella les estaría escuchando desde afuera.

Del interior de la estancia, me llegó el aroma del azúcar mezclado con las hierbas del té y me preparé para volver al pasado.

En la isla, invierno de 1820

El ritmo de los tambores la despertó. Aquel ruido le oprimía la cabeza. Deslizó la mano hacia el suelo y acarició la lanza de madera que dormía junto a ella. Presionó, dejando que la piedra afilada que constituía la punta de la lanza se le clavara en la carne, y exhaló un suspiro de alivio. Lo hundió un poco más; un calambre le recorrió el cuerpo. Cuanto más entraba la lanza en ella, menos audibles eran los tambores. Continuó apretando hasta que la música se desvaneció.

Elizabeth cayó en una pesadilla: la cueva se transformó en una cabaña de paredes grises y desgastadas. Sentada en un rincón, había una niña. La pequeña contemplaba el cuerpo inerte de su madre. El último sonido que oyó de ella fue un carraspeo que nacía de lo más hondo de su garganta. Luego, se quedó con los ojos muy abiertos, mirando al techo. Su madre se había pasado las últimas horas tosiendo y escupiendo sangre, hasta que el cuerpo y la mente dejaron de responderle. La pequeña había ido en busca del médico, pero este no apareció, y su madre había muerto. Ya era demasiado tarde. La niña se acurrucó junto al cuerpo sin vida, cuando oyó unas pisadas. Se asomó a la ventana. Un grupo de vecinos, cargados con antorchas y tambores, vociferaban para que les dejara entrar. Querían llevarse a su mamá. No iba a permitirlo, se dijo a sí misma. La niña volvió a subirse a la cama y se abrazó con fuerza a ella, y al títere del pelo rojo. Cerró los ojos y aguardó mientras aporreaban la puerta. Uno, dos, tres golpes... De repente, se oyó un estruendo y una niebla gris y espesa difuminó el escenario. Podía volver a ver a la niña, pero esta vez se hallaba sola, en mitad de un callejón oscuro. No había rastro de la madre, y la pequeña se recostaba en un portal, abrazando a su marioneta. Enterraba la cabeza en su chaqueta raída, para protegerse del frío... «Mamá —se oyó decir—, mamá...».

Apretó los párpados, tratando de recordar, cuando despertó. Le costaba respirar. La cueva parecía más pequeña y sintió que se ahogaba. Salió afuera e intentó tranquilizarse. El viento normalmente conseguía apaciguarla. Aún estaba medio adormilada, y no acababa de discernir entre la pesadilla y la vigilia. Desde su posición, podía ver la cueva donde dormían los niños. Estaba a oscuras.

Tam, tam, tam

Tam, tam, tam

El ruido de los tambores era cada vez más fuerte. Con las manos se tapó los oídos, pero aquel sonido se había colado en lo más hondo de su mente. No era capaz de seguir escuchándolo. Tenía que arriesgarse y pedir ayuda si quería deshacerse de aquel mal de una vez por todas. Aunque la solución no le convenciera, no veía otra escapatoria. Se levantó y emprendió la marcha en dirección a la orilla.

El bosque había perdido la calidez de la mañana. Elizabeth apresuró el paso. Se abrazó para entrar en calor y anheló que el océano no tardara en aparecer ante ella. Pero el azul se había desvanecido, y solo atisbaba un brillo en la lejanía. Apartó una rama tras otra, para no chocar con las que sobresalían de los árboles. Algunas despuntaban de forma inesperada y podía rasgarse la piel o incluso hacerse daño en los ojos. Mantenía la cabeza gacha, y vigilaba también las raíces para no tropezarse.

Los ruidos seguían envolviéndola. Pensó en dar marcha atrás, cuando olió la sal. Anclado en la arena, avistó el barco del capitán. Sonrió, aceleró el paso y cruzó la playa en dirección al navío.

La arena se hundía bajo sus pisadas y la marea le llegaba hasta los tobillos. Se detuvo un momento para refrescarse la frente. Dejó que el agua le penetrara en la piel, se echó un poco por las mejillas y la saboreó. A pesar de que el contacto con el agua la tranquilizaba, aquella noche la presión no menguaba.

Los estragos del naufragio habían dejado mella en el barco: el mástil estaba torcido, los tablones astillados y las velas rasgadas. Aunque ya estaban reparando algunas partes, aún quedaba mucho por hacer. Reconstruir un navío no era una tarea fácil y los recursos con los que contaban eran escasos. Se necesitaban hombres fuertes para llevarlo a cabo, y la hostilidad de la isla no ayudaba.

Cuando su buque naufragó meses atrás, la tempestad fue mucho menos permisiva con ellos. La embarcación quedó destrozada y solo pudieron rescatar dos baúles con mantas y algunas prendas de vestir. Pensó cómo se habría enfrentado el capitán al temporal, virando el timón, mientras sus hombres caían por los costados del barco y eran arrastrados a las profundidades del océano.

Como respuesta a su pregunta, a pocos pasos del navío, se topó con dos hombres tumbados en la arena. Sus pechos se movían arriba y abajo. Roncaban y desprendían un intenso olor a ron. Al verlos, se arrepintió de su decisión. Había algo que la hacía confiar en el capitán, pero sus hombres eran otra cuestión. Ebrios y hambrientos, hacía meses que no yacían con una mujer. Elizabeth conocía perfectamente las consecuencias que esa carencia podía llegar a desatar en un hombre. Rememoró las miradas ávidas de los mendigos cuando se cobijaba en las alcantarillas; los mismos ojos cargados de odio y de apetito sexual.

Aunque el capitán hacía lo posible por controlarse, ella también percibió esa vehemencia en su semblante la primera vez que lo vio; se percató de que la desnudaba con la mirada y, en más de una ocasión, había estado a punto de perder los estribos. Al final, se había comportado, pero no sabía cuánto duraría aquella contención ni cómo podrían reaccionar sus hombres si la veían a altas horas de la noche. Su visita podría malinterpretarse como una provocación. Estaban borrachos y la isla y la falta de civilización acentuaban la soledad y la violencia.

Uno de los que yacían en la arena se despertó. Aún mareado por los efectos de la bebida, hacía esfuerzos por levantarse. Cuando la vio, parpadeó varias veces, como si quisiera asegurarse de que era real. La señaló con el dedo y, cuando se convenció de que no era una alucinación, empezó a dar voces. Elizabeth retrocedió, asustada. Con los gritos, el segundo también se irguió y, al verla, se le encendió el rostro.

Elizabeth dio un paso atrás. Había cometido un error. Dio media vuelta para regresar a las cuevas antes de que los hombres consiguieran ponerse en pie cuando, de improviso, se topó con un tercer hombre. Apareció a sus espaldas y cuando ella reparó en su presencia, ya era tarde. Este la agarró por la cintura y, tras sujetarla con fuerza, se la subió al hombro. Elizabeth intentó zafarse de él y pataleó con las piernas, pero este la azotó en el trasero y empezó a enfilar la rampa que conducía al navío.

Los tablones de madera crujían con cada una de sus pisadas. Mientras ascendía,

los dos borrachos de la playa los siguieron. El marino prosiguió, con ella a cuestas, hasta que alcanzó la cubierta. Aunque estaba boca abajo y no podía ver nada excepto el suelo, Elizabeth oyó más voces de otros miembros de la tripulación. Conformaban una manada de animales preparándose para un festín.

El que la acarreaba la soltó y la tiró al suelo. El golpe la dejó medio aturdida. Trató de ponerse a cuatro patas para incorporarse, pero el hombre se abalanzó sobre ella. Elizabeth forcejeó, pero su adversario era más fuerte. Siguió intentándolo hasta que otro la agarró por las piernas, inmovilizándola.

—¿Adónde crees que vas, preciosa? —dijo el que se restregaba contra ella, mientras le tapaba la boca con la mano. Tenía la cara salpicada de huecos, como si hubiera pasado la viruela o algún tipo de enfermedad similar—. Tú te quedas aquí con nosotros. Vas a ser una excelente compañía, ¿verdad, amigos? —gritó el desconocido, dirigiéndose al resto. Todos respondieron con una exclamación y alzaron las jarras de madera que se habían fabricado—. Una excelente compañía, sí señor, ya lo creo —añadió, relamiéndose el labio.

Le clavó las uñas en la piel y le retorció el brazo. Su barba le rozaba las mejillas. Con sus manos rugosas y sudorosas, le acarició las caderas. Elizabeth ladeaba la cabeza para no mirarle. El contacto con aquel rostro la repugnaba.

Asqueada, abrió la boca y, con un movimiento brusco, le mordió en el brazo. Clavó los dientes hasta arrancarle la piel. Él se apartó, enfurecido.

—¿Con que esas tenemos, eh?

Se apretó más contra ella y, antes de que pudiera reaccionar, le dio un bofetón en la mejilla. Se volvió hacia sus compañeros y gritó:

—¡Domemos a esta fierecilla!

Dos más, que estaban contemplando el espectáculo, se unieron a la fiesta y se encargaron de sujetarla por los pies y las manos. El del mordisco se bajó los pantalones y le rasgó el vestido. Intentando defenderse, Elizabeth le escupió en la cara. Pero aquello solo sirvió para aumentar su rabia. El hombre le propinó otra bofetada.



Doug, que trataba de conciliar el sueño bajo cubierta, subió al oír los gritos. Todos estaban dispuestos en círculo y, en el centro, habían acorralado a una muchacha. La misma de la que le había hablado el capitán, pensó. Uno se disponía a penetrarla; otro se había agachado y la amenazaba con una navaja en el cuello. Cuando Doug quiso detenerles, la euforia se había apoderado de ellos. Trató de avisarles de las consecuencias, pero solo recibió un golpe en el estómago que lo tumbó al suelo.

Los gritos de la joven se ahogaron en la oscuridad, mientras las manos de los hombres le subían por las piernas.

—¡Enséñale a comportarse! —chillaban, dirigiéndose al de la barba.

Este se preparó para abordarla. Otra vez esa mirada, esos labios sudorosos... A lo lejos, le pareció que la música tribal se perdía en el horizonte. Cerró los ojos. El marino le oprimió el cráneo contra los tablones de madera. Apretó los labios, la

sangre le resbaló por las comisuras.

En mitad de la noche, se oyó un grito seco y aterrador.

En la isla, 1820

Elizabeth había dejado de sentir la presión. El hombre de la barba le sonrió y acto seguido, cayó hacia atrás. Alrededor de su cabeza se había formado una mancha de sangre, que se extendía por la cubierta y le rodeaba el cuerpo. Vio que aún conservaba el rubor en las mejillas y que la observaba con los ojos abiertos de par en par. Aterrorizada, se hizo a un lado para no mancharse con la sangre. Estaba muerto.

Los que cercaban a Elizabeth se apartaron. Se habían quedado lívidos y no podían dejar de temblar. Enfrente de ellos, el capitán sostenía, firme, la pistola en alto. Con el disparo, le había agujereado la sien y el chorro de sangre ya le llegaba a la altura de la barriga.

—¿Quién quiere correr su misma suerte? —dijo el capitán—. Al próximo que intente algo le meto un balazo en la cabeza. ¿Lo habéis entendido, panda de imbéciles?

Nadie respondió. Callaron, temiendo que las palabras pudieran traicionarles en cualquier momento y condenarlos a ese último paseo hacia la muerte.



De regreso en el camarote, el capitán abrió una cómoda y le ofreció a la muchacha una manta para que se resguardara del frío.

—¿Te han hecho...? —Aleck se detuvo. Había pasado demasiado tiempo entre hombres, y había olvidado cómo dirigirse a una mujer en circunstancias delicadas—. ¿Hasta dónde...?

Le habían destrozado el vestido. Prácticamente desnuda, Elizabeth se ruborizó y se dejó caer en el lecho, ocultando su cuerpo bajo la manta.

Aleck cada vez estaba más convencido de que su rostro podía convertirse en una obsesión. En su mirada había una pureza incuestionable; un ademán por mantenerse impoluta, esa distancia prudencial que ella siempre insistía en mantener. Sin embargo, había algo más en ella, un misterio que lo excitaba; una ferocidad que tentaría a cualquier hombre. Cuando él le hablaba, Elizabeth nunca le miraba directamente; bajaba la cabeza y se concentraba en los labios de él, como si, de alguna manera, le incitara a la provocación más simple y, a la vez, más absoluta de todas.

—Lo siento —masculló él—. Ojalá hubiera podido evitarlo. Ojalá pudiera hacer algo para recompensarte.

La manta no conseguía teparle el cuerpo, y las piernas y los hombros asomaban entre el ropaje. Aleck desvió la vista hacia el ventanal que daba al océano.

—¿Puedo quedármela? —dijo ella, señalando la manta.

Con cuidado de no asustarla, Aleck se aproximó a ella y asintió. Guardando las distancias, tomó asiento en el borde del camastro.

Elizabeth tenía las facciones hundidas y la melena se le adhería a las sienes.

Miraba angustiada a su alrededor, aterrada de que alguien pudiera entrar y hacerle daño.

—Ahora dime... ¿por qué has venido hasta aquí? —preguntó él, tocándole la barbilla y obligándola a mirarle.

Tenía los ojos rojos por el llanto. Ella le tendió la mano y la posó sobre la de él.

Se oyeron unos ruidos y apareció Doug por la puerta del camarote. Llevaba la ropa manchada de sangre. Aleck se apartó con brusquedad y se volvió hacia su conremaestre.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, capitán.

—¿Y los hombres?

—Duermen. No saldrán hasta mañana.

El capitán se levantó. Paseó rápidamente la mirada por el camarote y se detuvo en la chica, que tiritaba bajo la manta.

—Está bien, Doug. Ya puedes irte —respondió, rígido, y añadió—: Y recuérdaselo a esos hijos de puta. Recuérdaselo. Como vea a cualquiera de ellos fuera del camarote, te juro que... —Doug asintió y, sin decir ni una palabra, dio media vuelta en dirección al pasillo—. Espera —lo detuvo el capitán.

—¿Sí? —dijo el conremaestre, casi titubeando.

Bartholomew se rascó las patillas, pensativo. Su tono de voz se había serenado.

—Cuando salimos de puerto... dijiste que había dos baúles de ropa.

—Así es.

—¿Sobrevivió algo al naufragio?

—Creo que queda uno abajo, con el resto de las provisiones.

—Busca cualquier ropa que pueda valerle y tráemela —le ordenó, señalando a Elizabeth.

Envuelta en la manta, con los hombros al descubierto, parecía una de las sirenas de las que hablaban las leyendas. El cabello le caía por el costado izquierdo, y tenía una mirada febril. Doug se quedó inmóvil, contemplándola. Las piernas le asomaban por los bajos. Cuando miraba, sus labios se entreabrían. El conremaestre notó que estaba teniendo una erección. Se preguntó cómo sería bajo la ropa: suave, delgada, blanca, gruesa en las caderas, absorbente...

—¿Qué demonios estás esperando? —espetó el capitán—. ¡Lárgate a buscarlo! —añadió, y lo empujó hacia fuera.

El conremaestre retrocedió y se marchó del camarote.

Cuando regresó, llevaba consigo dos vestidos. Al igual que había sucedido con el resto de las posesiones que habían conseguido salvar del naufragio, estaban maltrechos. Doug entró en la estancia, le entregó ambas piezas al capitán y se retiró en silencio, cerrando la puerta tras de sí para que nadie los molestara.

El capitán los extendió encima de la cama. El primer vestido era de un azul cielo y dejaba el cuello al descubierto; la costura llevaba adornos redondeados, y en los hombros habían cosido dos borlas que le daban un aire más moderno. En la cintura, para marcar el busto y separarlo del resto del cuerpo, tenía una cinta plateada de seda. Era suave y, al acariciarla, Elizabeth experimentó una agradable sensación. La parte de la falda caía en forma recta y se alargaba hasta un poco más arriba de los tobillos.

En contraste con la seda que le rodeaba la cintura, el vestido había sido fabricado con satén. Elizabeth lo apretó contra su pecho y, por primera vez en mucho tiempo, sintió alegría. Debajo del vestido, también había un corsé, aunque estaba roto y resultaba inservible. El ajuar incluía también un pañuelo a juego; aunque se había vuelto amarillento y se veía envejecido, tenía una flor bordada que resultaba elegante.

El segundo vestido seguía el mismo estilo que el primero; las únicas diferencias radicaban en el color y en los adornos del cuello y las mangas. De un rosa pálido, en la parte inferior, terminaba en una hilera de remates triangulares. A pesar de que tenían taras por todas partes, eran los dos mejores regalos que había recibido jamás. Viniendo de la pobreza y tras haber vivido en las circunstancias más deplorables, aquellas telas se le antojaban un tesoro.

—¿Te servirán? —preguntó el capitán.

Durante unos segundos, se observaron, estudiando cada detalle del otro. Era la primera vez que compartían un mismo lenguaje; solos, él y ella, perdidos en la intimidad del momento. Ella extendió la mano hacia él, y rozó sus dedos. Eran ásperos y estaban repletos de magulladuras. Dos cicatrices le recorrían la palma izquierda y aún tenía heridas que no se habían cerrado. Elizabeth se acercó un poco más a él.

El capitán volvió a percibir la contradicción; esa sombra que se deleitaba morbosamente con el juego de miradas. Encerrados en su camarote, Aleck sabía que el impulso no tardaría en dominarlo y si eso sucedía, no habría vuelta atrás. Se levantó de un salto y, tras pasarse la mano por la cara, se dirigió a la entrada.

—Vístete y te acompañaré. Te espero fuera —concluyó, con la voz grave, y salió del camarote.

Arriba, la cubierta estaba despejada. Se apoyó en la baranda, intentando apartar la imagen del cuerpo desnudo de su mente. A lo lejos, las olas rompían contra la orilla. Aleck aguzó el oído y escuchó cómo el agua moría en la playa, para luego volver al océano. El corazón del mar latía con fuerza aquella noche; la isla y las aguas que la circundaban parecían un mismo ente, oscuro e interminable.

La madera crujió a sus espaldas y Elizabeth apareció en lo alto de la cubierta; había optado por el primer vestido. Sin corsé, se veía la redondez de sus pechos y los pezones en punta asomaban en el centro. De azul, se fundía con el ambiente. Se fijó en que también había cogido el pañuelo, y se lo había anudado en la muñeca, como si fuera un brazalete.

Avanzó de puntillas hacia él, levantándose la falda, para no mancharse con los restos de sangre que había en la cubierta.

—Gracias —susurró ella.

Tras tocarle el brazo, le sonrió, pasó junto a Aleck y se precipitó en dirección a la rampa que conducía a la playa.

—¡Espera! —la interrumpió—. ¿No pensarás volver sola?

Con un revuelo de faldas, se giró y, tras dedicarle una última sonrisa, rio por lo bajito y se marchó, de la misma forma en que se había desvanecido unos días atrás.

Antes de descender bajo cubierta, el capitán se asomó a la barandilla para verla una vez más. Esta se adentró en el sendero del bosque y, como si fuera un espejismo, desapareció.



Doug lo aguardaba en su camarote. Cuando oyó las pisadas del capitán, se apresuró a abrir la petaca de ron y lo vertió en dos jarras. En los años que habían navegado juntos, el contraestre no recordaba haber oído que un remordimiento saliera de sus labios; hasta esa noche en que, escondido tras la puerta, lo había escuchado flaquear ante aquella mujer.

—¿Recuerdas nuestra primera aventura? —le preguntó el capitán al entrar en el camarote. Lo dijo con su tono habitual, como si nunca lo hubiera empujado fuera de la habitación.

El contraestre se relajó.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —rió, más tranquilo—. ¡América, la maldita tierra de las oportunidades! —exclamó y levantó la jarra.

Bartholomew dio un trago y se dejó caer sobre el camastro.

La primera vez que habían surcado los mares, asaltaron un buque cargado con armas y alcohol. Podía notar el tacto del metal bajo sus manos, el olor de los barriles y el ron ardiéndoles en el estómago. Unos años después, con la cabeza repleta de sueños, habían puesto rumbo a un país lejano; un lugar salvaje, perdido al otro lado del mundo. «La maldita tierra de las oportunidades», había dicho su padre. De niño, Aleck fantaseaba con un mundo de tesoros y páramos bañados de oro que aguardaban su conquista. Aquella porción al otro lado del Atlántico era la ilusión de los hombres que se escondían tras las rocas. América era la promesa de que aún podían soñar un poco más.

Nunca olvidarían el día en que visitaron el poblado de los apaches y, en uno de los trueques que manejaba su padre, le cambiaron una caja de armas por una india para su hijo. Aún podía oír las risas de su padre mientras la indígena cruzaba con ellos el desierto.

—¡Un brindis por tu apache! —gritó Doug.

Aquellas palabras le dejaron un regusto amargo; pertenecían a un pasado que nunca regresaría, y esa simple constatación hacía que el presente se volviera aún más real. Todavía, en ocasiones, le venía a la cabeza su cuerpo redondo; y sus ojos abiertos cuando, unos días después, encontraron su cadáver con una flecha clavada en la frente. La india lo observaba con rencor.

Intentó recordar cuánto tiempo había transcurrido desde que salieron de Porthgathleh hasta el naufragio. Había perdido la cuenta. Pero de algo estaba seguro: ya no estaban en América.

En la isla, invierno de 1820

En los días que siguieron, Aleck se adentraba en la maleza y, escondido tras los árboles, escuchaba. Cada noche, los niños se congregaban alrededor de la hoguera para oír las historias que Elizabeth les contaba. A veces, los relatos sucedían en alta mar y trataban de aventureros que se enfrentaban a una serie de contratiempos — monstruos marinos, piratas y tempestades— antes de regresar a casa. Otras, eran cuentos populares, que muchos de ellos conocían desde hacía años. Niñas con caperuzas rojas que sorteaban las bestias más malvadas; niños que habían perdido a sus padres y se veían obligados a hallar, por su cuenta y riesgo, el camino de vuelta a casa, y a esquivar los peligros que los acechaban durante su viaje de retorno.

Para mantener el interés, cada cierto tiempo, Elizabeth introducía variaciones. Se inventaba personajes o cambiaba los finales. Cuando se sumergía en los cuentos, su voz adoptaba un tono cálido y dulce, que subía en los momentos de tensión.

Aunque no se lo había confesado a nadie, Aleck había notado que, desde hacía un tiempo, Elizabeth se estaba quedando sin ideas. Cada vez le costaba más inventarse argumentos y dar rienda suelta a su imaginación. Últimamente, cuando lo intentaba, se trababa y ninguno de sus recursos acababa de funcionar.

La luna creaba reflejos en los cabellos castaños de la muchacha. Aleck pensó en las mujeres que había dejado atrás en Porthgathleh. Pero no conseguía evocar sus risas. Se confundían con el estruendo de las tabernas. «Pasa, cariño». Los mismos rostros, las mismas muecas torcidas. Le resultaba imposible encontrar un nexo entre él y ellas, porque en la isla se había tejido una telaraña que lo separaba de su pasado. Una barrera que lo distanciaba del hombre que fue y que, al mismo tiempo, le impedía ver el hombre en que deseaba convertirse. Aquella falta de anhelos lo angustiaba y le hacía vacilar. Cuando tomaba una decisión y buscaba una justificación en la que sustentarse, le invadía el pánico y sentía que dudaba de sus acciones.

Había pasado demasiado tiempo desde que zarparon, y debía afrontar un presente y un futuro que ninguno de ellos podía prever. No existía ninguna seguridad, ninguna regla, ni ninguna promesa que augurara la vuelta a la civilización.

Elizabeth había llegado al final del relato. Los niños estaban excitados y se interrumpían los unos a los otros. Al terminar una historia, la comentaban entre ellos, hablaban del final, de sus protagonistas, de cómo habían llegado a una solución...

Eddie, sentado a un lado, los miraba apático, como si fueran una pandilla de inútiles. Daniel hablaba deprisa y repasaba algunos de los acontecimientos más importantes de la historia: cómo el héroe había matado a la ballena y había sobrevivido a las tormentas y cómo se había reencontrado con su amada. Gesticulaba y alzaba las manos, representando la lucha del héroe en alta mar. Oliver, en silencio, lo escuchaba y dibujaba símbolos en la tierra que simulaban las escenas del relato. Tommy seguía a Daniel e intentaba imitar las acciones que habían llevado al héroe a la victoria.

En la noche que se avecinaba, Elizabeth advirtió que las nubes se estaban

juntando en lo alto. La tempestad era inminente. Se incorporó y les urgió a que se retiraran a las cuevas.

—Tenemos que irnos —les dijo—. Caerá una tormenta de un momento a otro.

Reanudó la marcha; cuando había avanzado unos pasos, se dio cuenta de que nadie la seguía. Estaban enfrascados en su conversación y ninguno parecía dispuesto a levantarse. Elizabeth insistió en que se apresuraran. Buscó ayuda en Eddie, pero este hizo caso omiso.

Agotada, agarró a Daniel del brazo y le instó a seguirla, con la confianza de que, una vez que uno se levantara, el resto haría lo mismo, pero él la pisó tan fuerte que hizo que se tambaleara.

—¡Suéltame! —dijo Daniel—. ¡Déjanos en paz de una vez! ¡Tú no eres nuestra madre!

—¡Eso! ¡Eso! —añadió Tommy, y repitió—: ¡Tú no eres nuestra madre!

Elizabeth se apartó y dejó ir al chico. Tommy y Daniel le sonreían con malicia. Ambos se habían puesto en pie y, uno junto al otro, la desafiaban. Para no quedarse solo, Oliver se unió a sus compañeros.

Sus miedos se habían hecho realidad. Los niños habían crecido y ella se había vuelto una molestia. Al fin y al cabo, nunca había sido su madre y nunca podría ocupar esa posición. Se había quedado sola y nadie, ni tan siquiera el niño mudo, la necesitaría en unos meses. Tan solo era cuestión de tiempo. Llegaría el día en que despertaría y se habrían marchado.

Escondido tras el arbusto, Aleck contemplaba la escena. Elizabeth no cesaba de morderse el labio y de pellizcarse la piel de las manos. En los labios de Eddie se había dibujado un toque de crueldad, como si estuviera disfrutando con su sufrimiento. A juzgar por su expresión, no tenía ninguna intención de auxiliar a Elizabeth.

Los gritos insistentes de los niños proseguían y cada vez se tornaban más agudos. Aleck se abrió paso entre los arbustos y salió a ayudarla cuando un ruido estridente lo dejó paralizado. En el suelo, Oliver se doblaba sobre sí mismo, tapándose la mejilla con la mano. Hecho un ovillo, abría la boca y emitía un sonido espeluznante. Aleck se acordó de que no podía hablar ni gritar, y verle retorciéndose en el suelo hizo que se estremeciera.

De pie, la joven sostenía la mano en alto.

—¿Algún más quiere? —les amenazó.

Tommy y Daniel bajaron la vista, aterrorizados, y retrocedieron un paso.

—¿No? Bien, me alegro que nos entendamos —prosiguió ella—. Y ahora, a dormir. Y más vale que no me hagáis repetirlo.

La bofetada había sido tan contundente, que los dedos le vibraban.

Sin atreverse a dirigirle la mirada, Tommy y Daniel se apresuraron hacia la cueva. Oliver se incorporó y siguió a sus compañeros. Al pasar junto a ella, mantuvo la cabeza gacha y continuó en línea recta.

Después de las vivencias que habían compartido en la isla, Eddie creía que la conocía. Hasta entonces, se había familiarizado con la joven que, día y noche, se preocupaba por enseñarles a sobrevivir. Sin embargo, se había mostrado violenta y cruel. Un sentimiento de satisfacción le invadió. Hacía días que empezaba a entrever

una serie de aspectos referentes a la muchacha que lo descolocaban; sus rasgos de carácter comenzaban a revelar algunos destellos de amargura. Sí, le venían a la memoria varios escenarios en los que había advertido pequeños indicios de esta vehemencia, pero hasta entonces no se había hecho tan evidente. El ataque a Oliver era la demostración perfecta.

Aquella noche, para asombro de Elizabeth, que esperaba encontrarse con su reproche, vio que Eddie la contemplaba con una mirada muy distinta, ávida de curiosidad. Se desconcertó aún más cuando el chico le dedicó una expresión que daba por zanjada la cuestión. Le dio las buenas noches, como cualquier otro día, y se marchó en dirección a su cueva.

Elizabeth bajó la mano y la escondió detrás de la espalda. Se mantuvo erguida hasta que los chicos se internaron en su refugio. Cuando no quedó nadie a su alrededor, atizó la leña de la hoguera y partió a su morada.



Oculto entre las sombras, Aleck aguardó hasta que ella se marchó. Los chicos no hablaban aquella noche. Normalmente, después de oír una historia, cuando entraban en la cueva, se quedaban un rato despiertos; era el momento en que solían contarse, los unos a los otros, sus aventuras favoritas del día. No querían dormirse tan pronto, decían. Pero aquella noche estarían quietos, unos junto a los otros, mientras vigilaban, avizores, que su cuidadora no entrara.

Las nubes se estaban concentrando en lo alto del cielo, formando una espesa capa negruzca. Antes de que la tormenta arreciara sobre la isla, Aleck se volvió en dirección al navío y reemprendió el camino de vuelta al barco.

Elizabeth se había encolerizado y había exhibido su lado más salvaje. En las horas que la había conocido, escuchado y observado convivir con los niños, si de algo estaba seguro era de que la existencia de esos niños la sustentaba. Sola, sin nadie a quien recurrir, la tarea de cuidarlos se había convertido en su significado de vida y, por consiguiente, en la base que justificaba su supervivencia en la isla. Se estaba viniendo abajo. Resultaba demasiado fácil perder el rumbo. Ni ella misma sabía cómo enfrentarse a los cambios. Él le había dicho que, tarde o temprano, aquellos niños crecerían. Y las situaciones límite, así como los entornos hostiles, propiciaban que los cambios se produjeran con mayor rapidez. Rememoró cómo ella se alejaba hacia su cueva.

Las raíces de los árboles le obstruían el paso. Notó cómo la tierra se movía de una forma extraña. Miró a un lado y a otro del bosque. Balanceó su cuerpo de derecha a izquierda, intentando no hacer ruido. A su alrededor tan solo veía ramas y hojas. Pero había algo más. Podía oírlo. Estaba allí, muy cerca, observándole. «Espera unos segundos. Espera». Cerró la mano en torno al arma que llevaba colgada en la cartuchera. Los grillos dejaron de cantar. Colocó un pie delante del otro, flexionó las rodillas y se preparó. «Ahí viene».

Alzó el cuchillo, y el ruido se volvió más nítido. Un pájaro salió volando de la rama donde descansaba y se perdió en el cielo. «Ya está aquí». Apuntó. El sudor le

resbalaba por el cuello. Incluyó el brazo hacia atrás, cuando una figura apareció entre la maleza. El otro gritó y se tapó la cara con las manos. Aleck avanzó un poco más, hasta que reparó en el joven que tiritaba frente a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el capitán, furioso—. Por poco te atravieso —añadió, señalando el cuchillo que sujetaba en la mano. Eddie se había quedado sin palabras—. ¡Contéstame, estúpido!

El chico se descubrió el rostro.

—Solo quería... —se aclaró la garganta antes de continuar. Cuando habló, su tono se volvió serio—: Solo quería saber por qué te escondes. —Se detuvo unos instantes y habló de nuevo; esta vez más seguro y contundente—: Te he visto, cada noche.

Aleck reconocía el miedo y, bajo ese manto de disimulada seguridad, sabía que el otro estaba vacilando. No obstante, Eddie insistía en retarle. Si no lo detenía, esa actitud desafiante acabaría por dominarlo. Y cuando eso sucediera, ya nadie podría contenerle.

El capitán buscó la hoja de la navaja. Podría rajarlo ahí mismo, de un corte. Pero en cuanto le pusiera las manos encima, Elizabeth no lo perdonaría. La predilección que sentía por el chico era irrevocable y, tras el episodio que acababa de presenciar, la muerte de su favorito podría acarrear fatales consecuencias. Era una relación de adoración enfermiza que únicamente se sustentaba en su mente; Elizabeth había creado un mundo ficticio donde ella había ocupado la figura femenina central del clan, la mujer del líder, la madre y el padre, Elizabeth y Eddie.

Durante los primeros meses en la isla, mientras aprendían a lidiar con el entorno, buscaron refugio en las figuras que podían asemejarse a las de un adulto, y a su único referente de protección. Pero el transcurso de los días trajo consigo la normalización de la convivencia en la isla; se acabaron acostumbrando, y las acciones que al principio parecían propias de los salvajes y que solo podían llevar a cabo los adultos —cazar y pescar para alimentarse— se convirtieron en rutinas que todos y cada uno de ellos incorporaron como propias. Empezaron a dejar atrás la inocencia, y los cuentos que antes los asombraban, ahora los aburrían. Necesitaban nuevas historias, nuevas figuras que los sorprendieran y que les abrieran más posibilidades. De ahí la fascinación que les había provocado el capitán.

En una noche como esa, Elizabeth había perdido la fuerza y, cuando una sublevación triunfa, resulta imposible volver a tomar las riendas. Si los chicos se despedían de su niñez, pronto comenzaría la dominación de los machos sobre la hembra. El comportamiento humano, cuando se entiende en sus necesidades básicas, prácticamente no se diferencia del animal, pensó Aleck. La figura materna, en los primeros tiempos de vida, se convierte en el centro del cachorro, para luego ser abandonada cuando este crece. Y eso era lo que le estaba sucediendo a Elizabeth. Sus cachorros, los niños en los que tantas ilusiones había depositado, se estaban separando de ella. Cada vez se encontraban más lejos. Si estiraba la mano para tocarles, retrocedían.

Frente a él, Eddie no podía apartar la vista del arma que colgaba de su cinturón. Aleck tenía el cuerpo inclinado hacia delante, en posición de ataque, y Eddie estaba preparado para huir si era necesario.

En señal de paz, Aleck levantó la mano y dio un paso hacia él. Eddie frunció el ceño y arrugó los labios, como si estuviera deliberando si se estaba adentrando en una trampa. Debía engañarle y conseguir que se calmara, se dijo el capitán. Le dedicó una mirada serena al muchacho, para que confiara en él. Creía que conseguiría tranquilizarle y enviarle de vuelta a las cuevas, pero el chico estaba sonriendo. Eddie se pasó la lengua por los labios. Los ojos le brillaban con un resplandor que anunciaba una maquinación.

—He venido a pedirte algo. Y no me iré hasta que me lo des —dijo Eddie.

—Veo que no lo has entendido. No estás en posición de pedir nada —dijo Aleck, mientras acariciaba la hoja de la navaja—. Tienes suerte de seguir con vida.

El muchacho chasqueó la lengua, un gesto que había visto hacer varias veces al capitán, y alzó un brazo al aire, en señal de poder.

—Reclamaré lo que me dé la gana. Y me lo vas a dar —dijo Eddie—. Sí, ya lo creo que me lo darás. He visto cómo la miras. Y también sé lo que quieres. Esta vez no me echaré para atrás.

El viento había dejado de silbar y tan solo se oía el ruido de sus pies al moverse por la tierra.

—Puedo rajarte aquí mismo, ahora. Créeme, no me importaría lo más mínimo —amenazó el capitán.

Eddie se aproximó y dejó escapar una risa burlona.

—No puedes hacer nada. Si pudieras, ya lo habrías hecho. Si lo haces, ella no te lo perdonará. ¿Y no es eso lo que quieres, verdad?

Su mirada destilaba una ira profunda; luchaba por mantener su inocencia y, a la vez, por escapar de ella. Aleck hacía esfuerzos por controlarse. El capitán rememoró a Elizabeth alejándose y se volvió para contemplarle. Por mucho que detestara admitirlo, tenía razón. El chico era intocable. Si le hacía daño, tenía todas las de perder.

—Está bien. Dime qué quieres —accedió Aleck.

—Enséñame a matar —dijo, complacido—. A cambio, te lo contaré todo sobre ella. Puedo hacerlo, estoy preparado. Acepta y te diré lo que necesitas saber. Esta vez, dispararé.

Se hizo el silencio. No se oía a ningún pájaro cantar, ni a ningún animal moviéndose por los alrededores. La tensión podía cortarse con la hoja de un cuchillo.

—De acuerdo. La verdad a cambio de un disparo —afirmó el capitán.

—No —dijo el chico, ladeando la cabeza. Volvió a sonreír, enseñándole los dientes y concluyó—: La verdad por la muerte.



Para sellar el trato, se dieron la mano. La noche sería larga y decidieron detenerse en un recodo del bosque, donde pudieran resguardarse sin ser vistos. Al lado de donde se hallaban había también una parte del territorio más llana que el resto, desde donde se podía practicar el tiro. Se sentaron encima de las raíces de dos árboles. Efectuarían los disparos al amanecer, cuando los primeros rayos de sol permitieran mejor

visibilidad.

Como habían acordado, Eddie le contó lo que sabía de Elizabeth. Cuando empezó a hablar, su actitud bravucona dio paso a una voz reflexiva y tenue, demasiado artificial.

—Elizabeth es peculiar. Desde que naufragamos, ha velado por nuestro bien, de eso no podemos quejarnos. Ha tratado de comportarse como una adulta, de ser la más fuerte... Incluso, ha intentado hacer de madre a los niños... Pero creo que no está bien.

—Cuéntame.

—Le suceden cosas extrañas y cada vez son más frecuentes... Recuerdo la primera noche en que la oí gritar. Tenía los ojos en blanco, como si hubiera visto un fantasma. Intenté hacerla entrar en razón pero se había quedado sin habla. —Eddie suspiró, acongojado—. No paraba de chillar y de decir que nos estaban esperando. Estaba convencida de que había alguien ahí fuera, aguardando para atacarnos. Hice lo posible por calmarla —Se miró las manos que tenía apoyadas sobre el regazo—. A veces lo consigo y vuelve a dormirse pero otras... Otras puede durar horas y horas —confesó Eddie—. Cuando le cogen estos ataques, le recuerdo que, cuando inspeccionamos la isla tras el naufragio, no hallamos ninguna señal de vida humana. Pero ella insiste en que están escondidos y que, tarde o temprano, vendrán a por nosotros.

—¿Se había ensañado antes con alguno de vosotros? —inquirió Aleck, haciendo referencia al castigo que había recibido Oliver.

—Hoy ha sido la primera vez... Está sufriendo, sufre mucho. Alguien tiene que demostrarle que no hay ningún peligro aquí fuera... Los niños tienen miedo. Si hay alguien ahí fuera, debemos estar preparados. Necesito aprender a disparar.

¿Estaba diciendo la verdad? ¿Acaso le importaba realmente Elizabeth? ¿O estaba interpretando un papel? El capitán empezó a dudar de sus intenciones. ¿Y si se estaba dejando llevar por los prejuicios y por sus propios celos? Sí; era probable que el favoritismo de Elizabeth hacia Eddie le afectara más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Quizás le había dado demasiada importancia a Eddie; quizás había confundido los signos comunes de la rebeldía juvenil con la maldad. Los jóvenes vivían de las emociones. Podía darle una tregua, un espacio de confianza. A su debido tiempo, si estaba escondiendo algo, acabaría por revelarse.

En la isla, enero de 1821

El capitán pasó horas dando vueltas en el camastro, pensando en lo que había ocurrido. No podía quitarse de la cabeza la escena de Elizabeth con la mano en alto, mientras el niño se contraía de dolor. Cuando intentaba apartar esos pensamientos, las palabras de Eddie le visitaban en sueños y volvía a encontrarse en mitad del bosque, acariciando la navaja.

Había estado a punto de matarlo. ¿Y si la próxima vez no podía dominarse? En la isla no había reglas ni ningún tipo de civilización que pudieran refrenarlo. Solo estaba él, y temía no ser suficientemente fuerte llegado el momento.

Aunque Eddie se había mostrado atento hacia Elizabeth y se había sincerado con él, el capitán seguía desconfiando. Le alarmaba cómo el chico cambiaba de actitud, como si tuviera diferentes personalidades; una táctica feroz y altamente efectiva para jugar con los sentimientos y las mentes de los otros a su antojo.

En el camarote, echó un vistazo a la pared en la que marcaba los días transcurridos. Si no se había equivocado, habían dejado atrás 1820. Sin darse cuenta, habían entrado en un nuevo año. Pensó en qué le depararía 1821 y, por primera vez, no tenía ni idea.

Después de permanecer un largo rato tumbado, Aleck decidió levantarse. Cogió las armas y ascendió la escalinata. La cubierta estaba desierta, a excepción del vigía que, en cuanto lo oyó, se enderezó y le saludó. Aleck le devolvió el saludo, escupió al suelo y reanudó la marcha. Cruzó el suelo de madera y descendió la rampa que conducía a la playa.

La arena estaba húmeda por las lluvias. Para desperezarse, se arrodilló y se lavó la cara. La sal le picó en los ojos y en la piel. Se remojó el pelo y hundió de nuevo el rostro en el agua. El contacto con el mar lo relajaba. La voz de Eddie comenzaba a disiparse. Tan solo oía los ruidos de la corriente y cómo la espuma salpicaba al llegar a la arena. La isla se mecía en una extraña quietud. De repente, oyó que alguien chapoteaba cerca de él. A tan solo unos pasos, distinguió la figura de Elizabeth. Esta se había agachado y se humedecía el cuello en la orilla.

—¿Qué haces despierta, tan pronto? —le preguntó él, desconcertado. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Deberías descansar más.

—¿Y qué puedes decirme de ti? —contestó, nerviosa—. Estás tan despierto como yo.

Ella se puso a reír, como si nada de aquello tuviera importancia.

—Yo no lo necesito tanto, pero tú, sí —dijo Aleck—. Dime, ¿por qué te has despertado tan temprano?

Elizabeth arqueó las cejas y bajó la cabeza.

—No podía dormir. He estado toda la noche dando vueltas, y cuando los he oído... —Elizabeth se tapó la boca con la mano. Había empalidecido.

—¿Has oído? ¿A quién? —Titubeó, asustada. Dio un paso atrás, pero antes de que pudiera escabullirse, Aleck la cogió por el brazo—. Puedes confiar en mí —dijo él—. Soy el único que puede ayudarte. Dímelo, no te haré ningún daño.

Estaba insegura y dudaba de si contarle lo que la aterraba. Aleck le acarició la mano. Ella movió los labios, pero no pronunció ningún sonido. Se quedaron quietos, contemplando el horizonte. El océano se desplegaba ante ellos. De vez en cuando, les llegaban ráfagas de sal y algunas gotas que el viento les traía del mar. Una vez que se hubo serenado, Elizabeth se recostó en la arena y le indicó al capitán que se sentara junto a ella.

En el bosque, algo los acechaba; cada noche podía oírlo. Elizabeth le confesó haberle contado sus temores a Eddie, pero el joven se había mostrado impasible, como si nada de aquello fuera real, como si ella estuviera... Elizabeth se interrumpió y juntó los labios. Aleck recordó lo que le había contado el muchacho y le sonrió, instándole a que hablara con él. Su trastorno empezaba a hacerse evidente. Guardó silencio. Ella suspiró, y le dedicó una expresión cordial, que se concretó en una sonrisa.

—A veces, los oigo. Oigo cómo tocan los tambores, cómo vienen a buscarnos. Cuando llegamos a la isla, se ocultaron para que no los viéramos. Pero ahora están al acecho.

Aleck sabía que no había nadie más en la isla. Tras el naufragio, sus hombres la inspeccionaron de arriba abajo, recorrieron hasta los rincones más recónditos, sin toparse con nadie. Estaban solos. Sin embargo, Elizabeth insistía en su relato. El capitán optó por no decir nada y aguardar. Un paso en falso y los esfuerzos habrían resultado una pérdida de tiempo.

—Ya nunca puedo dormir —repuso en voz baja—, el ruido de los tambores me persigue. En cuanto cierro los ojos, se me clava en la cabeza. Están ahí, noche tras noche.

Intentó convencerla de que el miedo le estaba causando alucinaciones. Era una consecuencia natural dadas las circunstancias en las que se encontraban. No era de extrañar que, tras estar sola en una isla durante meses, los ruidos la confundieran y que hubiera imaginado cosas. Trató de hacérselo entender: en tales situaciones, la mente podía traicionar a la razón e incluso crear realidades paralelas. El capitán lo había vivido cuando, en tormentas y naufragios, se habían visto obligados a abandonar a algunos de sus hombres en islas remotas en mitad del océano. Cuando podían volver, meses más tarde, a recogerles, la mayoría de ellos habían cambiado; algunos entraban a formar parte de las tribus de las islas y se habían aferrado tanto a sus costumbres que resultaban irreconocibles.

Pero se resistía a creerle. Cuanto más intentaba hacerla entrar en razón, más se encerraba ella en sí misma.

—Muy bien. Te lo enseñaré —concluyó Aleck.

Elizabeth lo miró, confundida.

—Esta tarde, te demostraré que no hay nadie más, aparte de nosotros. Recorreremos la isla juntos —le dijo—, y entonces me creerás y dejarás de oír esos ruidos. Ahora, vuelve a la cueva y descansa. Será un paseo largo.



Al atardecer, el capitán los aguardaba al principio del bosque. Elizabeth lucía el vestido azul, y Eddie caminaba a su lado, impávido. Las dos siluetas se aproximaban por el sendero. Aleck se inclinó hacia delante, con una mano sobre el pecho y la izquierda a la espalda, a modo de reverencia. Elizabeth se acercó y sus ojos se encontraron.

Por la mañana, en la orilla, la había visto más vulnerable y receptiva que de costumbre. ¿Acaso había tenido el chico algo que ver?, se preguntó el capitán. En aquellas horas, la confianza había dado paso a la duda. A pesar de que habían sellado un acuerdo, según el cual iban a dejar sus diferencias a un lado para colaborar juntos, había algo que lo hacía recelar.

—¿Ves? Ya te he dicho que vendría —dijo Eddie, agarrándola por la cintura, medio socarrón.

Complacida, Elizabeth se volvió hacia él. Su actitud la inquietaba. Cada vez se adentraba más en el bosque, solo, y deambulaba durante horas. Cuando ella le preguntaba adónde iba, se negaba a responder. Una noche, Elizabeth oyó un gemido. Aguzó el oído y siguió los ruidos. El gemido se tornó más intenso. Pensó que las cosas estaban cambiando y tuvo miedo.

No obstante, con aquel roce afectuoso, algo se había encendido dentro de ella. ¿Y si estaba malinterpretando las señales con Eddie? Los últimos días, se había mostrado más cariñoso. Desde que se conocieron, ella había albergado la esperanza de que, algún día, él se fijara en ella. Soñaba con ello continuamente y aunque en ocasiones el joven podía resultar hosco y arrogante, cuando era agradable y travieso, lo demás quedaba relegado a un segundo plano.

Aleck no entendía a qué estaba jugando. Le atormentaban sus cambios de comportamiento tan repentinos. Resultaba impredecible, y esa incertidumbre lo perturbaba. Sintió que ardía por dentro. El capitán inspiró y se dijo que debía sosegar. Era probable que el chico estuviera actuando así a propósito para calmarla a ella.

Tratando de llamar la atención de Elizabeth, el capitán señaló el sendero que se extendía ante ellos.

—Yo iré primero —dijo él, y de reojo le hizo un guiño cómplice a Eddie.

Elizabeth le contestó con una mirada de agradecimiento y le ofreció la mano a Eddie para que emprendieran la marcha. Sin embargo, él la rechazó; se colocó en segunda posición y ella se resignó a ir detrás.

A ambos lados del camino, las ramas de los árboles proyectaban un baile de luces y sombras sobre sus cabezas. Aleck se volvió para observarla; soplaba un vientecillo que le adhirió el vestido al pecho, y remarcó sus redondeces. Aunque eran pequeños, en consonancia con su delgadez, se le habían puesto en punta y aquello lo excitó. Por unos momentos, temió que el chico también se hubiera dado cuenta; pero estaba distraído observando el entorno. Aleck se relajó y siguió caminando.

Llevaban horas andando y, aparte de los hombres del navío y de los otros niños, no habían encontrado ningún indicio de vida humana. Cuanto más se adentraban en el bosque, más salvaje se volvía la vegetación y se estrechaba el sendero. Continuaron hasta que Aleck hizo que se detuvieran. En aquella parte del bosque, olía a humedad. Ya casi habían llegado al otro extremo de la isla.

El capitán se concentró; oyó el eco de una voz y un ruido semejante al agua borboteando a lo lejos.

—Esperad aquí. Iré a echar un vistazo.

Cuando miró hacia atrás, el camino se había vuelto más espeso; estaba lleno de raíces sueltas y pedruscos.

Elizabeth sentía cómo la ansiedad crecía en su interior. Apretó los dientes, anhelando que Aleck apareciera. Pero solo podía oír los graznidos de dos cuervos que se habían detenido en una rama. Desde lo alto, vio cómo les vigilaban. Los pájaros se balanceaban en el árbol y aguardaban, atentos. Elizabeth sabía que los cuervos eran animales carroñeros y que eran capaces de aguantar horas para cazar a sus víctimas. Levantó la vista hacia el cielo y deseó que no llegaran más como ellos.

Tras una espera que se le hizo eterna, divisó a Aleck. A una quincena de metros, les indicó que se acercaran.

—Vamos, Eddie —dijo ella.

Intentó cogerle de la mano, pero él se zafó y avanzó.

Se guiaron por la voz del capitán. Continuaron adentrándose, hasta que se encontraron en un claro. El contraste les escoció en los ojos, y alzaron la mano para protegerse hasta que su vista se acostumbró a la claridad. La luz de aquella parte del bosque era de un blanco casi impoluto. En el centro, emergía un lago de un azul turquesa, con cuatro rocas de distintas formas sobresaliendo a la superficie. Elizabeth tardó unos momentos en distinguir a Aleck. El capitán se había arrodillado junto a uno de los pedruscos. En su rostro se había dibujado una expresión de alarma, como si algo le hubiera sobresaltado, pero el sol la iluminaba directamente y no conseguía ver bien.

Elizabeth entrecerró los ojos. Avanzó unos pasos hasta que la vio. En la orilla del lago, con la cabeza apoyada en una roca, había una muchacha. Aleck la recogió y a zancadas, salió del lago, llevándola en brazos.

En tierra, el capitán la tendió sobre el suelo. La chica dejó escapar un suspiro. Habían pasado días desde la última vez que había comido. Escupía saliva.

La extraña tenía las mejillas amoratadas por el frío y luchaba para no quedarse dormida, dejando entrever unos ojos amarillos. Por su aspecto, tendría unos trece o catorce años.

—Tenemos que regresar al barco —les apremió Aleck.

Con cuidado, se agachó para ayudarla a incorporarse.

—Saldrás de esta —dijo Aleck, y añadió, volviéndose hacia Elizabeth y Eddie —: En marcha.

La acogió entre sus brazos, se puso en pie y la acurrucó contra su pecho. La extraña exhaló un suspiro y se acomodó. Eddie le tocó la mano para comprobar su temperatura corporal. Estaba helada. Miró al capitán y advirtió que su expresión se había ensombrecido. Debían volver al navío y asistirle antes de que cayera en un estado crítico. Eddie asintió, intranquilo. El capitán lo miró, confundido por su aparente preocupación, y dio un paso al frente en dirección al sendero que los conduciría a la zona de las cuevas.

Se disponían a reemprender el camino de vuelta cuando, de repente, Elizabeth se precipitó corriendo hacia la laguna.

Nighthill, 1846

Aquel invierno perdura en mi memoria como el más crudo y, a la vez, más apasionante de mi existencia. No podía dejar de darle vueltas a la historia y las citas con Tyrone cada vez eran más frecuentes. Desde nuestro primer encuentro en su jardín, todo se había acelerado. Quedábamos en la librería del señor Breen. Para no tropezarnos con vecinos que pudieran cuchichear, íbamos por separado, e intentábamos que fuera a última hora, cuando la librería estaba a punto de cerrar y yo había terminado mis tareas.

Entonces estaba demasiado emocionada para darme cuenta, pero ahora creo que el señor Breen cerraba más tarde para dejarnos a solas. Por si a alguien se le ocurría entrar a curiosear, nos citábamos en el piso de abajo, que era más seguro.

Durante nuestras citas, el señor Breen se quedaba arriba, manejando sus hojas de cuentas u ordenando los libros que otros clientes habían colocado en lugares equivocados. Cuando entraba y lo saludaba, me pedía que, por favor, me asegurara de no desordenar los libros, como si así intentara disimular que conocía a la perfección la nueva naturaleza de mis visitas.

—Mire usted. Llevo toda la tarde revisando estante por estante. ¡Con lo poco que cuesta volver a dejar un libro donde toca! —decía. Movía las manos arriba y abajo, y se recolocaba las gafas hasta que conseguía la posición adecuada y se daba por satisfecho—. Es muy sencillo. Si busca el teatro de Shakespeare, vaya a la sección de teatro, letra S. Y si lo coge de allí y decide no comprarlo, por favor, déjelo donde lo encontré. ¿Acaso es tan difícil?

Lo enunciaba como si se tratara de una norma que se veía obligado a repetir. La mayoría de los clientes no eran tan cuidadosos como él y, tras hojear un ejemplar, lo dejaban en cualquier sitio, confiando en que el librero ya lo devolvería a su hueco correspondiente. Cuando me hablaba, yo asentía y, después de deambular un rato por la planta superior, me deslizaba hacia el sótano.

Aunque el señor Breen nunca me lo dijera, me daba la sensación de que nos protegía. Si hubiera querido perjudicarnos, nos habría interrumpido o lo habría podido contar a todo el vecindario y crear un escándalo. Pero ni una sola vez vimos que asomara la cabeza. Y durante aquel tiempo, cuando nos encontrábamos en el sótano, nunca bajó ningún otro cliente, ni nunca nadie nos preguntó nada.

Alternábamos el sótano con otros lugares, tratando de ser precavidos. Sin embargo, fuera de las paredes de la librería, me sentía expuesta. Si quedábamos cerca de su casa, temía encontrarme con algún sirviente o con alguna doncella de los vecinos que pudiera contárselo a nuestra ama de llaves, o a la cocinera. Y si nos veíamos en la ciudad, nos arriesgábamos a que cualquiera que pasase por allí nos delatara. Los rumores se expandían rápidamente en Nighthill, y nadie estaba a salvo de ellos.

A pesar de que tampoco tenía certezas de la confianza del señor Breen, rodeada de libros, sentía que los autores me protegían con sus palabras y que sus historias servían de tapadera para ocultar la mía. ¿Cómo podía interesarse alguien más por el

relato de una doncella que por aquellas novelas?

Entre estanterías, con Tyrone leíamos un clásico tras otro; él se sentaba en el suelo y yo me recostaba en una escalerilla de madera. Para que nadie nos oyera, los recitaba en susurros y así, poco a poco, leímos nuestros fragmentos favoritos de *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, y *David Copperfield*, de Charles Dickens. Leerlos en voz alta, a dos voces, nos permitía disfrutar de la lectura; descubríamos y soñábamos con nuevos mundos. Cuando leíamos, nos metíamos en la piel de los personajes y creábamos un tono para cada uno; antes de empezar, nos los repartíamos y así nos asegurábamos de que cada uno tenía claro qué voces interpretaría.

Comenzamos con las novelas y luego pasamos a la poesía. Si podía elegir, recitaba en alto los poemas de Milton, Lovelace o de mi admirada Elizabeth Barrett Browning. Mi favorito era el de «Catalina a Camoens», donde ella, al borde de la muerte, se despide de él y le suplica que vuelva del extranjero para decirle el último adiós. Enferma en el lecho, Catalina recuerda la evolución de su relación: la felicidad que compartieron en los inicios. Y al final, Catalina perece mientras le llama.

Lo había leído muchas veces, pero cuando lo recitaba delante de Tyrone, las palabras adquirían un extraño regusto. Era una sensación desapacible que se intensificaba a medida que llegaba al último verso. Cuando le hablé de la injusticia del final y le pregunté cuál era su opinión, recuerdo que se quedó callado y, en vez de responderme con su habitual actitud burlona, se volvió y cambió de tema.

Me dije a mí misma que yo era Elizabeth Barrett Browning y no Catalina. Y me lo repetí una y otra vez, hasta que hice ver que realmente lo creía.

Los primeros días, hablábamos y leíamos sin parar. Junto a él, me dejaba llevar y sentía que podía hablarle de cualquier cosa. Tenía la libertad de expresar lo que quisiera. Supongo que hay mujeres que habrían analizado mejor la situación y que, antes de seguir adelante con esa relación, habrían sido capaces de ver que los tiempos que corrían no estaban preparados para aceptar un romance como el nuestro. Pero era la primera vez que experimentaba esa emoción. Lo más fácil era unirme a él, no pensar y disfrutar de esa felicidad con la que se me había obsequiado.

Los días fueron pasando y la tensión que había nacido entre los dos se volvió insoportable. Sabía que no debía traspasar la barrera si quería que me consideraran una joven respetable. Pero cuanto más lo rechazaba e intentaba ponerle trabas, más callado y pensativo se volvía él. Después de haberme visto obligada a detenerle en varias ocasiones, una tarde, Tyrone me pidió que nos citásemos en el sótano de la librería. Cuando lo vi descender la escalinata, supe que traía malas noticias. Sin apenas dirigirme la mirada, con la voz seria y apagada, me dijo que se veía incapaz de seguir adelante. Se le contrajo la mandíbula y no cesaba de gesticular con las manos.

—Solo quiero estar contigo, Alice, pero ya no puedo soportarlo más —me confesó—. O avanzamos, o lo dejamos como está. No puedo, Alice.

No supe qué decir. Lo miré, con los ojos bañados en lágrimas. Era consciente de que no era adecuado hacer lo que me decía. Esa felicidad, o lo que yo había entendido como tal, se escurría entre mis dedos. A menudo, me había preguntado qué haría si un día lo perdía, pero no me atrevía a pensar que pudiera suceder. Le contemplé de nuevo. Tyrone me estaba otorgando el poder de decisión. En cuestión

de segundos, si me equivocaba, lo nuestro habría terminado.

—Es interesante —dijo Tyrone— cómo el miedo nos hace renunciar a las cosas que más deseamos. Y aún lo es más cómo nosotros mismos nos ponemos obstáculos para conseguir lo que queremos. —Extendió la mano y, sin tocarme, se la llevó a los labios—. Te voy a echar de menos.

Aguardé a que se girara. Creía que se arrepentiría y que, de un momento a otro, se desdiría de sus palabras y regresaría. Pero lo conocía muy poco, y tardaría mucho tiempo en comprender que no era el personaje de una de mis novelas. Los recuerdos de las últimas semanas y las perspectivas e ilusiones de un futuro juntos me revisitaron en un torbellino de emociones. Su sonrisa al verme saltar al otro lado del muro, sus abrazos en los rincones del bosque, nuestras conversaciones de poesía en la librería, sus conocimientos de viajes y de países lejanos, sus caprichosas bromas afectuosas...

Había llegado el momento de elegir. Si no me apresuraba, Tyrone se habría marchado para siempre. Un pinchazo me oprimía el estómago. Presa del pánico, sentí un sudor frío recorriéndome la espalda. Haría lo que él me dijera. No estaba dispuesta a perderlo. Él había llenado un vacío de años de soledad. No, no quería renunciar a eso. Enfilé las escaleras y, sin despedirme del señor Breen, me precipité hacia la salida. Seguí corriendo, hasta que vi cómo se detenía. Cuando lo alcancé, me observó con una mirada interrogadora. Le rodeé con los brazos.

—Lo siento, Tyrone —aseguré—. Lo siento, haré lo que me pidas. ¡Haré lo que me digas si así estamos juntos! Debería haberte hecho caso. ¡Debería haber confiado en ti!

Él me acarició el labio inferior y me condujo hacia un portal que quedaba más resguardado. Antes de hablar, se detuvo unos instantes para mirar a ambos lados de la calle. A aquellas horas, apenas había transeúntes y era posible que, con la niebla, nadie se hubiera percatado de nuestras muestras de afecto. El portal quedaba escondido entre dos casas y al atardecer, estábamos casi a oscuras.

—Haces bien en no confiar. No todos los hombres son buenos —repuso.

—Pero tú sí, ¿verdad? Tú nunca me harías daño.

Tyrone no contestó. Me atrajo hacia él y, tras rozarme la mejilla con sus manos, me besó.

A continuación, me agarró del brazo y me indicó que lo siguiera.

Con nuestras manos entrelazadas, ascendimos por la colina. Después de caminar durante un buen rato, llegamos a un refugio que quedaba aislado tras una sucesión de árboles. Había pertenecido a su padre, me dijo, y él lo había heredado. Se trataba de uno de sus lugares favoritos; Tyrone iba allí a menudo cuando quería estar solo, me contó. Nadie nos molestaría.

Sin cuestionármelo, aquella tarde, sucumbí a lo que él quería.

Nighthill, 1846

—¡Arriba! ¡Levántate de una vez! —gritó la señora Hall al otro lado de la puerta.

Los acontecimientos de la tarde anterior me habían dejado agotada. Cuando me erguí para ponerme en pie, me levanté la falda del camisón y aparté las sábanas a un lado para asegurarme de que no había manchado la cama. Por suerte, ya no sangraba y no me dolía tanto como hacía unas horas. Esperaba que durante el día dejara de sentir ese ardor.

Continuamente, me visitaban los recuerdos; cómo me había tomado entre sus brazos y, sin compartir ni una palabra, nos habíamos entregado el uno al otro.

Había oído muchas historias de esa primera vez, de ese instante crucial, pero nunca había sido consciente de lo breve que podía llegar a ser. En mis sueños, había albergado una idea distinta; un acercamiento más tierno y cariñoso. Me había sorprendido en lo brusco que podía convertirse ese momento tan personal; cómo esa amabilidad, ese amor que Tyrone me profesaba había dado lugar a un acto tan rápido. Desde que me había conducido a su refugio para que estuviéramos a solas, todo se había desarrollado con una rapidez mecánica, casi salvaje. Mi cuerpo se había abandonado a su roce, y había perdido el control. Nos habíamos entregado el uno al otro.

Pensaba que, después de aquello, le seguiría una escena más afectiva; que nos abrazaríamos durante horas, mientras me besaba y susurraba palabras al oído con delicadeza. Sin embargo, cuando terminó, Tyrone se apartó y se echó a un lado. Me dio un beso fugaz en la mejilla y se estiró boca arriba. Me giré hacia él para rodearle con los brazos. Pero al tocarle, Tyrone se irguió y me obligó a levantarme. Debíamos volver, me dijo, y, sin darme ninguna explicación, nos recolocamos bien nuestras ropas y nos alejamos de aquel lugar escondido.

Con tal de que nadie pudiera sospechar, tomamos senderos diferentes. Él se dirigiría hacia la izquierda y yo iría por la derecha. Nadie podía relacionarnos ni descubrir lo que acababa de pasar. Tras darme una palmadita en la mejilla, rio y se alejó sin más. Una sensación de tristeza me embargó al pensar que eso había sido todo. De nuevo, volvía a quedarme sola. Mientras Tyrone se difuminaba en el horizonte y tomaba el camino en dirección a su casa, no se volvió. Aguardé a que lo hiciera, hasta que se confundió con la vegetación y regresé a la mansión de los Blackburn.

Estirada en la cama de mi habitación, oí los pasos de la señora Hall. Estaba aporreando las puertas de los dormitorios de los criados que aún no nos habíamos levantado. El ama de llaves vociferaba y amenazaba con dejarnos sin desayunar si nos retrasábamos.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —contesté.

Dio media vuelta y se dirigió a las dos habitaciones contiguas. Picó en sendas puertas y, a continuación, habiéndonos avisado, sus pasos se alejaron hacia las escaleras que descendían a la antecocina.

Mi uniforme me esperaba junto al escritorio. Daba comienzo otro nuevo día.

Abrí la ventana y me asomé para contemplar el jardín. No llovía, pero se había levantado un aire frío y el cielo estaba encapotado.

Después de mi encuentro con Tyrone, antes de que hubiera anochecido, la señora Hall me había visitado en el dormitorio. Llevaba semanas con un dolor de espalda que la martirizaba. Cuando le daban pinchazos, se quedaba postrada y, por mucho que lo intentara, apenas podía moverse. Hasta que mejorara, había decidido traspasarme una de sus obligaciones que le acarrearán mayor actividad física y que, por el momento, se veía incapacitada de ejecutar: limpiar el desván. Este se encontraba en el tercer piso. Estaba cerrado a cal y canto, y ningún sirviente, exceptuando la señora Hall, estaba autorizado a entrar. A escondidas, el resto del servicio lo llamábamos «la cueva del dragón» y en las noches lluviosas, mientras lady Blackburn dormía, nos sentábamos junto al fuego y contábamos historias de terror. Pensaba en aquel lugar como un recodo perdido en el tiempo. Aparte del ama de llaves y de lady Blackburn, nadie había entrado allí, ni tan siquiera mister Ackerman. Para nosotros, el desván era un misterio.

La señora Hall había dejado la llave encima de mi escritorio. La tarea que me habían encomendado no era precisamente la que se adecuaba a un ama de llaves, ni tampoco la que se esperaba de una doncella. Limpiar la habitación era una de las tareas básicas que realizaban las criadas. Aun así, la señora Hall había insistido en que el desván quedara perfecto, y que más le valía no encontrar ninguna mota de polvo. Cuando le pregunté por qué no se ocupaba una criada cualquiera, me respondió que, aunque era uno de los rincones más viejos de la casa, lady Blackburn atesoraba algunas de las antiguas posesiones de lord Blackburn y no se sentía cómoda con que los sirvientes fisgonearan allí. El ama de llaves y yo éramos de confianza para nuestra patrona, pero no se fiaba del resto de la servidumbre. Tiempo atrás, como habría sido habitual, las criadas se encargaban de limpiarla. Sin embargo, en una ocasión, una de las sirvientas se llevó algunas de las posesiones de nuestro difunto patrón y cuando lady Blackburn lo descubrió, esta ya había huido. Lady Blackburn nunca las recuperó y, aunque no le gustaba exhibir los bienes de su marido en los salones de la casa —verlas diariamente le recordaba demasiado a él y le entristecía—, le gustaba guardarlas; así tenía la seguridad de que, si quería, podía volver a ellas cuando quisiera.

Esto, claro está, permanecería entre nosotras. La señora Hall me advirtió de que no molestara a lady Blackburn con este asunto. Nunca se lo mencionaría ni le hablaría de lord Blackburn. Era un tema triste para ella y no era conveniente sacarlo a relucir.

—Abrígate bien porque suele hacer frío —me avisó—. Y, sobre todo, no te asustes. Recuerdo que había criadas tan tontas que salían despavoridas y decían que oían fantasmas —rio la señora Hall, escéptica, e hizo un mohín de desdén que había imitado de lady Blackburn—. ¡Cómo si los fantasmas existieran! No me montes una escena ¿de acuerdo? Con nuestro huésped ya tenemos suficiente trabajo.

Aquella situación era inverosímil y ridícula. Aun así, no parecía que la señora Hall estuviera especialmente de buen humor. Le agradecí el consejo y, por si acaso, decidí coger un chal y abrigarme antes de subir a limpiar la estancia.



Con la llave en mi poder, ascendí las escaleras que conducían hasta el tercer piso; tras recorrer el pasadizo principal, al final del corredor, hallé la entrada de la que me había hablado el ama de llaves. Introduje la llave y la giré. Esta cedió y me adentré en un segundo corredor mucho más estrecho. Las paredes estaban forradas de un papel verde y, en algunas partes, habían aparecido manchas de moho por las humedades. Nuestra ama de llaves estaba en lo cierto: hacía años que nadie se ocupaba de aquella zona de la casa como era debido, y no era de extrañar que algunos se asustaran con aquel ambiente opresivo. A medida que avanzaba por el pasillo, sentí más frío, y encogí los hombros, tapándome más con el chal para protegerme.

Al fondo del corredor, encontré la entrada al desván. La puerta se confundía con las tonalidades de la pared. Desgastada, era pequeña y en las esquinas tenía unas molduras plateadas que resplandecían en la oscuridad. Introduje la llave en el hueco.

De pronto, creí oír un ruido a mis espaldas. Di un respingo hacia atrás. Pero cuando me volví, no había nadie. Reí, incrédula, al evocar las advertencias de la señora Hall. El viento había empezado a hacer de las suyas. Cuando di un paso adelante, reparé en que la madera chirriaba bajo mis pies. Volví a reír, divertida por haber caído en la trampa como el resto de las criadas, e introduje de nuevo la llave en el cerrojo. La puerta estaba cerrada. Di dos vueltas en la cerradura, hasta que esta se abrió.

Del techo colgaban telarañas y tenía que agacharme para no enredarme con ellas. Al lado de la puerta, la señora Hall me había dejado los utensilios para limpiar la estancia. Decidí empezar con la escoba y barrerla. Con cada uno de mis pasos, se levantaba una nube de polvo.

En un rincón, oculto bajo una manta, sobresalía un baúl. Era de un color peculiar, semejante al ocre. Sin dejar la escoba, me acerqué y aparté la manta, tirándola al suelo. Para observarlo más detenidamente, me arrodillé. En algunas partes, tenía incrustadas turquesas y esmeraldas que desprendían un fulgor especial. Deslicé los dedos por la superficie y acaricié cada una de las piedras. Lo que más me intrigó fue la inicial que habían grabado en la parte frontal. Destacaba una E y, a su derecha, figuraba la ilustración de un niño. Froté la superficie para quitar el polvo. Era una ilustración inacabada.

Habían cerrado el baúl con llave, pero el cerrojo de la tapa era viejo y estaba oxidado. Alargué la mano e hice presión hacia arriba. Después de varios intentos, la tapa cedió y uno de los clavos cayó al suelo. Aunque no conseguía vislumbrar el interior, había quedado un espacio por donde podía introducir la mano. De dentro, me llegó un olor marino, una mezcla de sal y humedad. Al estar cerrado durante tanto tiempo, el olor era tan fuerte que casi podía saborearlo.

Solo sabía de dos personas cuyos nombres comenzaban con la inicial E. Nerviosa, empecé a mover la mano de un lado a otro, hasta que mis dedos rozaron un trozo de papel. Lo cogí. La hoja se había vuelto amarillenta. En el centro, unas líneas se juntaban y formaban una especie de dibujo, pero costaba distinguir los trazos.

Algunos se habían difuminado.

Estaba tratando de descifrarlo, cuando el viento emitió un gemido agudo y me sobresalté. Noté que se me habían helado las manos por el frío. Las rejillas de la pequeña ventana que daba al exterior estaban maltrechas, y por los bajos se colaba un vientecillo frío que me caló en los huesos. Me hice un ovillo y volví a observar fascinada la ilustración. Pero, a continuación, como si el viento y el tiempo estuvieran sincronizados, el reloj tocó la hora. ¿Cuánto rato había pasado entre aquellas cuatro paredes, observando aquel trozo de papel?

Lo guardé en el bolsillo, cerré la puerta con doble llave y bajé corriendo hacia el dormitorio de mi señora. El papel era tan fino que, por momentos, temía haberlo perdido. Constantemente, palpaba el bolsillo para comprobar que aún seguía ahí. Cuando entré en su habitación, nuestra patrona ya se había levantado. Enfrente del espejo, se pellizcaba las mejillas y se peinaba las cejas con cuidado. Al verme, me indicó que me apresurara. Tenía una cita en la ciudad y no podía demorarse. Después de desenredarle la melena, le recogí el cabello y la ayudé a vestirse.

Había escogido un traje a juego con un sombrero que, según decía, era la última moda en París. El sombrero era negro y se anudaba con un lazo ancho de un verde esmeralda. De la parte de atrás, sobresalían dos plumas y, en los laterales, resaltaban dos adornos de seda verde. Le abotoné el vestido y, con delicadeza, le puse el sombrero. Se lo ató bajo la barbilla con un lazo. Lady Blackburn giró sobre sí misma y se sonrió, a modo de aprobación.

—Estaré de vuelta para el almuerzo —dijo, mientras se ponía bien los guantes.

Se echó un último vistazo en el espejo. Sin querer, me había quedado observándola. Mi impertinencia la turbó y en su párpado izquierdo asomó un tic nervioso. Se apartó súbitamente. Con la vista fija al frente, pasó junto a mí y descendió los escalones que conducían al vestíbulo.



Encontré al señor Bartholomew en el salón, mirando a través de la ventana. En el jardín, el lacayo ayudaba a nuestra señora a subir al carruaje. Lady Blackburn se recogió la falda del vestido, subió los escalones del vehículo y agachó la cabeza para entrar y sentarse dentro. Una vez acomodada, le indicó al lacayo que podían marcharse. Este cerró la puerta y le dedicó una reverencia a modo de despedida. El cochero levantó el látigo y el carruaje arrancó colina abajo por el sendero de piedra.

El señor Bartholomew siguió en la misma posición hasta que el carruaje cruzó la verja de entrada. La manga le caía, holgada, y se aguantaba con su única mano en el alféizar de la ventana. Cuando el carruaje se perdió colina abajo, se encorvó y bajó la cabeza, como si le hubiera sobrevenido el cansancio.

Estaba observándole desde el vestíbulo, cuando se dio la vuelta. Su expresión, antes alicaída, transfiguró en una mueca forzada. Una sonrisa pícaro asomó en sus labios.

—¿Damos un paseo? —dijo el señor Barthomolew.

Él me sonrió e insistió por segunda vez. Aunque sabía que no era adecuado,

acepté.

Nos encaminamos hacia el punto más elevado de Nighthill. Varias parejas y familias se habían acomodado en distintos rincones del terreno. Algunos niños se divertían jugando y bajaban corriendo la pendiente de la colina, seguidos por sus perros que, moviendo la cola, ladraban alegres. El tiempo se detenía en aquel lugar aislado del resto del mundo. Bajo los rayos del sol, la ciudad tenía un aspecto acogedor y hogareño. Por nuestro lado, pasó una pareja de jóvenes que iban cogidos de la mano. Iban tan ensimismados mirándose a los ojos, que tuvimos que detenernos para no tropezar con ellos. Cuando se dieron cuenta, se separaron avergonzados y se hicieron a un lado para dejarnos pasar. Ella se tapaba el rostro con su sombrero, ruborizada. Él le sonreía complacido y asentía a lo que ella le decía.

Aquella parte de la colina estaba rodeada de olmos y cerezos, y había un pequeño lago donde se podían ver cisnes y diferentes especies de pájaros sumergiendo la cabeza en el agua. Los niños se concentraban en la orilla y les tiraban trocitos de pan. Las aves se acercaban veloces y los engullían antes de que otra se los robara.

Recorrimos varias sendas, observando a la gente que paseaba por los jardines. Llevábamos un rato andando, cuando el señor Bartholomew me señaló un banco que reposaba bajo la sombra de un roble. Tenía el tronco desnudo; las bellotas ya habían caído y sus hojas verdes no resplandecerían hasta bien entrada la primavera. Delgado y larguirucho, mediría más de cuarenta metros de altura. Él necesitaba descansar y me pidió que tomáramos asiento.

—¿Cuál cree que debe de ser su historia? —le pregunté, mientras me fijaba en cada detalle del árbol que, con el viento, mecía sus ramas encima de nuestras cabezas.

Me miró desconcertado y arrugó la nariz.

—No me interesa lo más mínimo, señorita. Eso es tan solo un árbol.

—A veces, lo más insignificante esconde, en realidad, una gran historia.

Vi que el señor Bartholomew fruncía el ceño y comprendí que me había propasado. En los últimos días, me había dejado llevar por los acontecimientos y había empezado a crecer una seguridad en mí misma que podía resultar imprudente. Me mordí el labio; no debía dirigirme así a nuestro huésped ni a ninguno de mis superiores. Abochornada, me erguí en el banco y desvié la mirada.

Él me cogió la mano y dejó escapar una risotada. Lo hizo con complicidad, como si tratase de devolverme la confianza, restándole importancia a mi impertinencia. Se disponía a hablar cuando una silueta familiar pasó junto a nosotros y me alertó. El señor Bartholomew se calló de inmediato. Siguiéndome la mirada, ambos nos volvimos hacia el hombre que, enfundado en una capa negra, descendía colina abajo. Reconocí a Tyrone al instante. Un sombrero le tapaba la mitad del rostro. Continuó avanzando en línea recta hasta que se desvió del camino central.

Por mucho que había intentado disimular, el señor Bartholomew había reparado en mi turbación; tras negar con la cabeza para sí mismo, se irguió y se ayudó del bastón para ponerse en pie. Chasqueó la lengua y suspiró, como si estuviera agotado, aunque no lo estuviera en absoluto.

—Voy a volver a la casa. Los hombres mayores nos cansamos antes —dijo con una media sonrisa.

Cuando hice ademán de acompañarle, me detuvo.

—No, no. Insisto. Quédate aquí.

—Pero, señor, debo...

—No, niña, no. He dicho que te quedas. Quiero estar solo, ¿entendido?

Aunque volví a insistir, me obligó a dejarle ir.

Pensé en lady Blackburn. Aún no era mediodía y apenas había transcurrido una hora y media desde que había partido a la ciudad. La señora Hall también había bajado al centro, y tardaría en regresar. Sabía que estaba adentrándome en aguas peligrosas y, que si me descubrían, podía tener graves consecuencias; podrían echarme y quedarme sin techo donde vivir. Me lo repetí varias veces para contenerme. Sin embargo, me vi avanzando colina abajo, siguiendo la estela que había dejado Tyrone, en su busca.

Cuando estaba lo suficientemente lejos del centro de la colina para que nadie me viera, empecé a correr hacia su refugio. Llegué acalorada; el vestido se me había enganchado al cuerpo por el sudor, y sentía que toda yo hervía en emociones. Respiré e inspiré varias veces para coger aire, y entonces lo vi. En su rostro se dibujó una expresión triunfante. Ninguno de los dos dijo nada. Le sonreí y le acompañé dentro. Había algo en él a lo que no podía resistirme. Cuando me tocaba, notaba una excitación por todo el cuerpo que me obligaba a doblegarme, y cuanto más me embelesaba, más claudicaba a lo que me pedía. Había perdido el norte y había dejado de pensar en lo que estaba bien y en lo que estaba mal.

Nighthill, 1846

Después de varias semanas encontrándonos y viviendo al margen de las convenciones sociales, una tarde, cuando regresé a casa tras una de nuestras citas, la señora Hall me mandó llamar a sus aposentos. Me sorprendió ver lo pálida que estaba. El ama de llaves negó con la cabeza y me preguntó:

—Supongo que ya intuyes qué estás haciendo aquí —dijo, buscando en mi mirada algún rastro de entendimiento—. ¿Hasta dónde habéis llegado?

—No sé de qué me está hablando —mentí.

Furiosa, propinó un golpe al escritorio. El ama de llaves se irguió. En su mano derecha, sostenía la nota en la que lord Price me urgía a encontrarme con él a medianoche. La habría hallado en mi habitación. Nos había descubierto.

—No me vengas con esas, jovencita, no conmigo —espetó—. ¡Esto tiene que acabar!

Nunca antes la había visto así. Parecía horrorizada. Me miraba de arriba abajo, con desprecio, como si estuviera a punto de escupirme.

—¿Me has oído, niña estúpida? —gritó, y me agarró el brazo con fuerza.

No sabía qué hacer. Me quedé de pie a su lado, sin moverme.

Se había abierto una brecha entre nosotras y los lazos que había creído que nos mantenían unidas se habían resquebrajado. Retorcía las manos encima de la falda, y tamborileaba los dedos con aspavientos nerviosos. ¿Por qué me lanzaba esas miradas de aborrecimiento? ¿Qué motivos tenía para escudriñarme como si fuera un ser repugnante?

Y entonces, mientras veía cómo su cuerpo se contraía en un mohín lleno de menosprecio, se me ocurrió. ¿Podría ser que estuviera celosa? La señora Hall había estado sola durante toda la vida, asistiendo a lady Blackburn. Nunca se había casado ni había mantenido relaciones con hombres; al menos, que yo tuviera constancia. Era una mujer solitaria y casta, que había dedicado su existencia a idolatrar y a servir a su patrona. Según las conversaciones que había tenido con ella, siempre me había dado la impresión de que no albergaba ninguna aspiración que traspasara las paredes de la mansión de los Blackburn. No se le había ocurrido pensar que, más allá de Nighthill, se abrían otras posibilidades de vida.

Ante mi silencio, se adelantó un paso y me abofeteó en la mejilla.

—¡Contéstame! ¿Hasta dónde has llegado?

Con el golpe, me tambaleé y caí al suelo de rodillas. Traté de alcanzar el respaldo de la silla que había junto a su escritorio y me apoyé en este para incorporarme. La piel me quemaba.

—Los celos, eso es, ¡los celos acabarán matándola! —dije, descontrolada.

El ama de llaves me agarró del uniforme y me zarandé.

—No tienes ni idea. —Sus ojos fulguraban de horror.

Se giró, de espaldas a mí, y se aclaró la garganta antes de hablar. Cuando se serenó, vi cómo se santiguaba. A continuación, siguió un embarazoso silencio y me miró, muy seria.

—Alice, no me resulta agradable tener que decirte esto. Pero debes separarte de él —me ordenó. Aunque la voz se le entrecortaba con cada una de las palabras, intentó que su enunciación sonara rígida—. No te corresponde.

—¿Por qué? ¿Por qué? —grité, entre sollozos.

Sin reparar en mi falta de dignidad, me había abalanzado sobre ella y me encontré tirándole del vestido. Las lágrimas me caían por las mejillas.

—Por supuesto. Supongo que ya te habrá pedido en matrimonio... —lo dijo con compasión. Su tono traslucía una profunda tristeza.

Se me hizo un nudo en el estómago. La estancia olía a sudor. Pensé en los últimos días que habíamos pasado juntos, abrazados, mientras el tiempo transcurría, sin que nos diéramos cuenta.

En ese instante me percaté de un hecho fundamental, un incidente que me había pasado por alto, pero que había marcado nuestra relación desde el primer día. Aunque nos habíamos abandonado a esa felicidad absoluta que brindan los placeres sensuales y no se nos había ocurrido pensar en nada más durante nuestras últimas citas, ya no sabía cuánto tiempo hacía que no intercambiábamos una conversación normal, un diálogo que no versara sobre sexo. Aquello que inicialmente nos había unido, o lo que yo había creído que había construido las bases de nuestro enamoramiento, había dejado de existir. Desde la tarde en que había accedido a su petición, nuestras charlas habían llegado a su fin. Nos habíamos abandonado a los brazos del otro. Cuando le veía y me acariciaba, en esos dulces ratos, solo existíamos él y yo. Y así, todo había ido desvaneciéndose. Lo había tenido enfrente de mí; había visto las señales y, sin embargo, me había negado a creerlas.

La última tarde que pasamos juntos, en el refugio de la colina, Tyrone se había marchado de forma repentina. Ni siquiera había permitido que me acurrucara en su hombro, como hacía las primeras veces. Yo aún estaba medio obnubilada y le supliqué que se quedara a mi lado. Cuando reparé en que se marchaba, él ya estaba demasiado lejos. Soplaban un viento frío y se me erizó la piel. Grité su nombre, pero él no volvió la vista atrás. No conseguía reconocer a esa joven que aguardaba, sola y con los brazos extendidos, a que su amado volviera. Esa muchacha representaba los valores que siempre había rechazado. Y sin embargo, ahí estaba, con la mirada clavada en él, mientras Tyrone se alejaba. ¿Cómo podía haberme dejado engañar de aquella forma? Consternada, me llevé las manos a los labios.

El ama de llaves me cogió del brazo y me apretó fuerte en la muñeca, haciéndome volver en sí.

—¿Lo entiendes ahora? Un hombre como lord Price nunca se casará contigo, Alice. Debería haber supuesto que aún eras demasiado inocente para darte cuenta. Lamento que hayas tenido que enterarte así. —Me observó, arrepentida. Su actitud se había vuelto más benévola—. Se casará con alguien de su clase. Créeme —añadió, cabizbaja.

El corazón me latía muy deprisa. Un torrente de sensaciones y de pensamientos me estaba devorando por dentro, y no era capaz de discernir cuáles eran reales y cuáles no.

La señora Hall alargó el brazo y tomó mi mano entre las suyas. Entrelazó sus dedos con los míos, con un gesto cariñoso, como si quisiera retractarse de su

comportamiento anterior, como si se sintiera culpable de su brusquedad. Se disponía a decirme algo, cuando la campanilla de servicio que colgaba de la pared repiqueteó. Ambas nos volvimos para contemplarla. Se balanceaba de un lado a otro, entonando su melodía familiar. Lady Blackburn reclamaba su presencia. Antes de marcharse, la señora Hall me miró una vez más, con los ojos entornados, y me apretó la mano con dulzura.

—No digas que no te avisé —dijo, y se fue.



Me tomé un largo rato para serenarme. Su marcha me había dejado un vacío y se me había revuelto el estómago.

Al otro lado del pasillo, los sirvientes iban de arriba abajo; el ritmo no paraba en la casa, y el tiempo, a pesar de los acontecimientos, nunca se detenía. La vida, fuera de cada uno de nosotros, seguía y seguía sin parar, y debíamos amoldarnos a ella si queríamos sobrevivir.

Por miedo a que mister Ackerman o a que a alguno de los sirvientes se le ocurriera ir en su busca —como solían hacer en innumerables ocasiones para pedirle favores o cuestionarle algunas de sus tareas—, antes de que alguien pudiera verme, me sequé las lágrimas de los ojos y me ajusté la cofia. Me había despeinado y tuve que arreglarme un poco el cabello. Me pasé la mano por el vestido para alisarme las arrugas, y me anudé bien el lazo de la cintura. Tenía las mejillas y los ojos hinchados. Ofrecía un aspecto lamentable.

Tampoco podía quedarme más allí encerrada, pensé. Decidí que bajaría a la antecocina y me aseguraría de que todo estaba en orden. Si lady Blackburn había reclamado al ama de llaves, significaba que estaba bien atendida y que, por el momento, no me necesitaba.

Por suerte, resultó ser una tarde atareada y no tuve tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de suceder. En la antecocina, me entretuve limpiando la plata y la vajilla.

No volví a ver a la señora Hall hasta el anochecer, cuando los sirvientes nos juntamos para cenar. Cada noche, si no se producía ningún contratiempo, nos reuníamos a la misma hora, cuando lady Blackburn no precisaba de nuestros servicios y ya se había retirado a sus aposentos. Durante la velada, la señora Hall estuvo más callada de lo normal. Se limitó a comer y a masticar. Cuando algunas de las criadas le preguntaron si se encontraba mal, atribuyó su silencio a que se había resfriado y, con esa excusa, se retiró temprano a su habitación.

Siempre había sido consciente de que la señora Hall me apreciaba; al fin y al cabo, ella me había criado. No obstante, hasta ese momento, no supe cuánto me había querido. A pesar de su carácter, que variaba con frecuencia, se había encargado de mi educación y, durante aquellos años, se había portado casi como una madre conmigo. Era lo más parecido que tenía a una familia.

Repasando los acontecimientos de aquella tarde, me había dado cuenta de lo preocupada que estaba, como si la educación que había intentado inculcarme se

hubiera quedado en nada. Como si hubiera fallado a lady Blackburn en una de sus obligaciones más importantes: la doncella destinada a convertirse en la aliada de nuestra señora, siguiendo los pasos de mi madre, se había mancillado. La tarea más relevante de la señora Hall radicaba en educarme y criarme de forma que pudiera convertirme en la misma mujer que había sido mi progenitora. El descubrimiento de mi relación con Tyrone significaba que había fracasado estrepitosamente.



Después de la cena, me invadió un malestar y solo quería encerrarme en mi dormitorio. Aunque no me apeteciera, tuve que quedarme un poco más y ultimar algunos detalles, entre ellos, discutir con la cocinera algunos platos del menú para el día siguiente.

Una vez los hubimos revisado, me precipité hacia los pisos superiores. Cuando alcancé el vestíbulo, oí la voz de lady Blackburn. Creía que ya estaría durmiendo. La planta estaba medio a oscuras, exceptuando la luz de un candelabro que reposaba encima de una mesita. Me escondí detrás de una de las columnas. Como había anochecido y la oscuridad dominaba el ambiente, asomé ligeramente la cabeza, para observar qué estaba sucediendo.

Lady Blackburn se había apoyado en la barandilla de la escalinata. Tenía el cuerpo ladeado, como si se dispusiera a subir los peldaños, pero se estuviera dando un pequeño respiro antes de ascender.

El señor Bartholomew apareció por la puerta del salón y le dio las buenas noches.

—Que duermas bien, querido Aleck —le dijo ella y, tras comprobar la hora en el reloj de péndulo que había apoyado en la pared, exclamó, llevándose las manos a la cabeza con uno de sus gestos teatrales preferidos—: ¡Santo Cielo! ¡No me había dado cuenta de lo tarde que es!

—No te habías percatado de lo mayores que somos, querrás decir —respondió él y, con un deje de nostalgia en la voz, añadió—: Es demasiado fácil perderse en el pasado, ¿no crees?

Ella esbozó una sonrisa afable antes de proseguir con su ascenso en dirección a sus aposentos. Él asintió y se quedó de pie, viendo cómo se confundía con la oscuridad.

El señor Bartholomew aguardó hasta que la perdió de vista e hizo ademán de retirarse a su dormitorio. Con torpeza, se ayudaba de su única mano para apoyarse en el bastón, mientras se servía del resto del cuerpo para mantener el equilibrio. Subir los peldaños le suponía un esfuerzo mayor del que estaba dispuesto a reconocer. Quería ayudarle, pero, dado lo que había oído y visto sobre él, probablemente se sentiría insultado. Temía que, si lo auxiliaba, se sintiera como un individuo discapacitado. Si eso sucedía, nunca más volvería a dirigirme la palabra. Esperé a que él también se hubiera marchado para salir de detrás de la columna.

Con su partida, la casa se había quedado en silencio. A través de la ventana que daba al jardín, vi cómo las nubes se arremolinaban en lo alto, formando una espesa

capa de color grisáceo.

Después de la conversación con la señora Hall, sabía que tardaría horas en dormirme. Al otro lado de la ventana, el jardín se desplegaba en un blanco brillante. Decidí salir al exterior, pero cuando pasé por delante del salón, me detuve en seco. Sobre una de las butacas, reposaba el volumen de poesía que el señor Bartholomew había tomado prestado de la biblioteca. Sin hacer ruido, entré en la estancia. Alguien había doblado una de las páginas del libro. La marca era reciente. ¿Tendría aquello algo que ver con la historia? Lo abrí por la página doblada y leí:

*Vuela, tiempo envidioso, hasta que agotes tu carrera,
Apela al perezoso y plumizo paso de las horas,
Cuya velocidad no es más que la caída en picado de su ritmo;
Y sáciate de lo que tu matriz devora,
Que no es más que lo que es falso y vano,
Meramente restos mortales;
Tan pequeña es nuestra pérdida.
Tan pequeña es tu ganancia.**

Los ventanales vibraron y con un golpe de viento, como si este quisiera avisarme, se abrieron de par en par. Enfrente, en la casa de lord Price, los torreones parecían dos cuervos en mitad de la noche. Cuanto más los contemplaba, más ajenos se tornaban. Las palabras rígidas de la señora Hall se repetían en mi cabeza con estridencia.

Leí por segunda vez el poema que tenía entre las manos. Y me asusté al pensar que estaba hablando de mí y de todos nosotros.

Nighthill, 1846

Como me había indicado el ama de llaves, el señor Bartholomew me aguardaba en el banco de la colina. Se había sentado debajo del árbol y, cuando llegué, estaba jugueteando con el bastón, dibujando formas en la hierba.

Lady Blackburn estaría ocupada y no podría reunirse con él hasta la hora del almuerzo. A petición del señor Bartholomew, ella había accedido a que le hiciera compañía. Era nuestro huésped y le atendería según sus deseos. Negarle su solicitud sería de mala educación.

La señora Hall me lo comunicó a primera hora, cuando bajé a la antecocina para recoger la bandeja con el desayuno: aquella mañana, como hecho excepcional, mi principal tarea sería entretener a nuestro invitado. Asentí sin discutir. Me intrigaba.

Cuando me senté junto a él en el banco, ni tan siquiera me miró. Inclino el cuerpo hacia delante y tras apoyarse en sus rodillas, sonrió con una expresión traviesa.

—Supongo que esperarás oír el resto de la historia —dijo él. Perpleja, bajé la cabeza. El señor Bartholomew no añadió nada de inmediato. En lugar de eso, se detuvo para contemplarme. Finalmente, volvió a hablar—: A mí no me engañas. ¿Crees que no te había visto escondiéndote detrás de la cortina? ¡Me ofendes! —exclamó, jocosamente—. Debo decirte que estoy impresionado. Ya lo creo. Lo has hecho muy bien.

Mi primera reacción fue negar los hechos de los que me acusaba. Nerviosa, me removí en el banco. Entonces pensé que de nada serviría mentirle. Me había visto; lo había confesado y no podía hacer nada al respecto. Pero lo más importante era que no me había delatado. Si lo hubiera hecho, lady Blackburn me habría echado de la casa.

—Tranquila, no te preocupes, no voy a decir nada. —La entonación del señor Bartholomew se volvió más pausada, como si estuviera deliberando qué venía a continuación. Tenía la sensación de que quería decirme algo pero, por alguna razón, se estaba conteniendo—. Hay una parte de la historia que desconoces, y que estaría dispuesto a contarte... Si te apetece, claro. Naturalmente, esto debe quedar entre nosotros.

Estaba a punto de narrarme un episodio clave en la historia. Lo alenté a continuar.



En la isla, enero de 1821

En la laguna, Elizabeth cerró los ojos. Se había tapado los oídos con las manos, para ahuyentar aquel ruido que la perseguía. Aleck le hacía señas, pero no oía lo que le decía. Los pitidos que sonaban en su cabeza eran demasiado fuertes y se mezclaban con el agua que borboteaba. Permaneció inmóvil, cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre. De repente, ella se encontró avanzando hacia la voz. El agua

le llegaba a las rodillas y el vestido le entorpecía el avance. Como si fuera presa de un embrujo, alargó los brazos para impulsarse, y no descansó hasta que alcanzó la zona de los pedruscos; el vestido se le había rasgado al engancharse con una de las piedras.

Algo se movía detrás de una de las rocas. A medida que se aproximaba, la voz se volvía más intensa y gutural, como si naciera de las profundidades de un lago. Una cabeza de color zanahoria asomó por detrás del pedrusco, seguida de una frente lisa, unos ojos saltones y una nariz respingona.

Un muchacho se agarraba a una de las rocas. Parecía incluso irreal. Al examinarlo de cerca, advirtió que tenía la cara llena de pecas y una mirada tan transparente como el agua que los rodeaba. Cuando le rozó, el chico alzó la vista y la miró, asustado. Entreabría y cerraba los ojos, como si estuviera demasiado cansado para mantenerse en pie. Desconocía cuánto tiempo llevaba allí. Estaba helado. Elizabeth le indicó que se despojara de las ropas húmedas; las llevaba agujereadas por todos lados. Ella hizo lo mismo; se quitó el vestido y lo dejó en la punta del pedrusco.

Desnuda, Elizabeth dio un paso adelante y, cuando los dos se desvistieron, lo abrazó para hacerle entrar en calor. Una oleada de emoción le subió por la columna hasta la parte trasera del cuello. El chico había apoyado su cabeza en el hombro de ella; sentía cada convulsión de su cuerpo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elizabeth, mientras lo apretaba contra su pecho.

—C-c-c-ornelius.

—Yo soy Elizabeth —le susurró—. No voy a hacerte daño.

El chico no podía dejar de tiritar. Cuando hablaba, notaba el temblor de sus labios contra su piel.

Junto a él, cuerpo con cuerpo, Elizabeth experimentó una sensación que la tranquilizaba y que, a la vez, la excitaba. La rigidez que inicialmente se había interpuesto entre ellos se destensó. En aquellos segundos, se habían acoplado el uno al otro y se habían acostumbrado al contacto. Él alzó la cabeza y le sonrió con afecto. Tenía una expresión sincera y apaciguadora que la conmovió. Estaban muy cerca y, aun así, Elizabeth nunca se había sentido tan cómoda. Era inusualmente reconfortante. Tenía algo que le resultaba familiar, como si se hubieran visto antes. Lo había visto, sí, estaba segura. ¿Pero dónde?

Cuando se dio cuenta de que Aleck la llamaba, vio que había perdido la noción del tiempo. Se dio la vuelta. A lo lejos, los otros tres los contemplaban atónitos.

—Sígueme, nos están esperando —dijo ella.



El capitán la aguardaba con la joven entre los brazos. Como en un sueño, Elizabeth avanzaba hacia él, desnuda, con el vestido azul colgándole del hombro. Eddie analizaba, agitado, la situación. Su expresión no le había pasado desapercibida al capitán. En cuanto Elizabeth se acercó a ellos, Aleck se adelantó y tras tapparla con la capa para que el chico no pudiera verle el cuerpo desnudo, la obligó a que se cubriera. Ella asintió y se puso de nuevo el vestido.

—Será mejor que volvamos. Ven conmigo, Eddie —dijo el capitán enfurruñado, y se fue en dirección al navío.

Con un movimiento de cabeza, le indicó a Elizabeth que los siguiera. Ella asintió y, con Cornelius al lado, reemprendió la marcha.

De vuelta en su embarcación, en el camarote, el capitán dejó a la chica encima del lecho. Le ordenó a Doug que trajera agua caliente, un poco de ron y algo de comida. Reposaba la cabeza sobre la almohada y, de vez en cuando, arrugaba la nariz, como si tuviera una pesadilla. Eddie se colocó al lado de la cama para vigilarla y se sorprendió repasando cada parte de su cuerpo. Tenía una abundante cabellera rubia y unos ojos amarillos, que le recordaron a la mirada de una serpiente. Sus brazos, delgados y blancos como la nieve, descansaban sobre las sábanas del camastro y se movían de un lado a otro. Poseía una gracia natural que la distinguía de Elizabeth; sus labios carnosos se entreabrían y se cerraban, como si anunciaran una promesa. Aleck también se había quedado atónito; sintió el impulso de acariciarla, pero se detuvo al pensar que apenas tendría catorce años. Vio que intentaba decir algo, pero sus palabras se perdieron en un hilo de voz. Aleck abrió la petaca y la inclinó sobre su labio inferior. La obligó a separar los labios y se aseguró de que el líquido se deslizara hacia el interior de su boca. Ella se incorporó y empezó a toser por la quemazón.

—¿Dónde estoy? —musitó. Tras dejar la petaca en el suelo, Aleck se sentó junto a ella, guardando las distancias—. ¿Dónde estoy? —repitió.

—Aleck Bartholomew a su servicio, señorita. Bienvenida a mi barco —dijo Aleck, adoptando un tono cordial para calmarla.

Se mantuvo erguida y rígida en el camastro. Eddie no podía apartar la mirada de ella. La chica observó de reojo a Eddie y este le devolvió una sonrisa conciliadora.

—Yo soy Ceinwen. Me llamo Ceinwen —dijo, deslizando los dedos a través de las sábanas para taparse. Tenía el vestido roto y se le veían partes del cuerpo a través de los agujeros—. ¿Dónde... dónde está mi barco?

—¿Tu barco? —preguntó Aleck, sopesando cada una de las palabras.

Ceinwen asintió con los ojos lacrimosos.

—¡Doug! ¿Dónde demonios te has metido? —exclamó el capitán.

Respondiendo a sus gritos, Doug entró con una bandeja de comida y un cuenco de agua hirviendo.

—Déjalos encima de la mesa —añadió Aleck.

Bartholomew se rasgó una de las mangas del gabán y la humedeció en el agua caliente. Con cuidado, depositó la tela en los brazos y en las piernas de la chica. Ceinwen se sobresaltó. Nunca antes, exceptuando a su médico, había sentido las manos de un hombre sobre la piel. Sin embargo, estaba demasiado cansada para quejarse o para enfrentarse a nadie. Quería cerrar los ojos y dormir durante horas. Tendida sobre las sábanas, se relajó. Después de haber sobrevivido a la intemperie, el agua caliente la alivió.

Cuando terminó, el capitán cogió una manzana y se la tendió. Ella alargó la mano y agarró la fruta. Mordía con tanta avidez que el agua le caía por las comisuras de los labios y le resbalaba por la barbilla. Eddie se agachó y le secó las gotas que le habían quedado adheridas a la piel. Continuaba contemplándola, embelesado.

—Bien, nos estabas hablando de tu barco. ¿Qué pasó? —insistió Aleck.

Ceinwen dejó lo que quedaba de la manzana a un lado y bajó la voz, adoptando un tono que intentaba traslucir la gravedad que la historia merecía.

—Salimos de Londres, mis padres y yo. Papá tenía que viajar a Sídney para cerrar unos negocios. Este viaje significaba mucho para mamá, ¿sabe? Nunca antes había viajado... —Se frotó los ojos—. Todo iba bien hasta que una noche estalló una tormenta horrible y...

La chica se había quedado paralizada. Eddie le cogió la mano para transmitirle seguridad. Sabía que no era aconsejable encariñarse con nadie. Si algo había aprendido en la isla era que, para sobrevivir, debía mantener la mente despejada y no dejarse llevar por sus sentimientos. No obstante, se acurrucó junto a ella y la animó a continuar. Le causaba una fascinación que le impedía prestar atención a cualquier otra cosa que no fuera ella.

—No recuerdo nada más... llegó la tormenta y todo se vino abajo. Mamá me arropó en la cama y me dijo que no saliera, que ella volvería en un momento. Pero nunca regresó. —Los ojos se le anegaron en lágrimas—. Hace unos días, me encontré arrastrándome hacia la orilla. El agua nos balanceaba... nos arrastraba arriba y abajo, como si, como si... Había ruido, mucho ruido. Los hombres volaban... caían al agua y yo, y papá y...

Decía haber luchado contra las olas hasta que consiguió llegar a la playa. Pero sus recuerdos se perdían en imágenes borrosas entre la vigilia y el sueño. Los cadáveres de la tripulación flotaban a su alrededor, y en ocasiones se despertaba chillando por todos los que se habían ahogado en el océano. Lo último que recordaba era cómo el navío se había hundido en las profundidades. Que ella supiera, era la única superviviente, y se culpaba por ello. ¿Por qué había sobrevivido si los otros habían muerto? ¿Por qué seguir viviendo si sus padres se habían ahogado? Cuando las escenas del naufragio la visitaban y volvía a ver los rostros desencajados pidiendo auxilio, deseaba morir. No era justo, decía entre lágrimas. La chica ocultó la cara entre sus manos. Lo único que quería era reunirse con sus padres, aunque aquello implicara su muerte.

El capitán se inclinó para instarla a que siguiera cuando Elizabeth asomó por la puerta.

—Aleck, creo que hemos encontrado algo —los interrumpió.

Ceinwen se removió en el lecho. Desde la puerta, la mujer que había visto en la laguna la miraba con una actitud desafiante.

—Quédate con ella. Asegúrate de que come y descansa. Cierra la puerta y no la abras hasta que vuelva —le ordenó Aleck a Eddie.



Después de que se hubieran marchado, el joven cerró con llave y se la guardó en el bolsillo. Ceinwen se había quedado inerte. Sus ojos se habían secado y no desviaba la mirada de la puerta, por donde, hacía tan solo unos instantes, se habían ido el capitán y Elizabeth.

El estado de la chica era casi catatónico. Eddie conseguiría que se repusiera. Comprendía a la perfección lo que estaría sintiendo; él también había sobrevivido a un naufragio y se había visto separado de sus padres. Al igual que le sucedía a ella, nunca volvería a verlos. Pero de eso ya hacía tiempo y había aprendido a convivir con ello. La muchacha también podría hacerlo. Solo debía tener paciencia y dejar que pasaran unas semanas. Con cada día que transcurría, la isla se asociaba más a uno. Lo que esta provocaba en cada individuo era imposible de explicar, pues la fuerza de la naturaleza se manifestaba de maneras muy distintas. Eddie había escogido fundirse con ella, como un camaleón. Se sentía a gusto con la hostilidad y con la incertidumbre que le proporcionaba la isla y su vegetación.

Ella se acarició los tirabuzones, sin apartar la mirada de él. Desde que la habían encontrado, Eddie la había atendido y había hecho lo posible para que se sintiera cómoda. Por fin, después de los horrores que había vivido, había encontrado a alguien que velaría por ella. A pesar de las deplorables condiciones de vida que debería soportar en la isla, cuanto más se fijaba en él, más atractivo le parecía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ceinwen.

—Edward, pero puedes llamarme Eddie.

Ceinwen sonrió.

—Muy bien, Eddie entonces.

—¿Y de dónde viene Ceinwen? Nunca había oído un nombre tan raro —preguntó él.

—Es escocés. Lo heredé de mi abuela; ella también se llamaba así. Mi madre me contó... —se detuvo unos instantes y se pellizcó el labio, como si le hubieran asaltado recuerdos demasiado dolorosos. Se quedó absorta unos segundos y tras pasarse las manos por los ojos, continuó—: Mi madre me contó que mi nombre procede de dos palabras gaélicas, «*cain*» y «*gwen*» que, al juntarse, se convierten en Ceinwen. «*Cain*» significa bonito en gaélico y «*gwen*» blanco o bendecido —dijo ella.

—Me gusta —respondió, convencido.

La joven le dedicó una mirada dulce y le indicó que se sentara más cerca; en el mismo lugar donde, unos minutos antes, el capitán la había arropado con las sábanas. Cuanto más observaba al muchacho, más encantos le encontraba. Su modo de hablar y la seguridad con la que se comportaba ejercían un poder seductor.

—Cuéntame, Eddie. ¿Qué hacéis en esta isla todo el tiempo? ¡Debe de ser enormemente aburrido!

Adoraba la vida en las grandes ciudades: el ruido de las ruedas de los carruajes sobre los adoquines, las mujeres con sombreros de plumas y bolsas de Mayfair colgando de sus muñecas que paseaban por Hyde Park. Eddie asentía y sonreía a lo que ella decía. A su lado, se sentía especial e inteligente. Cuando le hablaba de la moda que le gustaba lucir en Londres y de la vida que había dejado atrás en la capital, él la escuchaba con interés. De vez en cuando, la interrumpía y, a raíz de lo que ella le había contado, le preguntaba por su familia, amigos, los libros que le gustaban... Le atañían su vida y sus preocupaciones. Ambos procedían de la misma clase social y habían sufrido una pérdida importante. En cierto modo, él la comprendía y la hacía sentir a salvo.

Advirtió que, para ganarse su fervor y habituarse a su nuevo entorno, debía averiguar todo lo posible sobre la isla. Si seguía hablando de su pasado, rompería a llorar, y no quería que él la viera en aquel estado.

—Cuéntame, Eddie. ¿Qué hacéis aquí? ¡Quiero saberlo!

—Intentamos mantenernos vivos —dijo él.

Tras percibir aquel cambio en su tono, la chica decidió introducir un nuevo tema.

—¿Quién era esa chica que ha entrado antes? —preguntó, curiosa.

—Elizabeth... ella cuida de los niños.

Ceinwen se había fijado en cómo se sobresaltaba el capitán ante la presencia de Elizabeth, y en cómo se había alarmado cuando ella había irrumpido en la habitación. Aunque el azul del vestido que llevaba le favorecía, se la veía extremadamente delgada y la ropa le quedaba holgada por todas partes. Además, estaba repleta de agujeros y tenía los bordes desgastados. Aunque fuera lo más normal dadas las circunstancias en que se encontraban, Ceinwen aún no se había acostumbrado a ver a una mujer vestida de aquel modo, como si se tratara de una salvaje. Para ella, mantener una buena apariencia siempre había sido un aspecto fundamental. Se interesaba por el color, el tacto de las telas, los estampados y la confección de las mismas. Uno de sus pasatiempos favoritos era pasear, sin rumbo alguno, por las calles de tiendas y talleres y se veía a sí misma luciendo esplendorosos vestidos. Si algo le enseñó su madre era que, para conseguir a cualquier hombre, era esencial mantener el misterio. El maquillaje, los vestidos, las bromas con doble sentido conferían a las mujeres un halo enigmático que convenía mantener. Y el misterio empezaba por lo que decidías mostrar, y lo que decidías mantener oculto. En cuanto te convertías en una salvaje, la intriga desaparecía.

—Elizabeth les cuenta historias a los niños —dijo él—. Sinceramente, es una pesadez —confesó, y su boca se curvó en una sonrisa que traslucía un cierto desdén.

La estaba haciendo cómplice de su juego. Contenta de sentir que había hecho un amigo, le contestó con una risita traviesa.

—Eso es que no sabe contarlas. Las historias deben contarse como es debido —dijo Ceinwen—. ¿Y si te cuento yo una? Una nueva, que no hayas oído nunca.

Conocía cientos de relatos. En su casa disponían de una biblioteca donde solía pasarse horas y horas leyendo un libro tras otro. Ella le acarició la mejilla. La contemplaba con los ojos muy abiertos y, en su expresión, Ceinwen adivinó una mezcla de sorpresa y regocijo. Él le acarició la mano y le dedicó una sonrisa juguetona. Al principio, ella se sobresaltó con su atrevimiento, pero había algo en el muchacho que la atraía, y dejó que siguiera. Estaba cayendo bajo su influjo.

—Empezaré por el principio —susurró ella—. Érase una vez...



Nighthill, 1846

«Ceinwen Blackburn. Lady, lady Blackburn».

No podía creer lo que estaba oyendo. La naufraga, la extraña que Aleck había

tomado en sus brazos, esa joven desnutrida que habían rescatado, era la misma mujer que me había cobijado y mantenido durante mi vida.

Bartholomew me miraba con curiosidad. Quizás esperara que le cuestionara o que añadiera alguna observación, pero la revelación me había dejado anonadada y no le rebatí nada de lo que me había contado.

Uno junto al otro, sentados en el banco, sopesamos aquella parte de la narración que había sacado a relucir un nuevo aspecto de mi patrona. Algo me decía que lady Blackburn jugaría un papel controvertido, aunque aún era muy pronto para descubrirlo. No obstante, había algo que no encajaba. ¿Cómo podía saber qué ocurrió entre Ceinwen y Eddie en el camarote? Si no lo había entendido mal, el señor Bartholomew había partido unos instantes antes con Elizabeth y habían cerrado la puerta tras de sí. Era imposible que hubiera oído aquella conversación.

Cuando se lo pregunté, Bartholomew sonrió y, con un deje de satisfacción, respondió:

—Un buen capitán siempre tiene oídos en su barco. —Nos quedamos absortos, considerando las verdades y secretos que escondía lo que acababa de decir, cuando él volvió a hablar—: Creo que por hoy es suficiente. —Y se ayudó de su bastón para ponerse en pie.

Medio aturrida, me incorporé. Caminamos sin dirigirnos la palabra, con la vista al frente. Embargada por Ceinwen y Eddie, recordé la ilustración que había guardado en el cajón de mi escritorio. Nuestros pasos sonaban más flojos. Había algo frágil en el silencio que nos envolvía y que se había apoderado de nosotros.

Nos hallábamos cerca de la valla de acceso a la propiedad de los Blackburn, cuando alcé la vista y me encontré con la mirada del señor Bartholomew. Con sus ojos de halcón, me ruboricé al pensar que me estaba leyendo la mente. ¿Por qué me había hecho partícipe de la historia? ¿Por qué tenía interés en que la conociera? Entonces, caí en la cuenta de que llevaba años repitiéndosela a sí mismo, sin nadie que lo escuchara. Era comprensible que necesitara contársela a alguien externo; a alguien que no hubiera vivido cada uno de aquellos momentos. Otra persona que pudiera escucharle sin interrumpirle, sin cuestionarle ni discutirle las partes de la narración, como hacía lady Blackburn.

Aquella tarde, sentados en la colina, sin hacer ningún pacto, nosotros también nos habíamos convertido en cómplices. A medida que consideraba cada una de las piezas que conformaban el relato, cada vez encajaban mejor. Ahora comprendía por qué lady Blackburn había rescatado al vagabundo de las aceras de Nighthill. Comenzaba a atisbar algo de luz de la verdadera historia que esperaba llegar a su fin.



Aceleramos el paso y continuamos avanzando, cuando distinguimos la silueta del doctor Raynott, el médico de lady Blackburn, saliendo de la casa. Llevaba un sombrero negro e iba enfundado en un abrigo del mismo color.

El señor Bartholomew me interrogó con la mirada y desvió la atención hacia el hombre que se aproximaba hacia nosotros. El doctor Raynott caminaba con la espalda

tan recta que temía que fuera a doblarse hacia atrás. Hacía años que lo conocía y, sin embargo, no tenía ni idea del hombre que se escondía bajo aquel semblante altivo y reservado. Desconocía qué había venido a hacer aquella mañana; la señora Hall no me había informado de su visita, y lady Blackburn tampoco lo había mencionado.

En la ciudad solo había dos médicos y el doctor Raynott era el más solicitado. Había adquirido parte de su experiencia en Londres, en compañía de algunos de los doctores más célebres de Inglaterra, y sus prácticas venían avaladas de antaño. Además de ser el médico de los Blackburn, era un amigo de la familia. De hecho, sus visitas acostumbraban a ser más sociales que profesionales. Cada cierto tiempo, visitaba a lady Blackburn en calidad de amigo, tomaban el té en el salón y charlaban durante horas.

De barbilla afilada y pómulos hundidos, tenía una nariz recta y una constitución desgarrada. Desde que lo había visto por primera vez, de niña, me había parecido un hombre siniestro. Cuando pasaba junto a mí, me escrutaba con la mirada, como si estudiara cada parte de mi ser; me hacía sentir como un animal de feria, como un ser peculiar que merecía ser examinado.

Al encontrarnos en mitad del jardín, el doctor Raynott se sacó el sombrero a modo de saludo. Sin prestar atención a nuestro invitado, clavó los ojos en mí y volvió a observarme con esa fastidiosa manía suya. Bajé la cabeza, molesta, e intenté concentrarme en otro punto del terreno. Me estaban sudando las manos. El señor Bartholomew me miraba de reojo.

—Un buen día para pasear, sí señor —dijo nuestro huésped, y añadió—: Un placer conocerle...

—Doctor Raynott. John Raynott —aclaró el otro.

—Ah, encantado, doctor. Yo soy Aleck, Aleck Bartholomew. —Le tendió la mano y se la estrechó.

—Lo mismo digo —respondió el doctor y, tras echarme otra de sus miradas, apartó la vista y se ajustó bien el sombrero—. Lo lamento, pero tengo que dejarles. A diferencia de ustedes, no puedo disfrutar del paseo tanto como me gustaría. Debo ir a ver a un paciente y se está haciendo tarde.

—¡Claro, por supuesto, no le hagamos esperar! —exclamó el señor Bartholomew, dejándole pasar.

Aunque su ironía se había hecho palpable con cada una de sus palabras, Raynott prefirió hacer caso omiso; se despidió y se marchó caminando a grandes zancadas por la colina.

—Sigamos. El viento empieza a soplar fuerte —dijo el señor Bartholomew, y me ofreció el brazo.



Durante el día, me entretuve ayudando en tareas variopintas. Aunque me esforzaba en centrarme en mi trabajo, sabía que el viento me estaba advirtiendo. ¿Pero de qué? Últimamente, su melodía se había tornado más contundente y clara. Mientras escuchaba cómo embestía contra la arboleda, me encontré pensando en Tyrone. ¿Qué

estaría haciendo? Me había quedado sin ningún tipo de consuelo y la pérdida se acentuaba con la nostalgia.

Cuando pensaba en él y me entristecía, temía cruzarme con lady Blackburn. Ella detectaba mis cambios de actitud a leguas de distancia. No era preciso que dijera nada. A veces, cuando me escudriñaba de arriba abajo, tenía la sensación de que estaba al corriente de mis pensamientos y de que podía leer la más nimia preocupación que pasara por mi mente.

Por suerte, después de la visita del médico, la señora Hall vino a verme y me pidió que no molestara a nuestra patrona bajo ninguna circunstancia, salvo que ella me reclamara. No se encontraba bien y el doctor le había recomendado que descansara. Mis plegarias se habían visto recompensadas.

El día anterior, el ama de llaves había adquirido una nueva vajilla recién llegada de Londres y me había encargado que la ayudara a hacer el inventario de cada una de las piezas que la conformaban. Había bajado a la ciudad a buscarla y, antes de usarla, quería que todo constara por escrito para cerciorarnos de que no se perdía o rompía nada. Tras ponernos de acuerdo en cómo nos íbamos a organizar, empezamos a distribuir los objetos; los separamos según sus características, su valor y su antigüedad. Con detalle, lo apuntábamos en un libro —donde se recogían los inventarios—, dejando constancia de las cantidades, del estado y la fecha.

Durante aquellas horas que compartimos, la señora Hall no volvió a mencionar mi idilio con lord Price. Se limitó a conversar de las labores que deberíamos llevar a cabo en los próximos días. Hablaba de forma entrecortada, como si estuviera sobresaltada. Creo que, al igual que yo, también sabía que lo peor estaba por llegar. Y que ninguno de nosotros estaba preparado para afrontarlo. Afuera, el viento seguía azotando los árboles y su silbido era cada vez más agudo, cada vez más estridente.

Bien entrada la tarde, lady Blackburn mandó un mensaje anunciando que no cenaría. Le pregunté a la señora Hall acerca de su salud. Sin embargo, el ama de llaves le quitó importancia al asunto.

—Lady Blackburn está bien. El doctor le ha recomendado que haga reposo. Pero no es nada grave, no, nada grave... —dijo el ama de llaves, y me indicó que siguiéramos—. Tenemos que acabar esto antes de la cena. No hagas más preguntas y no te distraigas.

A falta de ayudantes de cámara desde el fallecimiento de lord Blackburn, uno de los lacayos se encargaba de asistir al señor Bartholomew. Como la señora había decidido permanecer en sus aposentos y no podría acompañar a nuestro huésped durante la cena, la señora Hall había ordenado que le subieran una bandeja a su dormitorio. Sentí un pinchazo de decepción. Renunciar a su compañía significaba que tendría que esperar a conocer el resto de la historia. Tras nuestro paseo por la colina, no había vuelto a verle en todo el día y había estado esperando a que anocheciera para que lady Blackburn y el señor Bartholomew se reunieran y reanudaran su historia. Sin embargo, mis ilusiones se habían visto truncadas; debería contentarme con leer una novela en mi dormitorio.

Por la noche, cerré la puerta con doble vuelta. Llevaba días sin dormir durante horas seguidas. Los pensamientos se arremolinaban en mi mente, buscando explicaciones que atribuyeran algún sentido a lo que sucedía a nuestro alrededor, y

me despertaba constantemente.

El reloj tocó las diez. Me metí dentro de la cama y cerré los ojos. Bajo la manta, me encogí; las rodillas casi me tocaban el pecho y rodeé la almohada con los brazos. Tenía los pies helados y los junté, uno encima del otro, para entrar en calor.

Estaba a punto de quedarme dormida cuando un aullido cortó el silencio de la noche. El viento penetraba en las paredes de la casa. La lluvia había empezado a caer con virulencia. Un relámpago iluminó el cielo. Me aferré a las sábanas, y escondí la cabeza debajo del cojín. La tempestad afuera, el viento que gritaba... Continué apretando la almohada contra mis oídos hasta que los aullidos dejaron paso a un eco que, poco a poco, se fue desvaneciendo y dejé de oír el viento.

Incapaz de moverme, fijé la vista en mi escritorio. Había cerrado mal el cajón y se había quedado entreabierto. Al verlo, me acordé del trozo de papel que me esperaba en su interior. Alargué la mano, pero cuando mis dedos alcanzaron el mueble, me aparté enseguida. Tenía miedo. Miedo de descubrir lo que encerraba y de que aquello fuera real. Miedo de pensar que, quizás, la historia me había arrastrado consigo.



A la mañana siguiente, lady Blackburn no dio ninguna indicación. Los sirvientes asumimos que había vuelto la normalidad y que debíamos reemprender las rutinas. Como cada día, subí con la bandeja del desayuno; cuando hubiera terminado de tomar sus galletas y su taza de té, la ayudaría a vestirse.

Cuando entré en su dormitorio, ya se había levantado. Estaba sentada en el bordillo de la cama, y balanceaba los pies. Le pregunté cómo se encontraba, a lo que ella me respondió con una mirada de soslayo, como si hubiera hecho una pregunta que estuviera fuera de lugar. La conocía lo suficiente para saber cuándo callar y cuándo animar la conversación, y aquel era uno de esos momentos en los que era preferible enmudecer y proseguir con mis obligaciones.

Sentada frente a su tocador, la peiné y la ayudé a vestirse. Actuaba como siempre, dando órdenes, aunque se la veía afligida. Si a mí, una doncella externa, me estaba afectando la historia, ¿cómo le estaría influyendo a ella?, me pregunté. Desde que el señor Bartholomew había irrumpido en nuestras vidas, se la veía más cansada.

Una vez arreglada, se reunió con él en el salón. Sabía que no tardarían en reanudar su historia. Estudié la situación, para asegurarme de que podía ascender al vestíbulo y ocultarme tras las cortinas sin despertar sospechas.

No debía temer por la señora Hall; había pasado una mala noche y se había retirado a sus aposentos para descansar al menos hasta la hora del almuerzo. Por otro lado, mister Ackerman estaba enfrascado en enseñar a un nuevo lacayo las estancias de la casa. Probablemente, estarían ocupados en el ala este, donde se encontraban la mayoría de las habitaciones, en el primer y el segundo piso. La cocinera y Annie estarían atareadas en el sótano, preparando el almuerzo, y acabando de decidir los últimos detalles de la cena.

Aquello me daba tiempo para escuchar la siguiente parte de la narración. Enfilé

los peldaños en dirección al vestíbulo. Debería estar atenta por si, en algún momento, alguien me reclamaba o la señora Hall decidía bajar antes de lo previsto.

La puerta del salón se había quedado entreabierta y aunque no podía distinguir sus rostros desde mi escondite, sí que podía notar cómo el clima había cambiado. Sentados, uno frente al otro, e iluminados por la luz que se colaba por el ventanal, sus siluetas se remarcaban en dos perfiles negros desde la distancia.

Como ya tenían la costumbre de intercalar partes de la historia que el otro desconocía, esta vez fue lady Blackburn quien habló.

En la isla, 1821

Eddie no podía dejar de pensar en ella. En los últimos días, se había dedicado día y noche al cuidado de Ceinwen. Le había proporcionado frutas para que se alimentara; había cazado y pescado para ella, e incluso se había pasado las noches en vela, en el camarote, vigilándola. La joven había mejorado y, una vez se hubo restablecido, la habían trasladado al círculo de las cuevas, para que conviviera con Elizabeth y los niños.

El navío no era un lugar seguro para una muchacha. Después de lo que había pasado con Elizabeth en la cubierta de la embarcación, no podían arriesgarse. Aunque Aleck había conseguido frenar a sus hombres, el capitán también sabía que el miedo no era eterno y que los instintos sexuales acabarían desatándose. Llevaban meses aislados y echaban en falta los placeres a los que estaban habituados; las jarras de ron, las mujeres desnudas bajo sus cuerpos sudorosos y las borracheras en la taberna rodeados de prostitutas redondas y gruesas.

No podía jugársela. Dar refugio a una muchacha sería una provocación. Y además, Ceinwen era casi una niña. Su virginidad se hacía patente con cada uno de sus movimientos, convirtiéndola en una presa aún más apetecible.

Unos días más tarde, cuando recuperó un poco el color y las fuerzas, la acompañaron a su nueva morada. Aquella era la primera vez que veía verdaderamente el islote y tomaba consciencia del entorno. Arrobadada, contemplaba cómo los árboles juntaban sus ramas en lo alto formando cúpulas esmeralda. Lo observaba con atención, sin perderse ni un detalle. La vegetación parecía salida de un cuento de terror; a veces creía hallarse en un bosque, mientras que otras se iba tornando en una selva frondosa y aterradora, donde no había lugar para la luz.

Eddie no le quitaba los ojos de encima. Temía que, en algún momento, se encontrara demasiado débil para continuar; hacía unos días que la habían encontrado en la laguna y aunque se la veía mejor físicamente, las secuelas de un naufragio no desaparecían tan rápido. Mientras sorteaban los arbustos, él le señalaba cada árbol y le indicaba dónde se escondían los animales. Había algunas madrigueras que tenían detectadas, cuando iban a cazar. Si conseguían capturar algún conejo o algún pájaro, lo despellejaban y sacaban la carne comestible. Se esmeraba en detallarle los pasos que eran necesarios para desgarrar a un animal. Ceinwen creyó que lo hacía para impresionarla, pero, a medida que este avanzaba con su explicación, percibió un goce en su voz y en su mirada que revelaba que realmente disfrutaba con ello. Otras veces, le contó, iban a la orilla a pescar. Había un recodo de la playa donde se concentraban más peces y aprovechaban para capturar algunos con las lanzas que se habían fabricado.

Ella lo escuchaba cautivada, seducida por los misterios y rarezas que auguraba la nueva vida en la isla. A sus espaldas, Aleck y Elizabeth los seguían con paso firme. Ambos habían advertido el cambio de comportamiento que se estaba produciendo en el muchacho. Con Ceinwen, su actitud era más atenta y servicial.

La complicidad entre Eddie y Ceinwen se afianzaba con rapidez. Elizabeth

dudaba de aquella extraña. Había algo que la hacía desconfiar. No podía decir de qué se trataba, pero cuando posaba sus ojos amarillos en ella, un escalofrío le recorría el cuerpo. «¿Crees que miente?», le preguntó Aleck, cuando Elizabeth le confesó sus sospechas. Ella se quedó pensativa ante la pregunta y se tomó unos momentos para reflexionar antes de darle una respuesta. «Solo sé que no me gusta. No, no me gusta nada», le contestó. El capitán pensó que estaba sufriendo un ataque de celos, pero no se atrevía a sugerírselo. Temía cómo podía reaccionar Elizabeth si se lo decía.

Lo más lógico hubiera sido que Ceinwen se hubiera mudado a la cueva con Elizabeth y que las dos jóvenes durmieran juntas. Fue Eddie quien lo propuso; ambas se harían compañía. Pero cuando lo enunció, las dos se volvieron con una expresión de horror. No querían tener nada que ver la una con la otra. A Elizabeth le gustaba gozar de su soledad y dormir tranquila, sin nadie que la vigilara. Si la otra muchacha se trasladaba a su cueva, estaría en una tensión permanente. A su vez, ante la propuesta de Eddie, Ceinwen se había quedado callada, sin decir nada, y había negado con la cabeza, como si fuera la peor idea que se le podría haber ocurrido.

Aleck y Eddie se observaron, confundidos. No entendían por qué querían estar separadas ni cuál podía ser el motivo para que se hubiera generado tanta animadversión entre las dos. Sin embargo, tratando de suavizar la situación y de reconducirla con la mayor naturalidad posible, acordaron que Elizabeth continuaría viviendo en su cueva, sola, y que Ceinwen se trasladaría con Eddie y los niños.



La primera noche, mientras Tommy, Daniel y Oliver jugaban en torno a la hoguera, Eddie se quedó con Ceinwen en la cueva. Aunque se había mostrado bastante animada durante el día, al atardecer, le sobrevino el cansancio y prefirió resguardarse dentro, tumbada con una manta y con él a su lado. Hacía horas que no veían a Elizabeth.

En esa soledad compartida, Ceinwen se aproximó a él y le contó la horrible realidad del naufragio que había acabado con la vida de su familia. Al verbalizarlo, Eddie sintió que la chica desataba una ola de sinceridad; que, de algún modo, hacía una expiación de sus recuerdos. Se sentía culpable de la muerte de sus padres; tenía pesadillas y soñaba con la última vez que había visto a su madre, antes de que se hundiera en el océano. Empezó a sollozar y se refugió en los brazos de Eddie.

Él sonrió para sus adentros. Cada vez, tenía más poder sobre ella. Había jugado bien la partida; mostrándole su lado más encantador, ella había caído en la trampa. No obstante, Eddie también sabía que su amistad era aún muy reciente, y cualquier error podría arruinar sus planes. Si quería conseguir que confiara en él, durante algún tiempo, él también tendría que hacer ver que se entregaba a ella, hasta que su relación se afanzara por completo. A Eddie le gustaba la chica; ambos compartían un origen y un pasado similares. Y además, era verdaderamente hermosa. Aunque aún conservaba algunos rasgos infantiles, tenía una mirada exótica que lo atraía.

Envuelto en el halo de su voz, Eddie decidió contárselo todo: el naufragio, el cometido de su padre que, inútilmente, lo aguardaría en Australia; cómo habían

sobrevivido y se habían alimentado desde que habían llegado a la isla; el misterio de Elizabeth; las noches junto a la hoguera, los niños... Para enternecerla, sorbió con la nariz en varias ocasiones, simulando que luchaba consigo mismo para no llorar. Se mostraría fuerte, pero si quería que ella se identificara con él, le enseñaría igualmente su lado más humano.



Ceinwen escuchó cada palabra con atención. En algunos momentos, Eddie se emocionaba y hacía falta que ella lo alentara para que no se detuviera y continuara hablando. Estaban tan cerca el uno del otro, que casi podía saborear sus suspiros. Al respirar, los pechos le subían y le bajaban a un ritmo acompasado. Eddie intentaba desviar la vista, pero le resultaba imposible. Aunque solo tenía catorce años, no era ninguna niña. Ella le había mostrado ciertos indicios de malicia que la hacían aún más interesante.

Junto a él, los días pasaban más deprisa. El chico la ayudaba a evadirse de la realidad en la que vivían, burlándose de sus circunstancias. Reírse era el mejor antídoto para que la vida en la isla fuera más fácil. Los dos se mofaban de Elizabeth; criticaban su indumentaria, su actitud desesperada, así como las pesadillas que la perseguían. También se reían de los niños, y de cualquier cosa que les viniera a la cabeza. Eddie estaba complacido con la situación, y le entusiasmaba pensar que estaba despertando el lado más oscuro de la joven.

Nighthill, 1846

A pesar de las advertencias de la señora Hall y de la repentina marcha de Tyrone tras yacer juntos, al cabo de unos días, encontré una carta en uno de los huecos del muro. Reconocí su caligrafía al instante; alargada, redondeada en las vocales que lo precisaban, fina y perfecta. Seguramente la habría escondido al anochecer.

Él sabía que cada mañana me dirigía al muro para revisar si había alguno de sus mensajes. Se lo confié una vez, en nuestro escondite, y él se rio, como si fuera la cosa más ridícula que pudiera haberle dicho.

Desde la conversación con el ama de llaves, mis anhelos se habían convertido casi en desesperos. Después de acudir varios días al muro y marcharme sin nada, cuando hallé la carta, tuve que leerla tres veces seguidas para confirmar que era real. Empecé a saltar de la emoción, sujetando la carta en el aire, como si así ratificara mi victoria. La señora Hall estaba equivocada; Tyrone quería volver a verme.

Nuestros encuentros duraron algunos días más. Vivía una aventura que no quería que terminase y me negaba a aceptar lo que estaba a punto de suceder. Me había entregado a una agitación absoluta, donde mis sentidos llegaban a su punto más álgido y no creía que pudiera ser más feliz de lo que era en aquel momento. Lo que entonces no sabía era que las esperanzas, en las que se cimentaban mis sueños, tenían los días contados.

Por mucho que lo intentara, no conseguía quitarme las palabras de la señora Hall de la cabeza. Tenía que demostrarle que se equivocaba, y que Tyrone estaba dispuesto a hacer lo que fuera por mí.

Así, una tarde, después de acostarnos, decidí dar un paso más. Sin detenerme a pensar en las consecuencias, presa del miedo a perderle, le dije que le quería. No repararía en el efecto de mi declaración hasta unas horas después, cuando me encontrara sola en mi estancia de las buhardillas. Se suponía que no debía decirlo. Se suponía que era el hombre quien daba ese paso. Tyrone no dijo nada. Al oírlo, me miró, pero ni tan siquiera sonrió.

La calidez que me había acompañado en mis ensoñaciones de invierno había desaparecido.

En la isla, 1821

Las últimas noches, Elizabeth se había retirado antes a descansar. En su ausencia, Ceinwen había empezado a contarles cuentos a los niños. Eran relatos muy diferentes a los de Elizabeth. Muchos de ellos no los conocían; versaban sobre tierras lejanas, con personajes desconocidos y tesoros escondidos.

Cuando contaba historias, Ceinwen las narraba con pasión y marcaba la puntuación exacta en las escenas más apasionantes. Conseguía transportarlos, como si pudieran tocar los paisajes y los personajes, a lo más profundo de los relatos. Escuchándola, era demasiado fácil perderse y confundir la realidad con la ficción.

Eddie había creído que Ceinwen era como él, y que disfrutaba con sus juegos. Pero su actitud bondadosa con los niños le hizo pensar que no estaba en lo cierto. Ceinwen les hablaba con una ternura que resultaba alarmante. Su lado más benigno estaba asomando. Los primeros días, para no sentirse sola, se unió a Eddie y se divirtió mofándose del resto y accediendo a sus burlas. No obstante, el joven se estaba dando cuenta de que, detrás de aquellas apariencias, ella encerraba una moral mucho más cándida de lo que había supuesto.

Aunque ninguno de ellos estaba dispuesto a aceptarlo, con la llegada de Ceinwen, resurgieron otras preocupaciones. Temores que estaban latentes habían despertado, y solo era cuestión de tiempo que se cernieran sobre ellos. La vida se había vuelto desconcertante e impredecible.



A medianoche, solo, en el bosque, a Eddie le asaltó una duda; ¿era Ceinwen ya una mujer? ¿Había sangrado? Por razones que se le escapaban, su carácter contradictorio, a veces dulce y otras travieso, le suscitaba tal intriga que, en ocasiones, se veía obligado a apartarse para no hacerle daño. Cuanto más tiempo compartía con ella, más se acrecentaba en él la necesidad de poseerla; le pertenecía. Nadie más, excepto él, podía tocarla.

Eddie anhelaba hacerla suya y, al mismo tiempo, cuando despertaba en ella ese lado inocente, se sentía tentado a hacerle daño, a golpearla. Vivía en una paradoja continua. En ciertos aspectos, le recordaba a Elizabeth. Ambas mujeres compartían esa dualidad que a cada una las hacía atractivas a su manera.

En los últimos días, viéndose fuera de control, había decidido alejarse un poco de Ceinwen. Hasta que no comprendiera qué le estaba sucediendo, y entendiera los pensamientos que le nublaban la mente, se separaría. Para que ella no le persiguiera, Eddie se levantaba más temprano, se adentraba en el bosque y pasaba las horas cazando o vagando de un lugar al otro. Si ella conseguía encontrarle, él le contestaba con un gruñido para quitársela de encima. Pero aquel distanciamiento no había salido como esperaba. Ceinwen había atribuido su separación a su mal humor y, cansada de aguantar los bufidos de Eddie, se había acercado más al capitán. Recientemente,

había visto cómo su mirada amarilla se encendía cuando el otro irrumpía en la estancia. Eddie estaba convencido de que quería darle celos a propósito. Sí, tenía que ser eso. La joven era un cuadro complejo, inconcluso, que precisaba de unas manos expertas para que le dieran el toque final. Aún conservaba un comportamiento infantil, que casi rayaba en lo superficial, y los antojos le iban y venían según el día.



Se hallaba en el centro del bosque, cuando la oyó. Ya había aprendido a reconocer sus pisadas. Dejó escapar un gruñido de fastidio y, rápidamente, se subió los pantalones antes de que llegara y lo viera en aquel estado.

Cuando se asomó, Ceinwen llevaba el cabello alborotado y tenía el rostro encendido por la carrera. Se la veía sobresaltada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió él, molesto por la interrupción.

—Eddie, tenemos que decírselo al capitán. No podemos mantenerlo más en secreto —dijo ella. Se paró en seco y tragó saliva—. Lo he visto. No podemos callarnos más. ¡Lo he visto! Los niños... No podemos dejar que siga. ¡Es un peligro!

Desde hacía días, ambos sospechaban que algo no iba bien con Elizabeth. Habían presenciado episodios y cambios de conducta inquietantes. Sin embargo, habían decidido mantenerlo en secreto, hasta que estuvieran seguros.

—Eddie, tienes que ir a verlo. No podemos esperar más.

Ceinwen le suplicó que tomara las riendas del asunto, mientras ella se hacía cargo de los niños. La joven se marchó y lo dejó para que pensara cuál sería la mejor forma de afrontarlo.

Tras meditarlo durante un rato, no obstante, a Eddie le empezó a entrar sueño, y concluyó que sería más efectivo tomar la decisión al día siguiente. No podía precipitarse. Temía que Ceinwen estuviera exagerando, y quería estar convencido antes de decir nada. Reanudó la marcha en dirección al círculo de las cuevas.

Al llegar al claro del bosque, Eddie se detuvo para calentarse las manos en la hoguera. El fuego aún chispeaba. Desde allí, podía divisar el mástil del navío a la lejanía, ondeando en el viento. Soplaban una brisa suave y la isla se mecía en un ambiente de paz y tranquilidad.

En línea recta, a unos seis metros, divisó la figura de Elizabeth moviéndose por su cueva. Había encendido una pequeña hoguera en el interior. Las sombras se juntaban en el centro de las paredes y se alejaban al rozar el suelo. El rostro de ella apareció frente a él, iluminado por la luz. Eddie se agachó y se ocultó tras un arbusto. Elizabeth comenzó a bailar, movía los pies de un lado a otro. Una sombra se desplazó hacia la izquierda y, de pronto, oyó dos timbres de voz. Uno era femenino y suave y el segundo, ahogado entre las carcajadas, intentaba ser masculino. Era una variación del primero, pero recalca ciertas sílabas. A veces, cuando subía el tono, conseguía diferenciar alguna palabra. Entre las risas, creyó identificar el nombre de «Cornelius». Avanzó unos pasos, pero no se atrevió a aproximarse más por miedo a ser visto.

Ceinwen estaba en lo cierto. Al principio, creyó que era un juego inocente y

había decidido no atribuirle la menor importancia. Pero cuanto más tiempo pasaba, peor era la situación. Las risas dieron paso a gemidos, y los gemidos a unos gritos entrecortados. Las carcajadas de Elizabeth se extendían por el círculo y, cuanto más contemplaba las sombras, más grandes y siniestras le parecían.

Una risa burlona se desgranó en sus labios. Aquella era la manifestación más horripilante de maldad que había presenciado. Resultaba demasiado interesante como para dejarla perder. Eddie sabía que, ahora que Ceinwen lo había visto, tenía que contárselo al capitán. Si la contentaba, Ceinwen se olvidaría de su capricho con el otro y entraría en razón. Sí; Eddie haría lo que ella le pedía, pero de cerca, por cuestión de mera supervivencia, analizaría el comportamiento de Elizabeth y cómo la naturaleza acentuaba las pulsaciones más recónditas de la condición humana.

En la isla, 1821

Mientras lo esperaba, Aleck se dejó caer sobre un viejo tronco. Sentado y con las manos sobre el regazo, clavó la mirada en el sendero recubierto de matorrales que se extendía ante él. A su alrededor, la yedra crecía y trepaba por los árboles. Le llegó el olor a sal, procedente de la orilla, y evocó las veladas en que, oculto en las rocas de los acantilados de Porthgathleh, vigilaba la llegada de los barcos mercantes.

No había ni una estrella que iluminara el cielo. En los últimos días, había observado que Eddie estaba librando una lucha consigo mismo: el momento crucial en que uno decide abandonar la adolescencia y adentrarse en la edad adulta. Rememoró cuando él también se había encontrado en una encrucijada similar: la noche en que aprendió a disparar. En aquella época, Aleck luchaba por dejar atrás el regusto de la infancia. Sentía que solo su padre, la figura a la que siempre había admirado, podía ayudarle a convertirse en lo que anhelaba ser. Alguien que pudiera hacerse un nombre, a quien temieran y respetaran.

Había caído la noche y su padre le había ordenado que lo esperara en lo alto de los acantilados, justo donde empezaba un atajo que conducía a un pequeño bosque en Porthgathleh. Aleck llegó media hora antes de lo previsto; se dedicó a inspeccionar el terreno y a vigilar si se aproximaba algún navío que pudieran asaltar. Se había acostumbrado tanto a estar alerta, que prácticamente no sabía hacer nada más.

Cuando vio a su padre, se levantó y fue corriendo en su busca. Aquella noche celebraban su cumpleaños. Aleck había aguardado ansioso todo el día. En un gesto afectuoso, su padre le pasó la mano por el pelo y le indicó que lo siguiera. Se adentraron por el camino que conducía al bosque; anduvieron hasta que llegaron a un rincón despejado, donde los árboles se disponían en una forma oblonga. Su padre le depositó un arma en las manos. Era lo máspreciado que había sujetado y, sin embargo, también lo más terrorífico.

En lo alto de uno de los árboles, había un pájaro de alas rojizas. Se movía de un lado a otro de la rama, ajeno a lo que estaba sucediendo a sus pies. Aleck no había tenido opción. Oyó la orden de su padre; su voz ronca y apremiante. Sin percatarse, movió el dedo, se escuchó un clic y olió la pólvora. «Buen chico». Cuando se quiso dar cuenta, el pájaro había caído en picado. Se le había reventado una parte de la cabeza y sus ojos negros lo miraban fijamente. ¿Por qué no los cerraba? «¡Ciérralos, maldita sea!», se repitió Aleck. En los instantes más inesperados, la visión del jilguero caído volvía a su mente, y la mancha de sangre, que se había formado alrededor de su cabeza con el disparo, cada vez era más grande. El recuerdo le había asaltado unos días atrás, cuando se había visto obligado a matar al hombre de su tripulación, y su cuerpo se había desplomado contra el suelo. Aunque Doug había limpiado la cubierta y arrojado su cuerpo al mar, aún quedaban restos de sangre en los tablones.



Unos pasos rápidos se acercaron por la maleza. Aleck no tardó en reconocer el cuerpo de Eddie avanzando entre la espesa vegetación.

—¿Y bien? —le apremió Aleck.

Era evidente que sabía algo; sus ojos brillaban con la intensidad de quien guarda un secreto y no puede esperar para revelarlo. Pero ante la impaciencia del capitán, aprovechó para deleitarse. Si algo había sacado en claro era que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir a Elizabeth. Eddie había estudiado a todos concienzudamente, y ahora que conocía sus debilidades, estaba preparado para aprovecharse de ellas. Con una sonrisa perversa, respondió:

—Lo he visto.

Desde que lo vio en la laguna, Aleck lo sospechaba. El tiempo transcurría velozmente en la isla y, en medio de los silencios, los secretos emergían con rapidez. Solo faltaba verbalizarlo. Hacerlo real.

La confianza que había invadido a Eddie momentos atrás comenzó a evaporarse. Lo tenía en la punta de la lengua, pero se había quedado sin saliva y la boca se le había llenado de un sabor desagradable que, con los nervios, se iba apoderando de todo su cuerpo. Por unos instantes, a Eddie le sobrevino la culpabilidad, una terrible sensación que le trepaba por la garganta. Hasta entonces, había estado tan ensimismado en el interés analítico de los trastornos de conducta de Elizabeth, que no había caído en la cuenta de las consecuencias de aquella revelación. Aleck veneraba a Elizabeth y la había protegido desde que la conocía; la auxiliaba, velaba por ella... Por otro lado, también era cierto que el capitán había sido capaz de matar a uno de sus hombres a sangre fría, sin ningún tipo de vacilación. Eddie comenzó a temer que aquella confesión lo hiciera montar en cólera. ¿Y si la asesinaban? ¿Sería capaz de pegarle un balazo en la cabeza? La voz de Ceinwen le vino a la mente, nítida y oportuna: «Cada uno escribe su propia historia. Y todas las historias empiezan con tres palabras». Eddie sonrió para sus adentros. Fueran cuales fueran las derivaciones, sería interesante ver cómo se desarrollaban. Cualquiera de los desenlaces sería un objeto de causa-efecto a estudiar durante el tiempo que les quedara en la isla.

Despacio y con la mirada clavada en el horizonte, le contó lo que había visto. Desde que la habían rescatado, Ceinwen había ocupado el lugar de la otra joven. Los niños se acurrucaban junto a ella para oír sus historias. Mientras, Elizabeth se retiraba a su cueva para jugar y hablar con Cornelius. Afuera, junto al fuego, se podía oír su risa escandalosa, sus diálogos de una única voz, como si ella y su amigo vivieran en una porción de tierra aparte, muy lejana, donde no había lugar para nadie más.

La animadversión que Elizabeth sentía por Ceinwen había menguado, pero tampoco se acercaba demasiado a ella.

Eddie miró a su alrededor, asegurándose de que nadie los espiaba.

—Una vez ha entrado, ya no sale hasta el amanecer —dijo en susurros.

—¿Y qué hace?

—Habla, con dos voces. Habla durante horas. Ríe con dos risas.

Aleck se rascó la barbilla, pensativo. Se detuvo unos segundos, en silencio.

—Solo tenemos una opción —dijo.

El capitán avanzó un paso y acarició el filo de la navaja que colgaba de su cartuchera. Iba a matarla. Eddie dio un paso atrás, pero el capitán lo agarró de la camisa y dijo:

—Cornelius debe desaparecer.



Nighthill, 1846

Bartholomew había retomado la narración. Pronunciaba cada palabra con precisión y arrastraba las sílabas en las que le interesaba remarcar la fuerza del relato. Era un discurso premeditado. En ningún instante se trabó, ni reculó.

A veces, sentía que Eddie se encontraba, oculto, entre nosotros. Creía oír su voz, como si estuviera controlándonos a todos desde la oscuridad.

Recreé a Elizabeth: dentro de la cueva jugando con Cornelius, cepillándose el pelo, arreglándose el vestido o caminando por la playa. Le había cogido cariño. Sola y perdida en una isla con niños y hombres...

Detrás de la cortina, cerré los puños e inspiré. Podía ir escaleras abajo y olvidarme del asunto. Pero cuando la voz del señor Bartholomew resonó en el vacío del vestíbulo, el viento golpeó las ventanas y supe que debía quedarme.



En la isla, 1821

Elizabeth había empezado a desvestirse, cuando oyó que alguien se acercaba. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cuando escuchó la voz a sus espaldas, no había podido anudarse el vestido y estaba medio desnuda.

—Hoy tendré dulces sueños, desde luego que sí —dijo el capitán, mientras la repasaba de arriba abajo.

Ella bajó la mirada y se apresuró a abrocharse el vestido.

—Veo que sigues sin anunciar tus visitas.

—Una costumbre que siempre me ha aportado buenos resultados. —Aleck hizo una mueca divertida.

Él se volvió y se apoyó en el arco que constituía la entrada a la cueva. Las paredes olían a humedad. Unos metros más allá, junto a la hoguera, los niños escuchaban a Ceinwen. Cuando les contaba cuentos, se le encendía el rostro y movía los labios sin parar. Se la veía alegre y despreocupada. Ya no había rastro de la desnutrición y el cansancio; en su lugar, emergía una joven vivaz. Sigilosamente, había ocupado el lugar que antaño le pertenecía a Elizabeth. A diferencia de su antecesora, sus relatos eran nuevos, y la voz que los narraba conseguía sumergirlos muy adentro, transportarlos a otros mundos.

Los tres niños la miraban con la boca abierta. Eddie estaba de espaldas, y no

podía apreciar qué expresión había en su rostro. Al contemplarlos, Aleck sintió cierta nostalgia. La infancia se volvía más real y, cuanto más escuchaba su voz, más triste resultaba la pérdida. Ceinwen aún conservaba la gentileza de la niñez; ese timbre agudo en la pronunciación que suavizaba las palabras. Sin embargo, en su camarote, había pensado que no era tan niña como había creído. Había algo en ella y en su forma de mirarle que lo confundía.

—¿Por qué no estás con los demás? Antes eras tú quien contaba las historias — dijo él, y se giró hacia Elizabeth.

—¿Dirías que me necesitan? —Hizo una pausa y desvió la mirada hacia el grupo de niños—. Incluso Cornelius la prefiere a ella —añadió.

Tratando de no asustarla, Aleck se arrodilló junto a ella. Elizabeth tenía la cabeza gacha pero en cuanto Aleck tomó asiento a su lado, levantó la mirada hacia él. Ensimismados el uno en el otro, la voz de Ceinwen se había debilitado. Solo quedaban ellos dos, en una isla remota en algún lugar del mundo. Aleck le acarició la cara y, con delicadeza, le secó las lágrimas que le asomaban por los ojos.

—Ese Cornelius debe ser un completo estúpido.

Elizabeth dejó escapar una risa tímida. Aleck reparó en que se serenaba y que le daba permiso para aproximarse. Tan solo los separaban unos centímetros. Ella recorrió su rostro con la mirada: advirtió dos cicatrices en el hoyuelo del capitán y observó, sorprendida, que sus orejas carecían de lóbulo. La piel se le adhería a la cabeza.

—¿Qué haces aquí, Aleck?

El capitán alargó la mano y rozó el dobladillo de su faldón, deteniéndose en cada detalle; unas siluetas en forma de luna se sucedían unas a otras, creando un desfile que se extendía a lo largo del vestido. Algunas eran delgadas y otras resaltaban por sus redondeces.

Elizabeth dejó que siguiera. Arqueó la espalda y apoyó la mejilla en su hombro.

Suavemente, notó cómo la apartaba y le tendía la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo —dijo él, con un tono afectuoso, e hizo que se incorporara.

Aturdida, se puso en pie y le siguió. Salieron de la cueva y, dejando atrás a los chicos, se abrieron paso por el bosque. Sus cuerpos se rozaban. Elizabeth se le antojaba como un misterio no resuelto. Durante aquel tramo, Aleck se mantuvo avizor, por si se propiciaba alguna escena como la acontecida en la laguna. Pero ella avanzaba tranquila, a su lado. Los helechos se movían con la brisa y las ramas danzaban y se entrelazaban unas con otras.

Ella se paró junto a un arbusto y le pidió que se detuviera. Se agachó y tras apartar tres ramitas que sobresalían de un matorral, descubrió una flor roja que había sobrevivido a las lluvias. Con cuidado, rodeó la flor con ambas manos y la arrancó. Se peinó el cabello con los dedos y se la colocó encima de la oreja. En contraste con su melena oscura, la flor le daba un aire mágico. El rojo resplandecía en la noche. Mecido por la brisa que recorría la isla y que hacía bailar las hojas de los árboles, Aleck deseó guardar ese recuerdo para siempre. Empezó a tararear una canción y, absorta en la música, movió los pies, como si estuviera bailando. Sus pies se hundían en la arena y danzaban por el estrecho camino que conducía al navío. No supo

descifrar si le recordaba más a un ángel caído, o al diablo nacido del mismísimo infierno. Perdido en el aroma que desprendía su piel, se dejó arrastrar sin pensar. Deslizó la mano y le acarició la muñeca. El contacto le produjo un cosquilleo de placer. Ella no se apartó, sino que volvió el rostro hacia él y sonrió.

—No eres tan malo como parece.

En la oscuridad, la joven era de una belleza asombrosa. Bajo la escasa luz de las estrellas sentía unas ganas irremediables de acariciarla y de llevarla consigo a lo más hondo del bosque. Pero cuando reparó en el peligro que acarreaban sus pensamientos, el capitán retrocedió y se hizo a un lado, guardando las distancias. Sin decir ni una palabra, le soltó la mano en un gesto brusco y reanudó la marcha.

Su expresión había cambiado y no entendía por qué se había mostrado tan arisco con ella. Durante unos segundos, se quedó quieta. Elizabeth se quitó la flor que, tan solo unos instantes atrás, se había colocado en el nacimiento del cabello. La tomó entre sus manos y tras acariciar sus pétalos una vez más, la desmenuzó y la tiró al suelo. Con el pie, echó un poco de arena encima.

A lo lejos, oyó que el capitán le silbaba. Ya había llegado al navío. Elizabeth prosiguió la marcha.

La embarcación flotaba sobre el vaivén de las olas.

—¿Lo oyes? —dijo él. Elizabeth se detuvo y escuchó—. El silencio. El silencio al caer la noche —observó Aleck.

La expresión de ella pasó del desconcierto a la curiosidad. Se quedó callada y alzó la mirada hacia el barco. El rostro se le contrajo en un rictus. Lo que había sucedido era muy reciente; los recuerdos de aquella noche y del hombre con barba, arrojándose sobre ella, la hicieron retroceder. Desde la playa, podía oler el ron. Temía que, en cuanto pisara la cubierta, se repitiera la escena. Se había quedado lívida y era incapaz de reaccionar.

—Están todos durmiendo. No dejaré que te pase nada —dijo Aleck. Ella guardó silencio y no manifestó ninguna emoción—. Confía en mí. Doug hará guardia abajo mientras estemos aquí. Nadie saldrá de sus camarotes.

A juzgar por sus actos y por cómo la había salvado, no tenía razones para dudar de él. Con tal de protegerla, había matado a uno de sus hombres y había condenado a cualquiera que se metiera con ella. El capitán aguardaba su contestación. No había nadie a su alrededor y no le llegaba ningún ruido. Después de reflexionarlo durante unos minutos, le dedicó una sonrisa forzada y, aunque poco convencida, asintió.

Con él delante, enfilaron la rampa. La cubierta estaba desierta. Sintióse un poco más segura, descendieron por la escalera que conducía al piso inferior. Doblaron a la izquierda y se adentraron en un pasillo angosto y húmedo. Elizabeth no dejaba de mirar a un lado y a otro del navío, pero no se encontraron con nadie más. Aleck se paró ante una puerta de madera. Se descubrió el pecho y se quitó un colgante que llevaba en el cuello. En el centro pendían tres llaves de hierro de distintos tamaños. Introdujo la más grande en el cerrojo de la puerta y empujó hacia dentro; ante ellos, se reveló una estancia muy diferente al resto de los camarotes.

Elizabeth se sorprendió cuando advirtió que estaban en una pequeña biblioteca; esparcidas por el suelo, había pilas y pilas de libros. Algunos habían quedado empapados por el naufragio y eran casi ilegibles, pero otros habían sobrevivido y, a

pesar de algunas manchas, se conservaban en buen estado. Se arrodilló y se fijó en los títulos que aún podían leerse. Aunque la mayoría eran tratados marítimos y discursos que versaban sobre política, también encontró volúmenes de poesía y algunas novelas. Reconoció *Las aventuras de Gulliver*, de Jonathan Swift, que había leído cuando era niña. Era la preferida de su madre y la única posesión que le había dejado en herencia tras su muerte. Aquella historia la había acompañado en las noches más lúgubres durante la época que había vivido en el orfanato. Hacía años que la había perdido y hallarla suponía un descubrimiento mágico. Cuando la tomó entre sus manos y acarició las letras doradas de la cubierta, le trajo a la memoria la infancia, en la cabaña destartalada al borde del río. El recuerdo cada vez era más nítido: podía oler el moho de las paredes, oír la voz de la niña que hablaba y jugaba con su marioneta, mientras se abrazaba al cuerpo inerte de su madre... «No dejaremos que entren. ¿Me oyes? No, no se lo permitiremos. Tú y yo protegeremos a mamá. Tú siempre estarás conmigo, ¿eh? No dejes que me hagan daño. Por favor, no dejes que nos hagan daño».

Al tocar la cubierta, como si el simple roce le abrasara la piel, se le cayó el libro al suelo. Los dedos de las manos se le habían agarrotado. En su mirada, Aleck advirtió una mezcla de tristeza y perplejidad. Se había quedado en trance. Casi sin aliento, Aleck cogió la mano de la joven. Lentamente, fue volviendo en sí y tomando consciencia de la realidad.

Se miraron el uno al otro y compartieron una risa que restituyó la normalidad al ambiente. Aleck aprovechó aquel instante para enseñarle un baúl que reposaba en una de las esquinas del camarote. Elizabeth acarició la superficie del arcón. A simple vista, cualquiera hubiera dicho que escondería ron, joyas robadas o monedas de oro. El capitán se agachó para abrirlo. Deslizó la mano por el interior y sacó un libro que había conseguido salir indemne a los estragos del naufragio. El apellido Milton resaltaba sobre el fondo azul de la cubierta.

—Puedes quedártelo —dijo él.

Tomó el ejemplar que le ofrecía. Una de las páginas tenía una esquina doblada. Abrió el libro por la página marcada y leyó en voz alta los versos de «Sobre el tiempo».

*Vuela, tiempo envidioso, hasta que agotes tu carrera,
Apela al perezoso y plumizo paso de las horas,
Cuya velocidad no es más que la caída en picado de su ritmo;*



Recostada en la pared del navío, con los labios entreabiertos, Elizabeth era una bendición, pero poseía un oscuro encanto que anticipaba la llegada del mal y que lo obligaba a separarse. Lo sentía siempre que se le aproximaba. Y cuando por fin conseguía acercársele, se le hacía un nudo en el estómago; como si alguien le estuviera avisando. Desde que la vio por primera vez entre las paredes de la cueva, aquella sensación se había asentado en él. Soñaba con la joven a todas horas: que la poseía, que la tenía entre sus brazos, que se despertaba junto a ella en aquel suelo húmedo de la cueva... Esos pensamientos eran recurrentes y la combinación de

miedo y deseo se volvía más peligrosa.

Ahora estaban solos. Los niños se encontraban a millas de distancia y el resto de la tripulación dormía. Hacía meses que no yacía con ninguna mujer. Se había contentado saciándose él solo, pero la situación empezaba a derivar hacia unos límites que superaban la cordura de cualquier hombre. Aleck dejó el libro a un lado y le rodeó la cintura con una mano. Estaba tan delgada que podía notar sus huesos bajo la tela; temía que se le pudiera escurrir entre los dedos. Siguiéndole la corriente, ella juntó sus caderas con las del capitán y apoyó la cabeza en su hombro. El vestido se le había deslizado dejando el brazo al descubierto. Aleck la estrechó entre sus brazos y la besó. Podía tenerla así para siempre.

Una pátina de sudor le cubría el rostro. El capitán la agarró del cabello y, atrayéndola hacia él, comenzó a desnudarse. Mientras se desvestía, mantuvo la mirada fija en ella. Elizabeth dio un paso atrás. El color de sus mejillas se había apagado y en su rostro el capitán percibió el miedo.

—Tengo que volver —dijo ella, de repente, apartándose.

Volvió a notar ese malestar que crecía dentro de él. Dio un paso al frente y, con brusquedad, se abalanzó sobre Elizabeth. Esperó unos segundos su reacción, pero ella se había quedado inmóvil. Tenía los ojos muy abiertos, y su mirada grisácea resultaba indescifrable. Él deslizó las manos hacia su mentón, deleitándose en cada pliegue de su piel, mientras ella se entregaba, arqueándose, al calor que le recorría el cuerpo. Aleck tomó su rostro entre las manos y empezó a besarle las mejillas. Con lentitud, para no asustarla, sus dedos fueron bajando hacia su cintura. Elizabeth se debilitaba y su cuerpo traicionaba a su mente. Sus brazos se movían, ladeaba la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados...

Sin embargo, cuando Aleck le empezó a bajar el vestido por los hombros, Elizabeth oyó una voz que la alarmó. Se había adentrado en ella y le hablaba, aunque no conseguía discernir las palabras. Decía cosas sin sentido. Balbuceaba, como si no se tratara de un humano.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, por favor! —gimió ella y, en un ataque de histeria, le clavó las uñas en los hombros y le rasgó la piel.

La sujetó por los brazos para calmarla, pero Elizabeth había perdido la cabeza. Los ojos se le habían nublado en una expresión vacía. Abría y cerraba la boca de forma intermitente; intentaba decirle algo, pero solo conseguía emitir chillidos. Aleck trató de hacerla recapacitar, pero ella no cesaba de gritar y de pelear con ímpetu.

Un destello le llamó la atención y, sin ser consciente de sus movimientos, alargó la mano hacia la luz.

—¡Cornelius, no! —dijo ella, en un grito desgarrador.

El filo de una navaja resplandeció bajo la luz de la luna y el cuerpo del capitán se desplomó sobre el suelo.

Nighthill, 1846

El señor Bartholomew hundió el rostro en las rodillas. Sentada a su lado, lady Blackburn le acariciaba su única mano con ternura. Podía oler la sal y el olor de la sangre pegadas a mi piel. Creí verlo de joven. Su cabello grisáceo se convertía en una mata de pelo negra y rebelde, y en su mirada el azul se volvía más intenso y transparente.

—¿Quieres que lo dejemos por hoy? —dijo lady Blackburn, mientras se aferraba a su mano.

—No, necesito seguir. Debo continuar.



En la isla, 1821

Doug marcó una raya sobre la madera. Hacía días que no veía al capitán. Sin dar ninguna explicación, este se había encerrado en el camarote y el contramaestre se había visto obligado a asumir el mando. Se había encargado de organizar a la tripulación, distribuir los víveres que les quedaban y continuar la reconstrucción del navío. Ya habían avanzado bastante; pero aún les quedaban por arreglar algunas partes antes de zarpar. Un descuido podía acarrear el hundimiento de la embarcación y la muerte de sus navegantes.

Durante la ausencia de su líder, los hombres se despertaban con los gritos de Doug y seguían sus rutinas, las mismas que les había marcado el capitán desde que naufragaron en la isla. Talaban árboles, cortaban madera, unían los tablones y rellenaban los agujeros de la embarcación.

Las primeras jornadas habían acatado las órdenes sin dilación. Con los troncos de los árboles cargados a la espalda, recorrían la isla y, estimulados por la ilusión de regresar al hogar, trabajaban con ahínco. Pero, a medida que pasaban los días, los cambios del viento anunciaban la llegada de una revuelta. En los años que había pasado en alta mar, Doug había vivido un sinfín de motines. Conocía cada detalle previo y señal a la perfección: el cansancio, el hambre y el silencio. Empezaba a notar el nerviosismo, un mal sabor en el paladar que le indicaba que debía darse prisa, antes de que la rebelión fuera inminente.

Aprovechó que los hombres estaban distraídos para descender bajo cubierta y hacerle una visita a Aleck. Con cautela, apoyó la cabeza contra la puerta de su camarote. Escuchó. Le llegaron ruidos más propios de un animal que de un ser humano. Se estremeció al oírlos y el frío de la mañana que se colaba por entre las rendijas del barco hizo que se le erizara la piel. Desde que se aisló, había ido a verle a diario. No obstante, el capitán se negaba a recibirle y le prohibió que echara la puerta abajo. Se conocían desde hacía años y sabía que esa sería la primera idea que se le pasaría por la cabeza a su segundo. Día tras día, el contramaestre bajaba y llamaba, sin obtener ninguna respuesta. Encerrado durante tantos días, temía que hubiera

enloquecido.

Ninguno de los hombres sabía qué pasó aquella noche. Oyeron un grito y fueron en busca del capitán; pero cuando llegaron al camarote, este ya se había encerrado y nadie, ni tan siquiera Doug, pudo convencerle para que saliera o para que le dejara entrar.

Ante el silencio de su líder, los hombres se rindieron a especulaciones. Algunos decían que la isla y la chica de la cueva lo habían vuelto loco. Hablaban sin parar, cuchicheaban e intercambiaban posibles vías para arrebatarse el poder. Se negaban a entregar sus vidas a un loco que no se atrevía a encararles y que había decidido esconderse.

No podía esperar más, pensó Doug. Entraría. Echaría la puerta abajo si era necesario, aunque implicara arriesgar su vida. Si aguardaba y se producía un motín, los resultados podían ser mucho peores. Flexionó las rodillas y se agachó para introducir un trozo de hierro en el cerrojo. Sin embargo, cuando apoyó la cara contra la madera y la tocó, la punta de un cuchillo atravesó la puerta.

Doug permaneció inmóvil. La hoja le había rasgado la mejilla. La punta del cuchillo estaba recubierta de sangre.

—¡Largo de aquí! —se oyó la voz del capitán, que procedía de dentro del camarote.

—Déjeme entrar... —contestó Doug, casi suplicándole.

La sangre le caía por el cuello.

—¡He dicho que te largues! ¡Fuera!

El contramaestre se llevó la mano al corte y presionó, para detener la hemorragia.

—Puede seguir gritando todo lo que quiera. Pero yo no pienso moverme. — Doug reprimió un gruñido. La herida le escocía más de lo que podía admitir—. Me quedaré aquí hasta que salga.

Asintió para sus adentros, se apartó con cuidado y se sentó en el suelo. Continuó presionando la herida con los dedos. Había estado a punto de matarle. Unos centímetros más arriba y el cuchillo le habría reventado el ojo. Doug aguardó en la misma posición, hasta que dejó de sangrar. Unas horas más tarde, se quedó dormido.



Con los primeros rayos del amanecer, oyó que unos pasos se acercaban a la puerta. Doug se hizo a un lado. La puerta del camarote se abrió y el capitán se precipitó al pasillo con violencia.

—Levántate de una vez —le ordenó Aleck, al salir de la estancia. Doug se frotó la mejilla. Le dolía más que antes—. ¡He dicho que te levantes!

El contramaestre se irguió y miró al capitán, pero este lo rehuyó y arrancó el cuchillo que seguía clavado en la puerta. Esperó a que le diera alguna explicación en relación a su aislamiento. No obstante, en cuanto Aleck se giró y guardó la navaja en su cartuchera, lo vio. Una de las mangas del blusón caía, holgada, en el vacío. Por debajo, donde antes había existido un brazo, solo asomaba un muñón, recubierto de

sangre reseca. Intentó contenerse y que su rostro no revelara el sufrimiento y el asco que estaba sintiendo por dentro. La piel se plegaba en varias capas, constituyendo una masa deforme y maloliente.

—Sígueme —añadió Aleck, sin mirarlo.

Quería hablar con su amigo, pero lo conocía demasiado bien para saber que no podía demostrarle compasión. Aleck no lo toleraría. Si descubría una pizca de misericordia en su expresión, era capaz de matarle.

Subieron a cubierta. Arriba, aprovechando la ausencia del contramaestre, los hombres maquinaban un motín. Estaban tan excitados que no repararon en su llegada. Se habían congregado en un extremo. Brindaban con el poco ron que les quedaba, mientras gritaban y se interrumpían los unos a los otros. Discutían las diferentes vías que podían llevar a cabo para hacerse con el poder y gobernar la embarcación.

Las pisadas de Aleck resonaron con estruendo en la cubierta. Sin necesidad de volverse, las reconocieron al instante. Esa forma de avanzar, firme y decidida. Las voces se fueron apagando y los hombres se volvieron, con movimientos lentos y cautelosos, hacia él. Ninguno se atrevía a mirarle a los ojos. El recuerdo de su compañero asesinado estaba muy vívido en sus mentes, y de repente se vieron a sí mismos desplomándose encima de los tablones. Se habían extralimitado; sin ningún líder en quien apoyarse, habían olvidado demasiado pronto, y esa desfachatez podía conducirles a la muerte. Agacharon la cabeza, con una actitud sumisa, que hizo que el capitán se asqueara. Pasó junto a ellos y les lanzó un escupitajo.

—Pandilla de cobardes, majaderos... —bramó, y soltó una carcajada—. ¡Poneos en pie! ¡Inútiles! ¡Desagradecidos! —exclamó, con ira.

No se atrevían a dar un paso. Se habían quedado petrificados. Cualquier movimiento en falso podría ser su fin. El capitán dio otra vuelta a su alrededor y volvió a repetir la orden, esta vez riendo, con un tono de burla que denotaba su desprecio. Aleck se disponía a mandar por tercera vez que le obedecieran, cuando un marino hizo ademán de incorporarse. Ebrio, levantó los brazos y se puso en pie; él se tambaleaba. Los otros trataron de detenerle, pero este hizo caso omiso y avanzó en dirección al capitán. Apestaba a ron. El resto lo contemplaban sobrecogidos, pero ninguno se atrevió a pararle.

El capitán se colocó frente a él. Y fue entonces cuando reparó en el grave error que acababa de cometer. El marino no fue capaz de disimular el terror ante el brazo cortado. Sus ojos parecieron salirse de sus órbitas y se le crispó el rostro. Aterrado, se llevó una mano a la boca, pero no tuvo tiempo de gritar. Aleck le disparó al estómago. El hombre cayó de bruces al suelo. Sangraba a borbotones. Se convulsionó varias veces hasta que recibió un segundo disparo y su cuerpo dejó de temblar.

—Que esto sirva de advertencia para cualquiera que se cuestione mi autoridad —les dijo al resto. Echó una mirada al cuerpo sin vida que yacía en el suelo y añadió —: Arrojadlo al mar.

La tripulación aguardó en silencio. Sin mirar a su capitán, alzaron el cadáver. El cuerpo voló en el aire y cayó al agua y, poco a poco, fue hundiéndose en las profundidades.

En las semanas que habían pasado en la isla, ya había cometido dos asesinatos. Aquellos hombres habían navegado con él durante años. Pero no podía pensar en eso.

Ellos mismos se habían condenado a una muerte segura. Habían tenido la audacia de desafiarle. Bartholomew se asomó y vio cómo el cuerpo se hundía, hasta que, a excepción de las burbujas que se formaban en la superficie, no quedó ningún rastro de él.

Se volvió hacia sus hombres; esperaban, expectantes, a que su capitán hablara.

—Acercaos. Tengo un plan —dijo Aleck, con la mirada fija en la manga holgada.

Indecisos, se congregaron en círculo en torno a él.



Cuando las voces se amortiguaron, Eddie se deslizó por la rampa. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción. Descendió despacio, anhelando que la madera no chirriara bajo sus pies. Escondido tras una viga de madera, había oído los detalles del plan y se los había repetido a sí mismo para asegurarse de que no se le escapaba ningún punto. Si quería salir airoso, debía apresurarse y avisar a Ceinwen. Las cosas habían salido mejor de lo que había creído. Ahora, ¿qué miedo podía inspirarle un hombre con una sola mano?

En el círculo de las cuevas, sentada junto al fuego, Ceinwen contemplaba las chispas de las llamas, mientras esperaba el regreso de Eddie. Todo había cambiado. Su vida había dado un giro radical y cuanto más se adaptaba a esa nueva realidad, más confundía los recuerdos del pasado. Decepcionada, advirtió que estaba languideciendo; su cara, antes llena y rojiza, se había vuelto pálida y demacrada.

Eddie asomó por el sendero y se adentró en el círculo. Tenía la expresión contraída y el rostro colorado por la carrera.

—Tienes... que... escucharme... —dijo. Entre palabra y palabra, se detenía para coger aire.

Estaba demasiado exhausta para prestarle atención, pero la vehemencia de su tono la alarmó.

—Está bien. Cuenta —dijo ella.

A medida que Eddie avanzaba en su relato, Ceinwen pudo apreciar cómo su sonrisa se tornaba en un rictus ladino. Hablaba tan rápido, que le costaba entenderle; la muchacha entrecerró los ojos e intentó concentrarse. Se fijó en los movimientos intermitentes de sus labios. Aunque Eddie no había presenciado el instante en que le habían arrancado la mano al capitán, se recreó en su imaginación. Con lo que había oído en la cubierta y el muñón que había visto, Eddie alzó el brazo y cortó el aire, intentando recrear la escena. Empezó a tambalearse y a imitar los gemidos del capitán, pensando en cómo este se habría contorsionado en el suelo. A risotadas, se revolcaba en la arena y representaba al hombre manco. Con una manga holgada, sin piel, sin hueso, sin mano. En la tierra, dibujó el muñón, con una figura deformada, y le contó cómo la sangre se le adhería a la piel. Ceinwen ahogó un grito y se tapó el rostro.

—No te vas a poner a llorar ahora, ¿eh? —dijo Eddie y añadió, con una sonrisa —: Anda, anda, y yo que creía que te alegrarías... Ahora ya no puede hacernos daño,

¿no lo ves? —Cuando la miró, sus ojos se agrandaron. Disfrutaba con su agonía.



Ceinwen no contestó. Tenía la mirada perdida en la solidez de su brazo derecho. ¿Cómo podía alguien vivir sin esa parte del cuerpo? ¿Cómo podía comer, incluso dormir, faltándole un trozo de sí mismo? Pensó en los usos de su mano: sin ella, no podría recogerse la falda y girar, ni tampoco darse color en los labios, ni pasar las páginas de un libro, ni comer con normalidad...

En la ciudad, cuando vivía con sus padres, mucho antes de llegar a la isla, había visto a hombres y mujeres que sufrían de la misma pérdida. Pero eran vagabundos que, aquejados por la enfermedad, se veían obligados a arrastrarse por las aceras y a mendigar por unas monedas o un simple trozo de pan. Sí, los había visto, pero formaban parte de otro mundo. Los de su clase, como decía su madre, no se relacionaban con ellos; no hablaban, ni tan siquiera se saludaban. El único contacto que los unía era una mirada en mitad de la calle, mezclada con una triste compasión que, al doblar la esquina, se difuminaba en un recuerdo desagradable.

Rememoró una tarde en que, al volver a casa del parque con su institutriz, se toparon con una vieja de pelo gris, que llevaba la cabeza cubierta con una manta. Aquella era la primera vez que se enfrentaba a la fealdad. Al pasar junto a ella, la anciana les extendió un brazo y le rozó el faldón del vestido. La vieja le sonreía; solo tenía cuatro dientes y el resto de la boca era una masa rosácea y blandengue, repleta de llagas blancas. Sus ojos eran diminutos y en las comisuras se le dibujaban unas arrugas que le atribuían una expresión afable e inofensiva. Hasta muchos años más tarde, no entendería que aquella mirada era su forma de pedirle ayuda. Cuando la mendiga les habló, la institutriz la apartó de un puntapié. La golpeó en la cabeza y la mendiga cayó a un lado. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. Ceinwen nunca había oído unos llantos tan desconsolados. Se debatía entre cogerle la mano o marcharse, pero la institutriz la agarró del brazo y le ordenó que la siguiera. «Son monstruos, no debes quedarte cerca de ellos. Son monstruos». Monstruos. La anciana se había rodeado la cabeza con las manos y se retorció en el suelo. Creyó oír que susurraba algo y se horrorizó al pensar que les estaba echando una maldición.

Eddie aguardó, pero Ceinwen estaba inmóvil. Algo se había detenido dentro de ella.

—Está bien, vamos a contárselo al resto. Debemos avisarles —dijo él, hastiado, y se levantó de un salto.



Los niños se habían reunido en torno a la hoguera, y estaban asando unos pescados recién capturados. Cuando los vieron llegar, dejaron las lanzas a un lado y se agruparon junto a ellos, ansiosos de oír las noticias. Eddie se calentó las manos en el fuego y paseó la mirada por los otros tres. Envuelta en su propio abrazo, Ceinwen se balanceaba sobre sí misma. No había abierto la boca desde que el chico había

regresado de la embarcación.

Al pronunciar las primeras palabras, el rostro del muchacho se ensombreció. Les dijo que la tripulación tenía previsto asaltar el poblado al amanecer, mientras los niños dormían. Se había escondido en la cubierta del navío, cerca de la rampa por si necesitaba huir, mientras el capitán trazaba el plan junto a sus hombres. En la madrugada, entrarían en la cueva de Elizabeth y la raptarían. Si salía bien y conseguían llevar a cabo esta primera parte, lo que estaba por llegar era aún peor. Después de haberse aprovechado de ella, la harían caminar por la tabla y la matarían. Les contó cómo el capitán había asesinado a otro hombre. Sin ningún remordimiento, le había disparado y había ordenado que arrojaran su cadáver al fondo del mar. Le haría lo mismo a Elizabeth, pero antes, estaba convencido de que la violaría. Sus ojos resplandecían con deleite.

Tommy y Daniel empezaron a murmurar y a interrumpirse. ¿Iban a perderla? ¿Qué iban a hacer sin ella? ¿Cómo iban a sobrevivir? Discutían y se contradecían. Mientras los otros dos gritaban, el pequeño Oliver escuchaba atentamente.

Adoptando una postura dominante, con los brazos sobre el pecho, Eddie los observaba extasiado. Aguardó unos segundos, regodeándose ante la imagen que tenía frente a él. Había conseguido que se rebelaran. Era impresionante la influencia que podían tener unas simples palabras; resultaba increíble lo fácil que había sido alertarles, crear una situación de alarma. ¿Cómo podía ser el comportamiento humano tan maleable? Eddie desvió la mirada hacia la jovencita que, hecha un ovillo, temblaba en la noche.

De pronto, se percató de que se producía un cambio en ella. Ceinwen alzó las cejas y torció los labios. Tenía una propuesta para ellos. Después de sopesar los pros y los contras de la acción, se levantó y se dirigió a los chicos. A juzgar por su mirada, Eddie supo que se disponía a hacerles una proposición.

—Escuchadme. Esto es lo que haremos.

Ceinwen prosiguió con su complot.

En la isla, 1821

—¿Elizabeth?

Ceinwen no vaciló y, sin esperar ninguna respuesta, entró en la cueva. Elizabeth yacía en el lecho. Recién salida de una pesadilla, con el cabello cayéndole por la espalda y el vestido sujeto a la cintura, se le marcaban las costillas. Cuando se movía y las piernas le asomaban por debajo del vestido, parecía que los huesos de las rodillas fueran a salirse de la piel. Se desenredaba el cabello con los dedos, mientras tarareaba una canción lúgubre.

Encima del lecho compuesto de ramas había depositado un libro abierto. Tenía las cubiertas gastadas. Ceinwen trató de curiosear de qué libro se trataba, pero estaba abierto por la mitad y no veía nada en la oscuridad. Elizabeth no la había oído entrar. Canturreaba, una y otra vez, la misma melodía.

—Tengo que hablar contigo —dijo Ceinwen. Viendo que la joven continuaba ajena a lo que sucedía a su alrededor, elevó la voz—: ¡He dicho que quiero hablar contigo!

Elizabeth se sobresaltó y se volvió hacia ella. El sudor le caía por la frente. Entornó los ojos, como si la viera por primera vez; dejó de peinarse y la invitó a que tomase asiento. Ceinwen se recostó a su lado; bajó la vista y entrelazó los dedos de las manos. Los separaba y los juntaba, y se acariciaba la palma en círculos. Iba a romper a llorar. De un salto, se abalanzó sobre Elizabeth y apoyó la cabeza en su hombro. Extrañada por sus repentinas muestras de afecto, Elizabeth la rodeó con su brazo. Aunque, al principio, sus ojos amarillos la habían hecho desconfiar, verla en aquel estado la enterneció. Como ella, se sentía sola.

—¿Qué ha pasado? —le susurró—. Puedes contarme lo que sea —dijo Elizabeth, con su lado más maternal.

Ceinwen se encorvó hacia delante, se abrazó el pecho y hundió la cabeza entre las rodillas, gimoteando. Elizabeth le acarició el cabello e intentó que se tranquilizara. Para calmarla, como hacía su madre cuando era pequeña, tarareó la misma canción de antes, pero esta vez lo hizo más plácidamente. La melodía no había perdido su tristeza, pero el tono era tierno y afable.

Por un momento, Ceinwen se sintió culpable. Elizabeth estaba siendo cariñosa con ella. Le estaba ofreciendo una protección. La animadversión que las había alejado en sus inicios se había derrumbado, y los muros que las separaban se habían caído. La isla, además de acentuar la violencia, también alentaba la unión de los supervivientes. Por un lado, el bosque, la laguna y las corrientes marinas que la rodeaban hacían despertar a los demonios de cada uno de los que habitaban bajo su influjo. Esa quietud amenazante que los envolvía los había llevado a enfrentarse entre ellos. Todos se habían vuelto más ariscos con el miedo. No obstante, por otro lado, ese temor a la muerte y ese terror a perderse en la nada eran los causantes de que las dos muchachas se hubieran unido. La demostración de la existencia de una debilidad había sido el detonante para acercarlas. Solo había hecho falta enseñar que, como cualquier ser vivo, Ceinwen también tenía miedo.

Abrazada a ella, dudó de si estaba haciendo lo correcto. Sin embargo, si abortaba el plan, no conseguiría lo que quería. Aunque le dolía y sabía que quizás más adelante tendría remordimientos, continuó con su representación hasta que la garganta le empezó a escocer por los gemidos. Elizabeth la miraba con afecto.

—No tengas miedo —la apremió—. Cuéntamelo.

Inspiró y exhaló una bocanada de aire, como si la angustia no le dejara respirar. Se incorporó, de rodillas en el lecho.

—Tú... corres peligro. —Se detuvo unos instantes para coger aire—. Eddie lo ha oído. El capitán y sus hombres han... —Hizo una pausa. Hablaría entrecortadamente, para que la creyera—... trazado... un —sorbió de nuevo la nariz y apretó los párpados. Echó la cabeza hacia atrás y con los ojos muy abiertos, exclamó—: ¡Han trazado un plan! ¡Quieren matarte! ¡Esta noche! ¡Es...!

Las imágenes de la noche en la cubierta del navío tomaron forma en la mente de Elizabeth. La navaja brillando bajo la luz de la luna, las caricias sobre la hoja, la carne contra la carne, el cuerpo desnudo...

—¡Cornelius! —gritó Elizabeth—. ¡Tenemos que avisarle! ¡Cornelius le cortó la mano! ¡Lo matará!

Al pronunciar su nombre, se desesperó.

—Cornelius está a salvo. No debes preocuparte por él.

Elizabeth se irguió, atenta.

—Te está esperando. Escúchame bien. ¿De acuerdo? —añadió Ceinwen. La joven asintió—. Esto es lo que tienes que hacer —continuó.

En la isla, 1821

Si había seguido sus indicaciones, Elizabeth ya estaría a punto de llegar al lugar de encuentro. Ceinwen le había dicho que Cornelius la aguardaba donde se habían visto por primera vez. Con Eddie habían acordado que era el sitio idóneo de la isla; estaba resguardado y, para llegar a él, uno debía dirigirse al extremo más septentrional y pasar por un entramado de senderos que dificultaban su alcance.

En cuanto descubriera que la habían engañado —si es que se percataba de la trampa—, tardaría demasiado en volver para rectificarlo. Después de observarla durante aquel tiempo, Cornelius se había convertido en la excusa perfecta para aislarla y conseguir cualquier cosa que se propusieran. Había expuesto sus deseos abiertamente. Todos conocían su secreto: la simple mención de su nombre hacía que su existencia se tambaleara.

El plan estaba saliendo según lo previsto. Por suerte, Ceinwen había obviado cualquier descripción detallada de Cornelius que pudiera haberle acarreado problemas. Cuanto más tiempo transcurría en la isla, más aprendía a jugar con los otros. Incluso había conseguido engañar a Eddie, la mente más compleja. Aunque había hecho lo posible para que no se lo notara, su actitud apática la había hastiado, y ya no se sentía tan a gusto con él como en los primeros días. Cada vez, el capitán ocupaba más espacio en sus pensamientos.

Había aprendido que el miedo y la vulnerabilidad iban cogidos de la mano y que, con solo darles un empujoncito, podían remover los cimientos de cualquier fortaleza, incluso de las imposibles de derribar. Con la dosis exacta, una era capaz de moldear las acciones de los otros y conducirlos a su propio terreno.

Cornelius era otro tema. Siempre que se refería a él, intentaba dar los menos datos posibles. Hablar de él era arriesgado.

Aun así, la conversación con Elizabeth había dado sus frutos. Todo iba a ir como lo habían orquestado. Cuando los hombres llegaran a la cueva, se encontrarían con una mujer dormida. Si el plan que había oído Eddie se mantenía, para no levantar sospechas, el capitán aguardaría en el navío por si a alguien se le ocurría acercarse. Se entristeció al pensar en Aleck; hacía días que no le veía. Estaría sufriendo en su camarote. Sintió un remordimiento, como si, de algún modo, la pérdida de su mano también fuera su responsabilidad.

Cuando los marineros llegaran a la cueva, entre la oscuridad y la embriaguez, no se darían cuenta de que ella había sustituido a Elizabeth. Ceinwen se tapanía la melena rubia con un trozo de tela y se pondría el vestido de la otra. Estarían tan extasiados por recorrer el cuerpo de una mujer, que no se percatarían de la diferencia. Ceinwen se cubrió con la manta. Se abrazó a sí misma y esperó, hasta que el viento le trajo el aroma de unas voces teñidas de ron, avanzando por la maleza.



En el claro del bosque, Eddie aguardaba la llegada de Elizabeth. ¿Cómo podía haberse dejado convencer por Ceinwen? ¿Por qué había accedido a aquel plan? Cuantas más vueltas le daba, menos sentido le encontraba. Imaginó a los hombres entrando en la cueva, acariciando su cuerpo, arrancándole el vestido... ¿Y si en vez de seguir las órdenes del capitán se dejaban llevar por la euforia? Cerró los puños, enfurecido. En sus pensamientos, no podía dejar de recrear la escena: ella movía la cabeza de un lado a otro, y gritaba de una forma desgarradora. Eddie intentó concentrarse.

Tenía que mantener la compostura. Si no quería perder la autoridad ante los niños y quería que le obedecieran, no podía dejar traslucir las dudas que le corroían. Era demasiado tarde para abortar el plan. No le quedaba más remedio que seguir adelante, y asegurarse de que fuera un éxito.

—No puedes poner en peligro a esos tres muchachos —le había dicho Ceinwen—. No, esto lo ha desencadenado una mujer y debe ser arreglado por una mujer. Tú eres el líder, Eddie, y debes comportarte como tal. ¿Si no, cómo van a sobrevivir? Además, él nunca permitirá que la toquen. Los matará si se atreven.

En aquel instante le pareció lo más sensato. Ceinwen le dedicó una de esas miradas cariñosas, con esos ojos ámbar que conseguían atraparle. Se lo contó serena, racionalizando cada una de las partes de la operación. Y lo hizo de tal modo que, en ese momento, tenía sentido. No había ningún cabo suelto. Lo persuadió y, antes de que pudiera reflexionarlo, saltó encima de él y le besó en la comisura de los labios, anulándole por completo. Había permanecido unos segundos degustándolo; ese olor que lo rodeaba, esa sensual humedad, mientras ella se desvanecía entre la arboleda del bosque.

Ahora, solo consigo mismo, empezaba a dudar de si había hecho lo correcto. Se vio entrando en la cueva y encontrando el cuerpo desnudo de Ceinwen, blanco y escuálido en el suelo, con las piernas abiertas de par en par... Tenía la cara ladeada, y su mirada estaba vacía. Inerte, sin vida. En su pesadilla, se precipitaba para cogerle de la mano y hacerla volver en sí, pero la chica no respondía. Empezaba a llamarla por su nombre y a zarandearla por los hombros, mientras la isla se cernía sobre ellos.

Consternado, Eddie se mordió el labio y gruñó para sus adentros. Tenía que apartar esos pensamientos de la mente si quería salir airoso de la operación. Pero a medida que el cielo se iba oscureciendo mientras aguardaba a Elizabeth, la culpabilidad se iba apoderando de él, y no podía dejar de preguntarse cómo se le había ocurrido aceptar aquel plan descabellado. Para un grupo de hombres sedientos, Ceinwen era una presa fácil, débil y excesivamente atrayente.

Si salía mal, las consecuencias podían ser terribles: los hombres serían capaces de violarla o incluso de molerla a palos. Los marineros abalanzándose sobre ella, con las miradas enrojecidas y sus cuerpos sudorosos... Ceinwen chillaba, pero nadie podía oírla... Eddie se estaba excitando. Cuánto más pensaba en ella y en los daños que le infligirían, más placer sentía. Algunas noches, en sueños, se veía a sí mismo abofeteando a algunas mujeres sin rostro; no sabía quiénes eran, pero se colaban en su mente y, mientras dormía, se dejaba llevar por sus impulsos. Cada día que transcurría en la isla, los instintos más primitivos se acentuaban y el deseo era más fuerte que sus sentimientos de culpa.

Aunque se lo hubiera propuesto, tampoco podía dar marcha atrás. Si lo hacía, pondría en peligro no solo la vida de los niños, sino también la de ella. Había tomado una decisión y tenía que asumir su papel, aunque este acarrearía difíciles e inesperadas consecuencias. Además, el liderazgo también constituía una parte esencial dentro de su análisis de la conducta humana, se dijo.



A medianoche, los hombres entraron en la cueva. Las sombras de los marinos se confundían con la oscuridad de la guarida. Para no llamar la atención, avanzaron sin encender ninguna antorcha. Doug encabezaba la expedición. Después de haber inspeccionado los alrededores y de asegurarse de que no había nadie rondando el círculo de las cuevas, les indicó que prosiguieran con el plan. Los hombres se aproximaron. Bajo una manta, la chica dormía plácidamente.

Seis manos la sujetaron. Palparon su barriga; unos dedos rugosos le manosearon el ombligo, otros le pellizaron la entrepierna entre risas y, tras haberla toqueteado por todas partes, la levantaron. Ceinwen se removió un poco y emitió un balbuceo, aparentando que se había alarmado. Tenía que ser verosímil. En la cueva no se distinguían las siluetas y, con tan poca luz, resultaba imposible discernir los rostros. Rezó para que no la descubrieran. Gimió una vez más.

—¡Tapadle la boca, aprisa!

La amordazaron con un trozo de tela y, para amortiguar cualquier ruido, la tumbaron boca abajo.

—¡Levántala un poco más, que se escurre! —dijo uno.

—Si el capitán no la quiere, ¡ya le daré yo movimiento! —dijo otro, soltando una carcajada.

—¡Nos la jugamos a suertes! Hala, ¡primero una ronda, y luego otra! El que gane se la mete primero —dijo un tercero.

Por suerte, no la habían destapado y la habían alzado a lo bruto. Envuelta en la manta, como si de un saco se tratara, decenas de dedos le recorrían las piernas. Algunos se aprovechaban y, mientras andaban, le acariciaban las caderas y el trasero. ¿Y si la tendían en medio del bosque y la violaban? Cerró los ojos y anheló que eso no sucediera. Avanzaban torpemente y cantaban viejas canciones de marineros. Estas hablaban sobre mujeres que, ansiosas de oro y amor, les aguardaban en tabernas de mala muerte. Desde pequeña, Ceinwen despreciaba a ese tipo de mujeres que acechaban en las calles y conducían a los hombres a la perdición. Esposos, hermanos y padres inocentes que, de regreso a sus hogares, se veían arrastrados por fuerzas que no podían controlar. Por malas mujeres que no les daban opción. Recordó la tarde en que se lo había oído decir a su padre. Estaba jugando, abajo, en su dormitorio, cuando oyó gritos. Procedían del piso de arriba. Ceinwen abrió la puerta y enfiló las escaleras. De puntillas, escuchó. Su madre lloraba, mientras su padre le respondía con un tono altivo. Creyó reconocer cierta autoridad en su voz. «No fue culpa mía. Esa mujer me arrastró. Ya sabes cómo son. Te engañan. No fue culpa mía, no». Ceinwen siempre las había detestado. Su padre tenía razón, ellas eran las responsables. La

propia Biblia, el libro de los libros, lo dejaba bien claro desde el principio.

No obstante, en el centro del bosque, mientras oía los cánticos de los hombres que visitaban a aquellas muchachas para luego abandonarlas, el odio que la había embargado dio paso a la lástima. Una compasión que la acercó a ellas, un entendimiento de mujer a mujer. A lo largo de las últimas semanas, Ceinwen había empezado a comprender que el juego del amor tenía sus propias reglas, y que una debía ser más astuta que el resto si quería conseguir sus fines.

—¡Callad, imbéciles! ¿O queréis que toda la isla se entere?

Entre las voces, Ceinwen distinguió la de Doug, el contramaestre, y se tranquilizó. Si él comandaba la operación, significaba que el capitán ya se había adelantado a los posibles acontecimientos, y había enviado a su mano derecha para mantener el orden.

Cuando llegaron al navío, descendieron y recorrieron un pasillo hasta que llegaron al camarote del capitán. Los hombres se detuvieron.

—Adelante.

Reconoció la voz de Bartholomew. El grupo pasó junto a él y, obedeciendo órdenes, dejaron a la muchacha sobre el camastro. Tumbada boca abajo, esperó. Los marineros intercambiaron algunas palabras que no consiguió entender y, a continuación, se dirigieron hacia el pasillo. Asomó ligeramente la cabeza para aguzar el oído, y escuchó cómo ascendían los escalones que conducían a cubierta.

Ceinwen se quedó rígida, sin hacer ningún movimiento. Alguien cerró la puerta y las pisadas se diluyeron en la lejanía. Solo restó el eco de las voces y el olor a ron, meciéndose en el aire.

«No te impacientes», aguarda.

Esperó a oír el clic de la cerradura.

«Dos giros, siempre dos giros. Clic-clic».

Los navegantes habían subido arriba, incluido el capitán. Cuando estuvo segura de que se encontraba sola, se destapó y apartó la manta a un lado. Recostada en el lecho, mientras la embarcación se mecía sobre el vaivén de las olas, sonrió. Se sentía feliz.

Nighthill, 1846

Las lluvias habían llegado a su fin. Desde los ventanales del salón, el terreno de los Blackburn parecía mucho más extenso de lo que era en realidad. Había abierto las ventanas para que la estancia se ventilara.

Al otro lado, a tan solo unos metros de donde me encontraba, pasó una ardilla. Era pequeña y redonda, con el pelaje rojizo. Se movía de una forma divertida, corriendo de aquí para allá y deteniéndose cada cierto tiempo para olisquear el suelo. Estaba contemplándola cuando un ruido la asustó. La ardilla alzó la cabeza y, tras arrugar el hocico, se alejó saltando.

En el sendero que nacía en la valla de acceso y que conducía hasta la puerta principal, apareció la figura de un hombre. Se trataba del cartero. Como cada mañana, colgando del hombro, cargaba la bolsa con la correspondencia que repartiría a los ciudadanos de Nighthill. La llevaba bien agarrada al torso, como si temiera que, en cualquier momento, alguien pudiera quitársela. Andaba balanceándose de un lado a otro y sonreía. ¡Cuántas cartas y secretos se esconderían entre aquellos cientos de sobres que se disponía a repartir! Notas de amor, de despedida; mensajes de defunciones o simples cartas comerciales sobre el precio de algunas mercaderías o acuerdos legales. ¿Cómo podía aquel hombre resistirse a leerlas? Cuando veía cómo rebuscaba entre los sobres para entregarnos el nuestro, siempre sentía una excitación. La bolsa estaba repleta de historias que esperaban ser leídas. Quería alargar la mano y robárselas. Enterarme de los secretos que se contaban los unos a los otros.

En realidad, no conocemos a nadie en profundidad hasta que descubrimos un resquicio de sus pensamientos, aunque sea pequeño. La mente encierra las debilidades que la conciencia no se atreve a revelar. Y cuando lo hace, suele ser en la intimidad, en esas cartas que deben llegar al destinatario. Es curioso cómo al remitente nunca se le pasa por la cabeza que el hombre que las entrega, esa figura que desconocen, pueda tener el mínimo interés en conocer sus secretos.

Salí afuera para recibirle. Él se inclinó en una graciosa reverencia que me hizo reír, y se quitó el sombrero. Tras intercambiar un breve saludo, me entregó tres sobres para lady Blackburn. A continuación, comprobó que había cerrado bien la bolsa y prosiguió con su ruta por las casas que bordeaban la colina.

Dejé las cartas encima de la mesita del salón para que mi señora pudiera leerlas en cuanto bajara. Iba a marcharme, cuando en uno de los sobres vi que el remitente era lord Price, con su inconfundible caligrafía.

Desde nuestro último encuentro, Tyrone no había vuelto a contactar conmigo. Aunque aquello me exasperaba, también me había concedido un cierto alivio, al menos durante los primeros días. Después de haberle dicho que le quería y sin haber obtenido ninguna respuesta por su parte, tenía miedo de volverle a ver, de oír de su viva voz que lo nuestro había llegado a su fin.

Sin embargo, cuanto más miraba el sobre, menos podía resistirme a abrirlo. Sabía que leer la correspondencia privada era una falta grave, que se castigaba con el despido inmediato. Traté de dejar el sobre otra vez encima de la mesita, pero el papel

me abrasaba la piel. ¿Por qué le escribía lord Price a lady Blackburn? ¿Qué diría en su misiva?

No había nadie a mi alrededor. Entrecerré la puerta, dejando un hueco que me permitiera oír si alguien se acercaba. Contemplé, decepcionada, que el papel era delicado. Si lo abría, se rasgaría y cualquiera se daría cuenta. Solo me quedaba una opción. Acerqué el sobre a la ventana y lo incliné, hasta que la luz esclareció las letras que se conformaban en su interior.

Se trataba de una invitación. Lord Price celebraba un baile de Navidad. Sin duda, habría invitado a las familias más acaudaladas de Nighthill. Incliné un poco más el sobre hacia la luz, intentando encontrar mi nombre. Aunque, como bien sabía, no podía estar allí. Nunca invitaban a la servidumbre a las fiestas. Los criados éramos quienes las preparábamos; los que sacudíamos el polvo, limpiábamos las cortinas y lo dejábamos reluciente. Pero no asistíamos a las recepciones.

Aun así, me obstiné en revisarla por todos los ángulos, hasta que decidí darme por vencida. La señora Hall tenía razón. La había tenido desde el principio y yo me había obcecado en no verlo. Para Tyrone y el resto del mundo, yo era una vulgar sirvienta; la sociedad en la que vivíamos no tenía cabida para mis ilusiones y sueños de juventud. Dejé el sobre encima de la mesa y me preparé para la agitación que nos aguardaría con el gran baile.



Los días siguientes, criadas, doncellas, lacayos y mayordomo incluidos vivimos bajo la expectación de la velada que iba a celebrarse al otro lado del muro. No disponíamos de mucho tiempo para los preparativos. La invitación se había enviado con poca antelación y debíamos apresurarnos para tenerlo listo para la noche en cuestión.

En la casa reinaba un ritmo frenético. Nos movíamos de aquí para allá, ajetreados para dejarlo todo a punto. El día del baile, pasé la jornada asistiendo a lady Blackburn. Después de desayunar y de haber leído la correspondencia, me indicó que la ayudara con el aseo, el maquillaje y la vestimenta.

Además de sus rituales de belleza, que consistían en baños frecuentes a diferentes temperaturas, a raíz de una recomendación que había leído en una revista, habíamos adquirido un cepillo de piel de camello. Decían que eran mucho más efectivos que las esponjas, y en ellos residía el secreto para obtener una piel suave. Como me había encomendado, fui a ayudarla durante el baño.

Lady Blackburn se despojó de su bata de seda y, tras soltarse el cabello, se metió en la bañera. Lo hizo con lentitud, tanteando, primero con los pies, que el agua estaba a la temperatura perfecta. Satisfecha, se hundió y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Probemos eso que dicen que hace tantos milagros —dijo, refiriéndose al cepillo que habíamos adquirido.

Siguiendo sus instrucciones, cogí el cepillo de piel de camello y, tras enjabonarlo, me dispuse a frotar su cuerpo. Desprendía un olor desagradable y tuve que reprimirme para no arrugar la nariz.

—¿Está segura de que no prefiere el de siempre, señora? —dije, poco convencida.

Sus ojos ámbar se elevaron hacía mí.

—¡Hay que ver estas jóvenes de hoy en día! ¿Cómo puedes ser tan anticuada y remilgada? —dijo, molesta, y añadió—: ¿Vas a hacer el favor de empezar antes de que coja un resfriado?

Se había quedado rígida en la bañera. Los pies le sobresalían por el otro extremo. Me dedicó una mirada irascible, y antes de que pudiera recriminarme con algún comentario más, callé e hice lo que me ordenaba.

Primero, levantó los brazos para que se los limpiara y se los froté con cuidado; ella insistió en que lo hiciera con más fuerza y que me cerciorara de que no le quedaba ningún rastro de suciedad. Para que el método fuera efectivo, debía hacerlo intensamente, aunque la piel al principio se enrojeciera.

—Ahora frótame bien la espalda y luego el cuello. Eso es lo más importante, ¿entiendes? Porque eso es lo único que se ve. Más te vale que quede bien.

Dejando la espalda al descubierto, ella se inclinó hacia delante. Cuanto más insistía con el cepillo, más malhumorada estaba. En algunos momentos, hacía muecas y apretaba los labios. Sin embargo, se dominó y aguantó el ritual. Era demasiado orgullosa para aceptar que se había equivocado y que el cepillo de camello solo le había enrojecido la piel. Ahora tendría que aplicarle crema por el cuerpo para que esta se aliviara y volviera a su color original. Sentí lástima por ella: le dolería todo.

El siguiente paso después del baño consistía en el cuidado del rostro. Me pidió que le subiera dos trozos de carne cruda. Había leído en una de las revistas de moda que eran el ungüento perfecto para reducir las arrugas. Recostada en la cama, con su batín, y recién bañada, me ordenó que siguiera las instrucciones que aparecían detalladas en la publicación.

—Es muy fácil, van sobre los párpados y listo. Anda, y espero no volver a oír cómo te quejas —dijo lady Blackburn.

Cuando cerró los ojos, le deposité cada pedazo de carne encima de cada párpado. Me comentó que volviera en dos horas. Aprovecharía aquel rato para descansar un poco antes de la celebración. La dejé acostada, boca arriba, con las piezas de ternera sobre la piel.

Como me temía, cuando volví, la piel le apestaba a carne cruda. Tuve que frotarle el rostro. Cuando hube terminado, me apartó con la mano y, tras mirarse en el espejo, y dejar que le aplicase otra capa de crema, añadió:

—Ya decía yo que estos nuevos inventos eran sandeces. ¿Cómo se atreven esas revistas a darme lecciones?

La altiva expresión de lady Blackburn, mientras le temblaba el labio inferior por la vergüenza a aceptar que se había equivocado, me causó unas ganas irreprimibles de reír. Hacía años que no la había visto tan enfadada y tuve que volverme para no encontrarme con su mirada en el cristal del espejo. No podía consentir que nadie se riera de ella, y mucho menos una de sus sirvientas. Se miró una y otra vez su propio reflejo, tocándose las mejillas y las comisuras. Una vez estuvo convencida con el resultado, volvió a dirigirme la atención.

Tras repasar los vestidos del guardarropa, rescatamos un traje que combinaba el

negro con bordados plateados. Era elegante y sofisticado, le quedaba como un guante. Probamos también diferentes recogidos; desde moños altos con diademas hasta peinados más bajos, adornados con un sombrero a juego. Lady Blackburn se decantó por un recogido sencillo, peinado hacia atrás.

Solo faltaban unas horas para la celebración y nos quedaba elegir los complementos que irían a juego con el vestido.

—Ven, siéntate, y ayúdame a escoger —dijo, mientras señalaba su mesita de noche.

En la mesita de noche guardaba un pequeño cofre en el que atesoraba sus joyas. Estas se habían dispuesto en un orden inalterable, preciso, donde cada ejemplar tenía su lugar.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó, señalando los pendientes y las gargantillas. Desprendían distintas tonalidades que variaban según la luz.

—Yo... no podría decirle, señora... —me interrumpí.

—Si tuvieras que escoger una para ti, ¿cuál querrías? —dijo ella, con la mirada clavada en mi cuello desnudo.

La intensidad del brillo, las marcas que delataban el paso del tiempo y el tipo de cadena les conferían un aire único e inimitable. Bajo la impaciente mirada de lady Blackburn, me habían empezado a sudar las manos.

— No tengo todo el día, Alice —se quejó.

Opté por una gargantilla de color negro, a juego con el vestido que habíamos elegido para el baile. Se adhería al cuello en una tira ancha de terciopelo, en cuyo centro resaltaba un broche bañado en oro. Sujetas a la cinta caían dos cadenas doradas, de las cuales colgaban una serie de lágrimas color carbón de distintos tamaños.

—No está mal, nada mal —admitió—. Puedes probártelo si quieres —propuso.

—¿De... de verdad? ¿Puedo?

Creo que lo dije tan sorprendida, incluso un tanto asustada por miedo a que fuera una trampa, que le pareció tremendamente gracioso. Ella rio, divertida por mi reacción, y dejó el collar en mis manos. Me ayudó a levantarme y ambas nos colocamos enfrente del espejo.

—Te ayudaré. Recógete el cabello.

Me aparté el pelo a un lado, dejando el cuello al descubierto, y lo levanté un poco, consiguiendo una especie de moño descuidado pero sencillo. Lady Blackburn extendió la gargantilla sobre mi pecho. La chica del reflejo tenía que ser otra, me dije a mí misma. Alguien que, sin duda, se parecía a mí, pero cuya elegancia estaba fuera de mi alcance. Había algo similar en su sonrisa, pero cuanto más me contemplaba, más se distorsionaba el rostro. Los ojos que me observaban desde el otro lado estaban vivos y resplandecían. Quise extender la mano para acariciarla, pero me detuve. Al tocarla, la belleza podría desaparecer para siempre.

Lady Blackburn se apoyó en mi hombro e hizo ademán de levantarse.

—Es perfecto, querida. Buena elección. Lástima que no puedas ir al baile.

Mi señora había vuelto a su estado habitual. Esa falsa amabilidad se había esfumado. Lo dijo con un desdén ensayado, aunque en su voz percibí un deje de conmisericordia. Puso las manos alrededor de mi cuello, abrió el cierre del collar y me

lo quitó. El momento había terminado. Me quedé contemplando mi imagen en el espejo.

—Ya puedes retirarte —dijo ella, mientras dirigía la atención a otro lado de la estancia. No se volvió para mirarme.



La noche del baile, Nighthill presencié uno de los desfiles navideños más coloridos de su historia. Los carruajes ascendían, con todo su esplendor, la colina en dirección a la vivienda de lord Price. Las mujeres lucían vestidos que habían sido confeccionados con telas procedentes de los mejores talleres del país. Sus maridos las observaban orgullosos e intercambiaban miradas de aprobación. Se paseaban por los jardines, abrigados con sus largas y elegantes capas, y hablaban y reían de cualquier anécdota para introducirse en las conversaciones, mientras entraban en la casa.

Escalé el muro y, apoyándome en dos huecos, me asomé. En la planta principal, los invitados danzaban con la música. Habían adornado el jardín con decoraciones festivas, y lo habían iluminado con velas. A pesar del frío, algunas jóvenes habían salido al exterior; seguramente para escapar de sus familias y coquetear con los muchachos que les interesaban. Cerca de donde me encontraba, una chica reía de manera escandalosa; formando un círculo, seis jóvenes esperaban para que les añadiera en su carné de baile. Llevaba un vestido rosa, con acabados de terciopelo. Para protegerse del frío, se había cubierto con una capa de un granate oscuro. Ladeaba la cabeza de un lado a otro, sin mirar ni dirigirse a ninguno de sus pretendientes en concreto. Reía las gracias de todos ellos. En ocasiones, echaba la cabeza hacia atrás y otras, se limitaba a asentir y a rozarles la barbilla, con un gesto coqueto y prometedor. Sin embargo, ninguno le interesaba. Sabía que podía escoger a quien quisiera y esa certeza lo hacía todo aburrido y predecible. A su derecha, dos jóvenes discutían en torno a otra muchacha; querían saber quién se ganaría el último baile.

Más alejada, distinguí a lady Blackburn; se disponía a entrar. En la casa, los músicos tocaban y varias parejas bailaban. Los colores y las voces se mezclaban a su alrededor. Las damas se balanceaban, luciendo sus vestidos, y los muchachos se debatían entre unas y otras. Algunos traían regalos para las chicas que anhelaban conquistar, y andaban exaltados, examinando a las jóvenes casamenteras.

De pronto, oí la voz de Tyrone. Sin reparar en mí, se detuvo ante la muchacha del vestido rosa, se agachó para besarle la mano y le ofreció el brazo. Ella le sonrió y aceptó su ofrecimiento y, sin despedirse del resto, se alejaron.

Un dolor punzante me atravesó. Me había quedado petrificada ante aquella joven que se había aferrado al brazo de lord Price y se había deshecho de sus pretendientes. La figura del ama de llaves se materializó ante mí y pude oír sus palabras con mayor claridad que nunca. Desde aquel momento, en mi interior, debía de haberlo sabido. Tendría que haber aceptado que aquella situación era insostenible dadas mis circunstancias. No tenía sentido seguir pensando y soñando con él, noche tras noche, ni esperar que me escribiera. Al ver cómo se alejaban, cogidos del brazo,

me sentí sucia y harapienta. Su vestido fulguraba en la noche; el mío estaba desgastado por los años y manchado por el hollín de la chimenea.

Retrocedí sobre mis pasos en dirección a la casa, cuando vi al señor Bartholomew viniendo hacia mí. Acompañado de su bastón, avanzaba en mi dirección y, por la expresión de su rostro, supe que deseaba entablar conversación. Sin lady Blackburn, se sentiría solo; pero aquella noche distaba de ser una buena compañía para nadie.

Él me saludó desde la distancia, como si hubiera leído mi mente y quisiera detenerme. Decidí adelantarme y presentar mis excusas antes de que empezara a hablar. Le dije que no me encontraba bien y que me disponía a acostarme.

—Si no me necesita, me retiraré... No me encuentro nada bien —repetí.

No quería que me viera llorar. Él me escrudiñó con seriedad. Bajo su penetrante mirada, intenté rehuirle, pero me agarró del brazo y me obligó a alzar la vista hacia él.

—¿Vas a negarle una de las pocas alegrías que le quedan a este hombre?

Sin aguardar mi respuesta ni añadir ninguna otra explicación, me tendió la mano.

—¿Me darías el placer de bailar este último vals conmigo, Alice?

El señor Bartholomew esbozó una sonrisa triste, como si me comprendiera. Insistió y rozó mi mano. Había percibido cierta exasperación en su voz, como si él también me estuviera pidiendo auxilio. Aquella noche, ambos necesitábamos apoyarnos en otro que, aunque fuera durante un breve lapso, nos hiciera creer que aún quedaba esperanza para el resto de la humanidad.

El viento dejó de silbar. Y en ese trance, entrelazamos nuestras manos. La historia quiso darnos una tregua. No hablamos de la isla, ni de los niños, ni tampoco mencionamos a Elizabeth. Nos quedamos callados, girando en círculos, como si nuestras existencias se hubieran detenido.

Nighthill, 1846

Si algo detestaba cuando caía la noche era cenar con los otros criados. Había intentado trasladar las cenas a mi dormitorio, pero estaba prohibido según las normas de convivencia que había establecido lady Blackburn. Para evitar plagas de cucarachas e infecciones, comíamos en la antecocina. Se trataba de una estricta regla y nadie, ni tan siquiera la señora Hall, podía saltársela. Solo estaba permitido sortearla si uno de nosotros se encontraba gravemente enfermo para bajar hasta el sótano.

Durante las cenas, al resto de la servidumbre les encantaba cuchichear y fantasear. Criticaban a lady Blackburn y lanzaban cualquier acusación que se les pasara por la cabeza. Como una manada de sabuesos, devoraban los trozos de carne, chupaban los huesos y farfullaban sobre las desgracias que acechaban las vidas de los otros. Pronto aprendí que, para ellos, descubrir las vulnerabilidades de la señora constituía una especie de festín. Se sentían poderosos. Sus críticas eran mordaces y solo se manifestaban desde la cobardía más absoluta. Cuando nuestra patrona se hallaba en las plantas superiores de la vivienda, incapaz de oírles, se enzarzaban a insultarla.

Siempre había creído que el poder procedía del saber, de conocer el origen de los hechos. Pero, para ellos, todo se reducía a la fuerza sobre el otro, a la dominación del débil sobre el fuerte.

Aunque despreciaba su comportamiento y sus burlas en secreto, yo también soñaba con la liberación de nuestra clase. Como le sucedería a cualquier criado, deseaba que algún día las fronteras se diluyeran. Anhelaba dejar de fregar los suelos de otra mujer, quería dejar de levantarme a las seis de la mañana para cepillarle el cabello, o para ayudarla a vestirse. Quería despertarme para prepararme mi propio desayuno; sorber tranquilamente el té mientras el sol despuntaba por el horizonte; escoger mis vestidos, peinarme durante horas... Deleitarme en la cama y dormir hasta que mis ojos no soportaran más los sueños.

Excepto cuando lady Blackburn se marchaba a la ciudad, la casa no conocía la calma. Todos vivían tensos, atentos a sus continuos cambios de humor. Cuando esta regresaba de sus paseos, cada uno de ellos recuperaba inmediatamente su puesto, con los nervios a flor de piel.

Una jornada después del gran baile que se había celebrado en la casa de lord Price, los criados estaban excitados. En la última semana, casi no habían tenido tiempo para respirar y, tras los preparativos, se habían relajado. Animados por los comentarios de unos y otros, comenzaron a criticar sus costumbres, su aspecto y la relación que había mantenido con lord Blackburn antes de que este falleciera. Un insulto dio paso a otro y así se fueron contagiando entre ellos.

La señora Hall, que aún no había bajado a la antecocina, apareció por la puerta. En su presencia, callaron y cambiaron de tema. El ama de llaves nos contempló e hizo una mueca de disgusto. Al igual que me sucedía a mí, ella desaprobaba desde hacía años lo que ocurría durante las cenas, pero sabía que era imposible impedirlo.

Aquellos eran los únicos instantes privados de la servidumbre, y la facultad de expresarse libremente les pertenecía solo a ellos. Era preferible que se desahogaran y que luego cumplieran sus obligaciones durante el día, a que se aguantaran y acabaran por revelarse ante lady Blackburn. Para garantizar la paz y el orden, la relación de poder entre señor y criado, era indispensable que los sirvientes tuvieran un espacio íntimo para quejarse, donde pudieran desahogarse para que nada cambiara. Durante unas horas, sus ilusiones se llenaban de esperanza y podían irse a dormir animados, hasta que despertaran al día siguiente y hubiera vuelto la normalidad.

No obstante, después del baile estaban más quejumbrosos. Les anuncié que me retiraba a dormir.

—¿Tan pronto? ¡Pero si ahora empieza lo mejor! —dijo la cocinera.

La señora Hall me miró, interrogante.

—Estoy cansada —les dije y, antes de que nadie pudiera replicarme, me fui por el corredor, escaleras arriba.



A medida que me alejaba, las voces se convirtieron en un murmullo. Para evitar visitas en el dormitorio, cerré la puerta con llave. La casa estaba envuelta por una extraña calma.

Abrí el cajón de la cómoda donde guardaba la ilustración que había hallado en el desván. Con cuidado, desdoblé el papel. Era viejo y en cualquier momento sentía que podía deshacerse en mis manos. Me senté en el borde de la cama y, tras inspirar varias veces, lo extendí sobre las sábanas. En la parte superior se distinguían tres nubes que habían sido pintadas de negro. Debajo de estas, había unas rayas que caían en vertical y, por su forma, las asocié a gotas de lluvia. Las delgadas líneas de tormenta llegaban hasta el suelo y conducían a una porción de tierra con forma redondeada: el círculo con la hoguera. A ambos lados, resaltaban dos figuras que simulaban las cuevas de Elizabeth, Eddie, Ceinwen y los niños. Un poco más lejos, en segundo plano, se podía adivinar el bosque. La vegetación que lo conformaba apenas se concretaba; quien lo había dibujado se había limitado a pintarrapear sin orden aparente, como si intentara plasmar el caos que dominaba el ambiente.

Cada vez me costaba más dormir, y me desvelaba pensando en la isla y en los niños que vivían en medio de aquella naturaleza hostil, sometidos a la tensión que los enfrentaba los unos a los otros.

Casi era medianoche. Desde mi habitación, podía oír los ronquidos del resto de los sirvientes al otro lado de la pared. Apenas había probado bocado durante la cena y me había retirado tan pronto para no oírles que me había quedado con hambre. El estómago me rugía y sabía que no podría dormirme hasta que no me saciara. La cocinera guardaba algunas sobras de la cena; intentaría rescatar, aunque fuera, una hogaza de pan.

Cuando bajé las escaleras en dirección a la antecocina y pasé por el vestíbulo, vi que el salón estaba iluminado. Del interior de la estancia, me llegaron las voces de lady Blackburn y del señor Bartholomew. Estaban a punto de reanudar un nuevo

capítulo de la historia. Pero esta vez, fue mi señora quien tomó la palabra. Hizo lo posible por no revelar las emociones que la carcomían por dentro, pero a medida que avanzaba, comprendí que los recuerdos la estaban torturando. Aunque me había perdido la primera parte de su conversación, intuí que se había visto obligada a añadir algunos episodios que nuestro huésped desconocía.

Cada vez más, la historia se había transformado en una doble confesión, que precisaba de las dos perspectivas para completarse.

Asomada a la puerta, la vi parpadear.

—Debo avisarte de una cosa —dijo—. La parte que viene ahora no la viví. Me la contó Eddie, después de que hubiera acontecido. Quiero que lo sepas. Necesito que lo tengas claro cuando lo oigas.

Su voz tembló y dirigió la vista hacia otro punto, como si temiera que Eddie pudiera aparecerse de repente. Hizo una pausa. Luego se aclaró la garganta y, cuando se sintió preparada, resucitó el pasado.



En la isla, 1821

Cuando Elizabeth llegó, Eddie se quedó un buen rato parado, observándola. La joven había seguido las indicaciones de Ceinwen. Aquello significaba que el plan estaba en marcha. Había corrido como alma que lleva el diablo en su busca. Estaba sofocada y no paraba de repetir el nombre de Cornelius. El cabello, alborotado, le caía como una cascada a ambos lados de la cara. Tenía los ojos hundidos hacia dentro, y se le habían formado unas ojeras azuladas. Por su aspecto, Eddie advirtió que su locura estaba empeorando. Llevaba el vestido ajado, y podía ver cómo le asomaban las piernas y los brazos por debajo de la tela.

Ella se volvió hacia él, buscando su ayuda. Su mirada estaba desprovista de vida.

—Elizabeth, ¿qué te ocurre? —preguntó él.

Levantaba el cuello como si intentara emitir un sonido. Eddie se agachó e intentó sostenerla pero, al tocarla, notó un cosquilleo. ¿Qué le estaba sucediendo? De repente, Eddie se encontró contemplando cómo su cuerpo se movía debajo del vestido. Cada vez estaba más roto, más viejo. Cualquiera podía introducir la mano por esos agujeros y acariciar la piel que asomaba... Mientras la noche se cernía sobre ellos, la abrazó en mitad del bosque.

El vestido le caía dejando entrever los pechos. Se separó unos metros de ella y trató de centrarse. Pero la visión de la carne lo tentaba y la muchacha se aferraba a él, como a un hierro candente.

Elizabeth no hablaba. La vegetación se agitaba suavemente mientras los dos trataban de entender hacia dónde derivaría todo aquello. El entumecimiento se estaba apoderando de su cuerpo.

—Elizabeth, tienes que calmarte. Háblame.

No sabía si ella le escuchaba. Seguía contemplando la tierra que pisaban. Se había levantado un poco de viento. Eddie le pasó una mano por el rostro y se detuvo

en sus labios. Estaban calientes. Elizabeth parpadeó. Alzó la cabeza y sus ojos se agrandaron, en una expresión de terror, como si hubiera visto algo. Eddie se giró, pero no había nada a su alrededor. Ella retrocedió unos pasos.

—¿Dónde está Cornelius? ¡Dímelo! —preguntó ella con un tono autoritario que desprendía cierta violencia—. ¡Ceinwen me ha dicho que estaría aquí! ¡Tenemos que encontrarlo! ¡Está enfermo, muy enfermo! Solo es cuestión de tiempo. En esta maldita isla, tarde o temprano, moriremos.

Desde que naufragaron, la idea de la muerte inminente se había instalado en sus pensamientos; pensaban en ello, pero ninguno estaba dispuesto a admitirlo. Afirmarlo a viva voz implicaba un mal augurio.

Como la había visto hacer en las cuevas, Elizabeth alargó los brazos hacia arriba y empezó a dar vueltas sobre sí misma. Eddie trató de llamar su atención para que se calmara, pero se había abandonado a la superstición. Rezaba y rezaba y profería sus peticiones a la nada, como si, en algún lugar, existiera una salvación. Su delirio estaba llegando a límites insospechados. Viéndola en un estado tan deplorable, moviendo los pies con torpeza, Eddie pensó en las historias de brujería, y en las hechiceras, locas y enfermas, cuyos cánticos a la luna habían terminado en la hoguera. Recordó la noche en que se dio cuenta, mucho antes de que Ceinwen lo avisara. Era una noche fresca. Apenas había luz y todos dormían. Eddie se había desvelado y tras dar varias vueltas en el lecho, salió afuera para calentarse en el fuego. Con el viento, la hoguera se había apagado y tan solo quedaban las cenizas.

Era importante que la hoguera siempre estuviera encendida. Si tenían la suerte de que se acercara alguna embarcación, podrían distinguir el humo y, por consiguiente, las posibilidades de salvarse y de volver a casa aumentarían. Aunque, siendo realistas, no sería fácil que los rescataran. Había pasado mucho tiempo y aún no habían divisado ningún navío. Las dos embarcaciones que se habían aproximado lo suficiente eran las que habían traído a Ceinwen y al capitán y, como les había sucedido a ellos, también habían naufragado. Si recurría a las leyes de la probabilidad, a los barcos que entraban en las aguas que circundaban la isla, les esperaba el mismo destino. Ningún marinero con dos dedos de frente se adentraría en aquella parte del océano. Eddie había empezado a perder la esperanza. Sin embargo, no tenía otra cosa mejor que hacer. Cogió algunos de los trozos de madera que habían partido el día anterior y los echó a la hoguera. Sirviéndose de una piedra y de un palo, frotó hasta que consiguió avivar el fuego. Quizás nadie vendría en su busca, pero al menos entraría en calor.

Mientras alimentaba las llamas, creyó oír una voz. Se detuvo un instante, en silencio, y escuchó. La voz seguía hablando. Aguzó el oído. Procedía de la cueva de Elizabeth. Del interior le llegó el olor del humo y, al poco, advirtió cómo la oscuridad daba paso a una luz tenue. Ella también había encendido la hoguera para calentarse. Como ninguno de los dos podía dormir, Eddie decidió hacerle compañía. Se dispuso a adentrarse en su cueva, cuando Elizabeth apareció en el umbral. A contraluz, solo alcanzaba a divisar su silueta. La chica se movía de un lado a otro. Reía a carcajadas, ladeaba la cabeza y cambiaba el timbre de voz. Al inicio, era más grave y contundente, como si intentara imitar la voz de un chico; luego se volvía más aguda y amable, y retornaba a su voz original. Parecía una conversación. Eddie se convenció

de que no era real, de que estaba soñando. Incluso llegó a pensar que se trataba de alguna clase de juego. Más adelante, Ceinwen también lo había podido apreciar, y los acontecimientos se habían precipitado hasta conducirlos al punto sin retorno en el que se hallaba ahora.

—Cornelius va a morir —repitió Elizabeth, con la cabeza apoyada en su hombro.

En mitad del bosque, sentía su calor recorriéndole cada rincón de la piel. El recuerdo de aquella noche lo exaltó y, durante el rato en que se sumió en sus cavilaciones, no se dio cuenta de que ella se había ido acoplado más a su cuerpo. Estaban demasiado cerca. Olía a sudor. Ella se estrechó aún más a él; balbuceaba y entrecerraba los labios, rozándole el brazo. La respiración de Elizabeth, el tacto de sus manos, el aliento que le acariciaba el cuello... Tenía los ojos muy abiertos y extendió la mano, a modo de súplica. Le estaba pidiendo ayuda y lo atraía cada vez más hacia ella.

Eddie no podía aguantar más. Dio media vuelta pero ella volvió a asirle por la pierna. No conseguía quitársela de encima. Aquella necesidad lo enervaba; no podía soportar que lo agobiaran. Cuánto más se doblegaba ante él, más la denigraba. Dejó de mirarla, y apartó la vista para no encontrarse con sus ojos. Pero ella seguía insistiendo, exhibiendo una actitud exasperada que le pareció deslumbrante.

Aunque la aborrecía, era absorbente ver cómo se retorció sobre sí misma; en cuestión de segundos, había pasado de adorar a Cornelius a entregarse a él en cuerpo y alma. Elizabeth se estaba resquebrajando y la soledad la estaba demoliendo por dentro. Sin nadie a quien recurrir, se aferraba a Eddie, y su actuación cada vez rayaba más en la locura y el exceso. ¿Hasta dónde somos capaces de llegar para conseguir lo que deseamos? ¿Cuánta humillación estamos dispuestos a infligirnos con tal de ser queridos, de encontrar la aprobación del otro? ¿Qué límites puede alcanzar la conducta humana para sobrevivir en sociedad?, se preguntó.

Estaba ante todo un descubrimiento. La cara se le había desencajado, como si fuera una caricatura y, si no supiera que era imposible, casi habría jurado que a la joven los ojos se le habían vuelto blancos durante unos instantes. Abría y cerraba la boca, profiriendo un sonido gutural que se asemejaba más al de un animal que al de un humano. Había perdido dignidad. Constituía un espectáculo salvaje, devastador, excitante. Pensó en el capitán, y en la furia que lo invadiría si pudiera presenciar aquel fervor que Elizabeth le profesaba. Entraría en cólera, lo odiaría. Eddie chasqueó la lengua y se relamió los labios.

De repente, Eddie se giró y, tras cogerla por el pelo, la golpeó. Elizabeth cayó, medio inconsciente. Mecido por sus propios jadeos, antes de que volviera en sí, le presionó la cabeza contra el suelo. Eddie se concentró en sus piernas abiertas. Se las veía esqueléticas, desnutridas y la piel le colgaba por las pantorrillas. Se las separó aún más y se colocó encima de ella; se bajó los pantalones, le desgarró lo que le quedaba del vestido y la penetró.

En cuanto amaneciera, él ya no estaría.

En la isla, 1821

En el camarote, cuando ya llevaba varias horas dormida, oyó que alguien giraba la llave de la cerradura. Soñolienta, se debatía entre el sueño y los ruidos que le llegaban del mundo real. Notó cómo una mano se cerraba sobre su hombro y le acariciaba la nuca. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la habían encerrado allí. Parpadeó varias veces antes de abrir los ojos. Poco a poco, fue volviendo en sí. Se giró y levantó la mirada hacia la figura que se había sentado junto a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Aleck la miró, atento a su reacción. Mientras aguardaba a que ella respondiera, se irguió y tensó los hombros. Se inclinó hacia ella, hasta que apenas los separaron unos centímetros. Ceinwen vaciló. Habían trazado tan rápido el plan, que no había tenido tiempo de pensar en qué le diría al capitán cuando este descubriera que le habían engañado. ¿Estaba molesto por lo que había hecho? Lo miró fijamente, pero el rostro de Aleck no traslucía ninguna emoción.

Él se acercó un poco más, alentándola a hablar, pero de sus labios no salió ni una palabra. Titubeó y bajó la cabeza. Una forma extraña, como un amasijo de piel, le acarició el mentón. Era una textura peculiar, que nunca antes había tocado. De forma instintiva, cerró los ojos. Durante unos instantes eternos, aquella textura rugosa con pliegues siguió acariciándole la piel. Aterrorizada, se movió a un lado.

—Mírame —espetó el capitán.

Se encogió aún más sobre sí misma, como si fuera invisible.

—¿Ahora ya no quieres verme? ¿Te ha entrado el miedo, eh? Maldita niña.

Detectó el odio en su voz. No debía de haber venido. Ceinwen no había pensado bien en las consecuencias. Eddie se lo había contado, se lo había escenificado con todos los detalles posibles. Sin embargo, había decidido convencerse de que el accidente no sería para tanto y de que su plan la acabaría llevando junto al capitán.

Hasta entonces no había sido consciente del horror que suponía aquello. Quería mirarle, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Deseaba abrazarle, pero la situación la había sobrepasado.

Sintió un gran cansancio mezclado con el pánico. Había visto muñones anteriormente en la ciudad, en vagabundos enfermos y amputados. Ya se había enfrentado a la fealdad. Y aun así, o quizás precisamente por eso, se veía incapaz de encararse a él.

En las últimas semanas, halló en Aleck una seguridad que había creído perdida hacía tiempo. Nunca había sido una experta en hombres; era demasiado joven y apenas había tenido ocasión de relacionarse con ellos. Eddie y Aleck constituían sus primeros contactos reales con el mundo masculino. Se había sorprendido de las diferencias que existían entre ambos.

Eddie la había seducido de inmediato. Como un hechicero, sabía pronunciar las palabras exactas en el momento adecuado; sonreía o se mostraba serio cuando su interlocutor así lo esperaba. Al principio, había confiado en él, había creído que entre ambos se había erigido una conexión que solo ellos dos podían experimentar. Pero

luego se había apartado de ella, y le había mostrado un lado desagradable que la había alertado. La atraía con sus encantos, pero a la vez, le temía.

En cambio, Aleck nunca se había mostrado descortés ni insolente con ella. Siempre sonreía al verla y, cuando le hablaba, le respondía atento y afectuoso. Se sentía protegida. Poco a poco, se había creado una idea del capitán de la que no estaba preparada para desprenderse. Lo había despojado de su condición de hombre; en sus sueños, no paseaba, ni hablaba, ni se arrodillaba como la gente corriente. Pasaba por su mente como si se balanceara en un trono. Como si fuera demasiado etéreo para ser real. Ceinwen quería tocar al hombre que se encontraba tras esa deidad y, sin embargo, rozarle significaba que lo que ella había idealizado se desvanecería.

Estaba arrodillada en el lecho, cuando Aleck volvió a tocarla con el muñón. Ni en sus peores pesadillas, habría podido imaginar el horror que le estaba causando. La perfección del hombre a quien veneraba se había derrumbado y no sabía cómo reaccionar.

Otros pasos se adentraban en la estancia. El capitán se alejó.

—Échala de aquí —dijo Aleck, contundente.

Intentó detenerle, pero no consiguió alzar la mirada. No podía, no podía, gimió. Se metió aún más en el lecho, acurrucada sobre sí misma.

El capitán salió de la estancia y oyó que otro hombre se aproximaba hacia ella.

—Este no es lugar para ti —le susurró Doug al oído—. Ya se ha ido —añadió él, para tranquilizarla—. No te preocupes. Salgamos de aquí.

Ceinwen comprendió que no iba a hacerle daño y que solo pretendía ayudarla. Se apoyó en él para incorporarse. Resignada, se encogió de hombros y asintió con la cabeza gacha. El contramaestre la acompañó hacia las escaleras y ambos las enfilaron en dirección a la cubierta. Ceinwen miró a su alrededor, pero el capitán se había marchado.

El cielo estaba despejado aunque, a lo lejos, se avecinaban nubes de tormenta. Dejó que el contramaestre la escoltara hasta la playa. Avanzaron en silencio, un silencio profundo y límpido.

—¿Estás bien? —preguntó Doug, preocupado—. ¿Sabrás volver?

La joven asintió. Lo miró, como si fuera a responderle pero, bruscamente, volvió a bajar la mirada al suelo, salió corriendo y se adentró en el bosque. Eddie le había dicho la verdad. El muñón era repulsivo. ¿Por qué no le había creído? ¿Por qué se había empeñado en desafiarle?

Doug observó cómo se alejaba. Aunque estaba comenzando a crecer y su cuerpo se estaba desarrollando, aún era demasiado joven para comprender lo que suponía el rechazo que acababa de hacerle a un hombre. No había sido a propósito, de eso estaba convencido. Simplemente, no había sido capaz de enfrentarse a esa fealdad. A esa carencia de vida que formaría siempre parte del capitán, hasta el fin de sus días. Recordó cómo había reaccionado él la primera vez que vio el muñón y sintió asco de sí mismo. Doug se sentía culpable de haberse equivocado en la cueva. Debería de haberse dado cuenta antes de que la chica que yacía envuelta no era Elizabeth.

Las nubes se arremolinaban en lo alto. Empezaba a hacer frío. La joven, con su cabellera rubia, huía hacia el norte.



Nighthill, 1846

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te intercambiaste por Elizabeth? —preguntó el señor Bartholomew.

Él había hablado con firmeza y no se iba a dejar engañar.

Desde mi escondite, no podía ver sus rostros, pero a juzgar por el silencio que siguió a su intervención, lady Blackburn debía sentirse incómoda. Detestaba que la interrogaran y que hurgaran en su privacidad. Creí que se levantaría con uno de sus gestos teatrales y abandonaría la estancia. Pero estaba equivocada. Lady Blackburn suspiró y reanudó la conversación.

—¿Acaso no lo sabes? ¿Es realmente necesario llegar a esto?

—Lo es, Ceinwen, lo es.

—Hay secretos que una mujer no debe revelar, cariño. Déjame eso, al menos, por mí misma, ¿de acuerdo?

No estaba dispuesta a humillarse. Cuando él insistió, ella se negó rotundamente y dio un golpe al suelo, dando el tema por zanjado.

—Está bien, te lo plantearé de otra forma. ¿Viniste para repudiarme? ¿Eh? ¿Esa era tu gran idea?

El antiguo capitán se había puesto en pie. Su voz traslucía un resentimiento que se había ido alimentando a lo largo de los años. Ahora que había llegado el momento, esperaba una respuesta.

—¿Cómo? Yo... Aleck, no...

Él se inclinó y dio un golpe a la mesa. Una parte de la vajilla cayó al suelo, haciéndose añicos. Sus ojos destilaban una ira profunda.

—¿Necesitas que alguien te lo recuerde? —dijo él.

—No, Aleck, espera, yo... —titubeó lady Blackburn.

Sin esperar que ella contestara, se rasgó el gabán y dejó al descubierto el muñón. Me había asomado lo suficiente para verlo por la rendija de la puerta. Lady Blackburn se quedó inmóvil. El señor Bartholomew le pasó el muñón por la cara. Los pliegues le acariciaron los labios, las mejillas... pero lady Blackburn no hizo ningún movimiento ni intentó retroceder. Se quedó donde estaba, manteniendo la compostura.

—¡Siéntelo! ¿Lo recuerdas ahora? Dime, ¿lo recuerdas?

Ella tenía los ojos enrojecidos.

—Nunca quise humillarte. Yo... Yo solo quería... Creía que tú me protegerías. Quería que me ayudaras, te necesitaba. Pero cuando vi tu brazo, yo... ¡No estaba preparada! ¡No podía, no...! —Los sollozos le impedían hablar con soltura.

—¡Deja de gimotear!

—Hablo en serio, Aleck. Cuando Eddie nos contó lo que habíais planeado, no sabía qué pensar... Dijo que queríais raptar a Elizabeth. —Lady Blackburn se estremeció—. No sabía en quién confiar. ¡Solo quería tu ayuda! ¡Necesitaba tu ayuda!

Ella se echó a llorar. Temblaba como una niña pequeña que necesitaba que alguien la consolara.

—Cuéntamelo —dijo él—. Cuéntame qué os dijo Eddie.

Tras tomarse unos instantes para serenarse, mi señora habló de nuevo.

—Nos dijo que queríais matar a Elizabeth... Al principio le creí, pero cuantas más vueltas le daba, más segura estaba de que algo no encajaba. Pero no estaba en posición de llevarle la contraria, y tampoco disponía de tiempo. Los niños adoraban a Eddie, lo veneraban como a un líder tras tu ausencia... Decidí cambiarme por Elizabeth para retrasarlo todo y pedirte ayuda... Incluso Eddie llegó a plantearse fabricar antorchas y, cuando durmierais, incendiar vuestro barco... —Se detuvo para sonarse la nariz. Tragó saliva y se secó las lágrimas que le caían por las mejillas—. Tenía miedo, Aleck. No quería que nadie muriera. Y aquello solo podía haber conducido a una muerte segura. Les pedí que no hicieran nada, que no actuaran, que me aguardaran en el bosque y mantuvieran a Elizabeth a salvo. Si el plan consistía en salvarla a ella, no era necesario ningún enfrentamiento. Eddie no pudo rebatirme; si lo hubiera hecho, su crueldad y sus verdaderas intenciones habrían salido a la luz demasiado pronto. Así que me dejó ir, y vine en tu busca. Aún no sabía de lo que podía ser capaz. Lamentablemente, no lo descubrí hasta mucho tiempo después.

El señor Bartholomew se había sentado en la butaca. La confesión de lady Blackburn lo había dejado abatido. Ella desplazó la mano nerviosa en la mesita, intentando alcanzar la de él. Pero él fijaba su atención en el paisaje que se extendía al otro lado del ventanal. La niebla se había levantado y empezaba a recubrir el paisaje.

—No pude, cariño. No pude. Verte sin tu brazo fue... yo... Ojalá pudieras perdonarme, Aleck —admitió.

Ella le cogió la mano, con la esperanza de que él se volviera para mirarla. No obstante, el señor Bartholomew la apartó y se incorporó.

—¿De verdad creíais que yo iba a matar a Elizabeth? ¿Es eso lo que me estás diciendo? —exclamó.

—¡Aleck! ¡No sabía qué estaba pasando! Yo... ¡Solo quería estar contigo! ¡Quería que me salvaras a mí! —gritó desesperada.

Pensé en ella, sola en la isla, y se me encogió el corazón.

Aleck dio un paso adelante.

—Yo quería a Elizabeth. La quería. Y la mandaste a ese degenerado... ¡Tú, tú la mandaste...! ¿Cómo pudiste creer sus mentiras? Solo quería protegerla, ¿lo entiendes? Quería protegerla de él. Eddie la estaba volviendo loca. Quería... —estaba tan exaltado que tuvo que hacer una pausa para coger aire—. Quería que dejara de obsesionarse, su fijación por Cornelius la estaba mermando cada vez más y...

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Creías que encerrarla en tu camarote mejoraría algo? —dijo ella, con crudeza.

Aleck torció la boca y gruñó para sí mismo.

—Solo quería una maldita oportunidad.

—¿Para qué, Aleck, para qué la querías?

Tomó una bocanada de aire y se enfrentó a ella.

—Para salir de ahí y alejarla de aquella locura. Habíamos avanzando mucho con la reconstrucción del navío. Era nuestra oportunidad de volver a casa —confesó él—.

Era mejor encerrarla que dejar que siguiera con ese, ese... ¡Si no te hubieras entrometido, quizás la hubiera salvado! —concluyó, consternado.

El señor Bartholomew caminaba con torpeza de un lado a otro. Sin poder dominar sus impulsos, estrelló el bastón contra una de las estanterías de la estancia. La vajilla y las figuritas que esta atesoraba salieron volando y, cuando llegaron al suelo, la mayoría se hicieron añicos. Lady Blackburn se cubrió el rostro con el brazo.

Aproveché aquel estruendo para regresar a mi escondite.

Entre furioso y avergonzado por lo que acababa de suceder, Bartholomew abrió las puertas de par en par. Sin volverse para mirar a lady Blackburn ni al destrozo que acababa de realizar, cruzó el vestíbulo y, tras abrigarse con una capa que colgaba del perchero de la entrada, se marchó.

En la isla, 1821

Unas horas después, Ceinwen despertó en la laguna. Se había quedado dormida demasiado cerca del agua y tenía los pies mojados.

Desde que Doug la había despedido en la playa, había caminado sin rumbo durante la mañana. Luego, se había dirigido al círculo, pero cuando estaba a pocos metros de distancia, había sentido que algo la quemaba por dentro y había dado media vuelta. No quería enfrentarse a Eddie y decirle que había sido incapaz de mirar al capitán; no se atrevía a hacer nada semejante. Esperaría que ella se hubiera burlado del muñón sin contemplaciones, como hubiera hecho él de haber estado en su lugar.

Hasta entonces, Eddie había estado tan absorto en sí mismo, que no se había percatado de los verdaderos motivos que habían impulsado a Ceinwen a intercambiarse por Elizabeth. Nunca se le habría ocurrido pensar que había empezado a desconfiar de él, y que pudiera preferir buscar ayuda en otro hombre. Eddie había conseguido seducirla al principio; al llegar a la isla, la había cautivado con su belleza y con sus artimañas. No obstante, de repente, un día se había cansado de ella, y la había dejado de lado. Con aquel cambio, Ceinwen se había sentido decepcionada y profundamente triste.

Echando la vista atrás, pensó cuán equivocada había estado. Mecida por el murmullo del agua, hundió los pies y se sintió agradecida. Si Eddie no se hubiera distanciado, ella no habría intentado estrechar su relación con Aleck. El capitán era un hombre de verdad; fuerte, seguro de sí mismo, sincero. Un hombre que podía protegerla. Sin darse cuenta, había empezado a surgir en ella un sentimiento que se debatía entre el afecto y la adoración. Ceinwen no podía perdonarse el rechazo que le había hecho en el camarote; por su estupidez, lo había perdido para siempre. ¿Cómo iba a dirigirle la palabra, si ella no era capaz ni de mirarle?

Se encontraba sola, sin nadie a quien recurrir. Desconsolada, hundió más las piernas, relajó los hombros y apoyó el mentón en las rodillas. En el agua, contempló su reflejo. Sus tirabuzones se habían convertido en una maraña de enredos y habían perdido el color. No le gustaba la imagen que le devolvía el lago. Ya no quedaba nada de la muchacha que había embarcado, con su sombrero y vestidos nuevos, rumbo a Australia. La echaba de menos. Se echaba de menos a sí misma. Deseaba cerrar los ojos y volver al puerto. Regresar a ese instante previo al viaje donde aún pudiera detenerlo todo.

Pero el presente era extremadamente delicado y el pasado había desvanecido sus sueños de futuro. No podía volver a ese tiempo; nunca más volvería a ver a su madre, ni a su padre. Jamás saldría de la isla. Viviría encerrada entre aquellos senderos, bajo la atenta mirada de los árboles y la noche oscura. A no ser que encontrara otra solución. A no ser, pensó, que lo terminara todo de una vez.

Al ver su silueta enmarcada en el agua, recordó la historia del niño que se ahogó con su reflejo. ¿Y si le sucedía lo mismo? Años atrás, su institutriz le había contado que el chico del cuento era tan bello, que todas las ninfas y animales del bosque caían rendidos a sus pies. Según el mito, simbolizaba la hermosura llevada a la perfección.

Contaba incluso con el amor de una ninfa, conocidas como las criaturas más deseadas por los humanos.

Durante un tiempo, el chico se recluyó en un claro del bosque, abandonándose a su soledad, sin comprender qué emoción causaba en los demás. ¿Por qué, de repente, le amaban? ¿Y por qué era incapaz de ofrecerles su cariño? Si estaba condenado a ser admirado por todos, ¿por qué no podía corresponderles? No entendía qué sucedía. Cuanta más gente le demostraba su fervor, más se empequeñecía en su encierro.

Aunque su institutriz le había contado la historia en repetidas ocasiones, Ceinwen no conseguía entenderlo. ¿A quién no le gustaría ser querido? ¿Por qué iba alguien a alejarse de la gente que le quería? Era absurdo, pensó, la primera vez que la oyó.

Y, sin embargo, aquella mañana perdida en alguna estación del año, pues ya había olvidado en qué mes se encontraban, se sintió sola ante su reflejo y entendió cuánto habría sufrido aquel niño del cuento; tan solo, tan incomprendido.

Se quedó pensativa, observándose a sí misma, repasando cada detalle de su cuerpo. Su vestido roto, las mejillas hundidas y las flacas piernas que sobresalían por debajo del faldón. «Ojalá me sintiera bella. Ojalá me pasara como a él. Al menos, él supo encontrar un camino». ¿Y si se hundía en el agua? ¿Y si seguía sus pasos y se unía con su reflejo? Ceinwen estiró la pierna; la piel blanquecina, casi transparente, se fundía con el lago. ¿Habría sentido él lo mismo?

Se inclinó hacia delante. No tenía nada ni a nadie a quien perder. La única persona en quien había depositado sus esperanzas se había distanciado de ella. Había ahuyentado al capitán y este no iba a regresar. Como tampoco lo harían sus sueños ni deseos.

Eddie no la defendería. Aunque ahora la adulara, sabía que, tarde o temprano, acabaría descubriendo por qué se había intercambiado por Elizabeth y la despreciaría. Se sentiría traicionado y la odiaría por ello.

Tampoco podía confiar en Elizabeth. A pesar del momento de acercamiento que habían compartido, no existía ningún otro nexo en común entre ellas. Solo tenía una salida. Con un chapuzón, podía acabar con todo.

Las ramas danzaban a su alrededor; podía oír cómo silbaban al unísono. Acompañada por la brisa, Ceinwen se impulsó. Sintió cómo su cuerpo caía y caía a las profundidades. Se uniría con el niño de las aguas, el más bello del mundo. Y cuando quedara enterrada bajo el reflejo azul y sepultara su tristeza, quizás encontrara la felicidad.

En la isla, 1821

Al amanecer, Elizabeth se halló tumbada en el suelo. No se acordaba de nada de las últimas horas; solo le venía a la memoria que le habían propinado un golpe seco y que el cielo se había vuelto negro.

Apoyó las manos en el suelo, levantó los brazos y flexionó los codos para incorporarse, pero casi no podía moverse. Se dejó caer sobre la tierra y, girando sobre sí misma, advirtió que tenía el vestido manchado de sangre. Haciendo acopio de su fuerza, se puso de rodillas y avanzó a cuatro patas hasta uno de los árboles que coronaban aquella parte del bosque. Con dificultades para respirar, se recostó en él para ponerse en pie.

Sintió un ardor; tenía que hacer pipí. Era una sensación incómoda y confusa. En aquel instante, era igual que una niña pequeña que no podía aguantar sus necesidades. Si daba un paso más, se lo haría encima. Se apartó la tela del vestido, agarrándola por detrás, flexionó las rodillas y se dejó llevar. Un líquido amarillo y sanguinolento se disolvió sobre la tierra y le manchó las piernas. La aliviaba y, sin embargo, el escozor se volvía más intenso. Las caderas le crujían y le pedían que parara.

Tenía la piel fría y en los brazos le habían aparecido cuatro moratones. Quiso pedir ayuda, pero no había nadie por los alrededores. Con paso lento, se abrió camino hacia el lugar donde había dejado a Cornelius, pero tanto él como Eddie se habían marchado.

Un poco más adelante, encontró el sendero que conducía al círculo de las cuevas. ¿Por qué le dolía el cuerpo? Una voz empezó a repetirse en su cabeza. «Estate quieta. Cállate». Palabras seguidas de gritos y gemidos. Eddie. Eddie arrojándose encima de ella... A medida que avanzaba, los recuerdos de la noche anterior se esclarecían. Acababa de experimentar un deseo totalmente animal. ¿Qué sentido tenía la humanidad? ¿Qué sentido tenía seguir comportándose? Tenía la entrepierna mojada con sangre.

Despacio, se irguió y reanudó su camino en dirección a las cuevas. La lluvia cayó sobre la isla. Pequeñas gotas de agua le resbalaban por el rostro. Deseó fundirse con ellas, convertirse en una lágrima transparente sin origen ni fin. Transformarse en agua, estar continuamente en mutación, pasar del gas al líquido, del líquido al sólido. El corazón le dio un vuelco al pensarlo. Disuelta, dejaría de sentir el peso de los pies al caminar; el cansancio en las piernas. Convertida en gas, nadie podría alcanzarla nunca más. Nadie, ni tan siquiera ella misma.

Si la vida se reducía a ese penoso final, renegaba del sufrimiento. Cuando un animal padecía, simplemente se le disparaba. Lo único que diferenciaba el comportamiento humano de las otras especies era que aguantaba hasta la extenuación.

Cerró los ojos para poder pensar mejor. De una vez por todas, iba a tomar las riendas de su vida. No iba a permitir que nadie más tuviera que soportar lo que ella había sufrido.

Elizabeth se echó a reír. Y rio, rio durante horas sin parar.

En la isla, 1821

Alguien tiró de ella y notó una sacudida. Había cambiado la trayectoria. Cada vez estaba más lejos del agua. Sus piernas no le respondían. Un grito agudo le llegó del fondo del lago y, en las profundidades, le pareció ver al niño llorando. Intentó agarrarle y hundirse con él, pero una fuerza la impulsaba hacia atrás.

Su cabeza chocó contra el suelo; su alrededor estaba borroso. Le entró tierra en la boca y se giró para escupirla. Vio unos bultos de color negro balanceándose, que atribuyó a las rocas oscuras. Tenía sed. La saliva era seca y sabía a tierra. Tierra fría y polvorienta. Se le habían quedado piedrecitas bajo la lengua y entre los dientes. Volvió a escupir. Separó los dedos de las manos y acarició el suelo. ¿Por qué había caído en ese lugar, cuando debería estar bailando con el niño de las aguas?

—Arriba —le ordenó una voz.

Un brazo se posó sobre su espalda y la obligó a incorporarse. El olor le era familiar. Ceinwen trató de resistirse, pero se encontraba exhausta.

—¿Qué creías que estabas haciendo? —la reprendió Aleck—. ¿Acaso te has vuelto loca tú también?

Ceinwen movió la cabeza de un lado a otro. Sentía pinchazos en el lado izquierdo del rostro y en la mandíbula.

—¿Vas a decirme qué demonios intentabas hacer tirándote al agua? —insistió él.

Ella se avergonzaba de lo que acababa de hacer. Ni tan siquiera era capaz de nombrarlo. Y menos aún sabía cómo enumerarle las razones. Volvería a rechazarla y no podía permitirselo. No soportaría ser despreciada de nuevo.

Se hizo un incómodo silencio.

—Yo... solo...

De repente, lo rodeó con los brazos. Aleck se quedó inmóvil, pero a medida que la abrazaba, sintió lástima por ella. Aún era demasiado joven para comprender lo que estaba sucediendo. Nunca la habían preparado para eso. La vida que le habían enseñado, y para la cual estaba predestinada, no tenía nada que ver con la existencia en la isla. En poco tiempo, había perdido a sus padres, la única familia que le quedaba, y se había entregado a la muerte.

Permanecieron así, hasta que Ceinwen consiguió calmarse. Se volvió hacia él y cuando este asintió con la cabeza, ella se dispuso a hablar.

—Nada tiene sentido. A veces sueño que estamos muertos. Es una sensación peculiar, como si nos hubiéramos desvanecido y esto fuera... —Aleck le sostenía la mirada, intrigado—. Al principio, creí que los cuentos me servirían para olvidar. Cuando contaba historias, conseguía no pensar en lo que dejamos atrás al llegar aquí. Por las noches, cuando los niños me escuchaban, me metía tanto en el papel que era como si, de pronto, yo fuera la protagonista. ¿Parece una locura, verdad? Quizás creerás que soy una tonta... Pero es así. Al contarlas en voz alta, me trasladaba a otros mundos. Era la manera de estar siempre en algún lugar, de no pensar.

—Para sobrevivir, es necesario olvidar —dijo Aleck, pensativo.

Ceinwen sopesó lo que acababa de decir. El muñón que había reemplazado a su

brazo estaba recubierto de sangre reseca y los pliegues formados por la piel se habían juntado en una masa deforme y pegajosa. Se quedó unos segundos callada, acostumbándose a aquella nueva extremidad.

—Es culpa mía —sentenció ella—. Si no hubiera empezado a contar historias, si no les hubiera llenado la cabeza de tont...

Aleck levantó la mano y la interrumpió.

—Nada es culpa tuya, ¿me oyes?

Se encogió. Quería que alguien le dijera la verdad. ¿Por qué nadie podía ser franco con ella? Tenía miedo. Miedo de haber mentido y de haber infligido un daño innecesario. Los relatos que les había contado a los niños nacían de los lugares más recónditos de su imaginación. Para construirlos, mezclaba referencias de cuentos populares con mundos inventados. Temía que, alejados de la civilización y sin ningún tipo de educación ni de figura adulta a quien obedecer, los niños se hubieran creído sus narraciones hasta el punto de confundir la realidad.

Decidió confesárselo. Sintió el tormento con cada palabra que pronunciaba.

—Les he defraudado —admitió ella, y bajó la mirada, avergonzada.

Hubo un largo silencio. Junto a ellos, el agua seguía borboteando.

—¿Y qué más da? —añadió él—. ¿Qué importa que no sean reales? Eso es irrelevante. Yo estaba allí —dijo Aleck, muy serio—. Puedes pensar lo que quieras, pero yo lo vi. Las escuché. Esas historias los salvaron. No sé qué habrían hecho esos niños sin ti.

Ella le respondió esbozando una sonrisa de agradecimiento. El capitán se inclinó hacia ella y, para demostrarle su afabilidad, la besó en la sien.

Aunque trató de reconfortarla, a Ceinwen no le pasó por alto cómo se había excluido de su propia afirmación: «No sé qué habrían hecho esos niños sin ti». Pero él no se incluyó entre ellos. De algún modo, le había fallado. Se había preocupado tanto por sí misma, que se olvidó de pensar en lo que deseaban y necesitaban los demás. Siempre tuvo la impresión de que debía preocuparse por su propia supervivencia, pero cometió un grave error. Al igual que con Eddie, estaba confundiendo sus sueños con la realidad que los acechaba y había dado por sentado que el hombre que idealizó se correspondía con el navegante de carne y hueso que ahora estaba sentado a su lado.

De reojo, miró el muñón que asomaba en el aire. Ceinwen sentía remordimientos por cómo se había comportado con él en el camarote; quería confesarle que se había visto incapaz de mirarle, que las circunstancias la habían sobrepasado. Pero cuando recordó cómo se había enojado el capitán, decidió que era mejor no sacar el tema. Además, se había dado cuenta de que él estaba haciendo esfuerzos para ser amable con ella.

Aleck la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos a volver —dijo él—. Os sacaremos de aquí.

Ceinwen dio un salto.

—¿Cómo? ¿Pero cómo...?

—Falta poco para que completemos la reconstrucción del navío. Y cuando esté terminado, volveremos a casa.

Como si quisiera añadir algo, ella entreabrió los labios pero se había quedado sin

palabras. En lo alto del cielo, unas nubes blancas los interrumpieron. Unas nubes blancas y triangulares. Tenían una forma perfectamente definida, y ondeaban en la dirección del viento. Ambos se quedaron quietos, contemplando su avance. Ceinwen dio un paso atrás y se agarró al gabán del capitán. Las velas se acercaban a la isla, anunciando la llegada de un extraño.

Unas horas más tarde, Ceinwen descubriría que, en realidad, no había conseguido salvar a nadie.

En la isla, 1821

Entre la niebla se alzaba la isla. Una porción de tierra fantasmal. Habían oído que, cerca de aquellas aguas, existían corrientes que hacían naufragar a cualquier embarcación. Se contaban leyendas sobre islas perdidas en medio del océano, a las que solo se podía acceder si se atravesaba aquel tramo.

Los marineros llevaban meses en alta mar; estaban extenuados y, al principio, creyeron que se trataba de una alucinación. Pero, a medida que el barco avanzaba, la mancha se iba concretando con la forma de un islote. Unos a otros se dieron golpes en el brazo. Señalaban la isla, entusiasmados por el hallazgo. Durante meses, que ya sumaban casi dos años de travesía, se habían dedicado a la caza de ballenas. Su principal preocupación había sido conseguir llenar los barriles de grasa y aceite que guardaban bajo cubierta, la mercancía que les permitiría regresar a su hogar con sus familias. Soñaban con descansar, comer y volver a sentir los brazos de sus mujeres y el calor de la chimenea al caer la noche. Ya habían llenado las bodegas con el aceite necesario. Estaban hartos.

Howsham observó el paisaje que se extendía ante él. En aquel tiempo, habían fallecido tres de sus compañeros y dos sufrían de graves heridas que, sin los tratamientos adecuados, no tardarían en infectarse. Con las tormentas de las últimas noches, apenas había conciliado el sueño. Lento de movimientos, se llevó la taza de café a los labios. Estaba amargo y se había enfriado. Lanzó un escupitajo al mar y, entre refunfuños, tiró la taza al suelo.

—¡Maldito café! —exclamó, frustrado, mientras se secaba el regusto de los labios con la manga.

Sus hombres también se habían asomado a la barandilla y contemplaban la isla esperanzados. En sus miradas se reflejaban sus anhelos: el descanso, las frutas que crecían de los árboles, los peces que nadaban en la playa.

Oyó que alguien se acercaba a él.

—Parece que tendremos suerte, después de todo. Nos vendrá bien descansar —dijo el capitán Angel Ainsworth y, a modo de saludo, le dio una palmada en la espalda.

—Sí, y no tenemos ni un maldito café para soportarlo.

—¡Por Dios! ¿Algún día dejarás de quejarte?

Howsham estaba pálido. Sus ojos traslucían la añoranza y el cansancio de las horas. Empezaron a caer finas gotas de lluvia y la madera crujió bajo sus pies. Aguardaron, atentos al islote que se agrandaba ante ellos. El navío siguió avanzando hacia aquella tierra. Las olas se habían vuelto silenciosas e imperaba un clima enrarecido.

Cuando estuvieron cerca, anclaron el navío y prepararon los botes. El capitán ordenó que una parte de la tripulación se quedara en el barco, vigilándolo, mientras que otra descendería para coger víveres. Entretanto, él y Howsham inspeccionarían la isla.

—Bajemos de una vez. Cuanto antes pisemos tierra, antes volveremos —le

animó Ainsworth.

Llevados por la euforia, se subieron a los botes que los conducirían a la orilla. Habían recuperado la energía. Cuando llegaron a tierra firme, se movían rápidos, buscando cualquier alimento que llevarse a la boca. Mientras estaban abstraídos en encontrar provisiones, el capitán Ainsworth le ordenó a su primer oficial que le siguiera. Juntos explorarían la isla.

A medida que se alejaban de la orilla, el entorno era más siniestro; las raíces se acumulaban en los senderos y los árboles se encogían a su paso. Continuaron avanzando hasta adentrarse en el bosque. Lejos de la civilización, se encontraban en un lugar aislado y desconocido, que ni siquiera podía localizarse en los mapas. Un lugar donde no llegaba el sol.

Cuanto más se adentraban en la isla, más tenían la sensación de que se volvía contra ellos. En aquella tierra de brumas, nada parecía humano. El sendero se diluía entre las malas hierbas y matorrales que les obstruían el paso. Ainsworth tuvo un mal presentimiento. Una bandada de cuervos se había juntado en lo alto del cielo y volaba en la misma dirección; sus graznidos no podían presagiar nada bueno. Anduvieron por el bosque, siguiendo la estela de los pájaros, hasta que llegaron a un claro, desprovisto de vegetación, en cuyo centro figuraba una hoguera apagada. Enfrente de los restos que quedaban de las astillas, se encontraron con dos cuevas.

Howsham reparó en que las astillas que habían sobrevivido al fuego todavía estaban calientes. Alguien había estado allí recientemente. En la tierra aún se distinguían las huellas de unos pies descalzos. Conducían a una de las cuevas. Desde fuera, solo se veía un agujero negro y húmedo. Howsham sintió un escalofrío. Pensó en regresar, pero Ainsworth ya se había adelantado y, tras internarse en la cueva, le ordenó a su ayudante que lo siguiera.

Dos cuervos bajaron y se sumaron a ellos. Continuaron avanzando, con cautela, hasta que Ainsworth se detuvo en seco. Se había quedado paralizado. En el suelo, los cuerpos de dos niños yacían uno al lado del otro. El capitán Ainsworth se agachó y contempló conmocionado los cadáveres. Les habían asestado varias puñaladas. Estaban presenciando una matanza a sangre fría. Ainsworth se arrodilló junto al cuerpo de uno de los críos. Tenía los ojos abiertos. Con cuidado, le pasó la mano por la cara y se los cerró. «Descansa en paz», se oyó decir. Su cuerpo aún no se había enfriado. Howsham se apartó a un lado para que el capitán no pudiera ver cuánto le había afectado. No comprendía cómo alguien podía haber llegado a cometer tal crimen. Siempre había creído que los humanos pertenecíamos a una raza superior y que, ante los animales, la capacidad de reflexión y el poder de pensamiento les hacían libres. Cuando se enfrentaba en alta mar a las ballenas y se disponía a lanzarles un arpón, se escudaba en eso. Creía que, al final de la vida, el daño que infligía se vería justificado por el bien de la humanidad, por los avances de la ciencia y de la razón. Pero nada de aquello tenía sentido. Sus teorías se deshacían y se reducían a esos niños muertos, que los miraban con sus ojos blancos y vacíos.

De pronto, oyeron un ruido que los alertó. Las ramas emitían una especie de siseo. Algo estaba avanzando en paralelo a ellos. Salieron de la cueva y se adentraron entre los matorrales, con la cabeza gacha, para no ser vistos.

Se hallaban en una zona del bosque donde el terreno se elevaba ligeramente y

estaba desprovisto de vegetación. Alguien se movía, sin darse cuenta de que estaba siendo observado.

Escuálida y con la piel colgando de los brazos, una chica danzaba, desnuda, entre los árboles. Reía y gritaba el nombre de un muchacho. Como una niña, bailaba sin parar, sin reparar en las miradas que la vigilaban. Sus movimientos reflejaban una inocencia interrumpida. Desde aquel instante, Howsham la recordaría siempre como el mal durmiente. El mal que, cuando aún está oscuro, mata despierto y abandona toda sed al despertar.

Allí, en el centro del bosque, el monstruo bailaba feliz y, entre los brazos, acunaba el cadáver de un tercer niño.

Nighthill, 1846

Sumida en el hechizo de la historia, corrí hacia mis aposentos y, una vez dentro, eché el pestillo. Abrí el cajón del escritorio y cogí la ilustración que había hallado en el desván. Parecía como si alguien estuviera guiándome, una voz ajena a nosotros, mientras el viento silbaba en el exterior.

Casi podía tocar el suelo donde los niños habían perecido. Dibujaba con mis dedos línea a línea la hoguera, los chicos hechos con cuerpos de palos... En el extremo inferior de la hoja, había unas rayas muy finas que se habían difuminado con el paso del tiempo. Se podía leer un nombre. Con la ayuda de un lápiz, delineé cada una de ellas y, donde terminaba y empezaba la siguiente, la alargaba para juntar los puntos que se habían perdido. Al unir las rayas, las rayas se transformaron en palabras, separadas por espacios para que pudieran distinguirse las unas de las otras. Continué hilvanándolas. Se combinaban letras minúsculas con mayúsculas. Las últimas líneas de la ilustración constituían una cifra. Un año tal vez.

Acerqué el papel a la luz.

EDWARD BLACKBURN

En la isla, 1821

Lo repetí en alto: Blackburn. Blackburn. Blackburn. Durante los años que había vivido en la casa, me habían hablado de él en innumerables ocasiones. En las cenas, los sirvientes contaban anécdotas del pasado y destacaban su carácter autoritario. Sin embargo, nunca antes me había preguntado por el nombre de pila del señor Blackburn. Nunca se me había ocurrido que aquel chico de la isla, que analizaba las conductas de los que lo rodeaban, era el mismo hombre que había sido mi patrón.

Con las piezas que tenía, la historia comenzaba a cobrar sentido. Eddie, el chico seductor que había conquistado a Elizabeth al llegar a la isla, el mismo que, unos meses después, la violaría en mitad del bosque, se había convertido en la figura que lo regía todo. Con aquella revelación, se erguía como el eje central, alrededor del cual yacían, sometidos, el resto de personajes. Ni Ceinwen, a pesar de haber desplegado sus artimañas, había conseguido sus propósitos; Aleck, el joven que abordaba los navíos, acechando en los acantilados de Porthgathleh, había terminado siendo un vagabundo, cuyas únicas posesiones se reducían a una manga holgada y una petaca medio vacía.

Para no olvidarme de ningún detalle, decidí escribir la historia en mi diario personal. Cogí la pluma y el tintero y empecé desde el principio. La noche avanzaba, mientras la tinta fluía. Escribía sin detenerme, reviviendo cada uno de los momentos que había oído de los labios de Bartholomew y las acotaciones e interrupciones que había hecho lady Blackburn; el naufragio del navío en la isla, el disparo, el jilguero cayendo... A veces, cuando Bartholomew narraba y se detenía, ella se interponía y contaba añadidos a la historia. Momentos que él no había vivido y que ayudaban a darle sentido a la narración. La historia que había empezado a una voz, se había ido convirtiendo en un cuento a dos, donde lady Blackburn y el señor Bartholomew se debatían entre sus propios recuerdos y cada uno se enfrentaba al poder de las

palabras, las trampas de la memoria y a los juicios del otro.



Después de escribir durante horas, guardé los papeles en mi escritorio y me asomé al pasillo para mirar la hora en el reloj que colgaba de la pared. Suspiré aliviada; aún faltaba para que la señora se levantara y comprobé, satisfecha, que el ama de llaves y el resto de los criados todavía dormían. Aprovechando que disponía de ese tiempo, bajé a la ciudad en busca de respuestas.

Era el último día del año; en breve, habríamos dejado atrás 1846, y las experiencias que había vivido hasta entonces formarían parte del pasado. En las puertas de algunas de las casas de la ciudad habían colgado adornos, con un aire navideño y festivo.

Desde la calle, distinguí la silueta del señor Breen moviéndose entre las estanterías. Aunque todavía no habían abierto, me apresuré, confiando en que me dejaría entrar. Sabía que el librero se despertaba temprano para ordenar y hacer cuentas. Golpeé la puerta, hasta que este dejó de lado sus tareas y se dignó a dejarme pasar. En sus sienes blanqueaba el poco pelo que le quedaba y en los ojos le asomaban las legañas de la noche anterior. Encima del mostrador reposaba una taza de té. Al verme, se peinó el cabello que le caía enmarañado a los lados y se frotó los ojos.

—¿Alice...? ¿Qué se le ofrece a estas horas? Aún no he abierto. Tendrá que volver más tarde —se detuvo un instante para mirar el reloj—. Santo cielo, ¿ha visto qué hora es?

—Necesito... quiero decir, necesito buscar... un libro. Es importante —le supliqué.

Breen suspiró y negó con la cabeza, como si estuviera loca por presentarme a aquellas horas de la mañana.

—Eso espero —replicó. Advirtió mi preocupación, pues se encogió de hombros y me cedió el paso.

Cerró la puerta y se aseguró de que el cartel de «Cerrado» estuviera bien colocado y visible para los transeúntes. Volvió a refunfuñar y se detuvo en el umbral. Ambos nos miramos, como si estuviéramos intentando adivinar los pensamientos del otro.

—¿Y ahora qué? ¿Se puede saber por qué me mira así?

Lo conocía desde hacía años y, hasta entonces, siempre me había ayudado. Que yo supiera, nunca había revelado mis encuentros con Tyrone. El señor Breen no me traicionaría, y era la única persona a quien podía acudir.

—Esperaba que pudiera ayudarme —me aventuré—. Estoy escribiendo una novela y... necesito información de un suceso que aconteció hace algunos años. Me preguntaba si quizás tendría algún recopilatorio de recortes de la época. De noticias, me refiero.

Lo dije en un tono despreocupado, aunque no creo que consiguiera engañarle. El librero me escudriñó una vez más, arrugó las cejas y soltó un soplido.

—¿De qué tipo de suceso estamos hablando y en qué año dice que tuvo lugar?
—Tras aquellos cristales empañados, sus ojos me observaban cuidadosamente—. Si no me das más detalles, no podré ayudarte —prosiguió.

Esta vez, su forma de dirigirse a mí se había vuelto más cordial. Su familiaridad me alertó. El señor Breen se percató enseguida y, para tranquilizarme, relajó la expresión, como si intentara confortarme para que se lo contara.

—¿Y bien? —añadió, y me sonrió, animándome a hablar.

Decidí armarme de valor.

—Necesito investigar un crimen que... ocurrió en 1821. Debió de ser notorio en la época... Hubo una matanza... Se creyó que una mujer había matado a unos niños en una isla... Desconozco dónde estaba la isla... Esto es lo que sé. —Llevada por la emoción, había empezado a hablar y, sin darme cuenta, había revelado demasiado.

El librero asintió y murmuró algo para sí mismo. A su izquierda, el té se le había enfriado. Durante unos instantes, creí que iba a echarme de allí. Pero en su lugar, se apartó del mostrador y se colocó bien las gafas en el puente de la nariz.

—Sígueme, tengo varios libros que pueden interesarte —dijo Breen—. Voy a ayudarte. Pero que quede clara una cosa: tú no estás escribiendo ninguna novela, ¿entendido? —apuntó con ironía y negó con la cabeza—. ¡Vaya con la juventud! ¡Si en mi época mentíamos mejor! —En su voz, asomó un deje divertido que no le había oído hasta entonces.

En el sótano, me mostró algunas ubicaciones que solo él y determinados clientes, a quienes les confería un trato especial, conocían. En terceras filas, ocultos por un falso estante de madera, escondía todo tipo de libros contrarios a las convenciones aceptadas hasta el momento: teorías políticas revolucionarias, decálogos del comportamiento de la mujer moderna, tratados que abogaban por la igualdad y la disolución de las fronteras, escritos científicos que revelaban nuevas teorías y volúmenes que proponían tratamientos alternativos para curar las enfermedades de la mente. Una mezcla de temáticas y personalidades extravagantes se unían en ese rincón.

De una de las hileras, Breen extrajo un álbum de recortes de la época. Era un volumen extraordinario sobre algunos de los crímenes más famosos de los últimos treinta años; alguien se había encargado de extraer las noticias de los periódicos y de ir las recopilando.

—Eso es lo que tengo.

Confusa, hojeé el ejemplar que reposaba en mis manos.

El rostro del señor Breen se iluminó de repente.

—¡Por supuesto! ¡Ahora lo recuerdo!

Me quitó el álbum, se lamió el dedo y empezó a pasar páginas, hasta que dio con una hoja amarillenta donde figuraba el nombre de Elizabeth. A mano, alguien había escrito los nombres de los asesinos y juntado la información que se había publicado. En uno de los rincones de la página, había apuntado un nombre y una fecha: Wuthering Field, 1821.

—Fue un caso espeluznante. Lo recuerdo como si fuera ayer —dijo, mientras se rascaba la oreja—. Sí, la internaron en el hospital Wuthering Field ... —El librero arqueó las cejas, abstraído y exclamó—: ¡Fawcett! ¡Sí! ¡Elizabeth Fawcett! Una chica

muy joven. Fue uno de los casos más sonados. Los periódicos difundieron la noticia; decían que se había vuelto loca, que había perdido la cabeza.

Me devolvió el tomo y, de la estantería, sacó otro volumen. Esta vez, se trataba de un libro bien editado. En la portada rezaba el título *Historia de Wuthering Field*.

Wuthering Field. Lo había oído antes y aun así, nunca me había parecido tan aterrador como aquella mañana de invierno. Corrían rumores de los hombres y mujeres que habían ingresado ahí a sus familiares, y se rumoreaba que los internos eran sometidos a terribles tratamientos para purificar el alma.

Breen meneó la cabeza y sonrió con resignación.

—Esto te servirá. Mi mujer lo utilizó en varias ocasiones.

—¿Su mujer?

Asintió y me señaló el primer tomo que me había ofrecido.

—¿Este álbum de recortes? Lo hizo ella. Le interesaba el funcionamiento de la mente, y cómo el comportamiento de las personas se manifestaba bajo diferentes circunstancias. Se pasaba los días leyendo ensayos y panfletos de nuevas teorías. — Se quitó las gafas y se las limpió con la camisa. Vi que se le habían empañado—. De ahí que tenga estos libros escondidos. Si no fuera por ella... —Se calló un momento. Luego alzó la cabeza y, con un titubeo en la voz, añadió—: Guárdamelo bien, ¿eh? Me gustaría conservarlo.

Conmovida por su sinceridad, asentí y, en silencio, ambos enfilamos los escalones que conducían a la planta principal. El señor Breen se ocultó tras el mostrador y se secó los ojos con un pañuelo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Se volvió hacia mí y tras sorber la nariz, visiblemente afectado, habló de nuevo:

—No debería hacerlo, pero... ten —dijo confuso y, en un trozo de papel que arrancó de uno de sus libros de cuentas, me escribió un nombre y una dirección—. No se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? Él te ayudará. —Se giró y me lo entregó—. Sabe más que cualquiera de temas relacionados con *Wuthering Field*. Si él no puede ayudarte, créeme, nadie lo hará.

«Henry Burrows, Wale Street, número 5», leí.

Le agradecí el gesto y le tendí unas monedas por el libro, pero se negó a aceptarlas.

—Ahora, vete. Tengo mucho trabajo y quiero acabarme el té tranquilo. —Me miró de reojo—: Además, tienes cosas que hacer. Vete ahora. Es difícil dar con él. Vamos, vamos, que el té se enfría.

Se lo agradecí de nuevo y tras despedirme, salí al exterior.



Aunque había intentado controlarme, el sótano me había traído más recuerdos de los que podía asimilar. A pesar de los días que habían transcurrido desde la última vez que nos vimos, seguía añorando a Tyrone. ¡Cuánto deseaba regresar a aquellas tardes y sentir de nuevo nuestros cuerpos tocándose sobre el suelo! Entre los libros, había recordado cómo me había besado y cómo solía doblegarme en su abrazo cuando nos

despedíamos. Pero aquello, incluidos mis sueños de futuro, se había ido para no volver.

Con los libros a cuestas y la promesa de un nuevo nombre, me obligué a apartarlo de mi cabeza. Las campanas de la iglesia tocaron la hora. Aún me quedaba un poco de margen para realizar mi visita a la calle Wale. Según la dirección que me había indicado el señor Breen, no estaba lejos. Daría con él cuatro calles más abajo. Seguí caminando. La nieve había empezado a caer con fuerza. Aquella mañana, Nighthill despertaría sepultada en un manto blanquecino. Traté de apresurarme, pero con la nieve era más difícil avanzar.

El número 5 de Wale Street resultó ser una casa simple y modesta, cuya fachada contrastaba con el resto del vecindario; habían pintado las ventanas de rojo. En la puerta, una placa anunciaba: «Henry Burrows. Fotógrafo».

¿Por qué me había mandado allí el señor Breen? ¿Qué información podía proporcionarme un fotógrafo? Estuve a punto de dar media vuelta, cuando recordé la mención que había hecho a su esposa, el libro que me había regalado y cómo se había emocionado al ver el álbum de recortes. Aquel no parecía el comportamiento de un hombre que quisiera engañarme. Me adelanté unos pasos y llamé a la puerta.

Un hombre de unos treinta años apareció en la entrada. Llevaba el pelo enredado y despeinado. Su traje estaba arrugado y algunas migas de pan se habían quedado adheridas a la tela.

—¿En qué puedo ayudarla?

Cuando hablaba, se comía algunas sílabas y miraba de un lado a otro, nervioso, como si le hubieran interrumpido en un momento crucial. Ni siquiera se paró a mirarme, ni tan solo un segundo. Estaba abstraído en sus tribulaciones. Aquella falta de consideración me divirtió.

Ante mi silencio, su nerviosismo aumentó; se irguió, adoptando una actitud seria.

—Señorita, estoy muy ocupado. ¿Puedo ayudarla en algo? —insistió, entrelazando las manos.

La apariencia de aquel hombre era sumamente graciosa. Traté de no reírme; me presenté y le respondí lo más serena posible.

—El señor Breen me ha facilitado su dirección. Me ha dicho que podría ayudarme...

—¿De qué se trata? —dio un paso al frente, como si hubiera despertado su curiosidad al mencionar al librero.

—Estoy... investigando sobre un crimen que aconteció años atrás —repose.

El fotógrafo se pasó la mano por el pelo revuelto y luego por la barbilla. Sin apartar la vista de mí, se tomó unos segundos para responder hasta que reparó en los libros que llevaba en las manos. Tras señalarme el volumen que acababa de prestarme el señor Breen, se inclinó y dijo:

—¿Me permite?

—Claro, por supuesto. —Se lo di.

Con creciente interés, contempló el libro de *Wuthering Field* y lo abrió por la mitad. Comenzó a hojearlo, pasando una página tras otra.

—¿Por qué tiene interés en *Wuthering Field*? —preguntó.

—Necesito encontrar información sobre alguien. Y creo que puede estar relacionada con el hospital.

Burrows siguió pasando páginas, sin apartar la vista del libro.

—Para saber si podré ayudarla, tiene que proporcionarme más datos —dijo.

Haría falta revelar algo más. Tenía razón. Al fin y al cabo, antes de acceder a prestarme su ayuda, debía saber de qué se trataba. Era una situación contradictoria; por un lado, deseaba contarle a alguien los cabos que andaban sueltos y compartir mis dudas, mientras que, por otro, sentía que la historia me pertenecía y sentía celos de cualquiera que pudiera descubrirla. Nunca había guardado un secreto como aquel, y temía que, en cuanto se lo contara, todo llegara a su fin.

Burrows suspiró, hastiado de que le hiciera perder el tiempo.

—Señorita, tengo cosas que hacer. Si no le importa, vuelva cuando....

Se giró, haciendo ademán de marcharse.

—¡Fawcett. Elizabeth Fawcett! —dije, alzando la voz, para que se detuviera.

Por un momento, había creído que iba a despacharme, y en un arrebato, el nombre me salió sin más. Burrows tenía la mirada perdida, como si de repente, su mente estuviera muy lejos. Luego, meneó la cabeza y volvió a hablar.

—¿Puede facilitarme más datos? ¿Estuvo interna en Wuthering Field?

—Eso me han contado. Fue en 1821.

—¿Sabe por qué motivos la hospitalizaron? —dijo él, intrigado.

Elizabeth emergió ante mí. Cerré los ojos, intentando alargar ese momento, pero rápidamente volví a la realidad. Había sido un instante, una visión fugaz producida por las trampas de mi memoria.

—Señorita, oiga, ¿está bien? —Burrows me sujetó por el hombro derecho y me zarandeó, para hacerme volver en mí.

Me quedé quieta y traté de centrarme en él.

—Era una asesina. La acusaron de varios asesinatos —dije.

Esperaba que mostrara alguna señal de asombro, pero el fotógrafo permaneció donde estaba, impassible, mientras se rascaba la barbilla. Para él la situación era distinta; no había oído el resto de la historia, ni conocía a ninguno de los personajes que la protagonizaban. El nombre de Fawcett era simplemente un conjunto de letras. Para mí, había llegado a significar más de lo que podía suponer.

—Debo serle sincero, señorita. Nunca he oído hablar de una tal Fawcett. Pero estoy dispuesto a ayudarla —dijo él, y concluyó, reafirmando su decisión—: El señor Breen es un buen amigo desde hace tiempo. La ayudaré.

Como debía estar en media hora de vuelta en casa de la señora Blackburn, me propuso que nos encontrásemos al caer la noche, cuando pudiera escaparme sin ser vista. La búsqueda debía hacerse con calma y tranquilidad. Encontrar la información que precisaba implicaba leer y releer, revisar recortes de periódicos y contrastar la información que aparecía en unos y en otros. No podíamos apresurarnos. Si se hacía con prisas, corríamos el peligro de que la información y conclusiones que extrajéramos fueran erróneas. La investigación requería su tiempo.

—Hasta esta noche, entonces —se despidió él.

En los labios de Henry Burrows, la emoción de una cita clandestina se volvía un solemne asunto de negocios. Rememoré cada sílaba enunciada por Tyrone. Cómo

podían cambiar las palabras según la voz que las pronunciara. Enfilé la colina en dirección a la casa. Unas náuseas se me concentraron en el estómago.



Pasé el día con retortijones. Cuando acusé a la cocinera de habernos servido comida en mal estado, montó un revuelo y no me volvió a dirigir la palabra.

Anteriormente, en casa de los Blackburn, nuestros patrones celebraban grandes fiestas la noche de fin de año. No obstante, ahora, lady Blackburn prefería disfrutar de su soledad en casa y de un buen libro. Cada vez se retiraba más pronto a sus aposentos. De hecho, los últimos fines de año, se había acostado antes de medianoche, como si así pudiera negar el paso del tiempo. Las fiestas navideñas habían dejado de interesarle, y ya ni tan siquiera colgábamos adornos en la casa. Como si su vida estuviera atada a la suya, la señora Hall y el resto de los sirvientes habían adoptado la misma actitud; se acostaban temprano.

Ese año no fue distinto de los anteriores. Esperé hasta que se retiraron a sus aposentos. Me sentía tan débil que por poco no acudí a la cita con Burrows. Sin embargo, necesitaba mantenerme ocupada para no pensar en Tyrone y, además, quería descubrir, de una vez por todas, la parte que me estaba perdiendo de la historia. Me obligué a levantarme de la cama y, antes de que pudiera quedarme dormida, salí y bajé la colina en dirección a la calle Wale.

Burrows estaría esperando mi llegada. Pasaría las últimas horas del año junto a él, pensé. Cuando llegué, el fotógrafo me aguardaba en la puerta.

Por dentro, la vivienda se correspondía con el aspecto de su propietario. Ningún mueble conjuntaba; las formas y las tonalidades de la madera se mezclaban en un oasis de caos y desorden. Por dondequiera que mirara, había montones de papeles esparcidos, sin ningún tipo de jerarquía. Libros, tazas de café derramadas, un vaso de brandy y un plato de queso seco convivían en aquella estancia. Burrows se paseaba de un lado a otro, moviendo los objetos de aquí para allá, intentando ganar un poco de espacio. Los montones de manuscritos, papeles y recortes de periódicos se extendían por el suelo, la butaca e incluso por los rincones más escondidos.

—Disculpe el desorden. No estoy acostumbrado a tener invitados —dijo y, tras colocar dos cojines en el sofá, me pidió—: Siéntese, por favor.

Se acomodó junto a mí y se quedó en silencio. Dejé el álbum de recortes que me había regalado el señor Breen encima de la mesa y lo abrí por la página correspondiente a Elizabeth Fawcett; el librero había doblado la esquina de la hoja. En esta, quedaban fechadas tres noticias, en 1821.

—Antes de empezar con esto, dígame, ¿qué hace alguien como usted investigando sobre Wuthering Field y sobre una asesina? —quiso saber.

El fotógrafo me observaba con atención y estudiaba cada uno de mis movimientos. Apenas le conocía, y no tenía por qué saber mis razones. Me erguí en el asiento y, tras sorber un poco de té, le devolví la mirada.

—Supongo que todos tenemos nuestros secretos —repliqué.

Se apoyó sobre un codo y esbozó una sonrisa.

—Empecemos, pues.

Ambos sonreímos, satisfechos, como si acabáramos de sellar un pacto. Burrows cogió una noticia que había sido publicada en *The Nighthill Gazette*, después de la masacre en la isla.

El redactor que había escrito el artículo, en el primer párrafo, a modo de introducción, decía haber llevado a cabo una minuciosa investigación en torno al pasado de Elizabeth Fawcett. A raíz de esto, proseguía, «estaba preparado para ofrecer un retrato íntegro» de la joven. En el artículo, vinculaba el asesinato de los niños con su carácter «diabólico», y con una «serie de anomalías en el comportamiento que ya había exhibido cuando era pequeña».

Según contaba en el texto, el periodista había entrevistado al director que regentaba el orfanato donde había vivido, y este se había referido a ella como «una niña perturbada por el mismo Satanás». Se recreaba en la monstruosidad de la joven. Aunque no especificaba detalles, reiteraba que había mostrado conductas extrañas desde pequeña, una rareza que posteriormente se había enfatizado tras vivir en las calles y había estallado en la isla. «Era el mismo diablo. Cuando llegó al orfanato, tras la muerte de su madre, ya era muy rara; hablaba sola, y los otros chicos le tenían miedo. No quería relacionarse con nadie. Siempre caminaba de un lado a otro, con una marioneta sucia y harapienta», decía la cita del director del orfanato. El periodista había escrito el artículo con un tono autoritario y pomposo, y definía a Elizabeth como un verdadero monstruo.

Al leerlo, se me encogió el corazón. Por un lado, le había cogido cariño a Elizabeth. Sin embargo, cuando recordaba que había matado a los niños, las náuseas me subían por la garganta y se me cortaba la respiración. No podía comprender cómo alguien podía suscitar compasión y, a la vez, tanto desprecio. Si me entristecía, ¿significaba que yo también era un monstruo como ella?

Las dualidades nos abren caminos peligrosos, me dijo Henry, aquella noche.

En el antepenúltimo párrafo, se hacía un breve resumen de la tripulación que había salido de Inglaterra, así como de los que habían vuelto en 1821: una joven, llamada Ceinwen, y Edward Blackburn. En el recorte, se destacaba el nombre de este último; decía así: «El joven, a quien su familia y las autoridades habían dado por muerto, finalmente, tras enfrentarse a las vivencias más atroces, había conseguido volver a casa». En cambio, se hacía una escasa mención a la identidad de los niños muertos.

Cada vez tenía más arcadas. Las palabras del periodista me habían afectado. Con cada párrafo que leíamos, la imagen que albergaba de Elizabeth se tornaba más aberrante. Los reflujos se me acumulaban en el esófago. Burrows captó mi malestar y me ofreció un poco más de té.

Con el fotógrafo a mi lado, la desazón fue menguando. El desorden que nos rodeaba y su voz serena conseguían ahuyentar los pensamientos contradictorios que me venían a la cabeza. Desde que nos habíamos sumergido en los libros, su nerviosismo también había disminuido y, en su lugar, había aflorado un hombre tranquilo, totalmente concentrado en el objeto de su estudio.

—Continúa. Solo te quedan unas líneas. —Lo dijo con un tono más familiar, y aunque apenas nos conocíamos, me reconfortó. Asentí y juntos continuamos leyendo.

El redactor aclaraba la sentencia que le había caído a Elizabeth Fawcett por los asesinatos: «Elizabeth Fawcett, declarada culpable, será internada en el hospital de Wuthering Field, donde será atendida por expertos en la mente, que se asegurarán de que reciba los tratamientos más adecuados para la purificación y la cura de su alma. A raíz de la gravedad de los acontecimientos, Fawcett estará encerrada bajo supervisión y vigilancia médica, según han informado las fuentes del tribunal». El artículo terminaba con una mera mención a las fuentes consultadas y con una anodina nota de «en los próximos días, este diario seguirá informando si se producen altercados o nuevos hechos de interés».

Un escalofrío me recorrió la espalda. Henry se acercó a mí y, en un gesto amistoso, me apretó la mano.

—Sigamos. El reloj avanza deprisa. Y aún nos falta por revisar la historia de Wuthering Field —dijo, sonriendo. Apartó a un lado el recorte y cogió el volumen del hospital. Lo puso encima de la mesa y lo abrió por el índice.



Durante horas, hablamos, subrayamos y leímos cientos de páginas sobre la historia de Wuthering Field y otros asilos de Inglaterra. Burrows me contó su interés por las enfermedades mentales y las nuevas teorías que se estaban extendiendo de la conciliación del cuerpo y la mente. A diferencia de la mayoría de los médicos que aún creían en la tortura y en la represión como métodos óptimos para depurar el alma, él abogaba por la reflexión y la conversación.

Según aseguraban la mayoría de ensayos que leímos, desde su fundación en el siglo XIII hasta nuestros días, se había convertido en un pozo de conductas inhumanas; los tratamientos se basaban en la tortura física y psicológica de los pacientes.

Encontramos varios testimonios que aseguraban que, en 1814, en los meses más crudos del invierno, los médicos sumergían a sus pacientes en baños de agua helada o los obligaban a trabajar al aire libre, mientras la nieve caía, sin ninguna manta o abrigo con el que protegerse. Algunos que vivían por los alrededores decían haber oído gruñidos, alaridos en mitad de la noche y ruidos de cadenas.

En aquel entonces, a la mayoría de internos se les diagnosticaba como «incurables». En cuanto entraban, sus familias se desentendían y los daban por perdidos. Poco a poco, se convertían en perros encadenados, olvidándose de la humanidad que tiempo atrás los había hecho sentir y amar.

Al penetrar en las tinieblas de Wuthering Field, no podía dejar de pensar en Elizabeth. ¿Habría sido víctima de esa clase de procedimientos? ¿La habrían sometido a esos tormentos? La imaginé frágil, calada hasta los huesos, con la piel colgándole por todas partes, y tuve que contenerme para que no se me saltaran las lágrimas. Los personajes de la isla habían usurpado mi vida. Había pasado tantas horas nutriéndome de su existencia y de sus miedos, que me daba la sensación de que les conocía. Los sentía muy cerca de mí, como si nunca se hubieran ido y siguieran a nuestro alrededor, aguardando a que llegara el momento para revelar sus secretos.

¿Pero cómo podía sentir afecto o incluso lástima por Elizabeth, después de los asesinatos que había llevado a cabo?

Henry advirtió que la investigación me estaba afectando. Sin ser consciente, había dejado de prestar atención a las páginas del libro y a lo que él me decía. Me tocó el brazo y, tras zarandearme, me hizo recobrar la compostura.

—Eh, ¿estás bien?

Me apretó un poco más la muñeca.

—Sí yo... Estoy un poco cansada. Solo eso.

Él se incorporó y se inclinó hacia la bandeja que habíamos dejado encima de la mesa de centro. Sirvió más té en las tazas y me la ofreció. Cuando lo hizo, me miró a los ojos y vi que se ruborizaba. Apartó la vista hacia la chimenea, y volvió a sentarse junto a mí, aunque esta vez guardó más las distancias.

—¿Quieres que lo dejemos por esta noche? —preguntó.

—No, no, por favor. Continuemos.

Burrows asintió, poco convencido, y volvió a fijar su atención en el volumen histórico de *Wuthering Field*. Pasó la página y me señaló un párrafo donde se hablaba de las exhibiciones al público de los enfermos.

—Fíjate en esto —dijo Burrows. Su semblante adquirió una expresión severa y su voz se tornó más grave—. Durante algunos años, para llenarse los bolsillos, los médicos abrieron las puertas del hospital al público y empezaron a aceptar donaciones; los enfermos eran expuestos como animales. Y esto se fue extendiendo a diversos hospitales. Abominable.

Se le había nublado el rostro. Esa alegría que lo caracterizaba se había desvanecido.

Cada página de los libros que consultábamos revelaba una realidad más cruda que la anterior. Y sin embargo, según la evolución del mundo, se suponía que, con la industrialización y los avances científicos, estábamos progresando.

Tardaría años en digerir aquella información. Uno de los aspectos que más me desconcertaron fue descubrir cómo los familiares de los pacientes se desembarazaron de sus propios hermanos, hermanas, nietos, hijas e hijos... sabiendo lo que les depararía aquel lugar.

—Bajo las calles de la ciudad de Londres yacen cientos de tumbas de hombres y mujeres que fueron incapaces de aguantar las torturas de *Wuthering Field*. Olvidados, como cuerpos sin nombre, continúan bajo tierra, sin que nadie los reclame —dijo Burrows.

Aunque intentaba disimularlo, aquello le afectaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Sabía mucho más de *Wuthering Field* que la información que figuraba en el libro que nos había prestado el señor Breen, y complementaba los apuntes históricos con otros datos que conocía. Cuando le pregunté dónde había obtenido la información, se alarmó y, sin responderme, se hizo el distraído. Él también tenía sus secretos.

Sentada junto a Burrows, experimenté una complicidad que creía perdida. Llevábamos cinco horas investigando y no había pensado en Tyrone. Por primera vez en días, estaba disfrutando de una conversación con otro hombre y, en aquel rato, no lo había añorado. Hablábamos sin parar y controlábamos el tiempo gracias al reloj de

la iglesia.

Se acercaba la hora. Habíamos recopilado un gran volumen de información del hospital, pero, aparte del artículo de *The Nighthill Gazette*, en los volúmenes referentes a la historia de Wuthering Field, no encontramos ningún dato más sobre Elizabeth Fawcett. En el libro de la institución, se nombraba a otros pacientes notorios de la época, e incluso se podían hallar algunos testimonios de médicos que los habían tratado, pero no conseguimos dar con ningún documento que nos resultara útil acerca de Elizabeth. Había llegado a creer que, entre aquellos volúmenes que nos había entregado el señor Breen, encontraríamos la clave que podría llevarme a la resolución de la historia. Decepcionada, me desplomé en la butaca y estiré las piernas.

Henry se volvió hacia mí y sonrió.

—No está todo perdido. Aún nos quedan algunos capítulos. Quizá haya algo más —añadió.

Aunque entonces no supe verlo y no repararía en ello hasta más tarde, su voz adquiría un matiz conciliador que me llenaba de esperanza. Con unas escuetas palabras, Burrows conseguía devolverme la ilusión. Cuantas más horas pasaba junto a él, más me desconcertaba. El desorden que reinaba a su alrededor, y que también se reflejaba en su aspecto desaliñado, no se traslucía en su interior ni en sus pensamientos. Hablaba con calma, y a pesar de que, en ocasiones, se quedaba absorto, luego volvía a la realidad como si nada hubiera sucedido. No habíamos dormido en toda la noche, pero a él no le importaba. Se le veía fresco y dispuesto a seguir, aunque aquella búsqueda no tuviera nada que ver con él.

Tras animarme a continuar, me tendió el libro. Nos disponíamos a leer un último apartado, cuando las campanadas de la iglesia resonaron. Se nos había hecho tarde.

—¿Tienes que irte? —me preguntó él.

Asentí con la cabeza.

—Espera. Vuelvo ahora mismo —dijo.

Se levantó y se adentró en el corredor hacia el interior de la casa.

Las paredes que nos rodeaban eran sencillas, austeras y, en algunas partes, se apreciaban manchas amarillentas. Pero aun así, no tenían nada que envidiar a los muros que, noche tras noche, me cobijaban en lo alto de la colina. Había algo en ellas que rezumaba una calidez hogareña, como el olor del café recién molido. Era una sensación dulce aunque con una cierta aspereza, un sueño en la vida, y la vida dentro de un sueño.

Burrows no tardó en aparecer con una bandeja y una taza de café. La dejó sobre la mesita de centro, con cuidado de no derramarla sobre los papeles que había ordenado en distintos montones. Para que pudiéramos disponer de la información que nos interesaba de forma recopilada, habíamos transcrito los datos, creando un orden de relación entre ellos. Henry separó cada montón del otro, para que no nos equivocásemos cuando volviéramos a consultarlos.

El primer montón consistía en un conjunto de bocetos de datos relevantes del hospital, que arrojaban luz sobre algunos de los aspectos fundamentales de la institución de Wuthering Field. El segundo radicaba en una selección de recortes de prensa que Henry había aportado de su colección personal; estos versaban sobre los

espectáculos que se realizaban con los pacientes en los diferentes hospitales y asilos de Inglaterra, y se basaban en reportajes y noticias publicadas en los principales periódicos del país.

—Bebe, lo necesitarás. No has dormido nada —insistió, acercándome la taza.

Acepté y le devolví la sonrisa, agradecida. Al cogerla, entré en calor y saboreé el olor del café. Beber algo caliente me ayudaría a recuperar energía y a enfrentarme al frío de la colina.

Me disponía a cerrar el libro que habíamos estado leyendo cuando, al pasar una de las páginas, vi un nombre que hizo que me detuviera. Resaltaba con una fuerza inusitada, como un secreto que, oculto en las sombras, resurgía de las cenizas del pasado.

Burrows reparó en que me había sobresaltado. Le señalé la página. En silencio, tomó asiento a mi lado y aguardó. Leí en voz alta:

En 1798, la dirección del hospital de Wuthering Field pasó a cargo de John Robertson, reconocido físico y boticario, que perpetuaría los tratamientos basados en la tortura hasta 1818. Bajo la supervisión de Robertson, Richard Davies, que había sido nombrado jefe de cirugía cinco años antes, continuó con sus experimentos hasta el fin de la dirección de Robertson. Durante veinte años, los pacientes que fallecían y no eran reclamados por sus familiares eran sometidos a un complejo experimento cerebral. Davies, obsesionado por las causas y los mecanismos psicológicos que producían las enfermedades mentales, se dedicó a diseccionar los cerebros de los pacientes, asistido por su ayudante, John Raynott.

«Raynott. Raynott». Al pronunciarlo, creí verle de nuevo, frente a mí, rehuyéndome la mirada y haciéndose a un lado. Volvieron las náuseas. Me doblegué sobre mí misma y hecha un ovillo, vomité en el suelo. Los montones de libros que nos rodeaban empezaron a dar vueltas a nuestro alrededor.

Burrows apartó los papeles a un lado y me sujetó por los hombros hasta que hube terminado. Me retiró el cabello que se me había quedado adherido a las mejillas y, con un pañuelo que guardaba en el bolsillo, me limpió las comisuras de los labios. Asqueada, apoyé la espalda sobre el respaldo de la butaca e inspiré.

—¿Quieres un poco de agua? Aguarda, iré a buscarla...

—No —le detuve—. Estoy bien. Deja... Ayúdame a levantarme.

—Siéntate —me pidió—. Por favor, siéntate un momento.

Me recosté en la butaca y eché la cabeza hacia atrás. El fotógrafo se adentró por el pasillo. Pasados unos minutos, regresó con un vaso de agua y un trapo húmedo. Me ofreció la bebida y se la agradecí. Beber me sentaría bien. Entretanto, Burrows se arrodilló y limpió el vómito del suelo. Hice ademán de levantarme para ayudarle, pero me detuvo.

—Tranquila. No te muevas, ya lo hago yo.

Cerré los ojos e inspiré.

Aquello aportaba un nuevo cariz a la historia. Si Raynott era un especialista de la mente, ¿qué hacía continuamente en casa de los Blackburn? ¿Por qué los asistía? ¿Habría abandonado Wuthering Field para convertirse en el médico de la ciudad? Que yo supiera, Raynott curaba resfriados, gripes y enfermedades contagiosas... Nunca antes me había preguntado por su pasado; pero ahora, su aura siniestra era aún más perceptible. Ese semblante frío y distante, que se colaba como una sanguijuela en la casa de los Blackburn. Esa mirada atenta que me perseguía, y me estudiaba, como si yo también fuera objeto de su interés. Mis celos se habían topado con una prueba

irrefutable de que el doctor escondía algo que desconocíamos. Antes de cerrar el libro, releí el párrafo que, como un interrogante, se agrandaba ante mis ojos.

Burrows me cubrió la espalda con una capa. A lo lejos, el reloj tocaba su último cuarto. Me revolví en la butaca y aunque él intentó convencerme para que reposara unos minutos más, me levanté.

Estaba mareada y la estancia se balanceaba. Él me cogió de la mano para evitar que me cayera. Nos quedamos de pie, uno junto al otro. Con cautela, me pasó un brazo por los hombros y me apoyé en él, hasta que alcanzamos la puerta de entrada.

—¿Necesitas que te acompañe?

—No, no es necesario —respondí, medio mareada, y cohibida, añadí—: Gracias por esta noche.

Atento, me escoltó hacia la verja del jardín. Nos miramos el uno al otro. Él murmuró algo que no conseguí entender y, por última vez, se ofreció a acompañarme a casa.

—No te preocupes. Es mejor que vuelva sola. No puedo arriesgarme a que me vean contigo.

Él asintió de forma casi imperceptible y se apartó a un lado, para dejarme pasar.

Mientras me alejaba, me volví hacia la casa. El fotógrafo me observaba fijamente. Su silueta desgarrada se difuminaba con la nieve que caía sobre la ciudad.

Nighthill, 1847

Habíamos pasado la última noche de 1846 sumergidos entre cientos de papeles, conversando.

Después de haberme despedido de Burrows, pensé en el año que había dejado atrás. Nighthill estaba sumida en el silencio. No había nadie por las calles; tras celebrar el fin de año, a esas horas, la gente aún dormía y se resistía a aceptar que el tiempo, una vez más, les había ganado otro año de sus vidas. Acabábamos de inaugurar 1847.

Cuando llegué a casa, lady Blackburn aún no había despertado. Fui directa a mi habitación y me tumbé en la cama; al menos, podría descansar media hora. Cerré los ojos y aguardé a que la campanilla de servicio me desvelara con su inconfundible tintineo.

En la antecocina, la cocinera y su ayudante se habían enzarzado en una discusión sobre el menú para el almuerzo. Gritaban y se interrumpían la una a la otra. Entretanto, los lacayos devoraban el desayuno, antes de iniciar la jornada. Los sirvientes estaban tan abstraídos en sus mundos que creí que nadie se daría cuenta de mi aspecto. Me había lavado la cara con agua fría y me había cambiado el vestido, pero por mucho que intentara disimular, se me veía exhausta. Vi que el despacho de la señora Hall tenía la puerta entreabierta; el ama de llaves estaría dentro, pensé. Desayuné rápido para evitar encontrarme con ella.

Como cada mañana, Annie y la cocinera prepararon la bandeja con las galletas y el té para lady Blackburn. Cansada, hice ver que la revisaba y me dispuse a enfilear las escaleras hacia los aposentos de nuestra patrona.

Pero antes de que pudiera marcharme, me topé con mister Ackerman y, tras repasarme con la mirada, me pidió que me detuviera.

—Alice, estás muy pálida esta mañana. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —respondí a media voz.

—¿Estás segura? —Me cogió del brazo con delicadeza y exclamó—: Alice, ¡si estás temblando!

Los criados lo habían oído y se habían girado para ver qué sucedía. Traté de sonreír para desviar su atención, pero unos dolores agudos en el estómago hicieron que me doblara hacia delante. Estiré el cuerpo y me apoyé sobre la mesa. No podía aguantarme en pie. Sin querer, tiré un plato y derramé el té. La vajilla cayó al suelo y se hizo añicos. Intenté agacharme para recoger los trozos, pero la cocinera se apresuró y me agarró por la cintura.

—Voy a buscar a la señora Hall —dijo mister Ackerman, mientras se alejaba a grandes zancadas.

Quise detenerle, pero cuando intenté agarrarle, perdí el conocimiento.



Al despertar, ya era casi de noche. La estancia estaba prácticamente a oscuras y por los bajos de la ventana se colaba el frío. Alguien me tocó la frente.

—Bien, mejor. Mucho mejor.

Mister Ackerman había desplazado la silla del escritorio junto a mi cama para vigilarme mientras dormía. Tenía los ojos enturbiados y tardé en ver bien lo que me rodeaba. La puerta se entreabrió. Alguien entró y a continuación, la cerró tras de sí.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra mejor?

Una segunda silueta me besó en la mejilla. Reconocí el perfume de la señora Hall.

—Puede irse, señor Ackerman. Ya me quedo yo con ella.

—¿Está segura? ¿No quiere que la ayude? Puedo encargarme un poco más, si lo precisa.

—No, no es necesario. Muchas gracias —añadió el ama de llaves.

—Está bien. Las dejo a solas, entonces —dijo él.

Mister Ackerman tomó mi mano entre las suyas y, tras sonreírme, se marchó.

La señora Hall cerró la puerta con llave, para asegurarse de que nadie nos molestara y se sentó a mi lado, en el borde del lecho. Vi cómo mojaba un paño en un cuenco de agua que había encima de mi mesita, y lo escurría. Luego, alargó el brazo y me lo extendió en la frente. Estaba húmedo y su roce me alivió.

Algo pesado me presionaba los párpados y no podía dejar de tiritar.

—Tranquila, estoy aquí—dijo, con la voz queda.

Alrededor de la señora Hall flotaba un halo de paz que no sabía si debía alertarme o apaciguarme. El ama de llaves me sonreía, pero se la veía apenada. La conocía lo suficiente para saber que algo la preocupaba. Deseaba hablar con ella; quería contarle lo que me estaba pasando. Necesitaba decírselo a alguien: todo lo que había descubierto de Elizabeth, la revelación de quién era en realidad Edward Blackburn. ¿Acaso ella lo sabía? ¿Estaría al tanto de los secretos de la isla y del pasado de nuestra patrona?

Desconocía qué había sido de la señora Hall antes de que nos conociéramos, aparte de servir a lady Blackburn. Nunca me había contado nada de ella y, por respeto, no me había atrevido a interrogarla. Era una mujer reservada y recelosa; podía ser muy susceptible y no era conveniente irritarla, y menos aún inmiscuirse en sus asuntos personales.

Mientras me hacía friegas en la frente para bajarme la fiebre, no pude evitar preguntarme si conocía realmente a aquella mujer que me había criado durante más de veinte años.

Al cabo de un rato, me apartó el paño y volvió a tocarme la frente.

—Aún estás caliente. Creo que deberíamos llamar al doctor Raynott.

—No... espere.

Ella me miró con preocupación.

—¿Qué te pasa, niña?

Quizás fuera a consecuencia de la fiebre, pero, por un momento, sentí que volvía a una de mis noches de la infancia, cuando la señora Hall venía a acostarme y, tras arroparme con la manta, me leía un cuento. «Cuénteme un cuento», le decía. Me gustaba cómo sonaba aquella aliteración, aquella palabra que, según cómo la

conjugara, tomaba distintas formas y variantes; esa repetición reafirmaba uno de mis deseos más profundos. Quería que me contaran. Quería oír los relatos de otros.

De niña, no tenía ninguna historia propia que mereciera ser contada. Y aquella noche, aunque mi historia estuviera empezando a escribirse, todavía no lo sabía y tampoco estaba preparada para reconocerlo.

La señora Hall se quedó perpleja. Me tomó el pulso en la muñeca.

—Tienes fiebre. Voy a llamar al médico.

—Espere, por favor —le supliqué—. Por favor.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó con dulzura.

Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos.

—Cuénteme un cuento, señora Hall. Por favor, por los viejos tiempos.

Sin moverse de la silla, se inclinó hacia mí. Se quedó callada unos instantes, como si estuviera deliberando si mi petición implicaba un claro empeoramiento de mi estado. Balbuceó algo pero, de repente, hizo una pausa. Estaba más cansada de lo que creía. Más adelante entendería que estaba sufriendo y que se estaba enfrentando a una lucha imparable contra el pasado.

Después de acariciarme la mejilla, asintió, y juntas comenzamos nuestro juego particular. Ella se irguió y, tras entrelazar sus manos con las mías, como hacía cuando era niña, empezó con su historia. Había pasado mucho tiempo desde la última vez y quería disfrutar. Mientras narraba, noté que la invadía cierta alegría. Poco a poco, se metía en los diferentes papeles de los personajes que protagonizaban la narración. Era una voz entrañable, que me devolvía recuerdos agradables. La estancia se había vuelto más acogedora que de costumbre y el frío había menguado.

Con el cuento de fondo y su tono familiar, fui quedándome dormida.

Nighthill, 1847

Raynott. Raynott. Repetí su nombre en voz alta. Con cada bocanada de aire, me quedaba sin oxígeno. Extendí la mano, buscando a la señora Hall, pero se me quedó suspendida en el aire. Estaba sola. No había ni rastro del ama de llaves. Se habría marchado mientras dormía. Aún tenía el paño sobre la frente. Antes de levantarme, me lo quité y lo dejé junto al cuenco que reposaba en el escritorio. La fiebre había disminuido, pero las ganas de vomitar me subían y bajaban por la garganta. ¿Hasta qué punto estaba implicado el doctor en la historia que lady Blackburn y el señor Bartholomew estaban reconstruyendo? ¿Qué secretos quedaban por descubrir?

Antes de que se me olvidara algún detalle, tenía que dejar constancia de lo que había oído, vivido y sentido. Me vi imbuida por una energía frenética y unas ganas incontrolables de plasmarlo sobre el papel. Todo comenzaba a cobrar sentido y, sin embargo, faltaban algunas piezas por encajar.

Tenía miedo de olvidarme, de que mi propia memoria pudiese mezclar los recuerdos, de que yo misma, sin saberlo, acabara confundiéndolos. Me había adentrado tanto en las vidas de los personajes que empezaba a perderme en ellas. La mente y, sobre todo, la memoria, cuando nos despistamos, pueden ser nuestras enemigas más peligrosas. Cogí mi diario, retomé la historia por dónde la había dejado y continué.

Mientras escribía, traté de especificar qué rasgos definían a cada personaje en cuestión: su carácter, su comportamiento... El menor detalle, el más nimio aspecto que nunca nos detendríamos a mirar, es, muchas veces, el que acaba revelándonos la esencia. Cada uno de ellos tenía unos atributos muy marcados que, al final, acababan definiendo quiénes eran, quiénes querían aparentar ante los otros y quiénes deseaban ser. Intenté ordenar las escenas de forma cronológica, pasando por cada uno de los protagonistas, hilvanando los detalles.

Al revivir lo que había escuchado de los labios de lady Blackburn y del señor Bartholomew, la isla cobró vida. En ocasiones, creía que podía oler el aroma del bosque o el hedor de los hombres borrachos en la cubierta del navío. Me alarmé al pensar que Elizabeth era más real que cualquiera de nosotros. Su nombre, en sí mismo, derramaba una fuerza que arrastraba a todo el que se encontrara a su alrededor. Aleck, Ceinwen, Eddie, yo, Burrows... De una manera u otra, habíamos sufrido el daño colateral de su existencia.

Continué escribiendo hasta que la muñeca empezó a dolerme. No sabía cuántas horas habían transcurrido, pero había llenado páginas y páginas y no podía detenerme. La historia había cobrado vida en mis manos, y fluía y fluía sin parar.

Hice una pausa y me asomé a la ventana. El jardín estaba en silencio. Del cielo caían copos de nieve que en breve lo cubrirían todo en un manto brillante. Pensé en Henry Burrows y en la última vez que lo había visto, junto a la puerta, mientras la nieve bañaba la ciudad.

Nighthill, 1847

Después de guardar su instrumental, el doctor Raynott rasgó una hoja de papel de su cuaderno, escribió unas palabras y se lo entregó a la señora Hall.

Seguíamos en mi dormitorio. Solo que el ambiente era distinto; aquella sensación placentera y hogareña que había experimentado unas horas atrás, se vio invadida por un olor enrarecido. Lo último que recordaba era que, después de las horas que estuve escribiendo, me sobrevino un malestar que me obligó a detenerme. Guardé el diario en mi escritorio y, a continuación, me acosté en la cama. Sin poderme controlar, vomité y, acto seguido, me quedé dormida.

—Créame, no hay ninguna duda. Está embarazada —sentenció el doctor.

La señora Hall me observaba con lágrimas en los ojos. No supe qué contestar a aquel diagnóstico. Con la fiebre, apenas era consciente de lo que estaba diciendo. Durante las últimas semanas había sentido tantas emociones, que no me había dado cuenta de mis retrasos. El ama de llaves me había alertado de los peligros que podía acarrear esa relación. Como les sucedió en la isla, yo también me había olvidado de que el tiempo no entiende de actos ni de deseos; el tiempo nunca se detiene, sigue y sigue, esperando atraparnos al final del camino.

Traté de erguirme, pero cualquier movimiento hacía que las náuseas se intensificaran. Le señalé a la señora Hall la pared contigua, de la cual colgaba un calendario donde apuntaba las fechas en las que me había venido el periodo. Le pedí que se lo enseñara al doctor.

Él lo revisó meticulosamente y se colocó bien las gafas sobre el puente.

—Sin duda, está embarazada —afirmó pensativo, y dijo esta última palabra satisfecho, por haber acertado en su diagnóstico, mezclado con un acento de desdén.

—¿Hay algo... que podamos hacer? —preguntó la señora Hall.

—No entiendo a qué se refiere.

—Sí, lo sabe perfectamente. —Los ojos del ama de llaves brillaron en la oscuridad.

El doctor Raynott retrocedió hacia atrás; había empalidecido.

—¿Acaso me está sugiriendo...?

—Sí, eso es exactamente lo que le estoy sugiriendo. Ese niño no puede nacer.

Los dos se volvieron hacia mí, expectantes.

—No —dije en un hilo de voz.

Me llevé las manos a la parte inferior del abdomen.

—¡No! —chillé, horrorizada.

Había caído la noche y no tenía un lugar donde refugiarme.

Nighthill, 1847

El reloj dio las cuatro de la madrugada. Me acaricié la barriga con las manos. Un ser vivo, que se parecería a mí y a Tyrone, estaba creciendo dentro de mí.

Si llegara a nacer, pensé, tendría los ojos de él; esa mirada que me había cautivado en el sótano del señor Breen. Por un momento, regresé a aquel atardecer en la librería; se antojaba más un sueño que un recuerdo. Al girarme, Tyrone tamborileaba los dedos por los volúmenes de la estantería, y me señalaba burlón el libro de Ann Radcliffe. Aquel día, un presentimiento me había hecho enfilarse las escaleras y huir de él. Un escalofrío que me había recorrido la nuca y me había dejado helada.

La escena se confundía con otra tarde en que, abrazados en su refugio de la colina, Tyrone jugaba con un mechón de mi cabello, travieso. Creí sentir el aliento de él cerca de mí. Pero había dejado de diferenciar si lo que estaba rememorando procedía de un recuerdo o era una ficción que mi mente había construido para tapar la tristeza.

Pensé en el bebé. Deseaba que fuera un niño. Un joven fuerte que pudiera salir de la miseria y marcharse lejos, al otro lado del mundo. Quería que fuera libre. ¿Qué sentido tendría querer que naciera niña? ¿Qué futuro podría esperarle en su condición? Acabaría siendo una criada, como lo había sido yo, y antes fuera mi madre, sin ningún horizonte prometedor.

Por la ventana abierta del cuarto llegaba el siseo del viento. Si nacía niña, mejor sería estar lejos. Si nacía niña, en Nighthill, rodeada de aquellas paredes, su nacimiento sería también su tumba. Un niño tenía más posibilidades de salir airoso, aunque también podía acabar siendo un simple sirviente, como cualquiera de los que trabajábamos para lady Blackburn.

El doctor Raynott irrumpió en mis pensamientos; no iban a permitir que ese bebé naciera. Querían arrebátarmelo. Iban a quitármelo sin darme ninguna explicación, sin darme ninguna opción a elegir. Desde el principio, la señora Hall había tomado la palabra y su decisión era irrevocable. Iban a arrancármelo de las entrañas. Iban a separarme de mi hijo.

Antes de que volvieran, supe que debía huir de aquel lugar. Hice la maleta con la ropa necesaria, el dinero que había ahorrado los últimos años y algunos de mis libros más preciados que había conseguido adquirir con mi salario. Abrí el cajón de la cómoda y cogí mi diario, así como la ilustración que había hallado en el baúl. No me veía capaz de dejarlos detrás de mí. Los guardé bajo la ropa, para que no se arrugaran, dentro del maletín.

En un rincón del escritorio, figuraba la caja que me había regalado Tyrone. Cuando la toqué, él volvió a aparecer ante mí. Yo balanceaba la cajita con el libro entre las manos y guardaba silencio. Ninguno de nosotros decía nada. El recuerdo cada vez era más difuso y su rostro se había transformado en una mancha borrosa.

Empezaba a amanecer. Saldría de la casa antes de que el día clareara. Dejé la caja en el escritorio. Allá donde fuera, no la necesitaría. Si conseguía escapar, sería

libre. Solo tenía que traspasar la valla que flanqueaba la propiedad de los Blackburn. Resultaba difícil de creer; por primera vez, tenía la oportunidad de dejarlo todo atrás e iniciar una nueva vida.

A pesar de que las piernas me flaqueaban y de que la cabeza me daba vueltas, hice un esfuerzo por reponerme. Descendí las escaleras que conducían a los pisos inferiores; traté de bajar sin hacer ningún ruido, de puntillas. No se oía ninguna voz. Aún quedaban unas horas para que mister Ackerman y la señora Hall despertaran. Sin embargo, anduve cautelosamente. ¿Y si me estaban observando, aguardando el momento indicado para detenerme? La casa estaba a oscuras y, aparte de mi propia sombra, no se apreciaba ningún otro movimiento.

No tenía ni idea de qué haría una vez me encontrara fuera de los muros de los Blackburn. Lo único que sabía era que debía salvar a mi bebé. Me cubrí el rostro con la capa, abrí la puerta y salí al exterior.

Nighthill aún dormía, con sus chimeneas apagadas. El mar había enmudecido y solo se oían mis pisadas. Exceptuando algunos vagabundos, no había ni un alma rondando la ciudad. Con frecuencia, me volvía para asegurarme de que nadie me estaba siguiendo. Caminaba con la cabeza gacha, tapándome el rostro con la capucha de la capa. Doblé por Rose Street, luego por Brown, hasta que llegué a la travesía principal que conducía al muelle.

En el embarcadero, el ambiente era más concurrido. Los hombres iban de un lado a otro, transportando cajas y mercancías, y los navíos se balanceaban en las aguas. Se movían lentos, medio soñolientos. Era como si el día se resistiera a comenzar, como si, de algún modo, estuviera dándome más tiempo.

Sentí el impulso de meterme como polizón en cualquiera de los barcos que se disponían a zarpar. No obstante, aunque consiguiera introducirme en alguno y esconderme, no tardarían en dar conmigo. Antes de iniciar sus viajes, lo más seguro era que registraran los camarotes y rincones de la embarcación. Y si me descubrían, me devolverían de inmediato a lady Blackburn.

Un hombre ataviado con un gabán verdoso bajó por la rampa de uno de los navíos. Se encendió una pipa e inspiró el humo, saboreándolo. Cuando exhalaba, cerraba los ojos con placer. Otro más bajito, cargado con una bolsa de tela, se acercó a él y le llamó capitán. Intercambiaron unas palabras que no conseguí oír. El bajito respondió, satisfecho, y subió al navío con la bolsa que cargaba a sus espaldas.

El capitán era un hombre alto, de hombros anchos y de rostro anguloso. Vi cómo desviaba su vista hacia mí, levantaba los ojos y me miraba, complacido.

—¿Quiere algo, señorita?

—¿Es el capitán de ese barco? —pregunté.

—Eso es. El mismo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Adónde se dirige?

Hurgó en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una moneda.

—Escocia —dijo, me guiñó el ojo y vi que me señalaba—. Veo que tiene previsto hacer un viaje. ¿Le interesaría, tal vez?

—Necesito un pasaje —dije, haciendo lo posible por no vacilar. Tenía que mostrarme segura.

Él volvió a fumar la pipa. Sus ojos brillaron. Me observó de arriba abajo; se

detuvo en mi cintura y luego subió hasta mi pecho. Dio dos pasos en mi dirección.

—Quizás podamos llegar a un acuerdo... —dijo en voz baja. Introdujo la mano por debajo de mi capa y me acarició el brazo.

Sonrió, jocosamente, y retrocedí.

—Si eres buena conmigo, prometo serlo contigo. Anda, juguémoslo a la suerte. Lanzaré este chelín al aire; si sale cruz, te doy el pasaje por nada, ¿trato hecho? Si sale cara... entonces, haces lo que te diga.

—Déjeme verla.

Avancé para cogerlo, pero me detuvo. La cara del hombre se crispó de furia y tiró la moneda al suelo. Esta giró sobre sí misma antes de caer; una única silueta se perfilaba en las dos caras.

—Venga, ven conmigo y demos esto por zanjado. —Trató de agarrarme por el brazo, pero, de un empujón, lo aparté a un lado con un golpe de maleta. El hombre se tambaleó y gruñó con furia—. ¡Qué te den, hija de perra!

Lo dije gritando y algunos de sus hombres se volvieron en nuestra dirección. Empecé a correr y me alejé lo más rápido que pude hacia el corazón de Nighthill. Las calles se habían animado, y los ruidos se mezclaban con las voces de los transeúntes y el traqueteo de los carruajes. Me colé entre unos y otros. Cuando me volví, me contemplaba desde la lejanía y soltó una carcajada junto a otro de sus hombres. Seguí abriéndome paso entre la muchedumbre. Ya había suficiente gente en las calles para que alguien pudiera reconocerme. Aquel hombre me había visto la cara. Todavía podía notar su mirada clavada en la nuca. Pensé en coger la diligencia, pero no salía hasta media tarde y no podía permitirme deambular a la luz del día.

Solo me quedaba buscar un refugio. La librería del señor Breen estaba cerca. Podía intentar que me acogiera. Después de lo que me había ayudado, podía fiarme de él. Para ocultarme, tenía que buscar a un aliado y se me acababan las opciones.

Las chimeneas ya echaban humo y los olores de las cocinas y de los hornos en marcha se fundían en las esquinas. Un grupo de chiquillos jugaba y resbalaba por la nieve que había empezado a cubrir la ciudad. Esta había tapizado los tejados que, uno tras otro, se asemejaban a una fila de montañas nevadas.

A medida que avanzaba hacia la librería, reparé en que estaba cometiendo un grave error; se había convertido en el lugar menos seguro. Tyrone, lady Blackburn, la señora Hall... mis conocidos sabían de ese paradero. Hacía años que lo frecuentaba y en cuanto se percataran de mi marcha, ese sería el primer sitio al que acudirían. Entretanto, los muchachos corrían y se lanzaban bolas de nieve unos a otros. No podía pedirle auxilio al señor Breen. El lugar que siempre me había protegido se había convertido en una ratonera.

Supe que solo tenía una salida. En este caso, no podía buscar ni esperar una garantía de seguridad. Solo podía confiar, arriesgar y aguardar que saliera bien. Sentí que el viento había cambiado y que soplaba en la misma dirección en la que me dirigía. Me abrigué con la capa, bajé la cabeza y me apresuré.

La entrada del edificio estaba recubierta de nieve. Traté de sortear los montoncitos que obstaculizaban el paso sin resbalar. Para no caerme, me apoyé en la barandilla que rodeaba la parcela, salté y enfilé los escalones.

Cuando me abrió la puerta, Henry Burrows iba envuelto en una bata mal

abrochada. Acababa de levantarse de la cama. Sonreí, aliviada. Al verme, aguardó unos instantes como si estuviera sopesando la situación. Sin pedirle permiso, irrumpí dentro del domicilio. Él se apartó a un lado y me dejó pasar, confuso.

—Cierra la puerta —le ordené; me quité los guantes y los dejé encima de un mueble que había en el vestíbulo de la casa.

En el salón, extendí las manos cerca de la chimenea para entrar en calor y me despojé de la capa. Me había quedado helada durante el trayecto.

Burrows no dijo nada al respecto. Cogió la capa y la guardó.

—Espera. Ahora vuelvo —contestó.

Sin decir ni una palabra más, accediendo y correspondiendo a mi cambio de actitud, se internó en el pasillo que conducía al resto de las estancias de la casa. Me senté en el suelo, con la espalda medio recostada en la chimenea, para entrar en calor.

—Ponte esto —me dijo.

Volvió con ropa limpia y seca; era de hombre, pero, en aquellas circunstancias, se lo agradecí.

—Puedes cambiarte en mi habitación. Está al fondo.

El dormitorio era un cuarto pequeño. Me sorprendió que las paredes estuvieran recubiertas de retratos. En los pies de las fotografías, se indicaban la fecha y el nombre del retratado. La mayoría eran imágenes individuales, que mostraban a hombres y mujeres sobre una misma pared blanca; algunos estaban de pie, mientras que otros permanecían sentados en una silla de madera que se repetía en varias de las fotografías.

Desde una de las esquinas, una niña me observaba. Se rodeaba a sí misma con su abrazo, y las mangas tres cuartos del vestido dejaban asomar unos brazos flacuchos, casi raquíuticos. Tenía la cara muy delgada y sus ojos estaban carentes de vida. No acertaba a adivinar qué edad podía tener; parecía que le hubieran reducido el cuerpo. Su cabeza era mucho más grande en proporción con el resto de sus extremidades, y tenía el pecho completamente plano. Al lado, había una segunda fotografía de la misma niña, pero su expresión era diferente. Su mirada era más amable y no estaba tan delgada. ¿Era posible que las fotografías se hubieran tomado en momentos distintos?

Un poco más a la izquierda, había otro retrato que me llamó la atención. Reflejaba a una mujer de edad avanzada. A diferencia de la niña que desviaba la mirada de la cámara, esta miraba al foco, y lo hacía con una actitud provocadora, enseñando la lengua. Dos largas trenzas de color negro le caían a ambos lados de la cara. Si no fuera por su fisonomía británica, se hubiera podido confundir con una mestiza. Se rodeaba la cintura con los brazos, como si se estuviera protegiendo. De quién, no se sabía.

Me fijé en que el vestido era de la misma tela que el de la niña. Ambos estaban mal confeccionados, sin ningún cuidado. Era como si las hubieran embutido dentro de una tela maltrecha y las hubieran colocado ante una cámara por obligación. Ninguna de las dos sonreía, ni se sentía cómoda ante la mirada del fotógrafo. Ambas mostraban un comportamiento defensivo, un instinto de protección que, según fui observando, se extendía a los retratos que poblaban la pared.

Había una cuarta imagen de una anciana, sentada en una mecedora. Tampoco

dirigía su atención a la cámara, sino que miraba hacia un punto indefinido. Como si estuvieran vacíos, sus ojos miraban más allá. En cierto modo, parecían ciegos.

Mujeres y hombres colgaban unos junto a otros, en una sucesión de expresiones que formaban un conjunto descorazonador.

—¿Todo bien? —dijo Henry, al otro lado de la puerta.

—Sí, ahora mismo salgo —contesté.

La ropa me aguardaba encima de la cama. Me desvestí y me cambié. Recién lavada, estaba suave y templada por la temperatura ambiente. Sentí un escalofrío agradable; me puse los calcetines y noté que iba entrando en calor. La camisa y los pantalones me quedaban grandes, y me colgaban por todas partes. Para que no se me cayeran, me anudé la cintura con una de las cintas de mi vestido.

En el salón, Henry Burrows estaba atizando el fuego. Cuando entré, en sus labios, creí ver que asomaba una tímida sonrisa. Estaba haciendo esfuerzos para no reírse. Estaría ridícula con sus ropas, aunque no dijo nada al respecto.

Burrows se volvió hacia el fuego, hizo ver que se calentaba las manos y giró varias veces sobre sí mismo.

—¿Estás mejor? —preguntó, sin mirarme.

Asentí y agradecí que no se burlara de mi aspecto. Me senté en la butaca que estaba más próxima a la chimenea. Le señalé el asiento y le indiqué que se sentara junto a mí.

Burrows se quitó y recolocó las gafas. Estaba confundido. Y verme enfundada con sus ropas no estaba favoreciendo la situación.

—Supongo que ahora querrás saber por qué estoy aquí —dije.

Se quedó un momento callado, esperando que continuara. ¿Cuánto podía confiar en él? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a contarle? La señora Hall y el doctor Raynott se habían quedado horrorizados. ¿Y si le sucedía lo mismo a Burrows? Casi no le conocía. Si le confesaba mi embarazo, quizás me echara de la casa. Desconocía cuáles eran sus creencias. Contárselo era peligroso, y no podía perderle como aliado.

—No tienes que contármelo, si no quieres —me interrumpió él.

Su voz era sincera. Burrows cogió una taza de café que había en una mesita contigua y se la llevó a los labios.

—¿Puedo quedarme aquí, hasta la tarde? Solo necesito unas horas. Luego me marcharé.

Apuró el café. Dejó la taza a un lado y me miró.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Si necesitas más días, no hay problema —desvió la mirada hacia el pasillo y añadió—: Mientras estés aquí, yo dormiré en el sofá; tú puedes quedarte en el dormitorio.

—Me iré esta tarde.

Henry se inclinó en la butaca y asintió, sin decir nada. Con mi respuesta había sido demasiado cortante y le había cohibido. Escuchando el crepitar de las llamas, en silencio, me fui quedando dormida. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Hacía tiempo que no me sentía tan protegida. Acunada por el calor y por el aroma del café, me había relajado y el cansancio se había apoderado de mí.



Era bien entrada la tarde, cuando alguien llamó a la puerta. Oí la voz de un hombre, seguida de un repiqueteo. Me encontraba en ese instante del despertar en que las fronteras del sueño se diluyen, y la mente aún no es capaz de distinguir el origen de los estímulos. Cuando abrí los ojos, Henry se levantaba del sillón de un salto. Él también se había quedado dormido. Afuera, alguien continuaba golpeando la puerta. Henry fue a abrir.

Intenté aguzar el oído, pero estaba medio soñolienta y solo conseguía escuchar retazos de su conversación. Algunas palabras sueltas como «hospital», «compra» y «fotografía». En mis sueños, me visitaron las mujeres de los retratos; la mujer mestiza sacaba la lengua y las trenzas se alargaban hacia el suelo; cada vez eran más oscuras y densas e iban envolviéndola hasta reducirla en la nada. A su lado, la niña giraba la cabeza de izquierda a derecha, como si no tuviera cuello, y reía sin parar.

Tras intercambiar unas palabras con el visitante, la puerta chirrió y Burrows entró de nuevo en el salón. Se detuvo delante de mí, con la vista fija en la chimenea. Tenía las manos en los bolsillos y la mirada ausente.

—¿Quién era?

—No importa. Qué más da —respondió él.

Se apartó y se irguió. Creí que iba a girarse hacia mí, cuando alzó el brazo y golpeó la pared con fuerza. Dio un puñetazo, luego otro. Jadeaba; se le había crispado el rostro. Si no se detenía, acabaría destrozándose la mano.

Me incorporé y lo agarré por la espalda. Le pedí que se detuviera.

—¡Déjame en paz, déjame en paz! —dijo él.

Había cerrado la mano en un puño y vi cómo le temblaba.

—Ya está —le susurré—, ya está.

Posé mi mano sobre la suya y lo ayudé a abrirla. Tenía sangre en los nudillos. Con cuidado, le empujé, uno a uno, los dedos hacia arriba para desdoblarlos. Burrows se había quedado sin habla.

Le pregunté por la cocina y me indicó que estaba en la primera puerta a la derecha.

—Quédate quieto. Vuelvo enseguida —dije.

Fui a por un trapo y salí al exterior para remojarlo en la nieve. El frío le ayudaría a bajar la hinchazón. Cuando regresé, Burrows seguía en el mismo sitio en el que le había dejado. Apreté el trapo contra su piel enrojecida.

—Mañana estará mejor, aunque te saldrán moratones.

Burrows frunció los labios.

—Debes marcharte —dijo, sin más.

Le limpié la sangre que se le había quedado incrustada y le envolví la mano con el trapo; lo anudé para que no se le soltara.

—Déjate así durante unos diez minutos.

Henry se fijó en la hora que marcaba el reloj de la pared. Ya eran pasadas las

seis.

—Alice, debes irte —insistió.

Apretó el puño y desvió la vista hacia la chimenea.

—Será mañana —respondí—. La diligencia ya se ha ido.

Me miró, intrigado. Creí que iba a pedirme más explicaciones, pero solo asintió.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —dijo, cabizbajo. Luego se puso en pie y se adentró en el pasillo en dirección a su dormitorio.



Quería estar solo, y no me atreví a molestarle. Durante la tarde, me entretuve hojeando los libros y los recortes de los periódicos que habíamos revisado juntos el primer día. Los encontré en la mesa de centro. Recostada en la butaca, releí lo que ya habíamos descubierto del hospital de Wuthering Field y volví a sumergirme en su historia.

En uno de los volúmenes, encartadas en medio de las páginas del libro, hallé una serie de hojas sueltas, escritas a mano. Tenían la misma caligrafía. La contrasté con otros papeles que Burrows había dejado encima de la mesa, con sus anotaciones y confirmé que se trataba de su letra. Leí cada una de las hojas con esmero; eran diferentes testimonios de los pacientes que habían experimentado las torturas de Wuthering Field. En palabras escuetas, Burrows había recopilado las citas de los pacientes, donde revelaban los tratamientos que les habían infligido para curar la mente. Algunos habían sido sometidos a dietas terribles y solo ingerían pequeñas porciones de alimentos dos veces al día. Los médicos creían que el ayuno les ayudaría a purgar sus almas. Las comidas se limitaban a trozos de pan, cerveza para hincharles el estómago, mantequilla y queso reseco. El testimonio de una chica me impactó. Decía así:

Hacía frío. Era pleno invierno y abrieron las ventanas de par en par. Me encadenaron a la pared. Les pedí que me dejaran ir, les dije que me portaría bien; les pedí que me devolvieran a mi cuarto. Pero se rieron. Se rieron y me encadenaron. Me dejaron así durante horas. Lloré y les supliqué, aunque no me hicieron caso. No me devolvieron a mi celda hasta que me salieron llagas y me empezó a sangrar la piel. Éramos monstruos.

Rodeada por el calor del fuego que emanaba de la chimenea y con el té caliente entre las manos, sentí vergüenza de mí misma y del mundo en que vivíamos.

Algunos de los que habían conseguido salir del hospital contaban cómo habían sido expuestos y sometidos ante el público. Encontré otro testimonio, esta vez de un hombre, que había sufrido esos abusos.

Los recuerdo, mirándonos con los ojos como platos, al otro lado. Un niño me escupió, y una mujer me tiró agua helada. Se aferraban a los barrotes y te gritaban. Si nos levantábamos o se nos ocurría gruñir, nos pegaban latigazos. El médico estaba allí... Y el niño... El maldito niño, escup, escup...

La declaración terminaba de forma abrupta, como si hubieran interrumpido a Henry mientras lo transcribía, o como si el propio testigo se hubiera detenido; al leer sus palabras, podía imaginar su voz rota y desgarrada. Los retratos que colgaban de la pared del dormitorio de Burrows se aparecían ante mí. Creía ver sus caras reflejadas en el papel. Esas muecas y miradas perdidas entre las sílabas, pidiendo ayuda.

Mi existencia se había dividido entre dos mundos: el de Henry Burrows, con su casa destartalada, el desorden y los rostros de las personas sin nombre, y el de la casa de la colina que se extendía en la lejanía, como un recuerdo que se había asentado en mi memoria.



Dos horas después de haberse ausentado, Burrows entró en el salón con una bandeja de comida.

—Es tarde, pero deberíamos cenar —dijo, como si nada—. Aparta esos libros y hazme un sitio, ¿quieres?

Dejé los volúmenes a un lado y le indiqué que tomara asiento. Henry agradeció el gesto, depositó la bandeja encima de la mesa y me ofreció un plato. Cuando se unió a mí en la butaca contigua, vi que seguía preocupado.

—¿Qué ha pasado, Henry?

—Supongo que ahora ya puedo contártelo —dijo él, taciturno—. Cuando vivía en Londres, me dediqué a recopilar los testimonios de los pacientes de Wuthering Field. Esa era mi tarea. Siempre me ha interesado el funcionamiento de la mente. Quería retratar lo que les estaban haciendo. Quería dejar constancia de los pacientes que habían internado. —Aunque le temblaba la voz, decidió continuar—: Son tiempos difíciles, y el hecho de que Wuthering Field cada vez se hiciera más célebre hacía que mi interés se acrecentara. Cuando te acercabas al hospital, se oían gritos. Eran horribles. Las primeras veces, la tentación de alejarme y de echar a correr era muy grande. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, y cuanto más los oía, más sabía que debía retratarlo. No podemos dejar que esas cosas sigan pasando. No podemos dejar que el mundo avance así —aclaró. En sus ojos se reflejaba la ira y no tardó en asomar en sus palabras—. Tenemos una responsabilidad. No podemos no hacer nada —afirmó—. Debemos contar la verdad.

Lo dijo con tristeza y cansancio. Se le veía apesadumbrado y a medida que hablaba, más le costaba dominar su enfado.

—Así que, después de insistir en que estaba trabajando y que se trataba de un testimonio social de una época, me dejaron acceder al recinto. Les conté que sus tratamientos pasarían a la historia. —Rio, con desgana—. Los muy imbéciles creyeron que se trataba de un cumplido. Les dije que tomaría las fotografías antes y después del tratamiento, para poder observar la evolución de los pacientes. Haría una primera fotografía antes de empezarlo y otra posterior, cuando este hubiera finalizado y los internos ya estuvieran a punto de salir. Para aquellos petulantes médicos, era emocionante. Significaba que sus nombres perdurarían en el tiempo. Antes de que vieran las fotografías y pudieran requisármelas, me mudé a Nighthill, con la esperanza de que, con la distancia, se olvidarían. Les había dado un nombre falso, pero, por lo visto, han sabido encontrarme.

Hizo una pausa y se encogió de hombros. Lo miré durante unos instantes. Me acerqué a él y le rocé el brazo.

—Y ahora quieren quitártelas —dije.

Tenía las manos frías. Asintió y me miró de reojo.

—Nuestra sociedad está podrida; miramos para otro lado y evitamos enfrentarnos a las verdades que nos incomodan. Pero algún día, Alice, algún día, esto se sabrá.

En su ojo derecho, asomó un tic nervioso. Una contracción que hacía que se abriera y se cerrara de forma intermitente. Se llevó la mano al párpado para ocultarlo. Cerré la mano encima de la suya e intenté tranquilizarlo.

—Vendrán a buscar las fotografías. Mañana a primera hora. Les he dicho que no estaban aquí. Si mañana no las tienen, registrarán la casa —confesó.

Había anochecido y las horas transcurrían veloces.

—Solo me queda una solución —dijo—. Debo irme con las fotografías antes de que vuelvan.

Me escrutó con la mirada. Si él se marchaba, no me quedaba nadie a quien recurrir. Podía coger la diligencia o acceder a la propuesta del hombre del barco, pero volver al muelle me producía escalofríos. Junto a Burrows, me sentía protegida, había encontrado un lugar donde podía refugiarme. Ahora ya no podía separarme. Me sentía incapaz de enfrentarme a la soledad y a la incertidumbre. Y menos aún cuando había hallado ese amparo en él.

—Está bien. Iré contigo —me oí decir, a mí misma.

Burrows me observó horrorizado.

—Alice, no sabes lo que dices. Nos matarán. Son capaces de todo. Si hubieras visto lo que... —se detuvo para coger aire—. No debes involucrarte en esto. Si nos cogen, nos internarán en Wuthering Field.

Los rostros de los pacientes flotaban a nuestro alrededor y creí oír sus gritos. Burrows había bajado la vista, como si se encontrara muy lejos del mundo real. Estaba a punto de perder todo en lo que había trabajado y creído durante años.

—No se harán con esas fotos. Porque no estaremos aquí cuando lleguen —respondí—. Ya nos habremos marchado. Estaremos demasiado lejos para que nos encuentren. Pero tenemos que darnos prisa, no podemos perder ni un minuto más. Solo quedan unas horas para que amanezca. Y no trates de convencerme —añadí—. La decisión ya está tomada. No puedo quedarme aquí, Henry. Debo irme. Y prefiero ir contigo. Déjame acompañarte, por favor —le supliqué.

Burrows se irguió y comenzó a caminar por la estancia. Se movía de una forma muy tranquila y cuando intenté apresurarlo, me ordenó que callara. Iba de un lado a otro de la casa. Reparé en que estaba cerrando los rincones visibles desde el exterior. Tras asegurarse de que las cortinas estaban echadas y de que nadie podía vernos a través de ninguna de las ventanas, regresó al salón y, en susurros, me dijo que nos moviéramos con rapidez.

Descolgó las fotografías de la pared de su dormitorio y las envolvió en un papel especial para que se preservaran. Revolvió los cajones del escritorio y sacó algunas más, que también se aseguró de empaquetar bien para que no se dañaran. Por si se producía algún altercado en nuestra huida, las escondió entre diferentes piezas de ropa que guardó en la maleta. Con tal de viajar lo más ligero posible, solo cogió una maleta con la ropa básica, los documentos fotográficos, los testimonios de los

pacientes que había recopilado y un poco de dinero para el viaje. Lo hizo con una seguridad y eficiencia que me dejaron asombrada. Aquel hombre despistado me estaba mostrando una faceta oculta que se aseguraba de mantener para sí mismo, como si, para protegerse, se hubiera acostumbrado a esconder partes de su personalidad. Con Burrows, aunque entonces era demasiado pronto para recalcar en ello, había dejado de tener miedo. Estaba creciendo algo dentro de mí y esa sensación, con la serenidad que Henry me aportaba, se traslucía en una ilusión de futuro.

Lo ayudé a empaquetar. Media hora después, estábamos listos para partir.

—No apagues el fuego —dijo él—. Lo dejaremos encendido. Si hay alguien merodeando, creerá que sigo en casa.

Miré en dirección a la ventana. Con las cortinas, no se podía ver nada del exterior.

—¿Tú crees que...?

—Estoy convencido. Seguro que hay un hombre ahí fuera.

Se llevó un dedo a los labios y me indicó que lo siguiera hacia su dormitorio. Aquella era la única estancia que no tenía ventanas. En la pared, ya no había ni rastro de los retratos de Wuthering Field. Los había descolgado. Burrows se agachó y tras dejar nuestras maletas en el suelo, movió una butaca que tenía empotrada junto a la pared. Lo ayudé a retirarla a un lado. A nuestros pies había una trampilla del mismo color del suelo; se arrodilló para abrirla. En su rostro se dibujó una mueca de satisfacción. Ya lo había planeado, pensé. Hacía tiempo que debía de estar esperando que sucediera esto. Abrió el cerrojo y la levantó.

Asomé la cabeza y me agaché. Al otro lado, solo podía ver un agujero negro y unos escalones que conducían a algún piso inferior.

—Tú primero. Yo cerraré la trampilla.

Empecé a descender, intentando no resbalar. Los escalones tenían agujeros y estaban carcomidos por la humedad. Cuando llegué al último peldaño, bajé con cuidado; estaba oscuro y apenas podía ver dónde pisaba. Caían gotas del techo y cada vez olía peor. Henry iba detrás de mí. Avanzábamos sin ninguna luz que nos iluminara el camino.

Nos encontrábamos dentro de las alcantarillas de la ciudad. El suelo estaba encharcado y me vi obligada a taparme la nariz y la boca para soportar el hedor. Intenté no fijarme en el suelo. Las ratas paseaban a nuestro lado, y se movían de aquí para allá, rápidas. Sus ojos rojos nos observaban detenidamente, como si estuvieran deliberando qué hacer con nosotros. Notaba cómo su pelaje me rozaba los tobillos y se me erizaba la piel.

A pesar de todo, a Burrows no le molestaba el olor. O, al menos, no lo manifestaba. Avanzaba sin demora y me señalaba por dónde seguir. Se sabía el camino de memoria. Lo habría repasado en muchas ocasiones, anticipándose a la llegada de aquellos hombres. Lo había sospechado desde que tomó las primeras fotografías y, en consecuencia, lo había ido planeando para estar listo en cuanto llegara el momento. La oscuridad no le detenía. Sabía perfectamente adónde nos dirigíamos.

Me indicó que dobláramos a la izquierda, cuando una voz nos interrumpió. Tras

agarrarme de la capa, me atrajo hacia él y me tapó la boca. Nos escondimos en una esquina. Aguardamos. La voz venía en nuestra dirección, acompañada de unos pasos. Un niño apareció ante nosotros. En la mano llevaba un trozo de pan. Estaba tan concentrado en comerlo, que no se dio cuenta de nuestra presencia. Lo devoraba, como si no hubiera comido en días.

Esperamos hasta que se alejó por otro de los pasillos. Cuando nos aseguramos de que no había nadie rondando por los alrededores, Burrows me instó a continuar.

—Aprisa. En nada habremos llegado.

Reanudamos la marcha hasta que nos encontramos ante una escalerilla que conducía a otra trampa. Olía a moho y a excrementos. Burrows comenzó a subir y removió una tapa que estaba entreabierta. Lo seguí, tratando de no tropezarme. Cuando llegué a lo alto, me ofreció la mano desde el otro lado y tiró de mí.

Por el olor a mar, estaríamos cerca del muelle. Burrows me agarró del brazo y antes de que pudiera echar un vistazo, volvió a tirar de mí con fuerza. Levanté la vista y cuando lo miré, advertí el miedo en sus ojos. Ahora estábamos al descubierto y debíamos salir de la ciudad antes de que alguien nos viera. Nos adentramos por el callejón y lo seguí.

Henry caminaba a zancadas. En el exterior, cualquier persona que pasara junto a nosotros era hostil. Cualquiera podía ser un enemigo. Empezamos a correr en dirección recta cuando noté que volvían las náuseas. Hice lo posible por continuar y por seguirle el ritmo, pero a cada paso que daba, y cuanto más intentaba apresurarme, más ganas tenía de vomitar. Le pedí que nos detuviéramos unos segundos.

—Casi hemos llegado, Alice, no podemos pararnos ahora.

Me cogió por la cintura y, a rastras, echó a andar a toda prisa. Pero el mareo me iba trepando por las entrañas y me vi obligada a detenerme de nuevo. Me aparté de él y me acerqué a una de las paredes; sin poder contenerme, vomité.

Henry se arrodilló junto a mí. Estaba nervioso. Miraba de un lado a otro, temiendo que, en cualquier momento, alguien se abalanzara sobre nosotros. Se estaba enfrentando a una decisión que no se atrevía a decir en voz alta.

—Vete —le dije—. Márchate.

Me miró, muy serio. Le toqué el brazo, a modo de despedida.

—Vete, repetí, vete...



Entreabrí los ojos y distinguí una estancia interior. En la pared contigua, una ventana daba al exterior. Los copos se deslizaban lánguidamente en el aire, como en un sueño. Con las manos, tanteé lo que había a mi alrededor; estaba acostada sobre una cama que no reconocía. Tenía la frente empapada de sudor y se me adhería a la almohada.

—¡Ha despertado! —exclamó alguien. Una mujer me tocó las mejillas—. Está ardiendo, Henry —volvió a hablar la misma mujer.

Sentía que la cabeza me palpitaba y que un sinfín de pinchazos se concentraban en mi estómago. Sabía que Henry estaba cerca. Había oído su nombre, pero no podía

verle. Me escocían los ojos y tenía los pies helados.

—Tiene que verla el doctor —insistió la mujer.

Pero eso era lo último que quería. Me aterrorizaba la idea de que me viera un médico. La mujer me observaba, preocupada. Quería detenerlos e impedir que fueran en busca de un doctor. Solo quería salir de allí, salir de Nighthill, alejarme de la colina que conducía a casa de los Blackburn.

Alcé la cabeza para decírselo, pero la voz no me respondía.

Al fondo, oí cómo se abría una puerta.

—¡Espera! —dijo la mujer.

Miré hacia su silueta, mientras mis ojos se adaptaban a la luz. Creí ver a Henry abrigándose.

—Tú no puedes ir a buscarlo; te encerrarán si te encuentran —añadió ella—. No. Henry, debes marcharte. Y lejos.

—Pero, madre, yo no puedo dejarla...

—Tienes que marcharte, Henry. Mantente a salvo. Vete antes de que lleguen —insistió, suplicante. Se le quebró la voz—. Yo cuidaré de ella. Te lo prometo. —Henry le apretó la mano con fuerza—. Si te encuentran, te encerrarán... ¿Y de qué le servirás a ella entonces? —añadió la mujer.

Madre e hijo se contemplaron en silencio.

—Anda, márchate.

—¿Me prometes...?

—Te lo prometo —concluyó ella—. Y ahora, haz el favor de marcharte. ¡Vete!

Él la besó en la frente. Burrows se volvió hacía mí y me miró durante unos instantes. Asentí y le sonreí. Me contempló una vez más y desde la distancia, me devolvió la sonrisa. Luego se giró y, tras abrazar a su madre, se marchó. Cuando la puerta se cerró, la mujer ocultó la cara entre las manos.

Nighthill, 1847

Pasé la noche dando vueltas. La mujer se sentó a mi lado, en una mecedora, y no se movió. Hacía horas que Henry se había marchado y no sabíamos cuándo volveríamos a verle. Para evitarnos problemas, no nos había revelado su paradero y se había llevado consigo las fotografías y los testimonios de los pacientes. Desconocíamos si había salido ya de Nighthill y adónde se dirigía.

Tras la partida de su hijo, la mujer había enmudecido. Caminaba en círculos por la estancia y, de vez en cuando, se detenía enfrente de la ventana. Al anochecer, la ciudad se había quedado desierta. No había nadie en las calles. Los habitantes se habían refugiado en sus casas, y en las aceras solo se oía el viento.

Para cenar, la madre de Henry me preparó un caldo. Me ordenó que lo bebiera despacio, para que no me sentara mal. Tragué sorbito a sorbito. Estaba caliente, y con el frío, me reconfortó. Ella se sentó junto a mí. Sin percatarnos, con los sucesos del día, se había hecho tarde. El reloj de la iglesia dio la medianoche.

—Yo dormiré aquí —dijo, señalando la mecedora que reposaba junto a la chimenea—. Así puedo estar pendiente de ti. Y si te encuentras mal, te oiré.



Cada cierto tiempo, me despertaba agitada, sudando. A pesar de los cuidados de la señora Burrows, la fiebre no menguaba, y saber que no podía salir de Nighthill solo agravaba mis nervios. Después de varios episodios con náuseas, la mujer se levantó y fue en busca de unos periódicos. Los dejó en el suelo, cerca de la cama, para que pudiera vomitar sin manchar nada.

A medida que la noche avanzaba, cada vez me encontraba peor. Me había subido la fiebre y tenía la visión borrosa. No conseguía distinguir los objetos. Cuando la mujer me hablaba, las palabras se confundían unas con otras.

Ella se balanceaba incesantemente en la mecedora y, cuando se levantaba, andaba de un lado a otro de la estancia. Insistía en llamar a un médico. Por miedo a que alguien pudiera reconocerme, le pedí que no lo hiciera. Aparte del doctor Raynott, solo había otro doctor en la ciudad y no quería correr ese riesgo. Era demasiado fácil que me reconocieran y que el rumor se extendiera. Sobre todo en una ciudad tan pequeña como Nighthill.

Después de varias réplicas, dejó de insistir y se limitó a ayudarme cuando vomitaba o cuando me incorporaba, asustada, tras una pesadilla.



Eran las cuatro de la madrugada cuando me levanté vociferando palabras sin sentido.

Intentaba pedirle ayuda, pero mi mente y mis labios iban descoordinados. No conseguía decir lo que quería. La señora Burrows me tocó la frente.

—Iré en busca de ayuda. Quédate aquí, no te muevas.

Traté de agarrarla por el vestido, pero apenas podía sentir los brazos.

—Ahora vuelvo. El doctor Mansfield vive aquí al lado. Tranquila, tranquila...

Estaba débil, y el cuerpo no me respondía. Se lo pedí una vez más, pero ella ya había salido y no podía oírme.

Habían pasado casi tres horas desde que se había marchado. No comprendía por qué se estaba retrasando tanto. Me había dicho que el médico vivía cerca. Temí que la hubieran reconocido como la madre de Henry Burrows y que le hubiera pasado algo malo. Por mucho que intentara levantarme, no tenía fuerzas para mantenerme en pie. Sentía unos terribles retortijones.

Me acerqué al bordillo de la cama y suspendí la cabeza en el aire. Al mirar hacia abajo, comprobé que la señora Burrows no me había dejado sola. Echado, con las orejas y el hocico en el suelo, había un perro, que no había visto antes. Este alzó la vista hacia mí y abrió la boca, en un gran bostezo. Su pelaje era negro y blanco, aunque en algunas partes, como en las cejas o el trasero, justo debajo de la cola, tenía motas de color marrón claro. Me miró, vigilante y, al hacerlo, se levantó y sin dejar de contemplarme con sus ojos grandes y oscuros, estiró las patas, desperezándose en un leve temblor que me hizo sonreír. Se lamió la oreja derecha que le llegaba hasta el suelo y tras bostezar por segunda vez, se irguió y se sentó, moviendo la cola. Cuando miraba, sus ojos negros se agrandaban y bajaba las orejitas, en una expresión enternecedora.

Después de acostumbrarnos el uno al otro, me lamió cariñosamente, como si tratara de animarme. Luego se tumbó en el suelo, con la barriga hacia arriba, mientras doblaba las patas. Quería que le acariciara. Me asomé un poco más al borde y le rasqué la barriguita. Las orejas se le habían abierto y el marrón claro del interior contrastaba con el pelaje negro del resto del cuerpo. Sacaba la lengua y ronroneaba. Entreabría y cerraba los ojos. Luchaba para no dormirse pero, cuanto más lo acunaba, más le costaba no adormecerse.

Estaba acariciándole cuando la puerta se abrió. La señora Burrows y un hombre, enfundado con un sombrero y un largo abrigo hasta los pies, entraron. El perro se incorporó de un salto y corrió hacia su dueña.

Al ver al extraño, retrocedió un paso y empezó a ladrar. Este se había vuelto para cerrar la puerta y, con el abrigo y las sombras de la estancia, no podía verle el rostro. Con la cabeza gacha, el perro estiró el hocico y siguió ladrando.

—Shh... ¡Cállate! ¿No ves que ha venido a ayudarnos? —dijo la señora Burrows, mientras le indicaba al perro que se apartara a un lado, señalándole la mantita donde dormía—. Vete para allí, para allí, Max. Perro tonto.

El perro agachó la cabeza y, con los ojos tristes, dio media vuelta y se retiró a su sitio. Alterada, la señora Burrows se disculpó por haber tardado tanto. Había ido a buscar al doctor Mansfield pero no lo había encontrado en casa. Según le había contado su esposa, se había visto obligado a marcharse para atender a un paciente que estaba gravemente enfermo. En su ausencia, había tenido que atravesar la ciudad en busca de otro médico que pudiera ayudarles.

—Ahí la tiene, doctor. Ha pasado una noche horrible.
La señora Burrows se apartó a un lado. El médico se sacó el sombrero.
—La señorita y yo somos viejos conocidos —dijo el doctor.

Nighthill, 1847

El doctor Raynott se había acercado a mí, amenazante, mientras ella le suplicaba.

—No lo haga. No le haga daño. ¡Está muy enferma! —gritaba la señora—. Llamaré a la policía. Eso es, los avisaré, yo...

El animalito se había erguido, y contemplaba fijamente al visitante, sin moverse de los pies de su ama. Tenía las dos patas delanteras avanzadas, en posición de ataque. Separaba el labio superior del inferior, enseñando los dientes. No pesaría más de ocho quilos, temblaba. Gruñó y la cola se le metió entre las piernas.

El médico rio y, antes de que ella pudiera detenerlo, se abalanzó sobre el cachorro; lo agarró y retrocedió, presionándolo contra su pecho para que no se escapara. La señora Burrows intentó recuperarlo, pero el médico la apartó a un lado con un gesto brusco que hizo que se tambaleara. Ella se arrodilló.

—Déjelo... Déjelo, por favor —dijo, abatida.

Él seguía presionando al animal. Este movía la cabeza de un lado a otro para zafarse de él. Hacía ruiditos agudos y bajaba las orejitas, asustado. Tiritaba y clavaba la vista en su dueña.

—Ahora va a dejarme marchar. Y no va decir ni una palabra. ¿Entendido?

Tendida en el suelo, ella continuaba rogándole. El doctor clavó la vista en mí y, como si fuera a pegar a la señora Burrows, alzó la pierna y la señaló.

—Venga conmigo, Alice, y no le haré daño —dijo, refiriéndose a la madre de Henry—. Si no lo hace, le prometo que lo lamentaré.

Traté de levantarme para enfrentarme a él, pero el cuerpo me dolía y con la fiebre no era capaz de coordinar bien los movimientos. Podía ver lo que sucedía y, sin embargo, no podía actuar en consecuencia. Estaba allí como una mera espectadora, sin poder decir ni hacer nada. Ante mi silencio, el doctor se aproximó a la señora Burrows y se preparó para darle una patada. Se detuvo unos instantes, dándome una última oportunidad. No podía permitir que la señora Burrows sufriera por mí; no podía hacerle eso a ella ni a Henry, me dije a mí misma. Le pedí que se detuviera. Tras agarrarme por la cintura, me obligó a incorporarme.

Antes de marcharnos, para asegurarse de que la señora Burrows no contara a nadie lo que había sucedido, él cogió al perro, lo guardó en una bolsa de tela y se lo colgó a la espalda. El doctor le dijo que, si se portaba bien, se lo devolvería en unos días. Acto seguido, me llevó a rastras de vuelta a la mansión de lady Blackburn.



Horas después, estaba en mi dormitorio de las buhardillas. Había vuelto a la casa de la colina. Echado sobre una pequeña alfombra, yacía el perrito de la señora Burrows. Tenía los ojos medio abiertos; miraba sin ver ni comprender lo que había pasado. Me acerqué a él y le acaricié el lomo para tranquilizarle. Levantó la cabeza hacia mí y, tras comprobar que solo lo estaba mimando, volvió a reposar el hocico encima de sus

patitas. Con cuidado, lo cogí entre mis brazos. Al principio, comenzó a mover las patas por miedo a que fuera a hacerle daño. Pero lo acerqué a mí y, tras depositarlo encima de las sábanas, en los pies de la cama, le acaricié de nuevo el pelaje. Gimoteó unos instantes hasta que se calmó. Los dos solos miramos a través de la ventana cómo el horizonte se alejaba cada vez más de nuestro alcance.

No podía dejar de pensar en la señora Burrows. El último recuerdo que tenía de ella era su imagen en el suelo. Raynott me había empujado hacia fuera antes de que pudiera hacer nada. Quería volver para comprobar que estaba ilesa, pero me habían cerrado la puerta con llave. Había intentado forzar la cerradura; al otro lado, el ama de llaves me vigilaba.

Se oyó un ruido procedente del corredor contiguo y el perrito alzó la cabeza. Clavó sus ojos negros en la puerta. Esta se entreabrió y asomó una mano, seguida de una figura humana. La señora Hall iba vestida con una capa negra que le llegaba hasta los pies. En la mano, llevaba un vaso con un líquido amarillento.

Intenté dirigirme a ella; se negaba a mirarme a los ojos.

—Bébetelo esto —me ordenó.

Por detrás, apareció el doctor Raynott. Entró y cerró la puerta tras de sí. El cachorro se acurrucó y bajó la cabeza, ocultándola en mis brazos; él también podía oler el peligro.

—Ya ha causado suficientes problemas, ¿no cree? —dijo el doctor Raynott—. No se haga de rogar. Haga algo decente por una vez.

—Alice, haz lo que te dice —me pidió la señora Hall.

—Lamento tener que llegar a estas circunstancias. Pero si no lo hace por las buenas, la tendremos que forzar —concluyó él.

Preferí no preguntarles para qué era. Desde que me lo acercaron, supe de qué se trataba. Me irían dando brebajes, hasta que apareciera la sangre. Rodeé mi abdomen con las manos.

Nighthill, 1847

No recuerdo cuándo empecé a sangrar.

El ama de llaves me sujetaba por los hombros. Me retorció en la cama. Intenté no mirar hacia abajo. El olor de la sangre cada vez era más intenso. Oía al doctor hablar con la señora Hall, pero no distinguía las palabras. El sufrimiento no me permitía ver ni escuchar más allá de lo que estaba sucediendo dentro de mi cuerpo. Era una sensación cruel y aterradora; notar que te rompes por dentro, sentir que lo que has creado, que tu propio futuro, desaparece y que no puedes hacer nada para evitarlo. Extendí los brazos, como si así pudiera alcanzar el futuro que se escurría.



Desconozco cuánto tiempo estuve inconsciente. Solo sé que en cuanto abrí los ojos, todo había terminado. Habían cambiado las sábanas y prácticamente no había rastros de sangre. Me habían colocado unas toallas debajo, por si se reanudaba el sangrado. La señora Hall me susurró que lo peor ya había pasado. Me pasó la mano por el flequillo y me apartó el cabello. Se la veía más pálida que de costumbre; llevaba el cabello despeinado y el vestido arrugado. No había dormido en toda la noche; se había quedado conmigo, para asegurarse de que evolucionaba favorablemente y de que no volvía a sufrir otra hemorragia. Lo más probable era que tuviera más pérdidas, pero serían menores que las últimas que había padecido.

La señora Hall me cogió de la mano. Ambas nos miramos sin decir ni una palabra. Bajo la luz de la mañana, el dormitorio había adquirido un aura cálida. Parecía imposible que, tan solo unas horas atrás, hubiera perdido a mi bebé.

De repente, la carita que tantas veces había imaginado se dibujó en una de las paredes, pero el rostro no se definía. Alcancé a ver una sonrisa. Un rictus maligno asomó por debajo de la mirada. El niño no tenía ni nariz ni orejas, ni tampoco barbilla. Pero podía ver retazos de lo que habría sido. Sus ojos se agrandaban por momentos y, cuanto más lo miraba, más claros y transparentes se volvían. La sonrisa se abrió, y creí oír un grito agudo extendiéndose por la casa. Me eché hacia un lado de la cama y me tapé los oídos con las manos. Los chillidos cada vez eran más agudos. Cerré los ojos y apreté los labios. Quería que se detuvieran.

—¡Haga que paren, señora Hall! ¡Haga que paren! —le supliqué.

Pero seguían los gemidos. El futuro que había dejado escapar. Mi bebé lloraba. Grité para amortiguarlos. La señora Hall salió de la estancia a toda prisa y volvió acompañada del doctor. Cuando me volví hacia ellos, Raynott me observaba con lástima. El ama de llaves no cesaba de gesticular. Le toqué el vestido con la mano y la obligué a mirarme. Solo quería salir de allí.

El doctor asintió con la cabeza y se sentó a mi lado.

—Como temíamos, han empezado las alucinaciones —dijo y, tras dirigirse hacia el ama de llaves como si yo no estuviera allí, añadió—: Cuídela, póngale paños en la

frente y dele mucha agua. Que beba agua, ¿entendido?



Si intento regresar a aquellos instantes, solo consigo recordar algunos intervalos. Otros, estuve inconsciente o demasiado cansada para darme cuenta de lo que sucedía. Los gritos se colaban en lo más profundo de mi mente. No hay nada más doloroso que ver y sentir cómo el futuro se escapa de tu cuerpo. Se va, intentas agarrarlo y te das cuenta de que ya no existe.

Transcurrieron días hasta que pude levantarme de la cama. El ama de llaves cuidó de mí hasta que conseguí reponerme. Por la noche, dormía sentada en una silla maltrecha en mi dormitorio. Durante varias jornadas permaneció a mi lado, y solo se ausentó para asearse, para ir en busca de nuevos paños húmedos o de comida. Ni tan siquiera salía de la estancia cuando venía el médico. Incluso cuando el doctor le había pedido que se marchara, había insistido en quedarse.

Las alucinaciones iban y venían. El doctor me recetó una serie de brebajes que, según él, me ayudarían a amortiguar las molestias y a regular la temperatura corporal. Desconocía qué ingredientes llevaban, pero no tenía fuerzas para averiguarlo. Los tragaba y me volvía a dormir.

Cuando tenía la mente lo suficientemente despejada para pensar, lo único que me venía a la cabeza era el bebé que había dejado marchar. Mi futuro. Un futuro que no existía. Si me quejaba por los ruidos, la señora Hall traía nuevos paños, más fríos, para amortiguar los pinchazos de la cabeza.

Aquellos días que pasamos juntas, apenas hablamos. Nos limitamos a convivir, una junto a la otra, sin decir nada. Pensando y mirando las paredes que nos rodeaban.



El séptimo día amaneció tormentoso. La lluvia golpeaba las ventanas e hizo que me desvelara. Serían las seis o las siete de la mañana; había luz, pero el cielo estaba encapotado. Me habían dejado sola. La puerta estaba entreabierta; la señora Hall habría bajado a la antecocina en busca del desayuno. O quizás estaría asistiendo a lady Blackburn.

Hasta entonces, no se me había ocurrido pensar en nuestra patrona. No la había visto desde mi huida y ya había pasado una semana. Que yo supiera, no había subido a verme. ¿Quién habría estado asistiendo a lady Blackburn durante aquel periodo? Seguramente otra de las sirvientas me habría suplido durante mi ausencia.

Haciendo acopio de mis fuerzas, me incorporé y puse los pies en el suelo. La casa estaba en silencio y me tranquilizó no oír los gritos del bebé que había perdido, ni el viento golpeando contra las ventanas.

El espejo me devolvió mi reflejo, y no pude evitar compararme con los individuos de los retratos que colgaban de la pared del dormitorio de Henry Burrows.

En aquel instante, no parecía diferente a las mujeres que había fotografiado en las paredes de Wuthering Field. En los últimos días, no había comido casi nada y, en consecuencia, tenía el rostro enjuto y había perdido el color. En algunas partes de la piel, habían asomado pequeñas erupciones rojas con granitos blancos. Al tocarme la cara, vi que estaba seca y que se me había pelado debajo de los párpados. El color de los labios era macilento.

No, no era tan diferente a aquellas mujeres, me repetí a mí misma. Sentada en una silla, frente a un fondo blanco, bajo el foco de Burrows, cualquiera me hubiera tomado por una interna del hospital. Coloqué ambas manos en mi regazo como hacían las retratadas, levanté la cabeza y me miré al espejo. Por primera vez en días, tenía hambre. Sentía que debía comer algo o desfallecería. Apoyándome en las paredes, salí en dirección a la antecocina. Descendí las escaleras con cuidado, sujetándome en la barandilla.

Casi había alcanzado el vestíbulo, cuando oí la voz de mi señora. Esperé. Del interior del salón procedía la luz de la chimenea. Lady Blackburn y el señor Bartholomew estaban juntos y habían reanudado su conversación. Tratando de no hacer ruido, bajé y me deslicé por el suelo.

En el salón, los dos se miraban, expectantes.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes.

Lady Blackburn se levantó y, dándole la espalda, comenzó a dar vueltas. Bartholomew aguardó a que ella respondiera. Ella bajó la cabeza hacia el suelo.

—Lo prometiste. Dímelo, Ceinwen. Ya ha pasado demasiado tiempo. Dímelo de una vez —insistió él. Con rabia, tiró al suelo el pañuelo que lady Blackburn le había entregado semanas antes.

Ella hizo una mueca, dejó escapar un suspiro y dio una palmada con las manos. Luego echó la cabeza hacia atrás, resignada, y se giró hacia él.

—Siento tener que llegar a esto. Pensaba que habrías aprendido la lección. Creía que te darías por vencido y lo dejarías estar.

—¿De qué estás hablando? —repuso él, con rabia. Me apoyé en la pared—. ¿Dónde está? —prosiguió él, elevando la voz—. ¡Dime dónde está!

Él se había erguido y sostenía el puño en alto. Cuando ella habló, lo hizo titubeando. Le costaba pronunciar las palabras.

—Elizabeth murió. En Wuthering Field.

Bartholomew se quedó de pie, impasible. Tenía los labios medio abiertos y el brazo suspendido en el aire. En su mirada, se había producido una especie de anulación. El hombre que yo había conocido, con el que yo había paseado y bailado por los jardines, había desaparecido. El sentido de la vida que lo había sustentado durante años se había quedado en nada. Solo sentía la tristeza y la soledad que emanaba de él y que, poco a poco, se reducía a toda su existencia.

—¿Qué le hicieron? —preguntó él, furioso—. ¡Contéstame! ¿Cómo pudiste? ¿Cómo fuiste capaz de permitirlo?

Él le echó una mirada furtiva, una expresión enajenada que me asustó.

—Tienes que olvidarla —le pidió ella—. Se fue hace mucho tiempo. De una vez

por todas. No voy a contarte las barbaridades que le hicieron. No pienso hacerlo, Aleck. —Entre frase y frase, el mundo se detenía—. Lo sabías. Siempre lo supiste —le dijo ella.

Él empezó a sollozar y ocultó el rostro entre las piernas. Lady Blackburn le rodeó con los brazos y le contó la verdad: que nunca había existido nada real entre ellos dos. En la isla, nunca había sucedido nada entre Aleck y Elizabeth. Movidos por las circunstancias y la soledad, él había recreado una ilusión. La naturaleza y su poder impredecible habían sido las causantes de esa situación; la violencia del ambiente había hecho que la realidad se trastornara.

—Tienes que regresar al mundo real, Aleck —dictó ella—. Tienes que aceptar la verdad.

Él se apartó un poco y se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿La verdad? ¿Y cuál es la verdad? Sé que me estás ocultando algo. Te conozco demasiado bien, Ceinwen. Y no me iré hasta que me lo cuentes. ¡Aunque sea lo último que haga! —dijo, encolerizado.

Lady Blackburn estaba acongojada y contraía el rostro en una mueca de horror, como si se dispusiera a aceptar un mal secreto, algo que había enterrado tiempo atrás.

—¿Qué es la verdad, querido? ¿Acaso crees que existe una única verdad? —dijo ella.

Bartholomew le devolvió una mirada repleta de violencia. No iba a desistir. Cansada, bajó la vista y le dio una última oportunidad.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —le preguntó, como si intentara salvarle—. Luego, no habrá marcha atrás.

El viento silbó una vez más y el nombre de «Elizabeth» resonó por las paredes de aquella casa de la colina. Él insistió y mi señora se preparó para contar el final de la historia.

En la isla, 1821

La cacería no fue difícil. Cuando la encontraron, la muchacha había perdido la razón. Como un animal, en la forma más primitiva del ser humano, se movía de un lado a otro del claro del bosque. Bailaba y, en sus brazos, acarreaba el cadáver de un niño.

Aprovechando que estaba en trance, Ainsworth y Howsham se arrojaron sobre ella. La inmovilizaron contra el suelo y, sirviéndose de un trozo de cuerda, la maniataron. Como cualquier ser vivo a punto de ser cazado, se resistió; abría la boca, enseñándoles los dientes e intentando morderles.

Para asegurarse de que la joven no podía escapar, la encerraron en una caja grande de madera que utilizaban para guardar barriles de aceite, y decidieron habilitarla como una jaula para la asesina. Con tal de que pudiera respirar, hicieron varios agujeros en la madera, por donde podrían facilitarle, también, la comida sin necesidad de abrir la caja. Decidieron aumentar la seguridad colocando dos cerrojos diferentes. Se repartieron las dos llaves entre el capitán y su ayudante. De esta forma, si uno caía en la tentación, precisaba del otro para poder abrir la jaula.

Después de los largos meses de travesía que llevaban a la caza de ballenas, toda preocupación era poca, pensó Ainsworth. Desde hacía casi dos años, habían estado navegando en compañía de hombres. Habían dormido, comido, luchado y defecado juntos. La presencia de una mujer a bordo despertaba el apetito sexual. Elizabeth Fawcett resultaba una amenaza tentadora.



Tras haber encerrado a la asesina, el capitán y su ayudante volvieron a la isla. Se habían fijado en que, al otro lado de donde habían anclado, se alzaba el mástil de un navío. Era probable que hubiera más supervivientes.

De camino a la otra embarcación, llegaron a un claro que conducía a una laguna. El agua borboteaba con una calma casi idílica, como si aquella parte del bosque se erigiera en un ensueño. Agazapados en la orilla, mojándose los pies en el agua, hallaron a un joven, llamado Eddie, y a una muchacha que respondía al nombre de Ceinwen. Él rondaría los diecisiete años, mientras que la chica era menor, de unos catorce, pensó Howsham. Estaban demacrados y mugrientos; a no ser por sus rasgos occidentales, podrían haberlos confundido con indígenas. Llevaban las ropas sucias y raídas, y su delgadez hizo que se sobrecogieran. Ella apenas sonreía y aunque el chico les dijo que podía hablar, no pronunció ni una palabra. Había enmudecido de repente.

Después del asesinato que acababan de presenciar, ni Ainsworth ni Howsham sabían qué más podrían encontrar en la isla ni tampoco en quién podían confiar. ¿Quiénes eran aquellos muchachos y cómo habían llegado hasta allí? El chico los escrutaba con paciencia, examinando cada uno de sus movimientos. Por el momento,

decidieron que aún no les revelarían el homicidio de los niños. Desconocían qué relación guardaban los críos muertos con los dos supervivientes; y antes de darles aquella información, tenían que estar seguros de si podían confiar en ellos. Primero, les interrogarían, y más adelante decidirían qué harían, acordaron con Howsham.

Cuando Eddie y Ceinwen les preguntaron si se habían topado con alguien más durante su breve expedición, Ainsworth no hizo ninguna referencia a la matanza. Se limitó a contarles que, mientras andaban por el bosque, se habían cruzado con una extraña mujer. Al verles, esta se había mostrado agresiva y se habían visto obligados a apresarla, hasta que recobrarla la compostura.

—Y esto es todo, chicos —concluyó el capitán—. Ahora, os agradecería que nos contarais qué ha pasado aquí: cómo habéis llegado y cómo habéis sobrevivido en esta maldita isla. —Ante la mirada recelosa de Eddie, Ainsworth se detuvo y añadió—: Podéis confiar en nosotros. Solo queremos devolveros a casa. Pero necesitamos saber qué ha sucedido. ¿Nos ayudaréis?

Ceinwen titubeó, pero la promesa de regresar a casa hizo que Eddie tomara las riendas de la situación. Si ella no quería hablar, lo haría él. Su mirada refulgió y en su rostro, asomó una expresión de alivio. A lo lejos, las velas de la embarcación que los devolvería al hogar se alzaban con una fuerza que olía a victoria.

—Empezó con el turbión —dijo Eddie—. Una tempestad y unas olas gigantes se precipitaron sobre nosotros. El barco quedó destrozado... Cuando despertamos, solo quedábamos cinco. El res... Los otros habían... muerto.

Hacía pausas de vez en cuando, cavilando cada palabra que pronunciaba. No supo concretar los meses que habían transcurrido desde entonces. Habían perdido la cuenta de los días. Durante aquel tiempo, se habían alimentado cazando, despellejando cualquier animalucho que encontrasen, pescando y cogiendo los frutos que proporcionaban los árboles del bosque. La mujer que habían apresado, Elizabeth Fawcett, al principio se había encargado de cuidarlos, adoptando el papel de madre. Pero la isla la había engullido; se había vuelto fría y, en ocasiones, la violencia la dominaba, haciendo que perdiera el control.

—Empezamos a tenerle miedo. Incluso, algunas veces, temíamos mirarla a los ojos. —Su mirada cada vez resplandecía con mayor intensidad—. Las últimas noches, los niños se retiraban a su cueva asustados. No sabíamos hasta dónde era capaz de llegar... Era violenta, peligrosa. Evitábamos encontrarnos con ella si no era estrictamente necesario. En las comidas y en las cenas, dejamos de hablar... Alguna vez... Nos había atacado.

No parecía dispuesto a callarse. Hablaba sin parar y detallaba todos los acontecimientos con una serenidad que, dadas las circunstancias, los dejó estupefactos. La calma que desprendía era asombrosa, y la capacidad de supervivencia que les estaba demostrando era digna de admirar. Su voz fluía con cada frase, mientras la chica lo miraba con una expresión indescifrable.

Ainsworth y Howsham se fijaron en que, cuanto más proseguía con la historia, más se afligía la muchacha. Intentaron interrogarla, pero no pudieron sonsacarle nada. Cuando le preguntaron acerca de lo que había sucedido y de Elizabeth, ella alzó la vista hacia los dos hombres, juntó los labios y negó con la cabeza. Viendo que no colaboraba, se concentraron en el joven.

Eddie les estaba contando lo que sabía cuando, de repente, la chica se incorporó y perpleja, dio un paso adelante.

—Los niños... Tenemos que... Tenemos que ir a buscarles —dijo ella.

Howsham y Ainsworth se miraron y aguardaron a que la chica añadiera algo más, pero tan pronto como había hablado, volvió a cerrar los labios. ¿Debían contarles la verdad? Ainsworth y Howsham asintieron con la cabeza y se volvieron hacia ella. Como si hubiera visto la desgracia en sus rostros, retrocedió y empezó a parpadear.

—Cuéntenmelo. ¡Por favor, cuéntenmelo! —suplicó, con la voz trémula.



Cuando se enteró de la muerte de los niños, Ceinwen no volvió hablar. Atribuyeron su silencio a una conmoción. Al verla temblando, el ayudante la tomó en sus brazos y le prometió que se los llevarían consigo.

Ainsworth ordenó a Howsham que se hiciera cargo de los jóvenes y que los acompañara al navío. Allí podría acomodarlos y darles de comer. Habrían llevado una alimentación precaria, sobre todo la chica; sus facciones angulosas delataban su malnutrición y sus piernas eran casi igual de delgadas que sus brazos.

El ayudante asintió y, con ambos a su lado, reemprendió la marcha en dirección al barco. Todo se había terminado y en unas semanas la pesadilla habría llegado a su fin. A la chica le costaba mantenerse en pie; Howsham la ayudó a seguir. Ceinwen apoyó la cabeza en él, desconsolada. Por primera vez, era incapaz de expresar las sensaciones que la invadían. Era una desazón mezclada con la rabia, y cuanto más pensaba en lo que le habían revelado de los niños y Elizabeth, más impotente se sentía.

Mientras avanzaban por la maleza, le asaltaron las caritas sonrosadas de sus compañeros: cómo Oliver dibujaba círculos en la arena, y Tommy y Daniel jugaban alrededor de la hoguera. Rememoró esas noches en que, antes de acostarse, se sentaba junto a ellos y les contaba historias de miedo. Se le encogió el corazón. Los rincones de la isla la devolvían a los ratos que habían compartido, y sus sonrisas traviesas se dibujaban en cada matorral, arbusto o árbol que rozaban. Ceinwen había trepado por algunos de esos árboles con ellos; habían jugado corriendo por los senderos que serpenteaban por la isla. Pero se habían ido. De un día para otro, habían dejado de existir. Ceinwen quiso llamarles por su nombre y gritar al viento, pero nadie le respondería. Ya no estaban, y nunca volvería a sentir su presencia.

Un vacío la inundó. Jamás volvería a oír sus voces ni sus gritos, ni nadie volvería a mirarla con tanta admiración como aquellos chicos que, sin razón alguna, habían perecido.

En silencio, intentando que Howsham no la oyera, rompió a llorar.

En la isla, 1821

Mientras Howsham conducía a los chicos al ballenero, Ainsworth continuó en dirección al mástil que había divisado desde la lejanía. Al final del bosque, vio la embarcación. El navío se alzaba con sus anchas velas y en lo alto ondeaba una bandera negra. Cuando se aproximó, oyó voces de hombres. Estaban trabajando en la reconstrucción del barco. Al enfilear la rampa que conducía a cubierta, se cruzó con uno que se disponía a tapar unos agujeros. Se le veía famélico y ofrecía un aspecto deplorable.

—¿Quién es usted? —dijo Doug, a sus espaldas.

—¿Quién está al mando aquí? —respondió Ainsworth, obviando la pregunta.

El contraemaestre soltó un suspiro irritado y escupió al suelo.

—Sígame.

Descendieron los escalones hacia los camarotes. Durante el silencio que siguió, doblaron un pasillo y llegaron a una estancia cuya puerta estaba abierta. Dentro, un hombre vestido de negro se limpiaba, con dificultad, el muñón que tenía por mano. Lanzó una mirada afilada a su contraemaestre.

—¿Quién demonios...?

Ainsworth empezó a hablar.

—Angel, Angel Ainsworth —se presentó—. Llevamos meses en alta mar a la caza de ballenas. En nuestra travesía, vimos la isla a lo lejos y decidimos atracar para descansar unos días y abastecernos.

El hombre de negro había escondido el muñón bajo el gabán, y había posado su única mano en su cartuchera. Tamborileaba los dedos sobre el cuchillo que le colgaba del cinturón.

—Aleck, Aleck Bartholomew —se limitó a decir.

Ambos se contemplaron con curiosidad. Había furia en sus ojos.

—Hemos encontrado los cuerpos de los niños —dijo Ainsworth.

Bartholomew y Doug cruzaron sus miradas, sin comprender a qué se refería. Ainsworth detectó la duda en sus ojos.

—¿Saben lo que ha pasado, verdad?

Por la gravedad de su voz, Bartholomew supo de inmediato que había sucedido algo terrible. Se apoyó en la pared del camarote y, de pie, se enfrentó a su interlocutor.

—¿Dónde está Elizabeth? —preguntó.

Ainsworth hubiera esperado cualquier contestación, excepto aquella. Contrariado, se quedó paralizado ante la pregunta del capitán. En su tono, cualquiera hubiera percibido la desesperación. Advirtió que el semblante de Bartholomew se había ensombrecido. Había dejado al descubierto su mayor debilidad.

—Cuéntemelo. Cuéntemelo —dijo Aleck, y lo hizo con un tono amenazante, mientras cerraba los dedos encima de la navaja.



Cuando Bartholomew comprendió que Elizabeth había asesinado a los niños a sangre fría, sintió que la culpa lo resquebrajaba por dentro. Eddie lo había avisado, pero los esfuerzos para salvarla habían resultado inútiles. Esa joven que se refrescaba en la orilla mientras el día despuntaba y ayudaba a los niños a sobrevivir; esa joven que les contaba cuentos en voz alta para agradecerles, se había convertido en una asesina.

Aquellos tres chiquillos habían muerto. Ainsworth le confesó cómo se la habían encontrado, cerca de las cuevas, con uno de los cadáveres en los brazos. Tenía las manos cubiertas de sangre. El niño al que abrazaba tenía los ojos abiertos, como si contemplara el fin que se extendía sobre ellos. Ella lo mecía, como si de un muñeco se tratara, y hablaba con dos voces. Giraba en la linde del bosque y conversaba con un amigo imaginario, alguien nacido de su invención que respondía al nombre de Cornelius. Cuando la apresaron, lo único que les había pedido era que le devolvieran a su muñeco, a su marioneta de pelo rojo; no quería dejar a Cornelius atrás. Tras haberlo reencontrado, no podría soportar que volvieran a separarla de él.

Bartholomew recordó cómo se había iniciado aquella alucinación; cómo Elizabeth, presa de los celos tras haber hallado a Ceinwen, se había inventado un cómplice. Al principio, se lo permitieron, pensando que, con el tiempo, acabaría desapareciendo. Pero como todas las cosas que tienen nombre, Cornelius cada vez era más real en su mente. La joven había mezclado el pasado con la vida en la isla, y los trastornos de su infancia la habían perseguido hasta romperla.

Debía de haberla detenido la noche en que se había desatado su locura, la noche en que le cortó la mano. Elizabeth había agarrado la navaja y, sin darle ninguna oportunidad, le había rebanado el brazo. Había esperado demasiado, permitiendo que su delirio la consumiera. Aleck dejó caer la mano en el vacío, y la furia que se había adueñado de su rostro se convirtió en un profundo abatimiento. Había fracasado en su cometido. Por su culpa, los niños habían fallecido.

—¿Qué van a hacer con ella? —preguntó, sin mirar a Ainsworth.

Nunca había visto a un hombre tan hundido. Lo habían anulado por completo. Ainsworth sintió lástima por él.

—Regresaremos a Londres. Nos aseguraremos de que la cuiden —dijo, para tranquilizarle, en un acto de compasión.

Aleck quiso responder, cuando se oyeron pisadas a sus espaldas. Los hombres de Ainsworth habían sido informados por Howsham de la situación y habían acudido en ayuda de su comandante. Su búsqueda durante los meses en alta mar había sido interminable, repleta de desesperanza. Y ahora, cuando estaban tan cerca de volver al hogar, ninguno quería perder a su capitán. Habían acudido por si precisaba de su ayuda. Al fin y al cabo, Ainsworth era un solo hombre y se había expuesto demasiado rápido sin saber quiénes ocupaban el barco naufragado. Era posible que los necesitara, llegado el momento.

En el camarote, Aleck exhaló una risa burlona y se pasó un dedo por los labios.

—Veo que han venido a rescatarle —dijo, con una mueca insolente.

Los superaban en número y en armamento. Sus hombres habían llegado cargados con arpones, preparados en caso de que hubiera un enfrentamiento. En sus miradas se reflejaba la cólera y el ensañamiento que suceden al cansancio. Conocía esa ira, y sabía que cualquier estímulo podría hacerla explotar. Habían vagado durante meses, alejados de sus familias, y batallado con algunas de las bestias marinas más peligrosas del océano. Habían desafiado a la muerte en incontables ocasiones. No permitirían que un hombre manco se deshiciera de su capitán. Bartholomew admiró su lealtad, esa fidelidad que los unía y los mantenía juntos a pesar de la dureza del tramo que aún les quedaba para regresar a casa. Conmocionado por lo que había acontecido, supo que no tenía nada que hacer. La voz de Elizabeth resonó en sus oídos.

Dos hombres alzaron un poco más los arpones, resueltos a atacar si el capitán daba un paso al frente. Pero Aleck no se movió.

—Prométame que vivirá —dijo Aleck.

No debía apresurarse; Ainsworth reflexionó acerca de su contestación. Era consciente de que, en cuanto llegaran al puerto de Londres, deberían entregar a Elizabeth a las autoridades para ser juzgada. Lo más probable era que nunca volvieran a encontrarse con el capitán Bartholomew y, con el tiempo, él se olvidaría de ella. No valía la pena hacerlo padecer más de lo que ya había sufrido. Sabía que no podía contarle la verdad. Por lo que había visto, si lo hacía, Bartholomew enloquecería. Y ya había sufrido suficiente. De hecho, estaba sorprendido de cómo habían sido capaces de sobrevivir. Aquellos hombres parecían al borde de la muerte y, aun así, trabajaban con ahínco para hacerse a la mar. Sabía reconocer la fuerza de espíritu en cuanto la veía, y aunque tuvieran sus diferencias, aquel hombre de negro era digno de admirar.

Bartholomew alzó la vista hacia él; su alma se reflejaba en su mirada carente de vida, hecha pedazos y humillada para el resto de su existencia.

Lo miró, de nuevo, de hito en hito.

—Vivirá. Estará atendida. Se lo prometo —mintió Ainsworth.



Tras pasar la noche en la isla para acabar de reponer fuerzas, decidieron partir al amanecer. El día anterior, sus hombres habían recogido provisiones y agua dulce que les servirían para abastecerse durante la travesía. Tendrían que hacer alguna parada más durante el trayecto, pero, al menos, ya ponían rumbo a Inglaterra.

En la baranda, viendo cómo el sol clareaba en la engañosa línea que marcaba la finitud del mar, Ainsworth pensó en el capitán Bartholomew y en los hombres que dejaban tras de sí. Antes de marcharse, y tras comentarlo con Howsham, le habían ofrecido a él, y a su diezmada tripulación, un pasaje en su barco. No habían terminado de reconstruir el navío y, aunque estaba prácticamente arreglado, todavía les quedaban ciertas reparaciones importantes. Tardarían en zarpar, y aquellos

hombres estaban exhaustos.

Le había prometido llevarlos en el ballenero. Sin embargo, cuando atracaran, tendría que entregarle a las autoridades. Podía asegurarle un pasaje de vuelta, pero no podía dejarle libre cuando entraran en territorio inglés. La era de la piratería había llegado a su fin, y los últimos barcos que navegaban bajo bandera negra estaban prohibidos por decreto real.

El capitán Bartholomew le inspiraba compasión. En cierto modo, le transportó a cuando él era joven. Aleck tendría veinticinco años y, tras lo que había descubierto de la isla, desconocía cómo las atroces experiencias que habían vivido no los habían trastornado. Como caballeros de mar que eran, podrían hacer un trato. Pero no podría salvarle una vez hubieran llegado a casa. Aunque esperaba que aceptaran su propuesta, Bartholomew la rechazó.

—Un capitán no puede abandonar su embarcación —le había dicho—. Sería como abandonarse a sí mismo.

Ainsworth extendió la mano por encima de la barandilla del navío. El viento soplaba a su favor.

En la isla, 1821

Ceinwen siempre recordaría cómo la isla se difuminaba en el horizonte. Todo estaba en silencio, y tan solo oía las olas al chocar contra el barco. Descansó la cabeza encima de su mano, contemplando cómo los últimos meses se evaporaban en una pesadilla. La isla, tan tangible y viva en el recuerdo, desaparecía sin más. Todavía podía oler la tierra húmeda; los despertares con el aroma de la hierba del bosque, o la brisa del mar que se le colaba por la nariz con el regusto de la sal.

Advirtió la figura de Eddie acercándose. El chico la rodeó con sus brazos y la besó en la mejilla. Tenía los labios grasientos y la barba incipiente que le estaba creciendo la molestó. Intentando disimular, le dedicó una sonrisa de lado y continuó observando cómo la niebla se tragaba sus recuerdos.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó Eddie, apático.

Ceinwen ladeó la cabeza, en señal de negación.

—Bien, ahora empezaremos una nueva vida y olvidaremos todo esto. ¿Entendido? Prométeme que lo has entendido.

Repitió el mismo movimiento, esta vez asintiendo.

—Así me gusta —dijo él, y la besó en la mejilla—. Voy a comer algo, te espero en el camarote.

Ella no se relajó hasta que Eddie desapareció escaleras abajo. Algunos de los hombres estaban comiendo en el piso inferior y en la cubierta, aparte del vigía, del que comandaba el timón y de dos hombres no había nadie más.

Antes de que se desvaneciera para siempre, Ceinwen clavó, por última vez, la mirada en la mancha borrosa que se alejaba. Dentro de poco, ya no podría alcanzarla.

Resopló, cansada. Comer le vendría bien; le dolía el estómago. Iba a darse media vuelta cuando vio una sombra que se fundía con sus recuerdos.

*Nighthill, 1847*

Asomada a la ventana, lady Blackburn fijaba la vista en el horizonte, que se extendía más allá de la colina: en la línea del mar que marcaba el fin de la ciudad y anunciaba el comienzo de otros lugares. Absorbida por el profundo azul, trataba de reconciliarse con el pasado. Se había dispuesto a contárselo. El señor Bartholomew escuchaba sin perderse ni una palabra.

Y así, dejamos que nos arrastrara.



Seguía mirando a través de la ventana, en dirección al mar, cuando reanudó la

historia.

—Decirte adiós fue una de las cosas más difíciles que he hecho en toda mi vida. Se me rompió el corazón cuando me enteré de que te habías negado a volver con nosotros, Aleck. Sin ti, pensando en que te habías quedado atrás, la travesía se me hizo interminable. Me sentía culpable por lo que había sucedido. Estaba agotada, llevaba días sin probar bocado y solo quería dormir. Tenía pesadillas sobre la isla y, a medida que pasaban los días, se me hacía un nudo más y más fuerte en el estómago. Intentaba pasar el máximo tiempo posible en el camarote, para evitar a aquellos hombres nauseabundos. Cuando me encontraba con alguno de ellos, parecía que me desnudarán... Te necesitaba tanto, tanto... No podía cesar de preguntarme, por qué no estabas ahí para socorrerme. —Lady Blackburn se retorció las manos sobre la falda y le temblaba el labio inferior—. Cuando llegamos a casa, Londres era muy distinta de la última vez que la había visto. Sus aceras, antes hermosas y ataviadas de gente, eran calles grises, a las que raramente llegaba la luz. Había suciedad por todas partes. Era la decadencia, la decadencia absoluta. Al atracar, la gente nos esperaba en el muelle. Nos señalaban... ¡Cuervos, eran unos cuervos! Sabían lo que había pasado. Durante la travesía, habíamos parado en varias ocasiones para abastecernos, y el capitán debía de haber avisado de nuestra llegada y de lo que habíamos vivido en la isla. Nos miraban como si fuéramos salvajes.

»No quería descender del navío. Me cogí al brazo de Eddie. A él no se le veía alterado, sino que se mostraba firme, como si no pasara nada, como si él pudiera soportarlo todo. Aunque ahora sé cuán equivocada estaba, debo confesarte que en aquella época me admiraba cómo Eddie podía mantener el porte, incluso en situaciones tan difíciles. Me agarré a él y pensé que así estaría protegida. Era tan solo una niña... Con los años, he aprendido que, con tal de que nos protejan, somos capaces de cometer graves errores. En ese momento, Eddie era lo único que tenía y me transmitía una seguridad que necesitaba para seguir adelante. Sí, había visto un lado de él que me alarmaba, pero en aquel momento, su protección era lo único que me importaba. Estaba aterrada, y él estaba ahí, conmigo. Antes de bajar, me detuve unos instantes para saborear el aroma a sal. Sentía que no podía separarme del océano. Si lo hacía, todo habría llegado a su fin y no habría vuelta atrás.

»En mi último contacto con ese mar que, a pesar de la distancia, me devolvía a la isla, recordé cómo tus manos rugosas me habían acariciado en la laguna y cómo me habías cuidado. Creo que, hasta entonces, no fui consciente de que te había perdido para siempre. Si bajaba la rampa que conducía a tierra, tú ya no serías nada, polvo sobre el polvo, un fantasma del pasado.

Cuando dijo esto, estaba al borde del llanto. Miró al señor Bartholomew y le señaló el cielo que se veía a través de la ventana del salón; este se había teñido de un azul melancólico, mezclado con tonos rosáceos que avecinaban el despertar de la ciudad.

—Fantasmas... Debes de estar pensando, ¡vaya tontería! ¡Fantasmas...! Pero así es como me sentía. Intenté sentir tu presencia una vez más, pero Eddie me agarró del brazo y me obligó a avanzar. No soy tan mala como piensas, Aleck... Yo también fui una niña una vez, ¿sabes? Y tú ya no estabas. Habías decidido quedarte allí. En cierto modo, nos habías abandonado. Habías preferido quedarte en la isla que volver con

nosotros. No sabes cuánto daño me hizo aquello. No lo comprendía; al final, pensé que quizás te estabas cobrando tu venganza por lo que había pasado en el camarote, cuando me negué a mirarte. Un rechazo por otro rechazo. —Su voz había menguado y a veces se entrecortaba al hablar por la emoción—. La tripulación bajó y descargó las mercancías. Eddie me sujetaba con fuerza, como si temiera que pudiera escaparme. Pero lo cierto es que no tenía ningún lugar adónde ir. Mis padres habían muerto en el naufragio, como bien sabes.

»Me encontraba perdida, mirando de un lado a otro, cuando, de pronto, oí su voz. Había mucha gente, mucha. Se agolpaban unos con otros, se empujaban, y no podía ver nada. Intenté ponerme de puntillas y, tras zafarme del brazo de Eddie, traté de abrirme paso. Continué avanzando entre el tumulto, hasta que la vi. Elizabeth llevaba las manos y los pies encadenados con grilletes. Hombres y mujeres, desconocidos, la rodearon. Al verla, tuve ganas de escupirle. Solo podía pensar en los niños que había matado. ¡Ella, ella había acabado con sus vidas! Los que la cercaban empezaron a insultarla. Alargué los brazos y me sumé a los gritos de la muchedumbre.

»Ahora me arrepiento, pero yo misma me uní a aquella maldad. Quería destruirla. Con todas mis fuerzas, quería que sufriera. Elizabeth también te había herido; te había arrancado la mano. Por su culpa, yo te había rechazado. Era ella quien te había separado de mí, Aleck. Cuanto más lo pensaba, más claro veía que Elizabeth era quien lo había echado a perder. Su locura nos había arrastrado al abismo.

»Exaltada, me uní a aquel coro de voces que desgarraba su nombre. Con la gente moviéndose, me hice un hueco por el que podría introducirme. Sin embargo, Eddie me detuvo; me asió de los hombros y me obligó a refugiarme con él. Temía que aquella muchedumbre, con los nervios a flor de piel, causara una estampida de la que no pudiéramos escapar.

»La multitud comenzó a correr hacia Elizabeth; le lanzaban tomates, frutas; algunos le arrojaron utensilios desde las ventanas. Elizabeth no se movía, mantenía la cabeza gacha con la vista fija en el suelo. Antes de dejarme arrastrar por Eddie, me volví para mirarla una última vez. Pero todos me tapaban, y dentro de mí se había asentado una ira de la cual no conseguía desprenderme.

»En aquel momento, la odiaba. Tienes que entenderlo, Aleck. Para mí, ¡los había asesinado! ¡Ella había terminado con todo! Debes comprenderlo, eso es lo que me habían contado...

Lady Blackburn se detuvo para coger aire, y se llevó la mano a la boca, como si algo le hubiera asaltado a la mente.

—Sujetándome del brazo, Eddie me apartó del gentío y me llevó a una callejuela muy estrecha. Luego me obligó a doblar dos calles más hasta que llegamos a un portal. Sin darme ninguna explicación, se paró y llamó a la puerta. Un hombre nos abrió. Ambos se sonrieron y se abrazaron. Me había quedado anonadada, pero en mi cabeza no podía dejar de oír los gritos de la gente que aún se escuchaban a lo lejos. Cerré los puños con rabia al pensar en ella. Debía apartarla de mi mente. Eddie se había percatado, y no dejaba de asirme del brazo. Sabía que, en cuanto me dejara, escaparía e iría en su busca.

»—¿Viene contigo? —le preguntó el hombre a Eddie, tras echarme un vistazo.

»Eddie asintió. El otro bajó la cabeza, colocándose a mi altura, y me retiró dos mechones que me caían sobre el rostro para verme mejor. Retrocedí dos pasos, pero Eddie me frenó.

»—Tranquila, no quiero hacerte daño. Pero necesito asegurarme de que estás bien. Habéis pasado por mucho —repuso el hombre, en un tono tranquilizador—. No os preocupéis; ahora ya estáis a salvo, en casa.

»Casa. Repetí esas palabras decenas de veces en mi mente. Sus letras conformaban una sensación nostálgica. No tenía ningún hogar al que volver. Mis padres habían muerto, dejándome huérfana, sin nadie a quien recurrir.

»Llevada por la rabia que me subía por las entrañas, le zarandeeé y le exigí su nombre. Con un gesto que intentaba calmarme y conseguir mi complicidad, me tendió la mano.

»—Raynott. John Raynott, a su servicio, señorita.

Me aferré más al pomo de la puerta. Ella se había detenido para secarse las lágrimas que le caían por las mejillas. Estábamos a punto de llegar al final: el tramo que aguardaba a ser contado y que tantas noches había anhelado descubrir. Tras dejarle unos segundos para que se serenara, Bartholomew suplicó a Lady Blackburn que continuara.

—En Londres le pedí a Eddie que me condujera a la casa que antaño había sido mía, donde había vivido con mis padres. Quería verla, tocar la piedra con mis manos, pasear por el jardín que tantas tardes me había cobijado mientras leía con la cabeza recostada en la falda de mi madre, encima de la hierba.

»Cuando llegamos, me dio un vuelco el corazón. Las ventanas del piso superior estaban iluminadas y, en una de ellas, creí ver el reflejo de una figura femenina, moviéndose de un lado a otro de la estancia. Como era de esperar, alguien nos había suplantado. La casa tenía nuevos inquilinos. Toqué la valla de entrada y acerqué la cara a los barrotes. Mi pasado, la vida que tanto había ansiado recuperar, se escapaba entre aquella verja oxidada.

»Eddie y yo rodeamos la casa hacia la parte trasera del jardín. No se parecía en nada al lugar en el que yo había vivido. Estaba repleto de flores de diversos colores, y habían plantado una serie de especies exóticas que desconocía. En el centro del jardín, un señor de aspecto afable y elegante jugaba con dos niños. Los tres reían y saltaban de un lado a otro. Se les veía felices. No paraban de reír. Por un momento, me recordaron a Tommy, Daniel y Oliver...

»Uno de los niños alzó la mirada un instante y, cuando me vio, su rostro se transfiguró en una expresión de asco y tristeza. Yo estaba esquelética; llevaba las ropas de la isla. Bajo su mirada, me encogí. El niño empezó a insultarme. Rompí a llorar, hasta que Eddie me cogió en brazos y me apartó de allí. Eddie me salvó. Fue el único que pudo sacarme de allí, Aleck... ¿Por qué no estabas? ¿Por qué me dejaste atrás?

Temí que Lady Blackburn no pudiera continuar. Aguardó unos instantes y luego reanudó la que sería la última parte de nuestra historia.

—El tiempo transcurrió y cuando quise darme cuenta, mi vida se había trasladado a Nighthill. Estaba saliendo de una iglesia pequeña, cogida del brazo de

Eddie. Nos rodeaban decenas de personas y gritaban al unísono el apellido Blackburn. Levanté la vista hacia él en busca de su protección, pero Eddie no me prestaba atención. Estaba ensimismado en el gentío que no dejaba de aclamar y de lanzar arroz a nuestro paso. Todavía no era consciente de la decisión que había tomado. Avanzaba como en una ensoñación, como si alguien tirara de mí, como si alguien me controlara desde lo alto para evitar que me derrumbara.

»Así, Aleck, recién cumplidos mis quince años, sin familia a la que acudir, me había convertido en la señora Blackburn. Ataviada con un velo que había sido confeccionado con las mejores telas procedentes de Oriente, lucía el vestido de novia que siempre había soñado. Eddie me paseaba de un lado a otro, con la barbilla altiva, y saludaba, victorioso.

»Traté de reconocer alguna cara o expresión entre los que nos vitoreaban, pero aparte del señor Raynott, no había nadie a quien pudiera dirigirme. Estaba sola. Completamente sola. Ese fue el momento en que todo se desplomó. Porque cuando caemos en la soledad, acabamos abandonándonos a un pozo; un pozo que no tiene fin y que va volviéndose más profundo con los años. Entonces era demasiado joven para comprenderlo, y necesitaba desesperadamente que alguien me diera cobijo. Ahí estaba Eddie, el mismo que me había cuidado en el camarote, y de quien había creído enamorarme en la isla. Ese joven de belleza exquisita me quería, velaba por mí. Me estaba dando un hogar, una familia, una nueva vida lejos del horror de la isla. O al menos, eso me obligué a creer.

»Después de la boda, nos trasladamos a la casa de su familia. En cuanto se enteraron de su regreso, sus padres, que se habían trasladado a vivir a la plantación de Australia, viajaron a Inglaterra para ver a su hijo y asistir al casamiento. Intentaron, sobre todo su padre, que fuéramos a las colonias con ellos. Pero Eddie se negó en rotundo. Al volver de la isla y pisar el asfalto de la ciudad, le oprimía la mera idea de regresar a un lugar incivilizado. La ciudad le ofrecía unas comodidades que no encontraría en la plantación, y no estaba dispuesto a arriesgar una existencia fácil y apetecible por gobernar a una pandilla de esclavos rebeldes. Además, si nos mudábamos a las colonias, estaría bajo la tutela de su padre; en cambio, si nos quedábamos, pasaría a gobernar la casa de Nighthill. Nadie le daría órdenes. Sería dueño de sí mismo y viviría a su antojo. Después de la libertad que había saboreado en la isla, no aceptaría que nadie le mandara, ni tan siquiera su padre. No, haría lo que le viniera en gana.

»Padre e hijo discutieron durante días. Fueron unas peleas muy desagradables; ambos eran muy parecidos y, al verlos juntos, podía atisbar destellos del futuro hombre en el que se convertiría mi esposo. Eddie ya había empezado a transformarse, aunque aún tardaría unos meses en darme cuenta.

»Después de muchos intentos y discusiones, y gracias a la mediación del doctor John Raynott —el médico de la familia—, Eddie consiguió sus objetivos.

»William Raynott, el padre de John, había sido el doctor y amigo de los Blackburn durante décadas. Se había retirado hacía unos años y, desde entonces, su hijo lo había relevado. Lord Blackburn y lady Blackburn confiaban plenamente en él. Confabulándose con Eddie, John Raynott les suplicó que nos dejaran permanecer en Nighthill. Habíamos vivido un episodio traumático y a pesar de que las secuelas no se

habían manifestado, no tardarían en aparecer, y era importante que, cuando esto sucediera, pudiéramos acceder a una asistencia, de la que careceríamos en la plantación de Australia. En Londres estaban los mejores doctores y el propio John Raynott se encargaría de atendernos.

»Para convencerle, Eddie le prometió a su padre que, en cuanto hubiera pasado cierto tiempo y nos sintiéramos capaces, iríamos a la plantación y él se prepararía para aprender el oficio. Aquella vaga promesa bastó para contentar a su padre. Y así, se salió con la suya.

»Era increíble cómo lo hacía, Aleck... No sé cómo lo conseguía, pero nos manipulaba. A veces pienso en él como en un marionetista, moviendo nuestros hilos, hablando por nuestras bocas, dirigiendo nuestras voces...

Lady Blackburn volvió a detenerse. Necesitaba hacer pausas, de vez en cuando, para enfrentarse a su pasado.

—Nos quedamos con la casa y Nighthill se consolidó como mi nuevo hogar. Llevaba tanto tiempo yendo de un lado a otro, que había perdido la noción de lo que significaba echar raíces.

»Durante las primeras semanas de nuestra vida solos, las paredes del caserón me aprisionaban, y me veía obligada a salir a pasear por la colina; cuando no había nadie por las cercanías, echaba a correr y no me detenía hasta que me dolía el estómago y tenía que parar para descansar. Me despertaba constantemente con pesadillas de la isla; me desvelaba llamándote, Aleck... Y Eddie se ponía hecho una furia.

»No tenía amigos, y los vecinos nos triplicaban la edad. Por mucho que lo deseaba, no había nadie con quien pudiera conversar. Ni tan siquiera las doncellas me servían. Cuando una epidemia asoló la plantación de Australia y sus padres fallecieron por las fiebres, Eddie se convirtió en lord Blackburn, se deshizo de los sirvientes y decidió renovarlos; se aseguró de buscar un servicio hosco y callado. Mi esposo lo analizaba todo y, aunque disimulara, estoy convencida de que nunca pasó ningún detalle por alto.

»Cuando mis pesadillas se hicieron constantes, Eddie hizo llamar al doctor Raynott y me entregó a su cuidado. Decía que me curaría; que era la única persona que podría hacer que volviera a ser la chica de antes. Le creí, como cualquier esposa hubiera hecho en semejantes circunstancias. Estaba obsesionada con la isla. Quería volver, no dejaba de preguntarme dónde estarías, Aleck. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no habías querido venir con nosotros?

Ahí estaba la pregunta que la corroía por dentro. Me compadecí de ella. Había empezado a hablar muy deprisa, como si el final le quemara y no pudiera aguantarse más para revelarlo.

—Cuanto más tiempo pasaba y peores eran las pesadillas, más se enfadaba Eddie conmigo. Yo trataba de acercarme a él, pero en esos instantes, regresaba a la isla y su lado más oscuro volvía a aparecer. Lo necesitaba para sobrevivir y, a la vez, le temía. Vivía en una eterna contradicción. A medianoche, cuando lo observaba, en la cama, despojados de nuestras ropas, uno enfrente del otro, volvía a sentir esa superioridad que había experimentado en la isla. En esos momentos, se convertía en el Eddie protector y atento que había conocido en la laguna. Me miraba, con los ojos resplandecientes, y sonreía con las mejillas sonrosadas. El desdoblamiento de un

joven que luchaba por convertirse en hombre, demasiado asustado para parecer débil ante las maldades del mundo. Y, sin embargo, cada vez se acentuaba más su sonrisa cruel; esa mueca torcida que, cuanto más la veía, más me hacía estremecer.

Se había quedado pensativa. A medida que avanzaba con la narración, los rostros de los personajes paseaban por mi mente en una especie de carrusel. Pensé en el retrato de lord Blackburn que colgaba de una de las paredes del vestíbulo, y en el joven que la había atemorizado durante su existencia.

Nuestra patrona tragó saliva y, de nuevo, habló.

—Antes de convertirse en nuestro médico, Raynott había estudiado con expertos de la mente, y se había especializado en la memoria. Harto de mis inquietudes, Eddie me obligó a hablar con él. Estaba sola, muy sola. Mis sirvientes apenas me contestaban, y no tenía ningún amigo.

»Sin nadie a quien acudir, acabé haciéndole caso y me confié con el doctor. No tenía otra opción. Mi esposo se sulfuraba si mencionaba cualquier recuerdo relacionado con la isla y necesitaba hablar con alguien, sincerarme, contarle las pesadillas que me acechaban. Temía que pudiera volverme loca. La soledad se había vuelto insoportable, y había visto los límites a los que podía llegar la cordura. Me aterraba pensar que, como Elizabeth, yo también podría enloquecer. Debía hacer frente a los recuerdos antes de que me engulleran y de que me arrastraran.

»Si hubiera podido escoger, hubiera preferido encontrar una amiga, pero las muchachas de mi edad no querían relacionarse conmigo. Cuando pasaban junto a mí, me observaban con suspicacia, como si estuviera maldita. La noticia de la matanza se había propagado, y la gente desconfiaba de una joven que, durante meses, había vivido sola, entre hombres, y en compañía de una asesina. Aunque no podían acusarme, rumoreaban y nadie podía escapar de los cuchicheos.

»La niña que había sido antaño no tenía nada que ver con la joven que volvió de la isla. Me había ido encerrando, sin darme cuenta. Es demasiado fácil aislarse cuando crees que el mundo está en tu contra... Por miedo a perder la cordura, hablé con el doctor Raynott. Una nueva vida, indecisa e impredecible, se abría ante mí. Le confesé mis miedos y los recuerdos que me perseguían. Le conté cómo me quedaba en trance y no podía respirar. Él me escuchaba y me dejaba hablar durante horas, si era necesario, hasta que se aseguraba de que había conseguido apaciguarme. Era amable conmigo. Nunca me interrumpía, ni desdeñaba mis temores.

»Sin embargo, aquello no duraría mucho. Aunque había sido idea de mi marido, las conversaciones privadas con el doctor Raynott se volvieron más frecuentes, ocupando la mayor parte de mi tiempo. Cuanto más duraba el tratamiento, más enfurruñado estaba Eddie; pasados los dos primeros meses, empezó a exhibir un comportamiento infantil, molesto, hasta que sus enojos se convirtieron en unos celos enfermizos. No iba a permitirme que intimara tanto con él. No podía soportar que otro hombre acaparara tantas horas de mi existencia, aunque hubiera sido idea suya.

»Dominado por los celos, decidió poner fin a aquello y me hizo prometer que, en los años que vendrían, nunca volvería a mencionar nada de la isla. Habíamos alcanzado un punto en el que, tras aceptar el pasado, era vital que pasáramos página. Esas fueron sus palabras y el doctor las ratificó, como si fuera su criado. Secas, escuetas y punzantes. Cuando me lo dijo, sonreía con malicia. Ya me había dado una

oportunidad para sincerarme, pero mi tiempo se había acabado. Había llegado el momento de adaptarnos a la nueva vida que nos esperaba en Nighthill.

»Las primeras semanas, añoré mis sesiones con Raynott. Nuestras charlas me habían ayudado a comprender la importancia que había tenido la isla en mí, y a mantenerme conectada con una época vital que no me sentía preparada para abandonar.

»Lloré mucho. Hasta que, con el transcurso de los meses, terminé acostumbrándome a mi nueva vida. Por las mañanas, decidí distraerme con las revistas de moda y, como hacían las recién casadas y las mujeres del vecindario, desayunaba en la cama y me entretenía dando órdenes a los sirvientes. Cuanto más tiempo pasaba con mi soledad, más rabia sentía y más me ofuscaba. Traslataba mis enfados a los criados, y los trataba sin ningún tipo de consideración.

»En aquella época, Eddie viajaba frecuentemente por negocios y era libre para hacer lo que quisiera. Aunque puertas afuera funcionábamos o tratábamos de aparentar que éramos el perfecto matrimonio, cada uno teníamos nuestras aficiones y pasábamos mucho tiempo separados. Para engañar a los vecinos y hacer una exhibición de cuánto me quería, incluso hizo que me construyeran una gran biblioteca y organizó una velada para enseñársela a nuestros vecinos.

»Durante unos meses, nos habituamos y acabé siguiendo sus rutinas. Todo sucedió con normalidad hasta que, un día de invierno, me encontraba echada en la cama, cuando oí unos gritos que procedían del piso inferior. Me destapé, agitada, y bajé al vestíbulo. El doctor Raynott y mi esposo se hallaban enfrente del salón. Cuando me vieron descender las escaleras, se volvieron hacia mí. Eddie tenía el rostro desencajado, y el sudor le caía a ambos lados de la cara. Busqué la mirada del doctor Raynott, pero este me rehuyó. Supe que algo grave había sucedido.

»—¿Qué ha pasado? —pregunté.

»Estaba asustada y el miedo se había apoderado de mi voz. Eddie me observó con una expresión fría y calculadora.

»—Elizabeth ha muerto —dijo él.

»*Muerto*. Todavía puedo oír sus palabras. Me acordé de los niños jugando en torno a la hoguera, con sus expresiones risueñas y ávidas por oír más historias.

»Cuando lo dijo, reconozco que me sentí aliviada. Una mezcla de tristeza y odio se adueñaron de mí. ¡Ay, Aleck! ¡Ten en cuenta que aún tenía pesadillas con los niños, y no podía quitarme de la cabeza que nunca más volvería a verlos! En sueños, sus cadáveres me visitaban y oía sus voces, culpándome por sus muertes. También soñaba con que te volvería a ver, aunque sabía que era imposible. ¡Te echaba tanto de menos! Vivías en mi mente día tras día.

»Eddie aguardaba mi reacción. Con las caritas de los niños grabadas en mi mente, contuve la respiración.

»—Bien, se ha hecho justicia —dije, pensando en ellos.

»Los dos hombres me observaban con curiosidad. De repente, Eddie empezó a reír. Me sonrió abiertamente, como el que sale victorioso tras conseguir su gran triunfo. Todavía puedo recordar sus palabras. Las palabras que le daban sentido a todo y que me acecharían el resto de mi vida.

»—¿Justicia? ¿Eso crees, que se ha hecho justicia? Pensaba que eras más

inteligente que el resto, pero veo que eres igual de estúpida. —Se giró hacia mí y una sonrisa ladeada le cruzó el rostro—. Os lo creísteis. ¡Malditos imbéciles! Elizabeth estaba tan loca que sabía que os creeríais cuanto os dijera.

»Lo confesó. Él los había matado. Se había aprovechado del delirio de Elizabeth y de su recreación de Cornelius, para saciar su sed de sangre. El naufragio había terminado con sus expectativas de futuro, y la existencia en la isla había reforzado esa maldad que yacía latente en su interior. Sus ansias por la muerte se habían acrecentado. La primera vez que había desollado a un conejo, había sentido placer, al igual que cuando clavaba la estaca en los peces que pescaban en la orilla. Un cosquilleo le subía por el estómago, y cuanto más lo degustaba, más se complacía.

»Los niños lo habían molestado desde el principio. Un joven de su clase no podía mezclarse con esa escoria. Aquellos críos constituían engendros sociales: lo incordiaban y solo conseguían perturbarle y ensuciarle. No podía tolerar que semejantes monstruos lo mancillaran. Se había visto obligado a deshacerse de ellos. No había otra opción. La noche en que se escondió en tu navío y oyó vuestro plan, Aleck, Eddie halló una navaja, que pertenecía a uno de tus hombres, y la robó. Se aseguró de no decírselo a nadie.

»Se me encogió el corazón al oírlo, y caí al suelo de bruces. Eddie estalló en una risotada, cuando el doctor Raynott se acercó para auxiliarme y ayudarme a ponerme en pie.

»—¡Espera, querida mía! ¿No te irás a derrumbar ahora, verdad? ¡Si aún faltan las grandes novedades? —exclamó, burlón.

»Vi una gran preocupación en el semblante de Raynott.

»—¿A qué se refiere? —pregunté, temblando.

»Raynott suspiró y vi que se le enrojecían los ojos. Mi esposo dio una palmada en el aire y me sonrió:

»—¿No vas a preguntarnos cómo ha muerto Elizabeth? ¿No tienes ni una pizca de curiosidad?

»Me miró un buen rato. Estaba disfrutando con la situación. Nunca había experimentado tanto miedo y agaché la cabeza. El doctor Raynott se había hecho a un lado. Eddie me cogió por la barbilla con un gesto brusco que me dolió.

»—Ha muerto al dar a luz —dijo, riendo—. ¡Dos bebés! ¡Dos bebés sanos y relucientes! ¿Sabes quién es el padre? —Rio, divertido, como si estuviéramos jugando a un juego.

»Cuando la pregunta flotó en el aire, creí que el padre eras tú, Aleck. Supuse que habíais yacido juntos en la isla, y sentí que me rompía por dentro. Pero de repente, Eddie dio un paso al frente y, haciendo acopio de su crueldad, empezó a masturbarse. Abría y cerraba la boca, disfrutando. Raynott retrocedió. Yo me aferré a la barandilla, horrorizada. En ese instante, supe que tú no habías tenido nada que ver.

»—¿Cómo debe sentirse una cuando otra mujer es madre en su lugar? Cuéntanos Ceinwen, ¿qué sientes ahora? —Me puso las manos en los hombros y, restregándose contra mí, me miró a la cara—. ¿Recuerdas aquella noche en que te intercambiaste con ella para estar con él? Sí, claro que te acuerdas. Debo decirte que lo planeaste todo a la perfección. ¡Hasta me dejaste el tiempo necesario para penetrarla hasta el fondo!

»Chasqueó la lengua y sus ojos refulgieron en la oscuridad. Sentí que mi existencia se hacía pedazos. El hombre que me había desposado, el mismo que dormía cada noche a mi lado, el joven en quien había depositado mi fe, era en realidad un asesino. Nos había engañado desde el principio y yo le había allanado el camino. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Cómo podía haber sido tan necia?

»—Cuénteselo doctor. Dígame cómo ha ido todo —insistió, gozando de su victoria.

»Raynott me observó avergonzado y, haciendo caso de las órdenes de Eddie, habló. Durante algunos meses, fue el médico de Elizabeth en Wuthering Field. En Londres, se dedicó a probar una serie de novedosos tratamientos con varios pacientes que sufrían de alucinaciones. La eligió como una de sus cobayas, pero se topó con un obstáculo inesperado que trastocaba su investigación: estaba embarazada. Siendo así, Raynott se vio obligado a probar sus tratamientos con otros pacientes. Con Eddie habían quedado en que seguiría igualmente su embarazo de cerca, y que lo avisaría en cuanto diera a luz.

»—El parto fue horrible. No sé ni cuántas horas duró. Elizabeth ya estaba muy enferma entonces. Fue un milagro que no perdiera a las criaturas antes. Lo cierto es que ninguno de nosotros creíamos que llegaría al parto. Murió unos minutos después de que naciera el segundo bebé. No fue capaz de aguantarlo —Su rostro se contrajo en un rictus de tristeza. El doctor Raynott me contempló una vez más y añadió—. Ella no quería vivir, lady Blackburn.

»Aquel era el momento que Eddie había estado aguardando, y se lo estaba pasando en grande. Necesitaba saber que yo sufría para poder vivir en paz. Su tranquilidad dependía de la desolación de los otros. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de con quién me había casado. Por primera vez, Eddie se mostraba en todo su esplendor, desplegando su crueldad.

»Quería huir de allí, desaparecer. Pero la realidad era demasiado tangible para ser un sueño. Recordé cómo había abucheado a Elizabeth al regresar de la isla, y cómo me había mezclado entre la multitud para insultarla. ¡Cuántas veces en mi mente la había culpado por lo sucedido y la había odiado por haberte separado de mí, Aleck!

»Eddie nos había vencido.

»De pie, en la escalera, Raynott me miraba acongojado, cuando, de repente, se me ocurrió. Cerré los puños, apreté con fuerza, y me enfrenté a él.

»—Los niños. ¿Qué habéis hecho con ellos? —pregunté.

»—Están en el hospital —respondió Raynott—. Pero no podremos dejarlos allí por mucho tiempo. No podemos hacernos cargo de ellos.

»Mi esposo soltó una carcajada. Alargó la mano en dirección a mi barriga. Sin dirigirme la palabra, me pellizcó muy fuerte e hizo que me doblara hacia delante. Recreándose, apretó hasta que se me saltaron las lágrimas. Satisfecho por haberme hecho llorar, se apartó y me empujó hacia atrás con virulencia. “Triste infértil”, me dijo.

»Intenté mantenerme en pie, pero me había pinzado con tanta vehemencia la piel que no conseguía erguirme. Sin importarle la presencia del doctor, mi marido me tachó de “monstruo”, de “desgracia infecunda”, de... Le encantaba repetir esa

palabra, “infértil”. Se ensañó conmigo. Estaba fuera de sí, Aleck. Era aterrador. “¿Estás triste porque eres incapaz de tener niños, a que sí? ¿Te hubiera gustado tenerlos a ti, eh? Anda, cariño, dinos la verdad al doctor y a mí. ¡Celos, te mueres de celos!”. Había perdido el norte. El médico trató de detenerle en una ocasión, pero mi marido lo amenazó. Me quedé llorando en el suelo. Solo quería que aquello terminara de una vez.

»De repente, llevada por mis emociones, me abalancé sobre él.

«—¿Celos? ¿Celos? ¿Cómo iba a querer un hijo tuyo? ¡Eres el demonio! Me das asco, ¿acaso no lo sabías? ¡Asco! —dije, desesperada. Le así por los hombros de la camisa y le golpeé en el pecho. Estaba encolerizada y no podía dejar de llorar. Había perdido el dominio, y gritaba sin ser consciente de lo que decía.

»Su maldad fue en aumento.

«—Haré que os pudráis, pero poco a poco, hasta que no podáis aguantar más y os desploméis. Ahogaré a esos niños, y lo haré delante de ti, para que veas cómo se retuercen. Quiero que lo presencies. Quiero destruirte, como hice con ella.

«—No se lo permitiré. —El doctor Raynott salió de entre las sombras. Las manos le temblaban por el miedo—. Esos niños están bajo mi responsabilidad, y no pienso permitir que haga esa monstruosidad.

«—¡Maldito majadero! ¡Usted hará lo que yo le diga o si no...!

»En cuanto pronunció aquellas palabras, algo le cruzó la mente y se detuvo en seco. Al ver la fuerza que emanaba del doctor Raynott, un ímpetu creció en mi interior; me levanté y me coloqué a su lado. Aunque ambos estábamos aterrorizados, era nuestra única salvación. Si permitíamos que se deshiciera de las criaturas, para nosotros no existiría expiación posible.

»No te dejaré, Eddie. Nadie tocará a esos niños —me oí decir.

«—Creo que no ha pensado en las consecuencias, lord Blackburn —añadió Raynott; su voz había perdido el nerviosismo y se había tornado más reflexiva—. Si se deshace de ellos, la gente hablará y le aseguro que la desgracia caerá sobre usted.

»El doctor Raynott había conseguido encontrar una salida. Había demasiados testigos que tenían constancia del nacimiento de los niños: el propio doctor, su ama de llaves que, a su vez, había sido la enfermera que había asistido el parto, y yo. Si Eddie terminaba con ellos, tarde o temprano, el secreto acabaría sabiéndose y él sería acusado de homicidio.

»Aunque aquello le enfureció, él también sabía que era la única opción que tenía. Si no, se arriesgaba a la cárcel, o peor aún, a la horca. Así que accedió a regañadientes.

»Unas horas después, el doctor Raynott regresó y lo hizo acompañado de su ama de llaves y enfermera, Martha Hall, que acarreaba a dos bebés en sus brazos: un niño y una niña. Cuando me acerqué a ellos, la niña abrió los ojos de par en par, hizo un ruidito y en su carita sonrosada apareció una mueca que interpreté como una sonrisa. Alargó el dedo y me cogió un mechón de pelo que me caía por los hombros. Pensé en Tommy, en Oliver y en Daniel, en sus rostros inocentes. No consentiría que muriera nadie más.

»A pesar de lo mucho que deseaba quedarme con los dos, había una cuestión que no podíamos obviar. Nadie me había visto embarazada y, si aparecían dos niños bajo

nuestro cuidado, podrían desatarse habladurías. Además, aunque con los años los enfermeros del hospital se olvidarían de aquel nacimiento, si los dos hermanos vivían en Nighthill, sería más fácil atar cabos en el caso de que salieran a la luz las sospechas. Tras discutirlo y sopesar todas las opciones, decidimos separarlos.

»Cogí a la niña en mis brazos. Ella volvió a mirarme con curiosidad y río, complacida. Supe lo que debía hacer. Yo me quedaría con la niña y la trataríamos como a una criada más de la casa. La señorita Hall se quedaría a vivir con nosotros y, bajo el cargo de ama de llaves, cuidaría de ella hasta que pudiera convertirse en mi doncella. Renovaríamos al resto de los sirvientes, como tantas veces había hecho mi esposo, y nos inventaríamos una historia acerca de su madre y su procedencia para enterrar cualquier habladuría.

»Al verme con la pequeña, Eddie estalló en una sonora carcajada. Vivir con ese bebé, bajo nuestro techo, sería el peor castigo que podría darme, dijo. “Vivirás con un engendro. Tendrás miedo, siempre, durante toda tu vida. Y querida, te lo has buscado tú solita”. Aquellas palabras me perseguirían el resto de mis días.

El señor Bartholomew estaba mirando el fuego, concentrado en la historia que lady Blackburn le contaba.

—Si yo me quedaba a la pequeña, era indispensable buscar a otro que se encargara del niño. ¿Pero a quién? Durante su vida, mi marido embaucaría a muchos caballeros de los altos círculos de Nighthill en negocios relacionados con el mercado negro. La mayoría de los que hicieron tratos con él terminaron en agujeros de mala muerte, con cuatro peniques resonando en los bolsillos. Eddie conseguía engatusar a todo aquel que se interpusiera en su camino. Una de sus primeras víctimas fue lord Price, quien pertenecía a una de las familias más relevantes de la localidad. El doctor Raynott nos lo presentó; y, a partir de entonces, mi marido y él se veían continuamente. Como muchos otros harían después, confió en Eddie y se dejó influir por sus mentiras.

Los gemidos hacían que se le atragantaran las palabras. Parecía que hubiera envejecido por momentos.

—Era un buen hombre. Le cogí afecto por la señora Hall. Ella se enamoró de él y, a pesar de la diferencia social, mantuvieron una breve relación. Su enamoramiento duró tan solo unos meses; Eddie vio en lord Price la solución que estábamos buscando. Decidió mancillarlo. Lo repudió y lo acusó de sodomita. Sus amistades dejaron de visitarle. Le daban la espalda allá donde fuera. En poco tiempo, solo le quedaba el fervor de un ama de llaves joven. Tras un fallido intento de suicidio, mi marido le ofreció una salida. Una opción que no se encontraba en posición de rechazar. A cambio de una cuantiosa suma de dinero, se marcharía de Inglaterra con un niño recién nacido. Se ocuparía de él, y nunca revelaría su paradero.

»Una tarde lluviosa, lord Price desapareció. Durante años, nadie volvió a tener noticias de él y con el tiempo, los lugareños fueron olvidando su historia.

»Martha Hall lloraba su pérdida. No le había dejado ni una nota de despedida. Recuerdo entrar en su habitación. Ella estaba en el lecho. Cuando me vio, se irguió y fijó su atención en mis brazos. Llevaba a una niña recién nacida. Estaba profundamente dormida, ajena a los horrores del mundo. Se la entregué; ella la acogió en sus brazos y la pequeña se acomodó en la inflexión de su codo. Se movía

de un lado a otro, abriendo y cerrando los ojos.

»Ambas decidimos compartir el secreto. Sería una doncella más y le mentiríamos acerca de su origen... Nunca podríamos contarle la existencia de su hermano. Martha me preguntó cómo la llamaríamos. Debíamos ponerle un nombre.

Bartholomew interrumpió a lady Blackburn. El viento había dejado de silbar y el silencio estaba a punto de romperse para siempre. Él sonrió, triste, y resolviendo la adivinanza pronunció el nombre que todos temíamos oír:

—Alice. Alice Blackburn.

Nighthill, 1847

No era posible. No podía ser, me repetía a mí misma. De pronto, un torbellino de sensaciones me inundó. Estaba consternada. Mi existencia y los pilares en los que creía que esta se sustentaba no eran más que una sarta de mentiras. La madre que siempre había imaginado era el producto de una farsa. Debía aceptar mi procedencia y sustituir las bases que habían cimentado mis creencias por un episodio descorazonador. Siempre anhelé saber más de mi origen, de quiénes fueron mis padres y, ahora que lo sabía, me repugnaba.

Abrí la puerta del salón de par en par; al verme, lady Blackburn y el señor Bartholomew se sorprendieron. A continuación, se oyeron unos pasos que subían por la escalera que conectaba el vestíbulo con la antecocina. La señora Hall surgió de entre las sombras. Cuando nos vio, supo de inmediato a qué nos estábamos enfrentando. Nos mirábamos sin saber qué decir, inseguros de quién daría el próximo paso. Lady Blackburn parecía haberse encogido en las últimas horas. El peso de su existencia había emanado de ella como un manantial de emociones, y estas me habían avasallado. Las dos mujeres en quien había confiado desde niña habían tergiversado mi historia. Me sentía frustrada y dolida, y apenas podía mirarles a la cara.

Lady Blackburn dio un paso al frente.

—Siento haberte mentado, querida. De veras que lo siento.

Su forma de dirigirse a mí había dado paso a un arrepentimiento nacido de una honda culpa. Mi bebé me cruzó la mente e, instintivamente, me llevé la mano a la barriga. Durante unos instantes, me acaricié el abdomen, hasta que lady Blackburn me hizo volver a la realidad.

—No podías hacer nada más, Alice. Dios no perdonaría algo así. Es un acto del diablo —afirmó.

«Solo el mismo diablo». La imagen de mi madre danzando, despreocupada, en la linde del bosque... Podía verla, bailando de aquí para allá, entrelazándose entre los árboles, mientras suplicaba que le devolvieran su marioneta. Estaba girando sobre sí misma cuando se volvió y me sonrió. La sonrisa fue desvaneciéndose y dio lugar a otra mueca, que nacía de mi madre, pero que resurgía en otra persona, en otro rostro parecido, pero a la vez diferente. Tyrone cobraba vida y se iba definiendo poco a poco. Su cara tomaba un cariz distinto, nuevas expresiones que no había visto antes, o de las que no había querido darme cuenta. La sonrisa era más terca e incluso me desafiaba con crueldad. Cuando reía, ya no reflejaba la inocencia de antaño; el joven que había creído conocer en la librería era distinto al que se presentaba frente a mí.

De repente, se fundió con el retrato de lord Blackburn que colgaba de la pared. Ambos me observaban. Me había pasado la vida siendo analizada por los Blackburn; me turbé al pensar en cómo, en mi desconocimiento, me había convertido en su objeto de estudio. Desde las sombras, me habían ido diseccionando, despojándome de mi intimidad. Querían que me fusionara con ellos. Alice. Alice Blackburn.

Los tres me contemplaban con lástima; aguardaban mi reacción. Decidí que aquella sería la última vez. Les devolví la mirada, como si fuera a despedirme. Iba a

hacerme con mi vida, con una vida que nadie pudiera quitarme. Por primera vez, tomaría las riendas de mi existencia. Por siempre jamás, escaparía del silencio de los Blackburn.

Nighthill, 1847

El pasado, en sí mismo, es un extraño periodo de tiempo. Cuando lo dejas, visita nuestras almas con una fuerza descomunal; nos tienta, nos atrae e intenta arrastrarnos hacia la muerte de un lugar al que, por mucho que lo deseemos, nunca podremos volver. ¡Cuántas veces había soñado con retomar mi historia con Tyrone! ¡Cuántas veces había anhelado despertar junto a él, y con mi bebé durmiendo entre mis brazos!

Pero el pasado es como un chico joven, impreciso, insistente y despreocupado. Solo cuando crece, madura y queda retenido en un rincón de nuestra mente, se convierte en nuestro aliado. Y es entonces cuando, en ocasiones, nos devuelve recuerdos de quienes fuimos, y de los cimientos que conforman cada parte de nosotros. Pero para que el pasado crezca, deben pasar muchos años, y cada uno de nosotros debe enfrentarse a sus recuerdos.

Cuando me asomé al muro, Tyrone estaba recostado en uno de los olmos del jardín, leyendo un libro. Hacía días que no le veía. Allí, ajeno a lo que había sucedido, estaba inmerso en su lectura. ¿Debía contarle la verdad? Solo nos separaban unos metros. Quise saltar al otro lado, pero entonces me di cuenta de que nunca habíamos tenido un lugar al que volver. Lo contemplé durante unos minutos más, hasta que el viento cambió la dirección y empezó a soplar con mayor intensidad. Él se levantó, molesto por el aire, y yo me encogí para que no pudiera verme.

Después de lo que había sucedido, al estar tan cerca de él, se me cortó la respiración. Sentí una mezcla de tristeza y repulsión cuando rememoré cómo nos habíamos despedido en su refugio. Su mirada vacía y su sonrisa ladeada, que tanto me habían atraído, ahora se me antojaban como los últimos vestigios de una relación que había existido en mí, mucho tiempo atrás.

No obstante, el hombre que había idealizado en la librería del señor Breen no tenía nada que ver con el chico que vivía al otro lado del muro. Durante todo aquel tiempo, había estado frente a mi hermano. Había yacido con él. Había perpetrado un incesto. Quería sentir aversión, quería asquearme, pero al verle, lo único que experimenté fue una profunda tristeza al saber que había perdido a mi única familia para siempre.

Los árboles se mecían con el viento. Mientras evocaba los momentos que habíamos compartido en el sótano, el rostro de Henry se cruzó en mis recuerdos. Esa sensación de vacuidad se desvaneció y empecé a experimentar una ilusión que se había encargado de permanecer oculta, y que no se había revelado hasta el momento oportuno. Pensé en la marcha de Henry, en cómo había partido hacia un futuro incierto, sin informarnos de dónde podríamos encontrarle. Los dos hombres que se separaban de mí.

Tyrone cada vez estaba más lejos. Alargué la mano, pero me encontré haciéndolo en dirección contraria. Añoraba la protección; ese alivio cuando uno sabe que está a salvo, cuando, pase lo que pase, sabes que no te sucederá nada malo. Volví a estar sentada en la butaca de la casa de Burrows; él estaba a mi lado, hojeando los recortes, ayudándome, mientras el fuego de la chimenea se consumía sin que

reparásemos en el transcurso de las horas. De pronto, la escena se transformaba en una alcantarilla, y casi podía olerlo, tocar las paredes, mientras él me agarraba para que no me resbalara. Para que no me cayera al pozo.



Tyrone estaba a punto de entrar en la casa. Me pregunté una vez más si contarle la verdad, pero lo cierto es que no creía que pudiera soportarlo. Si se enteraba de mi origen, de nuestra procedencia, temía que enloqueciera. Él se había educado con unos patrones sociales férreos y no admitía ninguna variación; cualquier desviación de rumbo lo trastocaría. Una revelación como aquella no podía tomarse a la ligera y podía suponer su perdición. Al igual que su progenitor, la clase y la posición social representaban los fundamentos de su educación. ¿Qué conseguiría sincerándome con él? ¿Acaso obtendría algo a cambio? No; lo único que podría salir de confiárselo sería la destrucción de un hombre, el hundimiento del hermano a quien nunca había llegado a conocer y a quien, sin embargo, había conocido demasiado.

Yo, en cambio, no tenía nada que perder. Había perdido a mi hijo, y la única vida que podía ofrecerme algo más estaba muy lejos de Nighthill. Más allá del horizonte que alcanzaba a ver desde la colina. Más allá de los Blackburn.

Había llegado el momento de marcharme.

Epílogo

Afuera ha empezado a nevar.

Han pasado más de treinta años. Aparte de los recuerdos y de algún objeto que pueda remitirme a esa época, no queda nada de los que protagonizaron esa historia. Todos yacen bajo tierra. Lady Blackburn, la señora Hall, Tyrone, Bartholomew... Y Henry, mi Henry...

He necesitado que transcurriera este tiempo para poder escribirlo; han sido muchas las pérdidas y el dolor únicamente mengua con el paso de las estaciones. Solo cuando el resto se ha ido y me he quedado sola, con mi consciencia, he sido capaz de ponerle palabras a lo que sucedió. Sabiendo que podrían haberlo leído, no hubiera podido conseguirlo. He retomado el diario que redacté cuando era una doncella y, tras releer algunos episodios que se habían diluido en los recodos de mi memoria, he vuelto a empezar por el principio; como debe hacerse con cualquier historia que merezca ser contada. Con la perspectiva que me ha otorgado la edad, ahora, ha llegado el momento de narrarla.

Tierney, mi pequeña Cavalier, se ha acurrucado junto a la chimenea y se ha quedado dormida. Al principio, mientras escribía la historia, me ha contemplado con las orejitas levantadas y con los ojos muy abiertos, como si temiera que fuera a cometer alguna travesura. Cuando ha visto que no sucedía nada insólito, ha reposado la cabeza sobre el suelo y se ha ido quedando dormida. Ella es así. Ahora que solo estamos las dos, me vigila a todas horas.

Desde que él se marchó, está más alerta a los ruidos y a la llegada de los forasteros. Ni tan siquiera duerme tranquila. Cualquier movimiento la despierta, y me sigue a todas partes, como si sospechara que yo también pueda desaparecer. Cuando ladea la cabeza y dobla las patitas, me recuerda a Max; es como si hubiera heredado ese gesto de él y, a veces, creo que él también sigue ahí, flotando a nuestro alrededor.

Junto a la chimenea, reposa la cámara fotográfica. Cuando la toco, siento que Henry vuelve a estar entre nosotras. Algunas noches, si me quedo dormida cerca del fuego, el calor me devuelve los recuerdos de la casa de Wale Street, cómo me miró la primera vez que abrió la puerta, con su aspecto desaliñado y las gafas deslizándose por la nariz. Tenía el traje arrugado y migas de pan prendidas en él. Me hacía reír. Siempre, durante los años posteriores, me hizo reír.

Cada día que transcurre sin él, la ausencia es más dolorosa. El cariño que me brindó el tiempo que estuvimos casados fue una experiencia nueva para mí. Ese amor incondicional, el apoyo constante de un hombre que sabía que me seguiría allá donde fuera...

Algunas mañanas, aunque no esté conmigo, al despertar, le oigo. Mi mente recrea su voz. Me giro hacia el lado de la cama donde él solía dormir, y puedo ver su sonrisa y cómo abría y entrecerraba los ojos, soñoliento. Inconscientemente, me encuentro alargando el brazo, hasta que me despierto y debo aceptar que ya no sigue aquí y que nunca más regresará.

Mis hijos tienen su alegría y quiero pensar que también su bondad. Cuando vienen a visitarme, me recuerdan a él y, durante unos instantes, es como si mi Henry

volviera a nuestro lado.

Él me regaló una paz y una protección que nunca antes había sentido con Tyrone. Con Henry hallé un refugio, un hogar, donde poco a poco fuimos construyendo nuestra felicidad. No había desprecios, ni desdichas, ni despotismos. Él me cuidaba; me dio un lugar para vivir, y debo decir que los años que compartimos hasta que la muerte nos separó fueron los más felices que nunca hubiera podido llegar a imaginar. Las únicas relaciones amorosas que había conocido hasta el momento eran realmente descorazonadoras: lady Blackburn con Edward Blackburn, la señora Hall con lord Price, Aleck y Elizabeth, o yo misma con mi propio hermano.

Pensando en Tyrone, ahora reconozco cómo vivía en él una parte de los Blackburn. De alguna forma, había heredado el desdén y la actitud altiva que caracterizaban a su progenitor. Tras despedirme de Nighthill, nunca volví a saber nada más de él. Y lo cierto es que tampoco me importa. La relación que idealicé con Tyrone se basó en un sentimiento posesivo, de dominación, un maltrato que me empequeñecía y me amedrentaba. Algo que nunca pasó con Henry. Mi amado Henry, que en paz descanse.

No suelo confesarlo, pero, algunas veces, me siento en su butaca favorita y adhiero la cara al respaldo. Aún quedan resquicios del aroma de la pipa que fumaba. Me impregno de él y deseo que regrese, aunque sea solo por unos momentos.



Después de su muerte, guardé sus retratos de Wuthering Field en un cajón del escritorio. Finalmente, consiguió publicarlos en vida y los diarios se hicieron eco de las torturas que se estaban produciendo en el hospital. Causaron una gran repercusión, aunque desconozco si habrá cambiado algo.

Tras abandonar Nighthill, decidí dejarlo todo atrás. Y, desde entonces, no he vuelto a hurgar ni a querer volver a oír nada de los Blackburn, de Wuthering Field, ni de esa ciudad portuaria que se eleva en la colina, así como de los habitantes que vivían en ese lugar.

Viendo cómo cae la nieve sobre el jardín, pienso en lady Blackburn, en la señora Hall, en la chica que contemplaba desde las buhardillas cómo la ciudad despertaba bajo sus pies y en cómo se desarrollaron los acontecimientos después de la revelación.

Durante años, me he negado a contar la historia. Mañana vendrán mis hijos y ni tan siquiera ellos saben lo que sucedió, ni quién soy en realidad. Me pregunto si debería contárselo o debería ser fiel a la memoria de Henry, a lo que él y yo nos prometimos. Decidimos enterrarlo, y nuestro pacto ha sobrevivido a su muerte. A día de hoy, solo yo y los que formaron parte de la leyenda de los Blackburn saben lo que pasó. Pero la memoria es un arma peligrosa, y lo que para uno puede resultar la verdad más absoluta, para otros es simplemente un recuerdo vago o algo que nunca existió.

Tierney se ha levantado y tras desperezarse y estirar las patas delanteras y

traseras, haciendo una mueca de satisfacción, se ha acercado a mí. Se ha erguido y con la pata me insta a que la acaricie. Sé que, hasta que no la coja en brazos, no se detendrá. Me agacho, la acurruco sobre mi pecho, y me apoyo en el alfeizar de la ventana. Ella observa la nieve enfurruñada; arruga el hocico, le asusta, al igual que la lluvia y los relámpagos. Aunque también le produce cierta curiosidad. Mantiene sus ojos negros clavados en ella, en cómo resplandece y va cayendo sobre nuestro jardín.

Le gusta que le cuente historias. Cuando empiezo, levanta las orejitas, atenta, y se sienta junto a mí. Ahora me mira y ronronea. Quiere que le cuente cómo llegué aquí. La última parte que aún no he escrito. La parte de él, ahora que se ha ido.



En 1847, la ciudad también estaba recubierta de un manto blanquecino cuando leí su nota.

Después de abandonar a lady Blackburn, regresé a la casa de la señora Burrows para devolverle a Max. Cuando llegué, la mujer se balanceaba en su mecedora, con la mirada ausente en el crepitar de las llamas que ardían en la chimenea. Al entrar, Max se escurrió de mis brazos y antes de que ella pudiera girarse para verlo, se le abalanzó encima. La mujer retrocedió y cuando reparó en él, sus ojos se le anegaron en lágrimas. Lo abrazó, le besó en la cabecita, como si no pudiera creer que había recuperado a su cachorro.

A continuación, tras ofrecerme un caldo caliente y una taza de té, me entregó una nota. Su hijo no podía volver a aparecer por Nighthill: las autoridades lo estaban buscando, pero estaba a salvo, en un lugar seguro, y nos pedía que nos reuniéramos con él.

Esa misma noche, cuando aún estaba oscuro, nos adentramos en los callejones y tomamos una de las diligencias nocturnas que nos alejaría para siempre de la ciudad. Recuerdo cómo me volví y a través del ventanal trasero del carruaje, vi cómo la silueta de la colina con la casa en lo alto se recortaba en la negrura de la noche. Desde la distancia, tenía un aire fantasmal y, por un momento, creí ver que se iluminaba una de las ventanas. Aunque era imposible que pudiera apreciarlo desde tan lejos, esa luz se quedaría grabada en mi memoria durante el resto de mis días.

No volví a saber nada más de ellos. Me enteré del fallecimiento de nuestra patrona a través del periódico. Desconozco qué fue de la casa, de sus sirvientes y del ama de llaves, así como qué sucedió con el señor Bartholomew. Algunas noches, a pesar de la distancia que puse entre nosotros y de los años que han transcurrido, cuando sueño, aún temo que el apellido Blackburn, mi propio apellido, pueda alcanzarme.

Cuando pienso en la señora Hall, me embarga la tristeza y vuelvo a sentir el tumulto de sensaciones de aquellos años que vivimos juntas.

Nunca regresé a Nighthill, ni tan siquiera para asistir al funeral de lady Blackburn. Prefiero recordarlo desde la lejanía y a veces, cuando me resulta insoportable, pienso en ello como en una pesadilla que, hasta mi muerte, no se

desvanecerá.

Tras abandonar Nighthill y viajar varios días en la diligencia con la señora Burrows, nos detuvimos en un pueblo llamado Brixtonhire. Para asegurarnos de que nadie nos seguía, recorrimos el resto del camino a pie. La señora Burrows se apoyaba en mi brazo y, cada cierto rato, nos parábamos para reposar. Max caminaba a nuestro lado moviendo la cola, mirando de un lado a otro del sendero.

Después de un día andando, llegamos a un pequeño bosque en el que solo podíamos adentrarnos por una estrecha senda, recubierta por árboles. Seguimos avanzando y sorteando las raíces y matorrales que obstruían el camino, hasta que encontramos un claro y, un poco más adelante, la casa de la que nos había hablado Henry en su carta. Era modesta, pero lo suficientemente grande para albergar a una familia. Advertí que de la chimenea salía humo y que las ventanas estaban abiertas de par en par.

La señora Burrows, que se había pasado andando el último tramo con dificultades, empezó a correr hacia su hijo. Henry salió de la casa y la recogió a medio camino. La mujer lo rodeó con su abrazo, y comenzó a sollozar de la alegría. Yo me quedé quieta, observando la escena y, al verle, a tan solo unos pasos, con su cabello despeinado y migas de pan adheridas a la ropa, tuve que controlarme para que no se me saltaran las lágrimas.

Durante años había anhelado un lugar donde pudiera refugiarme, un lugar seguro al que pudiera llamar hogar. Y por fin, lo había encontrado.

A veces me pregunto si todo lo que recuerdo fue real.

Es extraño cómo el pasado, al recordarlo, puede volver con más fuerza que cuando lo vivimos. Y cómo únicamente cobra sentido cuando somos capaces de aceptarlo y de contárnoslo a nosotros mismos. Los recuerdos de la casa de la colina parecen formar parte de un sueño que nunca sucedió. Cuando pienso en la joven doncella que se refugiaba en el sótano de la librería apenas la reconozco. El tiempo ha ido borrando su impronta, y esa existencia ha quedado plasmada en una historia de cuentos, como las que suelen contarse a los niños. Forma parte de algo que aconteció hace mucho tiempo en un pequeño rincón de una ciudad llamada Nighthill.

Nota de la autora

Las referencias a la relación de Robert Browning y Elizabeth Barrett Browning con los personajes de la novela son ficticias. Es un homenaje de la autora a los dos poetas. Cualquier otra referencia que pueda guardar similitudes con la realidad es ficción.

Gracias a:

Javier Coma, mi referente que me inspiró durante años y me alentó a escribir. Su mirada, consejos y enseñanzas se cruzan en cada una de las palabras que conforman esta novela.

Conxi González, por el entusiasmo con el que me ha acompañado durante el proceso de escritura y su ayuda incondicional.

Ángel Ortega, quien siempre me ha hablado con sinceridad y ha leído pacientemente las distintas versiones de esta novela.

Angela Reynolds, por sus sabios consejos.

Deborah Blackman, cuya confianza me animó a adentrarme en Nighthill.

Alix Leveugle, por su apoyo y por conducirme a mi agente.

Carmen Fernández de Blas, que creyó en mí y ha hecho posible que esta historia vea la luz, y a todo el equipo de La Esfera de los Libros.

Notas

[*](#) Versos del poema «Sobre el tiempo», de John Milton.